

# DON WINSLOW

AUTOR DE EL PODER DEL PERRO

EN LO MÁS PROFUNDO  
DE LA MESETA SOLITARIA



**Roja & Negra**

*A mis padres*

Así que me bebí un poco de whisky,  
y soñé que era un vaquero,  
después crucé cabalgando la frontera...

LYLE LOVETT

Ya no hacen judíos como Jesús.

KINKY FRIEDMAN

# Prólogo

Nunca debería haberse dado la vuelta.

Neal Carey estaba mirando por encima de un profundo cañón cuando, a sus espaldas, oyó pisadas que subían por el monte. Intentó concentrarse en la escarpada pared de roca que se alzaba al otro lado del cañón, pero el ruido de los dos pares de pies sobre el sendero de grava no disminuyó. Se estaban acercando.

Volvió a concentrarse en Tigre Engañosamente Manso, el más delicado y exigente de los movimientos, y observó cómo su brazo izquierdo se iba extendiendo hacia fuera y hacia arriba, abriendo la palma en posición «mano de cuchillo». Llevaba casi tres años intentando dominar Tigre Engañosamente Manso y solo ahora comenzaba a vencer su torpeza natural gracias al entrenamiento constante.

Neal Carey no quería que nadie le molestara.

Apoyó todo el peso del cuerpo sobre uno de los pies y dejó que su zapatilla de lona se hundiera en la fina tierra. Respiró el gélido aire de la mañana y sintió el ligero calor del sol del amanecer sobre los hombros. A continuación levantó la otra pierna, pivotó sobre el pie apoyado en el suelo y comenzó a volverse lentamente hacia las pisadas que ahora estaban alcanzando la cima del monte. *Su* monte, maldición, el único lugar donde podía contar con cierta privacidad, tácitamente reservado para él todas las mañanas durante sus escasos momentos libres antes del alba. ¿Es que tres años de entrenamiento no significaban nada para aquellos intrusos?

Neal pasó el pie por encima de la nudosa raíz del cedro retorcido que se aferraba al monte en aquella cumbre inclemente entre las desnudas montañas. El cedro había pasado a ser su amigo más íntimo durante aquellos años. Ambos habían aprendido a sobrevivir a pesar de la escasez de oxígeno y tierra, obteniendo escaso sustento y necesitando aún menos.

Volvió a apoyar el pie en el suelo y echó el peso de su cuerpo hacia delante, alzando la mano izquierda por delante de la cara y dejando la derecha abierta detrás de la nuca, preparada para saltar y golpear como una víbora.

Miró hacia abajo, hacia los escalones de piedra, a tiempo de ver cómo los dos hombres alcanzaban la cima del monte y se dirigían hacia él atravesando el pabellón de piedra.

Entonces el mundo que por fin había acabado por aceptar se hizo añicos en un instante.

El joven monje fue el primero en hablar. Señaló mediante un gesto hacia el hombre bajo y manco que le acompañaba, el cual observó a Neal de hito en hito mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

—*Ni renshr ta ma?* —le preguntó el monje a Neal. («¿Lo conoces?»).

—*Wode fuchin* —respondió Neal. («Es mi padre»).

Fue entonces cuando Neal Carey cometió su gran error. Debería haber negado que conocía al hombre, darle simplemente la espalda o haber salido corriendo entre los bambúes. Si hubiera hecho cualquiera de aquellas cosas, nunca habría terminado en lo más profundo de la Meseta Solitaria.

# I VAQUEROS

# 1

—Vaya sitio raro —dijo Joe Graham.

Neal y él estaban sentados en un pequeño quiosco al borde de la colina. Por debajo de ellos, el tejado del monasterio destellaba a la luz del sol. Había monos encaramados sobre los aleros curvos, esperando el momento de saltar al patio para arrojarse sobre cualquier bocado de comida desatendida. Monjes vestidos con togas marrones atravesaban el patio protegiendo sus cuencos con la mano, mientras el vapor de las calientes gachas de arroz se filtraba entre sus dedos.

—A mí me lo vas a decir —respondió Neal.

Llevaba tres años siendo un prisionero en aquel «sitio raro», tiempo de sobra para que lo extraño hubiera terminado por convertirse en familiar. Llenó la taza de Graham con té verde, hizo una pequeña reverencia nacida de la costumbre y a continuación llenó la suya.

—¿No hay café? —preguntó Graham.

Neal negó con la cabeza. Aun en el caso de que sus tres años de confinamiento en un monasterio budista no hubieran servido para nada más, al menos le habían curado de su adicción a la cafeína.

—¿Y qué pasa con la leche y el azúcar? —preguntó Graham.

—Lo siento.

—¿Una taza limpia?

—*Está* limpia.

Ya, pensó Graham. Había visto las ratas que correteaban por el comedor, abajo, en el monasterio.

—Te he echado de menos, hijo —dijo Graham.

—Y yo a ti, papá.

Neal nunca había llegado a conocer a su verdadero padre, un tipo que al parecer no había contado con recibir un crío a cambio de su inversión de veinte pavos, de modo que Joe Graham prácticamente había asumido el papel. Neal había pensado en él todos y cada uno de los días de su encarcelamiento. No, encarcelamiento no... «reclusión» era como lo habían llamado los chinos. Una reclusión que al fin había terminado. ¿O no?

—¿Has venido a buscarme? —le preguntó a Graham.

—No, he venido a recoger la colada.

Pequeño imbécil, pensó Graham. Solo llevo buscándote tres años, desde el día en que me dijeron que habías muerto.

—Deja que te diga una cosa, chaval —dijo Graham—. Al Banco le ha costado una bonita suma conseguir que te suelten. La próxima vez, déjate coger en Rhode Island. Allí se conforman con una *pizza* con doble de queso. —Graham probó el té e hizo una mueca—. ¿Qué hacen, cortan el césped y echan las hierbas a la cazuela?

—¿Cuánto dinero? —preguntó Neal.

—No quiero que se te suba a la cabeza, pero estamos hablando de un préstamo de interés reducido y sin aval para el «desarrollo agrícola de la provincia de Sichuan».

—Un soborno —dijo Neal.

—Un soborno de la leche.

—Gracias.

—Eres un «amigo de la familia».

Amigos de la Familia, pensó Neal. La unidad secreta del Banco encargada de resolver problemas difíciles para sus mejores clientes. Sus antiguos jefes. ¿O no?

—¿Sigo trabajando para Amigos? —preguntó Neal.

—¿Alguna vez lo has hecho?

Desde los doce años, papá. Desde que me sorprendiste robándote la cartera y pusiste mis dudosos talentos a vuestro servicio. Y ahora has venido para llevarme de vuelta a casa.



—Además —dijo Graham—, tenemos un trabajito para ti.

—¿Qué?

Graham le miró socarrón.

—¿No has tenido suficiente con tres años de vacaciones?

—¡Vacaciones! ¿A subir baldes de madera llenos de agua por esta condenada montaña le llamas tú vacaciones? ¿A acarrear haces de leña a la espalda? ¿A escuchar cómo una panda de fanáticos se pasa tres años enteros cantando la misma nota? ¿Eso son vacaciones?

—A cada cual lo suyo —dijo Graham, encogiéndose de hombros.

—Quiero volver a Nueva York, Graham. Quiero sentarme en el Burger Joint y agarrar el panecillo de una hamburguesa con queso poco hecha con los dedazos manchados de tinta del *New York Times* mientras los jugos me corren por las muñecas. Quiero un granizado de café sudando a mi lado... justo al alcance de la mano. Quiero pasear West Broadway abajo y volver subiendo por East Broadway. Quiero...

—Yo, yo, yo —se burló Graham con voz infantil.

—¡Graham!

—No te alteres —dijo Graham—. Solo se trata de un encarguito para el que necesito un poco de ayuda. Haremos una parada en Los Ángeles, nos encargaremos de este asunto y en menos de lo que canta un gallo estarás de nuevo en Nueva York llenándote la andorga. Pero me preocupas, ¿sabes? Todo este tiempo aquí encerrado y lo primero en lo que piensas es en hamburguesas.

—¿Qué clase de asunto? ¿Qué «encarguito»? —preguntó Neal.

Su último trabajo había terminado con él encerrado en aquel monasterio.

Graham escudriñó su taza.

—Imagino que esta gente no tendrá batidos de chocolate, ¿verdad?

Neal negó con la cabeza.

—Un niño desaparecido —dijo Graham—. Papi lo recogió el viernes para pasar juntos el fin de semana que le corresponde al

mes. No se molestó en llevarlo de vuelta el domingo por la noche.  
*Peccata minuta.*

—¿Y qué pasa con el departamento del sheriff?

—Al departamento del sheriff no le pasa nada, al margen de que no suele prestar demasiada atención a los casos de custodia, ni siquiera cuando la madre es famosa.

—Famosa ¿por qué? —preguntó Neal.

La fama era un inconveniente, la fama presagiaba problemas.

—Algo relacionado con el cine. ¿Qué pasa, necesitas su currículum? ¿Trabajas para nosotros o qué? Porque mientras no hayas vuelto sano y salvo a Estados Unidos los chinos no podrán cobrar el cheque, así que todavía podemos decirles que prefieres quedarte aquí. Solo te necesito como refuerzo. Podría pedírselo a cualquiera.

En realidad, no me bastaría con cualquiera, pensó Graham. Te necesito a ti. Pero mejor ir avanzando paso a paso, facilitarte el regreso bajo mi supervisión. Comprobar si todavía eres capaz de hacer el trabajo o si estás quemado. Tres años de lo que prácticamente viene a ser un confinamiento solitario podrían tener un extraño efecto incluso sobre los mejores. Y Neal Carey era el mejor... o al menos lo había sido.

—Mira —continuó Graham mientras Neal le miraba hoscamente—, buscaremos al pequeño Cody, lo dejaremos en el regazo de mami y volveremos directamente a Nueva York. Dispondrás de todo el verano para matarte a pajas antes de que empiecen las clases.

—¿Qué clases?

—¿No estabas estudiando un «postrado» la última vez que nos vimos? ¿Y qué es lo que enseñan ahí, a pasarte el día tirado? En ese caso deberías tenerlo chupado, en mi opinión.

Columbia, la universidad... el departamento de lengua inglesa. Su tesis: *Tobias Smollett, el marginado de la literatura inglesa del dieciocho*. Le parecía otra vida. Y ahora que lo pensaba...

—Oye, espera un momento —dijo Neal—. Se supone que estoy muerto.

Graham asintió.

—Es una fantasía atractiva, estoy de acuerdo. Vale, has estado muerto, ahora estás vivo. Un fallo en los archivos. Nada que no se pueda arreglar con un poco de tres en uno y una donación a la biblioteca.

Tenemos que conseguir que vuelva a los estudios, pensó Graham. Si Neal está acabado como detective, necesitará un oficio. Teniendo en cuenta que es incapaz de hacer nada útil, bien podría ser profesor universitario, que de todos modos es lo que quiere.

Neal se sirvió otra taza del excelente té verde. Sabía que lo habían sacado únicamente porque tenía un invitado extranjero, de modo que bien podía aprovechar la circunstancia. Escuchó el sonido de los cánticos matutinos alzarse desde el interior del templo principal, la monotonía embotadora que supuestamente debía conseguir que el cantor se concentrara en la nada... y así era.

—Entonces —dijo Neal precavidamente—, lo único que tengo que hacer es ayudarte a encontrar al crío, ¿y después puedo volver a Nueva York y retomar mi posgrado?

Sonaba demasiado bien para ser cierto. Volver a tener una vida.

Graham preguntó:

—¿Crees que lo has entendido ya o quieres que te lo repita? Decídate de una vez; quiero una cerveza fría y un filete caliente.

Neal se rio.

—Hay un buen trecho de bajada hasta salir de la montaña, Graham.

Graham se lo quedó mirando en silencio un rato largo.

—¿Qué pasa, no sabes lo que es un helicóptero? La verdad...

Neal se acercó la taza a los labios, se lo pensó mejor y después volcó el té en la tierra.

—¿Sirven café en ese helicóptero? —preguntó.

—Por el dinero que les estamos pagando, más les vale.

Neal se levantó.

—Vamos.

—Ya era hora, joder —dijo Graham, poniéndose en pie.

Entonces Neal Carey hizo algo muy poco chino. Agarró a Joe Graham de la nuca y se lo acercó para darle un abrazo.

—Gracias por venir a buscarme, papá —dijo Neal.

—De nada, hijo.

Y así volvió Neal Carey de entre los muertos.

## 2

Neal se despertó entre las limpias y frescas sábanas de una cama doble. Abrió los ojos y vio a través de la puerta corredera de cristal el sol que pendía como una gorda naranja entre la bruma matutina del sur de California. El aire acondicionado zumbaba alegremente, un feliz recuerdo de la comodidad que otorga la prosperidad: puede que fuera del hotel la temperatura estuviera subiendo, pero allí dentro seguiría siendo la que a él se le antojara.

Desde el pasillo le llegó una voz igualmente bienvenida:

—Servicio de habitaciones.

Neal no estaba completamente convencido de que todo aquello fuese real, pero si era un sueño estaba dispuesto a dejarse llevar por él.

—¡Adelante! —gritó.

Un camarero joven vestido con un uniforme blanco y almidonado entró empujando un carrito de acero inoxidable, desplegó un entrepaño abatible, abrió las puertas laterales, extrajo un mantelito blanco y lo extendió sobre el entrepaño para crear una pequeña mesa. Colocó encima un estrecho jarrón con una única rosa amarilla y a continuación la cubertería, envuelta en una servilleta de tela, una cafetera de plata y por último una pequeña mantequillera también de plata dispuesta en medio de un cuenco lleno de hielo.

—Soy Richard —dijo—. ¿Está disfrutando de su estancia en el Beverly, caballero?

—Por ahora sí —respondió Neal, a pesar de que apenas si recordaba haber llegado hasta allí.

Se incorporó hasta quedar sentado contra la acolchada cabecera de la cama.

—¿Quiere que le sirva ya el desayuno, caballero? —preguntó Richard—. ¿O desea darse una ducha antes?

¿Una ducha? Lo más parecido a una ducha que había tenido Neal últimamente había sido una cascada helada.

—Creo que me daré una ducha.

—¿Me permite que le sirva antes un poco de café? —preguntó Richard.

Por supuesto, Richard, si tan importante es para ti...

—Por favor —dijo Neal.

Richard cogió una pesada taza de color crema con su correspondiente platillo y sirvió cuidadosamente el café.

—¿Leche y azúcar? —preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Muy bien —anunció Richard—. Le he traído el Desayuno Beverly: café, mosto, huevos revueltos con beicon y una selección de tostadas, magdalenas, cruasanes y bollos. Lo voy a dejar todo aquí, sobre el calentador, de modo que tenga mucho cuidado al sacarlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Richard dejó dos periódicos doblados sobre los pies de la cama.

—*LA Times, New York Times...*

Dios te bendiga, Richard.

—... y si necesita cualquier otra cosa, no dude en llamar y hacérmelo saber. Y ahora, caballero, si no le importa firmar aquí...

Richard se acercó a Neal y le tendió la cuenta y un bolígrafo. Neal firmó, añadió una propina a la ya de por sí elevada factura y se la devolvió.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Richard?

—Por supuesto, señor.

—¿Dónde estoy?

Richard ni siquiera parpadeó. Estaba acostumbrado a servir muchos desayunos de «el día después».

—En el Beverly Hilton, caballero.

—Continúa.

—Beverly Hills... Los Ángeles...

—¿Sí?

—California.

—Solo quiero oír las palabras, Richard.

—Estados Unidos...

—De...

—América, señor.

—Precioso, Richard.

—Dabuten, señor.

Ciertamente dabuten, pensó Neal mientras le daba un primer sorbo al café. Café solo, café fuerte. Su adicción a la cafeína regresó como un viejo amigo impertinente.

Richard se retiró y Neal se llevó el café consigo al cuarto de baño, que era más grande que toda su celda en el monasterio chino. Se fijó en el teléfono que colgaba de la pared, a una distancia cómoda del retrete, y decidió que los individuos que se alojaban allí debían de ser gente ocupada. Abrió el grifo de la ducha y se regodeó en el olor del agua caliente y limpia. Abrió la cajita de cartón que contenía el gel de marca, cogió una botellita de champú de marca y entró en la ducha.

Se frotó el cuerpo con jabón, se restregó el pelo con champú y después permaneció bajo el humeante chorro de agua cinco largos minutos más de lo necesario. En China había gozado de un baño semanal en una pequeña bañera llena de agua tibia que siempre había sido utilizada previamente por al menos otras tres personas antes que él, de modo que aquella ducha le pareció un lujo.

Salió a regañadientes, atraído por el aroma del café, la imagen de los huevos revueltos con beicon y la promesa de un periódico. Encontró un albornoz de paño blanco en el armario, se lo puso y regresó a la habitación para inspeccionar el desayuno.

Joe Graham estaba mordisqueando sus tostadas.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Neal.

—Podría acostumbrarme a esto —farfulló Graham—. Un sitio muy limpio. He pedido una llave extra en recepción. ¿Quieres que te caliente eso?

Neal levantó su taza y Graham se la relleno.

—No te importará que coma, ¿verdad? —preguntó Neal.

—Cuidado con los platos, que queman. Y ahí tienes una buena selección de cruasanes, bollos y magdalenas.

Neal sacó el plato de la bandeja del calentador, lo dejó sobre la mesa y levantó el cubreplatos. Ya solo el aroma bastó para ponerlo al borde de las lágrimas, pero por otra parte llevaba el último par de años desayunando gachas de arroz, salvo en días festivos, cuando le permitían añadir cacahuetes a las gachas.

—¿Tu beicon está tostadito y crujiente? —preguntó Graham—. El mío lo estaba.

Neal se metió una loncha de beicon en la boca. Crujió entre sus dientes.

—Había soñado con esto —dijo.

—Estás enfermo.

Neal escogió un cruasán, le untó un pedazo de mantequilla sin sal, le dio un bocado y después se abalanzó sobre el resto de su desayuno. Ni siquiera volvió a alzar la mirada hasta que lo único que quedó en el plato fue una lustrosa pátina de grasilla.

Joe Graham le miró asombrado.

—Comes como un condenado —dijo.

—A ver esos bollos.

Neal escogió un pastelillo de albaricoque y lo devoró en tres bocados.

—Y ahora los periódicos —dijo—. Ni siquiera sé quién es presidente.

—Ronald Reagan.

—No, en serio...

Neal se sumergió en la lectura mientras Graham salía a la terraza y echaba una ojeada a los primeros nadadores en la piscina de abajo.



—El ejercicio es algo maravilloso —observó, mientras dos jóvenes nadadoras realizaban estiramientos de calentamiento.

Llamaron a la puerta.

—¡Es para ti! —gritó Neal, absorto en el *New York Times*.

Estaba sufriendo una verdadera sobrecarga sensorial.

Graham le dio la espalda a las vistas y acudió a abrir la puerta. En el pasillo aguardaba Richard junto a un carro cargado de equipaje.

—¡Es tu ropa! —le gritó Graham a Neal.

—¡Pero si no tengo nada de ropa! —respondió Neal mientras intentaba adivinar los cambios en la alineación de los Yankees a partir del cuadro de estadísticas.

—Ahora sí —dijo Graham—. Adelante, chaval.

Richard entró empujando el carrito, colgó las bolsas de los trajes y guardó las cajas de camisas, ropa interior, calcetines y zapatos en el armario.

—No necesito ropa —dijo Neal—. Pienso quedarme en bata, en este mismo cuarto, durante el próximo par de meses, comiendo y leyendo periódicos.

—Tienes una hora —le dijo Graham—. Nos esperan a las once para una reunión.

—Reunámonos en la terraza. Yo pondré el té helado.

—Ni hablar del peluquín —respondió Graham—. Vamos a ir a Hollywood.

—¿Van a rodar una nueva versión de *El enano saltarín* y te han dado el papel?

—Vamos a conocer a Mami.

Neal apartó la mirada del periódico el tiempo justo para agarrar una magdalena con arándanos.

—¿Qué ha pasado con Thurman Munson? —preguntó, señalando el orden de bateo de los Yankees.

—¿Quieres ponerte las pilas y vestirte de una vez? —insistió Graham—. La limo estará aquí en menos de una hora.

—¿La «limo»?

- Abreviación de limusina —explicó Graham.  
—Realmente vamos a ir a Hollywood, ¿eh?

Neal se sentía ligeramente constreñido por su nueva ropa: pantalones de algodón, camisa azul, chaqueta verde oliva y mocasines. También se sentía constreñido en el asiento trasero de la alargada limusina, acompañado por Joe Graham, un mueble-bar bien provisionado, un televisor y la espalda del chófer uniformado en el asiento delantero.

Neal encontró una botella de soda, llenó un vaso con cubitos y le fue dando sorbos mientras contemplaba el paisaje de Sunset Boulevard.

- Me apetece probar de todo —explicó.  
—Ya lo veo, ya.  
—Tienes buen aspecto, papá —dijo Neal.  
Graham lo miró malhumorado.

Pero era verdad que tenía buen aspecto, pensó Neal, a pesar de que se le viera raro con un *blazer* azul, camisa blanca, pantalones grises y aquellos zapatos negros de piel con pequeños agujeritos. Un cambio considerable respecto a su habitual chaqueta de tela escocesa, pantalones verde lima y corbata de rayas.

—Levine me obligó a ir de compras con él a Barney's —explicó Graham adustamente.

- Me gusta el look.  
—También te gustan los poetas ingleses —le acusó Graham.  
—Cierto.

La limusina se internó por una calle menos transitada que les condujo hasta las puertas de un estudio cinematográfico. Neal observó la alocada combinación de edificios con fachadas del siglo XIX, naves prefabricadas y enormes marquesinas que se extendía al otro lado de la puerta.

- He visto películas sobre esto —dijo.

El guardia de seguridad de la puerta se acercó a la ventanilla del conductor.

—Tienen una reunión en Wishbone con Anne Kelley —dijo este sin hacer el más mínimo esfuerzo por parecer cortés.

El guardia le entregó un cartel para que lo colocara sobre el parabrisas y abrió la puerta.

—Edificio veintiocho —dijo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —gruñó el chófer.

A continuación guio la limusina a través de las estrechas calles del estudio, pasando junto a un grupo de jóvenes disfrazados de gánsters de los años veinte y un pequeño pelotón de apresurados ayudantes de producción cargados con cuadernos. Aparcó el enorme vehículo en un estacionamiento marcado con las palabras LIMOINVITADOS frente a una gran nave prefabricada y abrió la puerta trasera.

—Estudios Wishbone, se entra por esa puerta.

—Vaya, vaya —dijo Neal.

El chófer le obsequió con una sonrisa burlona. Había llevado a incontables guionistas chulitos hasta aquella misma puerta y los había vuelto a recoger apenas media hora más tarde cuando ya no eran tan chulitos, después de que el guión ganador del Oscar que llevaban en su maletín hubiera pasado a ser simplemente otra pila de papeles. Si no le metían mano al mueble-bar de la limusina a la ida, ciertamente lo hacían a la vuelta.

Neal vio el gran cartel de HOLLYWOOD en lo alto de una colina, detrás del estudio. Parecía menos real en vivo que por la tele o en las películas, pero a lo mejor esa era precisamente la idea. Siguió a Joe Graham hasta el interior del edificio 28.

Esperaba encontrar las elegantes y acomodadas oficinas del estereotipado magnate de Hollywood, pero no fue eso lo que encontró. Los estudios Wishbone habían sido diseñados para agilizar cualquier tipo de trámite. Un utilitario escritorio metálico definía el contorno de la pequeña recepción. Carteles de las películas más recientes de Wishbone decoraban las paredes,

pintadas con pintura industrial azul de mala calidad. La moqueta amarilla había quedado desgastada a base de pisadas frenéticas. Un pequeño sofá, un par de sillas y una mesa auxiliar cubierta por revistas del ramo se desplegaban ante el escritorio para formar una sala de espera. Al otro lado de la recepción, una puerta abierta revelaba una pequeña cocina, donde una cafetera Braun se esforzaba por satisfacer las necesidades energéticas de los crónicamente infracafeinados.

Graham se acercó al escritorio.

—Joseph Graham y Neal Carey, tenemos cita con Anne Kelley.

Aunque la recepcionista parecía sacada de un anuncio de bronceadores, se la veía sorprendentemente feliz de hallarse sentada detrás de una mesa. Comprobó su agenda.

—Cierto, a las once. Le diré que ya han llegado.

Se puso al teléfono. Sin relajar ni un instante la deslumbrante sonrisa que había fijado en Graham, dijo:

—Jim, vuestra cita de las once está aquí. —Luego añadió dirigiéndose a Graham—: Por favor, siéntense. Enseguida vendrán a buscarles.

Graham se sentó enfrente de Neal, que ya se había dejado caer en el sofá y estaba hojeando un ejemplar de *Film Weekly*.

—¿Joseph?

—Cállate.

—Sí, Joseph.

Un joven alto y delgado recorrió animadamente el pasillo hacia la recepción. Camisa blanca abierta, vaqueros, deportivas inmaculadas. Pelo rubio de California, amplia sonrisa.

—Soy Jim Collier, el ayudante de Anne.

Le ofreció una mano a Graham y únicamente parpadeó un segundo ante la visión de su brazo artificial.

—Soy Joe Graham, este es Neal Carey.

—Neal, hola, bienvenidos. Seguidme por aquí. Anne está lista para recibirlos.

Fenomenal, pensó Neal. Pero ¿estoy yo listo para ella?

Recorrieron el estrecho pasillo hasta el final, donde les aguardaba una puerta con un rótulo que anunciaba simplemente: KELLEY.

Anne Kelley se hallaba sentada a una gran mesa sobre la que se amontonaban pilas de libros y guiones. El suelo del despacho también estaba cubierto por montones de papeles, libros, revistas y rollos de película. La ubicua mesa auxiliar estaba abarrotada de papeles, al igual que las sillas y el sofá. Parecía haber ceniceros por todos los rincones, y todos rebosantes. Neal no estaba del todo seguro de que un escrupuloso registro de la estancia no fuera a servir para encontrar al desaparecido Cody McCall.

Anne Kelley estaba hablando por teléfono y no parecía contenta. Un ceño fruncido atravesaba su rostro alargado. Su pelo corto no era del todo rubio ni del todo plateado ni del todo castaño, ni tampoco lo llevaba del todo peinado ni del todo recogido. Vestía una camisa de seda por debajo de una chaqueta de pana. En la comisura de sus labios, un pitillo humeaba cual chimenea en una fábrica.

—Me da igual —le dijo Anne al teléfono—. Que me da igual... Pues déjala que lo haga... Bien. Ya encontraremos a otra.

Colgó el auricular, le dio una calada al cigarrillo y después lo apagó.

—¿Quieres salvarme la vida y traerme una Pepsi light? —le dijo a Collier—. ¿Vosotros queréis algo?

Un tanque de oxígeno, pensó Neal.

Un aspirador, pensó Graham.

Ambos negaron con la cabeza.

Jim Collier salió disparado en busca del refresco. Anne rodeó su mesa y saludó a Neal y a Graham estrechándoles la mano.

—Soy Anne Kelley, jefa de desarrollo.

Un bonito trabajo para quien sea capaz de conseguirlo, pensó Neal.

Anne se dejó caer en una silla al otro lado de la mesita auxiliar, delante de ellos.

—No os importará que no empecemos hasta que llegue la Pepsi, ¿verdad?

Señora, por mí como si no empezamos nunca, pensó Neal.

—Tómese su tiempo —dijo Graham.

Jim regresó con el refresco, abrió la lata, se la tendió a Anne y se sentó en una silla en un rincón. Abrió un bloc y sacó un lápiz, como dispuesto a tomar notas.

¿Por si Anne empieza a desarrollar?, se preguntó Neal.

Anne dio un largo trago directamente de la lata, suspiró de alivio y después volvió su atención hacia Neal y Graham.

—Venga, vendédme la moto.

Graham miró a Neal y se encogió de hombros.

—Ninguno de los dos conduce —le dijo Neal a Anne.

Jim tosió retóricamente.

—Anne, son los detectives.

Anne Kelley se ruborizó.

—Ah, mierda. ¡Mierda! ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! ¡Pensaba que eran guionistas que venían a presentarme un proyecto!

Como algo que hubiera traído el gato.

—Soy Anne Kelley —repitió—. La madre de Cody.

—Y jefa de desarrollo —dijo Neal.

—Ustedes son los hombres de Ethan Kitteredge —continuó diciendo Anne—. Van a encontrar a Cody.

—Lo vamos a intentar —dijo Graham.

—Ethan dijo que son ustedes muy muy buenos.

—Probablemente nos quedamos simplemente en muy buenos —dijo Neal mientras Graham le clavaba una mirada aviesa—. Muy-muy buenos podría ser una exageración.

—De verdad que lo siento mucho —dijo Anne—. No pretendía tomarles por guionistas.

—No pasa nada —dijo Graham benévolamente.

—Así pues, ¿por dónde empezamos?

Jim comenzó a escribir.

—Un momento, Boswell —dijo Neal—. Nada de notas.

—Jim memorializa todas mis reuniones.

«¿Memorializa?», pensó Neal.

—Eso está muy bien —dijo—. Pero las notas tienen la curiosa tendencia a reaparecer en los lugares más insospechados, como, por ejemplo, en los periódicos.

Anne se agarrotó.

—Jim cuenta con toda mi confianza.

Neal se dirigió a Jim.

—No te ofendas. Estoy convencido de que nunca traicionarías deliberadamente a la reina, pero...

—Neal, cierra el pico —dijo Graham.

—... pero a menos que tengas un destructor de documentos o a menos que tomes las notas en hojas individuales sobre una superficie lisa, será mejor que te abstengas de hacerlo. No sabría decirte cuántos casos he resuelto escarbando, por desgracia, entre las basuras de otros o colándome en sus despachos para leer las impresiones dejadas sobre cuadernos de notas y protectores de mesas.

—Neal... —advirtió Graham.

—Fuiste tú quien me enseñó todo eso, Graham —respondió Neal, y después volvió a dirigirse a Jim—. Además, *tú* no necesitas notas. Las notas las necesito *yo*, y solo confío en las mentales. Si en algún momento quieres «memorializar» algo, me llamas y te lo recito, ¿de acuerdo?

Jim cerró el bloc.

Y a mí que me preocupaba que pudiera estar quemado, pensó Graham.

—Desprende usted bastante hostilidad —le dijo Anne Kelley a Neal.

—Cierto. Y eso mismo pensará de mí su exmarido cuando lo encuentre. Así pues, ¿qué quiere, invitarme a tomar el té o recuperar a su hijo?

—Quiero recuperar a mi hijo.

Neal se recostó en el sofá.

—Véndame la moto —dijo.

Harley McCall era un vaquero. Se habían conocido en un rodaje en Nevada. Él trabajaba como domador de caballos en una película producida por ella, una de las últimas en un breve resurgimiento del western.

Era larguirucho y estevado y arrastraba lentamente las palabras al hablar, algo que a ella le resultó encantador, sobre todo en contraste con los afectados manierismos de los hombres de Hollywood con los que había estado saliendo hasta entonces. Tenía el pelo rubio oscuro veteado de mechass naturales, su bigote era del color del bronce y el moreno de sus brazos acababa allí donde se arremangaba la camisa; un bronceado obtenido a base de trabajar al aire libre, no de freírse untado en aceites en una playa de Malibú ni junto a la piscina del Beverly.

Comía pollo frito, huevos con beicon y burritos endemoniadamente picantes, y nunca jamás le preguntaba al camarero de dónde procedían los tomates secos. Le gustaban la cerveza fría y las mujeres calientes, y sin lugar a dudas despertó una calidez en el interior de Anne, una calidez tan suave y agradable como una tarde de verano.

Una noche salieron a pasear por el desierto, lejos del horrendo motelito en el que habían establecido su base de operaciones; lejos del director, los actores, el equipo técnico y los empresarios, a cielo abierto bajo las estrellas. Anne lo sedujo allí mismo... o puede que él la sedujera para que lo sedujese. El caso es que lo deseaba de mala manera, de modo que lo tomó.

El sexo era fantástico —aquel nunca había sido su problema— y Anne sentía que McCall le había cambiado la vida, convirtiéndola en la «mujer natural» sobre la que tantas canciones se han escrito. Le llevaba flores del desierto a su caravana, la sacaba a dar largos paseos a caballo, la llamaba «señorita» en todas partes salvo en la



cama... Una tarde se subieron a su camioneta y condujeron hasta Las Vegas, eligieron una de tantas capillas horteras y se casaron.

Anne se quedó embarazada de inmediato, puede que aquella misma noche. Cuando terminaron el rodaje regresó a Los Ángeles con una película debajo del brazo, un bebé en el vientre y un marido a remolque. La reina Anne, feliz al fin.

Habrían llamado al niño Shane, en honor de la película favorita de ambos, pero les pareció un poco excesivo, así que se conformaron con algo casi igual de bueno. Cody fue un niño bienaventurado, habiendo heredado tanto el recio atractivo de su padre como la tranquila belleza de su madre, y ambos estaban completamente extasiados con él.

La película se estrenó poco después, fue un éxito y se compraron una casa en Malibú.

Pero por algún motivo el film pasó a ser considerado el *último* gran western, la despedida nostálgica de un género clásico; una opinión que, siguiendo esa extraña costumbre tan propia de Hollywood, todo el mundo empezó a repetir porque era lo que todo el mundo estaba diciendo. Muy pronto, los únicos caballos en las películas fueron los que tiraban de carruajes en Central Park, por lo que Harley McCall se encontró con demasiado tiempo libre entre manos.

Simplemente, no había muchas opciones para un vaquero en Malibú.

Durante una temporada se les ocurrió que podría serles de ayuda en Wishbone, aportando una mirada fresca, una voz sincera, ese tipo de cosas. Pero tendía a escoger los proyectos más estúpidos: libros imposibles de filmar, *remakes* de viejos fracasos, propuestas de guionistas con los que salía a tomar cervezas... No funcionó.

Y Anne descubrió, para su inmensa congoja, que West Hollywood era un lugar muy distinto al Oeste, y que todas las cualidades que le habían parecido nuevas y emocionantes en el desierto pasaron a resultarle reiterativas e irritantes en las fiestas,

estrenos y reuniones de trabajo. Y si «Harley no es muy hablador» era una afirmación que Anne había pronunciado en principio con cierto orgullo, pronto pasó a convertirse cada vez más en una disculpa, particularmente a medida que la reticencia de Harley fue derivando de una callada seguridad en sí mismo en una hosca desesperación.

Simplemente, no había muchas opciones para un vaquero en Malibú.

Pero las que había supo encontrarlas. Empezó a desayunar cervezas frías. Descubrió que uno o dos porros contribuían a que la tarde pasara en un agradable estupor y que las partidas de póquer de altos vuelos le ayudaban a recuperar el arrojo, tanto si perdía como si ganaba. Sobre todo perdía.

Y encontró a las mujeres. Ninguna amiga de Anne, gracias a Dios, ni tampoco ninguna rival, únicamente aspirantes a actriz y cantantes de *country & western* que lo consideraban ingenioso y atractivo y que se conformaban con compartir sus tardes.

Anne se enteró de su existencia, por supuesto —Los Ángeles es una *pequeña* gran ciudad—, y le sorprendió e incluso le avergonzó un poco descubrir que se sentía aliviada. Harley no le parecía ingenioso, su atractivo no había sobrevivido al cambio de decorado y ella estaba demasiado ocupada por las tardes como para encima tener que preocuparse de encontrar maneras con las que colmar las horas de él.

Sin embargo, era un buen padre, eso siempre. Continuamente pendiente de su pequeño vaquero. Le preocupaba que fuese a crecer «en este ambiente», como decía él siempre, para irritación de Anne. Le preocupaba la falta de valores. Continuamente sugería que deberían comprar un pequeño rancho apartado de allí, un lugar para pasar el verano y donde poder enseñar al niño a montar a caballo y a utilizar el lazo, donde pudiera respirar algo de aire fresco para variar. Mientras tanto, Harley cada vez bebía más y fumaba más marihuana.

Finalmente acabó por darse asco a sí mismo. Se despertó una mañana, le puso el tapón a la botella, le regaló su alijo de hierba a un surfista local, se despidió de sus cabareteras y le pidió a Anne que se marchara con él. Vendamos esta casa de juguete en la playa, compremos el rancho, dediquémonos a un trabajo honesto y vivamos una vida de verdad.

Anne contestó que su vida ya era lo bastante verdadera, muchas gracias, pero que si él consideraba que aquello era lo que debía hacer, lo mejor sería que lo hiciera. De todos modos, para entonces su matrimonio estaba prácticamente acabado.

Lo que no se había acabado —lo que nunca acaba— era el hecho de que Harley McCall tenía un hijo al que amaba más que cualquier otra cosa. Más que las grandes llanuras, más que el cielo azul, más que su libertad. Así, la mayor alegría de su vida era también su tragedia: se veía encadenado a Los Ángeles por los grilletes del amor, por las visitas en fines de semana alternos y por el mes de vacaciones veraniegas que le había concedido el juez, como un premio en una tómbola, lo que había sido en cierto modo.

Irónicamente, ahora que ya no estaban casados, Anne pudo tirar de influencias para encontrarle trabajo. Le consiguió un empleo como vaquero especialista en una de las visitas guiadas por el estudio. Así pues, veinticinco veces por semana, Harley McCall, vaquero genuino en la vida real, se ponía un sombrero y un chaleco negros, se colocaba tras la barandilla del balcón de un *saloon*, descargaba seis balas de fogueo contra el sheriff, recibía un disparo y caía al vacío para aterrizar sobre los sacos de grano amontonados sobre un carro convenientemente colocado en la calle. Todo para complacer a los turistas que observaban desde las gradas.

Era un trabajo aburrido, humillante y mal pagado, pero bastaba para cubrir el alquiler de un pequeño bungalow en Venice y para llenar el depósito de la camioneta para el trayecto en fines de semana alternos hasta Malibú, donde recogía a su hijo.

McCall intentó hacer de tripas corazón, de verdad que lo intentó, hasta que un día, tras recibir su correspondiente disparo, se agarró

el pecho con la mano izquierda, se balanceó al borde del balcón y levantó el dedo medio de la derecha en un marcado gesto hacia el sheriff. Consiguió mantenerlo alzado durante la mitad de su caída hacia los sacos de grano, pero los turistas de las gradas no le vieron la gracia y McCall fue despedido.

Después de aquello, cayó en una sucesión de trabajos a cada cual más inmundo y más transitorio que el anterior. Su dulzura de vaquero se tornó tan rancia y amarga como la humareda de los tubos de escape que cubre Sunset Strip. Empezó a mostrarse susceptible y, por último, agresivo. Abandonó más empleos que de los que le echaron, sumando en cada ocasión una nueva afrenta junto al finiquito. Se ofendía casi por cualquier motivo, ampliando continuamente la cada vez más larga lista de cosas que «simplemente no voy a aceptar de ningún hombre».

Harley acarreaba tantos rencores que resultaba casi milagroso que todavía fuese capaz de andar derecho. Productores, críticos de cine, ejecutivos cinematográficos, ejecutivos en general, caseros, banqueros, cobradores, policías, tenderos, camareros, mujeres, judíos, negros, mexicanos, coreanos, putas, judíos, negratos, sudacas y amarillos: todos se habían aliado para hacer de su vida un infierno y para impedirle que educase a Cody de la manera en que un hombre debería educar a su hijo.

Regresó a la botella, la cual le trató igual que una esposa a un marido mujeriego: aceptándolo de vuelta y castigándolo a diario. Empezó a convertirse en todo un personaje en Venice Boulevard: un vaquero urbano con barba de tres días en las mejillas y diatribas incoherentes en la lengua. Una mala noche se hizo un tatuaje, uno de esos tan elegantes con la bandera, la serpiente y el lema «No me dejes pisar» en el antebrazo izquierdo.

Pero Anne Kelley plantó ambos pies con firmeza tan pronto como se le ocurrió aparecer borracho un viernes por la noche. Le dijo que de ninguna manera iba a permitir que Cody, que entonces tenía dieciocho meses, subiese a su furgoneta. Harley intentó tirar abajo la puerta y consiguió romper una ventana antes de que se

presentara la policía. Le sacudieron de lo lindo, fue condenado a treinta días de cárcel por perturbar el orden público y Anne obtuvo una orden judicial que le impidió llevarse a Cody el mes que le correspondía aquel verano.

Harley desapareció. Anne no sabía adónde había ido ni qué había sido de él, pero unos seis meses más tarde recibió una llamada suya. Sonaba tranquilo y dueño de sí mismo. Amable, como lo había sido al principio. Le preguntó si podía ir a verla para charlar. Anne se reunió con él en su despacho y fue como encontrarse con una versión escarmentada del hombre al que había conocido. Aseado, presentable y casi dolorosamente sobrio, McCall se disculpó por haber sido tan cretino. Le contó que se había desintoxicado y que había conseguido un empleo de mantenimiento de dispositivos móviles de riego por aspersión en East Orange County, y le preguntó si podía ver al pequeño Cody.

Anne le invitó a casa. Tenía que reconocer que se echó a llorar cuando vio a Cody engancharse al cuello de Harley. Este se mostró tan cariñoso y dulce como siempre con el niño y Anne se retiró a la cocina mientras padre e hijo volvían a familiarizarse mutuamente.

Las visitas quedaron restringidas en un principio a la casa y siempre con la presencia de Anne a una distancia prudencial. Harley se quedó a cenar con ellos en varias ocasiones y una o dos veces pasaron la tarde viendo vídeos de viejas películas del Oeste. *Centauros del desierto*, *Raíces profundas*... Fue después de *Los siete magníficos* cuando Anne se mostró de acuerdo en reinstaurar las visitas de los fines de semana.

La primera fue en mayo. Harley recogió a Cody a las siete de la tarde del viernes y dijo que pasarían el fin de semana en su bungalow en Venice. Aquello había ocurrido hacía tres meses y Anne no había vuelto a ver a su hijo desde entonces.

—¿Qué ha hecho durante estos tres meses? —preguntó Neal.

—Se suponía que Harley debía traer de vuelta a Cody aquel domingo a eso de las siete de la tarde. A partir de las ocho, diría yo, empecé a llamar a su casa. Sin resultado. A eso de las diez fui hasta allí en persona y pulsé repetidas veces el timbre. Nadie acudió a abrir, las luces estaban apagadas y no se oía ni música ni la tele. Llamé a la policía, que me remitió al departamento del sheriff. Fui al departamento del sheriff, donde me dijeron que buscarían a Harley en su última dirección conocida. Por supuesto, no estaba allí. Emitieron una orden de busca y captura, a pesar de que no pueden darles demasiada prioridad a los casos de custodia, porque no los consideran «verdaderos secuestros». A eso de las dos de la madrugada saqué a mi abogado de la cama. Me dijo que se pondría a rellenar citaciones de inmediato. Por lo que yo sé, todavía sigue rellenándolas.

»El problema de las citaciones es que hemos sido incapaces de encontrar a Harley para entregárselas. Hemos recurrido a agencias de servicios sociales, a investigadores privados, a un par de docenas de departamentos de policía y del sheriff. Después mi abogado dijo que había dado con una nueva agencia de detectives especializados en casos de custodia. Se les dio mucho mejor inflar de manera creativa su cuenta de gastos que encontrar a mi hijo. Finalmente llamé a Ethan. Tenía entendido que él no se siente... ¿cómo decirlo?, constreñido por los estrechos márgenes de la ley.

—¿De qué conoce al señor Kitteredge? —preguntó Neal.

—Su banco ha invertido dinero en un par de películas producidas por mí —respondió ella.

Cómo no, pensó Neal.

—Me había llegado el rumor de que ofrece ciertos servicios a sus mejores clientes —continuó Anne—. En esta ciudad vivimos de rumores, así que decidí comprobarlo. Ethan me dijo que alguien se pondría en contacto conmigo. En menos de veinte minutos llamó el señor Levine. Estoy segura de que ya saben ustedes el resto.

Neal estaba a punto de decirle que no estuviera tan segura cuando Graham interpuso:

—En cualquier caso, su abogado debería seguir adelante con lo que sea que esté haciendo, señorita Kelley.

—Teniendo en cuenta lo que cobra por hora, estoy segura de que lo hará —respondió Anne—. Y ahora, ¿cuál es el siguiente paso?

—Nosotros empezamos a buscar a su hijo y usted recibe a su cita de las once y media —respondió Neal mientras se levantaba de la silla.

—Quiero mucho a mi hijo, señor Carey.

—Estoy convencido de ello, señorita Kelley.

—No soy una mala madre.

—Nadie ha dicho que lo fuera.

—Lo estaba pensando.

Neal se acercó a la ventana y contempló el patio del estudio, donde los gánsters de los años veinte se dirigían hacia la cafetería para adelantarse al primer turno de comensales.

—No —dijo—. Estaba pensando que usted está acostumbrada a reescribir la historia cada vez que no le gusta lo que ve. Pero en este caso no se trata de una película, se trata de su hijo; y no es una historia, es real. Estaba pensando que estos casos de custodia son una putada, porque por mucho que la ley esté de su parte, en realidad se mantiene al margen; básicamente se limita a decirle que, una vez haya recuperado a su hijo, podrá quedárselo. Y mientras usted se ve constreñida por la ley, su esposo puede hacer lo que le venga en gana. Y estaba pensando en lo frustrada, enfadada y asustada que debe de sentirse ahora mismo.

Anne se acabó lo que le quedaba de refresco y encendió otro cigarrillo. Fue un buen intento, pero no consiguió impedir que las lágrimas asomaran a sus ojos.

—Estoy aterrorizada —dijo—. Sé que Harley nunca haría daño intencionadamente a Cody, pero ahora... después de lo que han averiguado ustedes sobre esa gente...

¿Qué gente, Graham?

—... temo que nunca volveré a ver a mi hijo.

—Se lo traeremos —dijo Neal.

Le sorprendió oírse decirlo en voz alta y le sorprendió la entrega en su tono.

—Le llamaremos en cuanto sepamos algo —dijo Graham mientras se dirigía hacia la puerta.

—Dejaré dicho que me pasen sus llamadas de inmediato —respondió Anne.

Jim Collier se apresuró a estrecharles la mano a ambos.

—Ha sido un placer conocerles —dijo.

—Ya —dijo Neal.

—Y sí que sé distinguir entre las películas y la vida real —le dijo Anne a Neal.

—¿Ah, sí? Bien, quizás un día de estos pueda enseñarme a diferenciarlas.

Mientras salían, pasaron junto a la cita de las once y media de Anne: dos nerviosos guionistas agarrados a un par de libretas y una pila de sueños.

—Así pues, ¿qué hemos averiguado sobre «esa gente», Graham? ¿Y de qué gente estamos hablando? —preguntó Neal cuando volvieron a entrar en la limusina. La frase tenía tanto de acusación como de pregunta.

—Bueno, hemos averiguado cómo consiguió Harley enderezar su vida.

—¿Qué?

Graham le dijo al chófer que se dirigiera a la esquina de Hollywood con Vine.

—¿Qué hay en Hollywood con Vine? —preguntó hoscamente el chófer.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Graham.

Neal examinó el mueble-bar, encontró una botellita de Johnny Walker Red y la volcó en un vaso mientras la limusina salía del estudio para incorporarse a la calle.



—¿Qué está pasando, Graham? —preguntó.

Neal le dio un buen trago al *whisky*. Fue como sentarse junto a una hoguera un día de invierno. Se dio cuenta de que Joe Graham se estaba frotando la mano artificial contra la palma de la de verdad. Era algo que hacía cuando estaba nervioso, cuando tenía algo rondándole la cabeza y necesitaba soltarlo. Neal se terminó la copa y esperó.

—Bueno —preguntó Graham—, ¿contamos contigo?

Neal no quería que contasen con él. Dios, no quería que contasen con él. Quería que le dejaran tranquilo en su mundo de libros viejos, sentado en una sala en silencio, tomando notas pulcramente. Pero si solo se tratase de un simple caso de custodia, no le habrían necesitado para nada. Graham seguiría el rastro de Harley, convocaría a sus refuerzos cuando fuera necesario y llevaría al crío de vuelta a casa. De modo que había algo más.

—¿Qué no me estás contando, papá?

Graham negó con la cabeza.

—No. Tú primero. ¿Contamos contigo?

Se lo debes, se dijo Neal a sí mismo. Y no solo monetariamente hablando. En otro tiempo también tú fuiste un niño perdido, y la única persona a la que le importó un carajo fue a Joe Graham, que ahora está aquí sentado despellejándose la mano buena.

—Sí, cuenta conmigo.

Los frotamientos llegaron a su fin. Graham agarró una de las botellitas de *whisky* y le quitó el tapón con el índice y el pulgar. Dio un trago directamente de la botella.

—No quería contarte demasiado hasta haberte visto nuevamente en acción. Tenía que asegurarme de que fueras...

—¿Capaz?

—Tres años son mucho tiempo, hijo.

—Entonces ¿he aprobado?

—Sí.

—Pues cuéntame toda la historia.

—Aún no.

—¿Cuándo?

—Cuando salgamos de la iglesia.

El chófer miró por el espejo retrovisor y rio burlescamente.

—¿Qué clase de condenada iglesia puede haber en Hollywood con Vine?

Un cartel anunciaba IGLESIA DE LA VERDADERA IDENTIDAD CRISTIANA. PASTOR: REVERENDO C. WESLEY CARTER. Una gran cruz blanca de plástico se cernía sobre una acera festoneada con botellas de vino rotas, páginas de periódico arrastradas por el viento, latas aplastadas y grasientos envoltorios de bocadillo. Proxenetes ataviados con sus mejores galas descansaban apoyados sobre sus Caddies y sus Lincoln Town Cars, vigilando las idas y venidas de sus chicas, que mordisqueaban rosquillas mientras, vestidas con pantaloncitos cortos de cuero blanco, se exhibían ante los coches que pasaban. Guapos adolescentes con camiseta y vaqueros ajustados aguardaban sentados en los bancos de las paradas de autobús y echaban miradas furtivas desde detrás de sus largos flequillos; era una forma más sutil de hacerse notar, perceptible únicamente para los enterados.

Si uno adoptaba la idea de que una iglesia debería ser un hospital para pecadores, la esquina de Hollywood con Vine era el emplazamiento ideal para una iglesia.

La iglesia estaba imaculada, no en el sentido de la imaculada concepción, sino al estilo utilitario de los protestantes. La madera generosamente barnizada brillaba con pía energía, la modesta moqueta había sido aspirada hasta la raíz. En el vestíbulo había una mesa con panfletos dispuestos en un orden preciso.

La congregación era más pulcra incluso. Principalmente estaba compuesta por gente mayor, como la que podría esperar uno un miércoles por la tarde, pero también había una minoría significativa

de hombres más jóvenes. Tenían los rasgos marcados y profundamente bronceados de los que trabajan al aire libre. Llevaban los vaqueros planchados y vestían camisas abotonadas hasta el cuello y corbatas pasadas de moda. También había un par de madres jóvenes, con sus chiquillos a remolque. Todos los críos parecían limpios, aseados, bien vestidos y bien educados.

Desde la parte trasera de la iglesia, Neal se sintió como si estuviera mirando a través de uno de aquellos viejos estereoscopios, porque más allá de la recua de críos, detrás del altar, había un mural en el que salía el mismísimo Jesucristo charlando con una pandilla de niños limpios, aseados, bien vestidos y bien educados, junto a la inscripción DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MÍ.

El contraste entre el bien fregado interior de la iglesia y el abigarrado infierno del exterior era, quedándose cortos, brutal. A Neal le vino a la cabeza la imagen de una de aquellas viejas películas del Oeste, cuando los colonos colocan las carretas en círculo para protegerse del ataque de los indios. Aquel lugar era tan... blanco.

Todo el mundo era blanco. Los señores mayores, los trabajadores, las jóvenes madres, los niños. Jesucristo era indudablemente blanco, con los ojos azules y una melena larga y castaña a la que únicamente le faltaba un día en la playa para ser rubia. Los niños que se habían acercado a él eran blancos y tenían pinta de encontrarse más a gusto en Suecia que en Judea. Neal no veía tanta melena rubia desde la última vez que se había emborrachado lo suficiente como para ver el certamen de Miss América.

—Detecto una marcada ausencia de melanina aquí dentro —le susurró a Graham mientras se sentaban en un banco de la parte trasera.

—Signifique eso lo que signifique —respondió Graham.

Neal estaba a punto de responder cuando un hombre alto y de pelo canoso, vestido con un traje azul, salió de detrás del altar y se

subió al púlpito. Llevaba el pelo cortado a cepillo, su rostro moreno parecía esculpido con una azada y el azul de sus ojos era más intenso que el de su traje, si bien no tan lustroso.

La congregación se apresuró a tomar asiento en los bancos y aguardó con silenciosa expectación.

—C. Wesley Carter —susurró Graham.

—Camarada W. C. —respondió Neal.

—Buenas tardes a todos —dijo C. Wesley Carter.

Su voz sonaba como una buena trompeta: nítida y clara, sin resultar atiplada ni estridente. Era una buena voz, y él lo sabía.

—¡Buenas tardes, reverendo Carter! —respondió la congregación.

—Bienvenidos a nuestra sesión de estudio de los miércoles por la tarde. Me alegro de que todos hayáis conseguido abriros camino sanos y salvos hasta nuestro pequeño claro en mitad de la selva.

¿La selva?, pensó Neal. En fin...

—Hoy estoy muy emocionado —dijo Carter—, porque hemos vuelto al principio de nuestro ciclo de charlas sobre la verdadera identidad cristiana, y los nuevos comienzos siempre me resultan estimulantes. Por supuesto, cuando uno ha dado esta misma charla tantas veces como lo he hecho yo... Bueno, reconozcámoslo, cuando uno ha oído esta charla tantas veces como varios de vosotros... ¡en fin, no me ofendería si alguno decidiera levantarse y marcharse!

—Yo quiero levantarme y marcharme —susurró Neal.

—Cállate —respondió Graham.

El reverendo Carter hizo una pausa para que el público la llenara con risas. Así lo hicieron algunos de los asistentes más veteranos y un anciano incluso gritó:

—¡Ni hablar, reverendo!

Carter continuó:

—Pero creo que, al margen de cuántas veces oigamos determinadas cosas, nunca serán demasiadas, ¿no os parece? Supongo que ese es uno de los motivos por los que se escribió la

Biblia, para que podamos leer las palabras sagradas tan a menudo como tengamos necesidad de ello. Y en estos tiempos turbulentos (y si no creéis que son turbulentos, bastará con que os asoméis a esa puerta a echar un vistazo) las necesitamos muchísimo. Necesitamos recordarnos a nosotros mismos quiénes somos. ¡Necesitamos reafirmar nuestra verdadera identidad cristiana! ¡Nuestra verdadera identidad cristiana como el pueblo elegido!

La congregación estalló en aplausos. Graham golpeó educadamente su mano de verdad contra la artificial.

—Ahora bien, ¿quién es el pueblo elegido? —preguntó Carter, presumiblemente de manera retórica—. Bueno, la Biblia nos lo indica, así que empezaremos directamente por ella. De hecho, empecemos por el comienzo del libro del Génesis.

Carter abrió una enorme y vieja Biblia sobre el púlpito.

—No pensará leerla entera, ¿verdad? —le preguntó Neal a Graham.

—Cierra el pico, demonios —siseó Graham.

—Bonita manera de hablar en una iglesia.

Un grupo de feligreses abrió sus respectivas biblias por el libro del Génesis.

—Está justo al principio —le susurró solícito Neal a Graham.

—Sabemos que los judíos siempre han sostenido ser el pueblo elegido, pero la Biblia nos cuenta otra cosa, ¿verdad que sí? —preguntó Carter, intentando adoptar un tono neutro de pregunta de catedrático—. Os habréis fijado en que, en el Génesis, Caín tenía celos de su hermano Abel, el favorito de Dios. Esto es muy interesante. ¿Por qué iba Dios a favorecer a Abel? La respuesta es sencilla: porque Caín no era hijo de Adán... ¡sino hijo de Satanás! Caín fue el fruto del apareamiento de Eva con la serpiente. Así que, por supuesto, Dios prefería a Abel.

Neal le dio un codazo a Graham.

—¿Crees que Mia Farrow interpretará a Eva en la película?

—Por supuesto, todos sabemos que Caín mató a Abel —siguió predicando Carter—, el primer ejemplo de un judío que asesina a un

gentil, y aquí viene la parte importante: Dios maldijo a Caín. Me remito a Génesis 4, 11: «Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra». Y en Génesis 4, 12: «Errante y extranjero serás en la tierra».

—Parece que esté hablando de ti —le murmuró Graham a Neal—. ¿Qué has hecho para cabrear a Dios?

—Conocerte a ti.

—¡Y entonces Adán tuvo otro hijo! —anunció Carter—. El nombre del hijo fue Set. Y Set, si seguís todos los «y engendró» del capítulo 5, fue el antepasado de Noé, el cual, como ya sabéis, fue el escogido de Dios. Los judíos, como podéis ver, son los hijos de Caín. Lejos de ser el pueblo elegido, son el pueblo maldito. ¡Malditos por el propio Dios!

—Nada como el servicio personal —susurró Neal.

Joe Graham se limitó a menear la cabeza.

—Ahora —dijo Carter— tenéis que ir avanzando por otra ristra entera de «engendrados» hasta llegar a Abraham, el cual engendró a Isaac, e Isaac tomó por mujer a Rebeca y juntos le rogaron a Dios que les concediera hijos, y Dios respondió. Estamos ahora en Génesis 25, 23: «Y el Señor le dijo: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; mas un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor». ¡Amén!

—¡Amén! —respondió la congregación.

—Y una vez más se repite la misma historia, amigos, porque Rebeca engendró gemelos. El primero en salir fue Esaú. Escuchad atentamente la descripción: Esaú «era pelirrojo y tenía todo el cuerpo velludo como una pelliza». ¿Qué es lo que nos indica eso? ¡Que Esaú era el descendiente espiritual de Caín, hijo del diablo, maldito por Dios! Y Esaú, amigos, será el padre de una de esas dos naciones, de la más débil.

»Ahora bien, el gemelo más joven fue Jacob, y pronto leeremos que Esaú le vendió a Jacob su primogenitura y que Isaac bendijo a Jacob y que Esaú tuvo celos. Vuelve a ser la misma historia de siempre y, cómo no, Esaú planeó asesinar a Jacob. Y Esaú es

descrito como “taimado”, algo que desde luego nosotros ya sabemos, ¿verdad? Pero Jacob consiguió escapar.

»Y aquella noche utilizó una piedra como almohada y tuvo un sueño, y soñó que ascendía una escalera hacia el cielo y que hablaba con el Señor y que el Señor le decía: “Yo estoy contigo y no te abandonaré”. Amén. ¿Y el lugar donde tuvo el sueño? Se llamó Betel, no lo olvidéis.

»Después, Jacob vagó durante años como un fugitivo, pero sabía que Dios estaba con él, y Jacob se convirtió en vaquero, amigos míos, en el primer vaquero, y sus rebaños se multiplicaron y crecieron en número y con el tiempo Jacob acabó regresando a su lugar de nacimiento convertido en un hombre rico y poderoso, y Esaú salió a recibirlo con lágrimas de cocodrilo y lo abrazó y lo besó, pero todos sabemos ya lo que significa el beso de un judío, ¿verdad que sí? Y Jacob tomó esposas y tuvo hijos y ganado y siguió con su vida, regresó a Betel y volvió a ver a Dios... Y ahora voy a leeros este párrafo palabra por palabra, porque es la clave de todo lo que estamos hablando hoy aquí. Génesis 35, 10: “Y le dijo Dios: Tu nombre es Jacob; pero ya no te llamarás Jacob, sino que tu nombre será Israel. Y lo llamó Israel”.

»Jacob era el verdadero Israel, amigos. No ese Israel de pacotilla al que Washington entrega el dinero de nuestros impuestos.

»Pero sigamos: “Y Dios le dijo: Yo soy el Dios omnipotente, crece y multiplícate; una nación y un conjunto de naciones saldrán de ti y reyes saldrán de tus entrañas. La tierra que he dado a Abraham y a Isaac te la daré a ti, y a tu descendencia después de ti”.

Carter cerró la Biblia e hizo una pausa dramática.

—Así pues, buenas gentes, Jacob, descendiente de Set, fue el padre del pueblo elegido, elegido por Dios para formar «una nación y un conjunto de naciones». Y bien, ¿de qué nación estamos hablando? ¿De la supuesta Israel del presente? No lo creáis ni por un momento. Es lo que les gustaría que creyéramos todos, es la majadería que quieren que nos traguemos, pero simplemente no es

cierto. ¡No puede serlo! ¿Por qué no? Porque, entre otras cosas, ¿dónde está el conjunto de naciones que debería acompañarla? Yo lo único que veo es un Estado judío impostor rodeado por un hatajo de reyezuelos árabes. Los hijos de Esaú, los hijos de Ham, ¡pero no los hijos de Jacob, los hijos de Set! Eso no es lo que tenía Dios en mente, no, señor, ni mucho menos.

Neal se inclinó hacia Graham y preguntó:

—¿Crees que nos va a contar qué era lo que tenía Dios en mente?

—No me extrañaría.

Y así fue. El reverendo C. Wesley Carter, fundador y pastor de la Iglesia de la Verdadera Identidad Cristiana, les explicó el gran diseño vaticinado para ellos. Cómo los verdaderos descendientes de Set y de Jacob habían abandonado Oriente Próximo, cómo habían emigrado junto con sus esposas, hijos y ganado hacia el norte y el oeste, para acabar instalándose en Alemania, Inglaterra, Escandinavia y las islas británicas. Ellos eran la tribu perdida de Israel, que finalmente había encontrado la tierra prometida: América.

—Pero el judío, el envidioso judío, el hijo del intrigante Satanás, el hijo del homicida Caín, el hijo del taimado Esaú, volvió a infiltrarse en el Edén. ¡Ahora tenemos una banca judía y una prensa judía, un gobierno judío y un sistema «judicial»! ¡Le hemos vendido nuestra primogenitura a Esaú! ¡Y tendremos que recuperarla con lágrimas, sacrificio y sangre!

»Pero ese ya es otro sermón. Concluyamos con una oración.

—Amén —dijo Neal.

De regreso en la limusina, Neal dijo:

—Así que Harley encontró la religión.

—Si es así como quieres llamarlo... Solo quería que vieras de primera mano en qué jardín nos estamos metiendo —dijo Graham.

—En uno en el que no faltan serpientes, eso seguro.

—Muy gracioso.



El chófer se dio la vuelta en su asiento para mirar a Graham. No le había hecho ninguna gracia tener que pasarse una hora y pico esperando en la entrepierna de la ciudad.

—¿Están listos para volver al hotel? —preguntó.

—¿Por qué no?

Neal se recostó sobre la tapicería del asiento y miró a través de la luna tintada.

—Vale —dijo—. ¿Vas a contarme ya toda la historia?

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando estemos de vuelta en el hotel.

De modo que Neal siguió con la mirada fija en la ventana ahumada y vio las palmeras a través de la bruma del sol y la contaminación y se preguntó qué le estaría esperando en el hotel.

Mientras salía de la piscina y se sacudía el agua de encima, Ed Levine parecía un oso pardo del zoológico. Agarró una toalla de su tumbona, se secó y se acercó al extremo de la terraza para saludar a Neal Carey.

—Nunca pensé que me oiría diciendo esto —dijo Ed mientras le tendía una mano—, pero me alegro de verte.

—Yo también me alegro —dijo Neal, percatándose con cierta sorpresa de que realmente lo decía en serio.

Ed Levine había sido su jefe, su rival, su némesis durante una docena de años.

Permanecieron inmóviles observándose mutua e incómodamente durante unos segundos mientras Ed, cubierto solo por un ajustado bañador, formaba un charco con el agua de la piscina que goteaba a sus pies y Neal intentaba evitar mojarse los zapatos nuevos.

—Bueno, ¿y qué tal estás? —preguntó Neal.

—Divorciado.

—Lo siento.

—No lo sientas. Yo no lo siento —dijo Levine—. ¿Y tú, qué tal en China? ¿Te lo has pasado bien?

—De fábula.

Joe Graham preguntó:

—¿Ha terminado el momento conmovedor? ¿Podemos volver al tajo?

—¿Se apunta? —le preguntó Levine a Graham.

—Se apunta —respondió el propio Neal.

—Cojamos una mesa. He encargado que nos traigan el almuerzo.

Se sentaron alrededor de una mesa redonda esmaltada con sombrilla de manivela. Levine se puso una camiseta hawaiana que le quedaba grande incluso a él. Neal colgó su chaqueta en el respaldo de la silla, se puso las gafas de sol y observó a la gente hermosa que tomaba el sol alrededor de la piscina.

—Tienes buen aspecto —le dijo a Levine—. Has perdido peso.

—He estado haciendo ejercicio. Jogging, pesas, squash... un poco de todo. No me encontraba en tan buena forma desde que salí del ejército.

—Eso está bien.

—¿Y tú qué me dices, Neal, estás en forma?

Neal recordó los interminables trayectos montaña arriba por los empinados escarpes, acarreando cubos llenos de agua y haces de leña.

—Estoy en forma.

—No, me refiero a si estas *en forma*. ¿En forma como para llevar a cabo una operación?

—Sí, creo que sí.

Ed miró a Graham. Este asintió en silencio.

—No sé yo —farfulló Ed.

Se les acercó un camarero. Graham pidió una cerveza, Ed un té helado, Neal un granizado de café. Permanecieron sentados en silencio con sus pensamientos hasta que llegaron las consumiciones.

—Queríamos que conocieras a Anne Kelley, que oyeras su historia, antes de comprometerte con el trabajo.

—¿Queríamos?

—Graham y yo... y el Hombre.

—¿Qué está pasando aquí, Ed?

El camarero regresó acarreando una gran bandeja llena de platos.

—Espero que no os importe, he pedido por vosotros.

El camarero dejó sobre la mesa un sándwich de pastrami en pan de centeno para Graham, una hamburguesa con queso poco hecha y patatas fritas para Neal y una ensalada para Levine.

—¿Una ensalada? —preguntó Neal.

—¿Y qué?

—Nada.

Ed señaló el plato de Neal.

—No es del Burger Joint —dijo, refiriéndose al pequeño local predilecto de Neal en Nueva York.

—Pero ¿cuál lo es?

—Exacto. Claro que si prefieres un plato de arroz o algo...

Neal negó con la cabeza. Estaba demasiado ocupado masticando para hablar. *No* era del Burger Joint, pero aun así le pareció maravillosa; comida que podía agarrarse con las dos manos.

Levine atacó su ensalada casi con la torva determinación de disfrutarla. Se la terminó en apenas diez segundos, se limpió los labios con la servilleta e intentó convencerse de que estaba lleno.

—Bueno, Neal.

—Bueno, Ed.

—La historia es la siguiente: McCall se hizo discípulo de la Iglesia de la Verdadera Identidad Cristiana. C. Wesley Carter mantiene interesantes vínculos con grupos como el Posse Comitatus, el Klan y el partido Nazi —dijo Levine mirando ávidamente las patatas fritas en el plato de Neal—. Nuestros contactos en el FBI nos cuentan que estos grupos han comenzado a

formar alianzas, con la intención de establecer una red a nivel nacional. La idea es mantener el perfil público de sus colectivos al tiempo que crean una serie de grupos terroristas clandestinos reunidos bajo la rúbrica de Resistencia Aria Blanca. ¿Qué es esto?

—Un rábano.

—Jesús... por decir algo.

—¿Puedes pasarme el vinagre? —le preguntó Neal a Ed.

Ed le acercó la botella y Neal echó vinagre sobre sus patatas fritas.

—El caso —continuó Ed— es que, una vez establecidas las células, estos tarados se ayudan mutuamente en sus respectivas operaciones, ocultan a sus miembros fugitivos... es toda una red subterránea.

—Y si Harley se incorpora a ella, podríamos perderlo definitivamente —añadió Graham.

—Motivo por el cual debemos movernos con rapidez —dijo Ed—, ahora que sabemos dónde está.

Esa sí que es una novedad interesante, pensó Neal.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Entonces —preguntó Ed— ¿quieres hacerlo?

A Neal le entraron ganas de ponérselo un poco difícil. Solo por protestar ligeramente contra aquella vieja rutina, la de fingir que te permiten decidir si quieres encargarte del trabajo pero negándose a contarte en qué consiste hasta que te hayas comprometido a realizarlo.

Ed se echó hacia delante y cogió una patata del plato de Neal.

—Hacer ¿qué? —preguntó Neal.

Ed miró a Joe Graham.

—Un trabajo de infiltrado, hijo.

Infiltrado. La palabra más excitante y terrorífica del negocio. La llama que atrae y que quema.

—Infiltrado ¿dónde? —preguntó Neal.

Ed mordisqueó la patata frita mientras hacía gestos con la otra mano, trazando pequeños y vagos círculos en el aire.

—Ya sabes, ahí fuera.

Ahí fuera, ahí fuera. Bueno, chicos, ¿por qué no? Me he pasado toda la vida ahí fuera.

A mil kilómetros de allí, un alarido resonó sobre los llanos cubiertos de artemisas. Al principio sonó como un coyote herido, pero los coyotes no aúllan en pleno día. El sonido era humano, un grito de agonía que se alzó para luego morir en la vasta quietud de la Meseta Solitaria.

### 3

Neal aparcó junto a la acera hecha con planchas de madera en la calle principal de Virginia City, Nevada. Había comprado un coche — un Chevrolet Nova de 1967— en un concesionario de automóviles usados en Santa Mónica; le había costado trescientos dólares y probablemente había pagado de más. Aunque en algún momento de su bregada vida el Chevy había sido plateado, la chapa lucía ahora un gris mortecino moteado con manchas de óxido. La manija interior de la puerta del conductor se había desprendido al agarrarla y, para poder cerrar, Neal debía introducir dos dedos en sendos agujeros y tirar con todas sus fuerzas. La tapicería estaba llena de desgarrones, varios pequeños boquetes en el suelo permitían ver la calzada y el aire acondicionado más bien parecía un vago recuerdo de un día de otoño. A cincuenta y cinco kilómetros por hora, el coche renqueaba de manera incontrolable, y se estremecía, resollaba y bufaba durante no menos de ocho segundos después de haber apagado el contacto. Pero la radio funcionaba, el enorme motor estaba a la altura de cualquier colina y el viejo automóvil era capaz de mantener una velocidad constante de ciento veinte kilómetros por hora durante todo el día. Era un vehículo pensado para cubrir grandes distancias.

Que fue exactamente lo que hizo Neal nada más sacarlo del concesionario de coches usados. Había acordado reunirse con Graham y Levine en Virginia City. Ellos habían ido en avión hasta Reno y se desplazarían en coche desde allí. Pero Neal tenía que conducir todo el trayecto, porque además de encargarse de

reconocer el terreno debía hacerlo bajo falsa identidad, por lo que no podía arriesgarse a que algún colega de Harley lo viese bajando de un avión en Reno. Reno era una ciudad pequeña y Virginia City era más pequeña aún. Harley estaba trabajando en un bar llamado Lucky Dollar. Al parecer se había pasado de confiado y le había proporcionado su número de la seguridad social al dueño, un error de bulto cuando alguien te sigue los pasos. Particularmente si ese alguien es Ed Levine, que no tiende a pasar por alto ese tipo de detalles.

Debería ser fácil, una simple emboscada. Neal encontraría a McCall, se presentaría como feligrés de la Iglesia de la Identidad, harían buenas migas, forzaría una invitación a su casa y después lo atraería hacia los brazos abiertos —por así decir— de Joe Graham y Ed Levine.

Seguirían el viejo sistema: dos vehículos con lunas tintadas esperarían al acecho. En el momento adecuado, Ed y los matones de uno de los coches agarrarían a Harley, lo meterían por la fuerza en su vehículo y se lo llevarían a dar un largo y agradable paseo por el campo, mientras Graham y Neal subían a Cody al otro coche y partían rumbo a California.

Era la hostia de ilegal, puesto que implicaba agresión, rapto (el de Harley, claro) y toda una serie de infracciones adicionales y delitos en potencia. Pero todos los participantes, salvo Neal, irían enmascarados, las furgonetas carecían de identificativos y, en lo que a Neal respectaba, bueno, tenía una nueva identidad, carnet de conducir falso y se encontraría de regreso en Nueva York antes de que hubieran transcurrido cuarenta y ocho horas de la operación.

Y Anne Kelley recuperaría a su hijo.

Para su gran sorpresa, Neal descubrió que le gustaba conducir. Le gustó el tacto del volante y sentir la vibración del coche bajo su cuerpo mientras cruzaba el desierto al este de Los Ángeles y se dirigía hacia el norte siguiendo el contorno de las sierras, atravesando las montañas para penetrar en Nevada. Le gustó el aislamiento de conducir de noche, con *Darkness at the Edge of*

*Town* sonando a todo volumen. Le gustó deslizar el Nova bajo las suaves luces de una gasolinera hasta detenerse junto a los surtidores, llenar el depósito y comprar una cena, consistente en un paquete de cecina, una bolsa de doritos y un pastelito, que se comió mientras seguía camino.

Le gustó rodar sobre el asfalto mientras veía salir el sol sobre la tierra gris del noroeste de Nevada, tomar un desayuno barato —un plato de huevos grasientos, tostadas rancias y café amargo— en un área de servicio y volver a la carretera, recorriendo de un tirón la distancia a través de las llanuras hasta alcanzar las montañas al oeste de Reno. Le gustó conducir y se sintió ligeramente decepcionado cuando salió de la autovía para tomar la pequeña carretera que ascendía hacia el viejo pueblo minero de Virginia City.

Era una ciudad pequeña. La avenida principal discurría sobre la dorsal de un risco con vistas a las colinas más bajas y a la amplia llanura que se extendía hacia el este.

Neal llegó a Virginia City a media tarde y se acomodó en un conveniente taburete de bar desde el que se divisaba la calle. Hizo durar un par de cervezas hasta que vio que una furgoneta de lunas tintadas cubierta por pegatinas turísticas se detenía en la acera de enfrente. Un par de minutos más tarde, una pequeña camioneta de alquiler para mudanzas recorrió lentamente la avenida hasta encontrar aparcamiento. De su interior surgieron dos hombres muy voluminosos que entraron en una cafetería.

Buen toque, pensó Neal. Encontró un restaurante en una calle secundaria y se obsequió un filete poco hecho con patatas fritas y una porción de tarta de cerezas. Se demoró con el café hasta que se hizo de noche y después fue caminando hasta el Lucky Dollar Saloon & Casino. Era lunes por la noche y la calle se hallaba prácticamente desierta. Neal escuchó el ruido de sus pisadas sobre la acera de madera. Las farolas, muy espaciadas entre sí, dibujaban austeras cuñas plateadas en la oscuridad, y la noche era fresca para ser verano.



El Lucky Dollar era principalmente una trampa para turistas. Tenía puertas batientes de *saloon* y viejas mesas de madera. Tres de sus paredes estaban ocupadas por máquinas tragaperras y una enorme barra de madera recorría de lado a lado la cuarta. De pie ante una máquina, una anciana delgada como una espiga iba sacando monedas de cuarto de dólar de un vaso de plástico que llevaba en una mano para introducirlas en la ranura con la otra. Un anciano, que podría haber sido su marido, observaba atentamente los naipes electrónicos de la máquina de blackjack ante a la que estaba sentado, como si pudiera ser capaz de adivinar la mano del repartidor. Ninguno de los dos alzó la mirada cuando Neal entró en el local.

El tipo de detrás de la barra parecía cincuentón. Su pelo rojizo estaba perdiendo el color al mismo ritmo que los carrillos su consistencia. Tenía nariz de bebedor y los ojos azules y hundidos. Ancho de hombros y de gruesos antebrazos, no parecía necesitar portero para poner orden en el local.

—No vemos demasiados turistas los lunes —dijo al tiempo que Neal se sentaba en un taburete frente a la barra—. La mayoría prefiere pasar las noches en Reno. Esto es demasiado tranquilo.

—Me gusta la tranquilidad.

—¿Qué le pongo?

—Un escocés.

—¿El de la casa?

—Me parece bien.

Neal cogió su copa, cambió diez dólares en monedas de cuarto y perdió al videopóquer durante un rato. Después regresó a la barra, pidió otro escocés y preguntó:

—Por cierto, tenía entendido que si quería ver a Harley McCall podría encontrarlo aquí.

Neal se dio cuenta de que estaba nervioso. Establecer contacto era siempre la parte más arriesgada de aquellos trabajos, porque uno no sabía exactamente a quién estaba abordando. Si aquel camarero conocía la situación de Harley o, peor, era miembro de la

Iglesia de la Identidad, Neal tenía tantas posibilidades de recibir un leñazo con un bate de béisbol en la cara como de obtener algo de información.

—Es su noche libre —dijo el camarero—. ¿De qué conoce a Harley?

Neal notó que el sudor le goteaba por la nuca. Llevo demasiado tiempo sin hacer esta mierda, pensó. La voy a cagar. Puede que los refuerzos estén demasiado lejos. Quizás Ed tendría que haber metido a alguien más conmigo aquí dentro. Puede que este tipo se dé cuenta de que tengo miedo.

Vamos, vamos. No empieces a dudar de ti mismo. Es entonces cuando sales mal parado.

Neal le dedicó al camarero una sonrisa pícara y uno de esos encogimientos de hombros en plan «No sé si debería decirlo».

—Os conocisteis en la cárcel, ¿verdad? —El camarero rio por lo bajo—. ¿Dónde?

—Los Ángeles.

—Los Ángeles es una cárcel.

—Y que lo digas.

—¿Te debe dinero o algo?

Neal se rio.

—No. Harley dijo que si alguna vez estaba por la zona pasara a saludarle; estaba por la zona, así que he pasado a saludarle.

¿Debería decir algo sobre Cody?, se preguntó Neal. No, demasiado pronto, podría despertar sospechas.

—Vive en un pequeño motel al extremo norte de la ciudad —dijo el camarero—. The Comfort Rest. Un nombre de mierda para un motel. Y un motel de mierda. Su cabaña es la cinco, la última de todas.

—Ah, muchas gracias. Creo que me acabaré la copa y me dejaré caer por allí.

Neal se obligó a seguir sentado, dándole sorbos a su *whisky*, dejando que el pulso se le tranquilizara. Volver al negocio estaba resultándole más duro de lo que había previsto.

Junto a la máquina tragaperras, la anciana cacareó mientras una lluvia de monedas caía sobre su vaso de plástico. El anciano apartó la mirada de la máquina de blackjack y maldijo la buena suerte de la mujer.

Neal se terminó el *whisky*, se despidió del camarero y encaminó lentamente sus pasos calle abajo, hacia el Comfort Rest. No se dio la vuelta para comprobar si la camioneta y la furgoneta lo estaban siguiendo, ni siquiera intentó captar los sonidos. Sabía que Amigos habría contratado a los mejores conductores y a los mejores matones. Sabía que Graham se estaba frotando los nudillos artificiales contra la palma de su mano buena. Sabía que Levine estaría susurrando cien instrucciones por minuto.

Esto es demasiado fácil para ser cierto, pensó Neal cuando llegó al motel. Parecía hecho a posta para una emboscada. Se hallaba separado de la calle por unos buenos veinte metros de aparcamiento de grava. El motel en sí consistía en una serie de cabañas deterioradas dispuestas en forma de media luna alrededor del mal iluminado aparcamiento. La cabaña 5 era la más alejada de la recepción y las cabañas 1 a 4 parecían desocupadas. En la recepción tampoco se veía luz. Había una vieja camioneta Ford aparcada delante de la cabaña 5. En el interior, una luz rielaba desde detrás de las cortinas echadas.

Neal experimentó el viejo subidón de adrenalina. ¿Actuar de inmediato o esperar?, se preguntó. Si espero, Harley podría hablar con su jefe, olerse algo y desaparecer. Puede que nunca volvamos a tener una oportunidad mejor. A estas horas de la noche, Cody probablemente estará acostado. Solo con que fuese capaz de conseguir que me abra la puerta, podríamos hacerlo rápida y discretamente.

Hazlo ahora.

Neal volvió sobre sus pasos y vio entre las sombras la furgoneta de las pegatinas turísticas, aparcada en un ángulo que impedía que fuese vista desde el motel. La camioneta de mudanzas se hallaba a unos cincuenta metros por detrás, en la acera opuesta de la calle.

Neal cruzó la calzada, retrocedió caminando por la acera y llamó con los nudillos a la ventanilla del conductor. La ventanilla bajó con un zumbido eléctrico.

Neal reconoció al conductor de un par de antiguos trabajos en Nueva York: Vinnie Pond era el mejor experto en huidas que había en el negocio. Tenía los reflejos de un ladrón de guante blanco y los nervios de un conductor de las 500 millas de Indianápolis. Neal asintió a modo de saludo y después se dirigió a Graham.

—Hagámoslo ahora.

—¿Cody está ahí dentro? —susurró una voz de mujer.

Neal se inclinó para meter la cabeza en la furgoneta y mirar hacia la parte trasera. Anne Kelley estaba allí, hecha un manojo de nervios, agarrando un vaso de café entre las manos.

Neal volvió a mirar a Graham.

—Ha insistido en acompañarnos —explicó Graham.

—Sé que le va a parecer una locura, señora Kelley —dijo Neal—, pero recuperando a su hijo de este modo vamos a cometer un delito. Se suponía que usted no debía saber nada de todo esto, por su propia seguridad.

—Cody se sentirá aterrado si no me ve aquí, al ver que se lo llevan a la fuerza unos desconocidos. Bastante duro va a ser ya para él. Me quedo.

Una mirada a sus ojos bastó para convencer a Neal de que no serían capaces de librarse de ella y que no tenía sentido empeñarse en lo contrario. Así que dijo:

—Puede que su presencia nos facilite las cosas. Quizá sea capaz de conseguir que Cody guarde silencio cuando lo metamos en la furgoneta.

—Se lo garantizo.

—¿Quieres hacerlo ahora, Neal? —preguntó Graham—. ¿Estás seguro?

—He tenido que revelar demasiado en el bar. Es un momento tan bueno como cualquier otro. Me encanta la disposición.

Graham asintió.

—Muy apropiada —dijo.

—No pensarán hacerle daño a Harley, ¿verdad? —preguntó Anne—. No quiero que le pase nada.

Neal le dio la espalda al vehículo y la ventana volvió a cerrarse.

Nosotros tampoco queremos hacerle daño, pensó Neal, pero si no nos deja otra alternativa...

Respiró hondo tres veces seguidas y volvió caminando hasta la cabaña 5. Alcanzó a oír la furgoneta avanzando detrás de él, a una distancia prudencial. La camioneta no estaría demasiado lejos.

Neal llamó a la puerta.

Respondió una voz de hombre:

—¿Quién es?

¿Qué es lo que estoy oyendo en su voz, irritación o nervios?, se preguntó Neal.

—Me llamo Kellow —dijo Neal—. El reverendo Carter me pidió que pasara a hacerte una visita, quiere saber cómo te van las cosas.

—¿Quién demonios es el reverendo Carter?

La voz había sonado pegada a la puerta.

Mierda, mierda, mierda, pensó Neal. Está con la mosca detrás de la oreja. No creo que podamos permitirnos un trabajo elegante. Va a ser cuestión de fuerza y velocidad.

La puerta no tenía mirilla, de modo que Harley no podía ver el exterior. Neal levantó el brazo derecho y realizó un rápido movimiento circular con la mano.

Deprisa, deprisa, pensó. No se dio la vuelta para comprobar que estuvieran viniendo. Sabía que lo harían.

—El reverendo Carter estaba empezando a preocuparse. Al parecer han aparecido unos tipos haciendo preguntas —dijo Neal hacia la puerta.

Se produjo una larga pausa. Neal casi pudo oír los pensamientos del tipo.

—¿Preocupado por mí?

Abre la puerta y punto, Harley. Simplemente abre la puerta y todas nuestras preocupaciones habrán terminado.

—Sí. Tengo entendido que tienes... ¿algún tipo de problema? ¿Con tu esposa? Al reverendo Carter se le ocurrió que quizá pudiéramos echarle una mano.

Ahora Graham estaba agazapado junto a sus pies. Dos de los matones aguardaban agachados debajo de la ventana y junto a la puerta respectivamente. Levine se había colocado en cuclillas a escasos centímetros por detrás de Neal.

—¿De qué clase de ayuda estamos hablando? —preguntó la voz.

El tono era ligeramente beligerante. ¿Está ganando tiempo?, se preguntó Neal. ¿Mientras despierta a Cody, lo viste y se prepara para escapar por la ventana trasera?

—Oh... —respondió Neal—. Puede que un pequeño préstamo.

La puerta se abrió una rendija. Joe Graham introdujo su miembro artificial en la abertura al tiempo que el hombre intentaba volver a cerrar. Neal se apartó de un salto mientras Levine se abalanzaba contra la puerta, arrancando la cadena de seguridad de la pared.

Los dos matones irrumpieron en la cabaña. Uno de ellos le hizo un placaje al tipo alrededor de la cintura mientras el otro le colocaba una capucha negra en la cabeza. El primer matón lo agarró del cuello, le tapó la boca con su enorme manaza y lo levantó hasta dejarlo de puntillas con una llave que le rompería el cuello si intentaba resistirse. El segundo matón cerró la puerta al tiempo que la furgoneta aparcaba frente a ella. Todo esto sucedió en unos tres segundos.

Levine se dirigió a la cama para coger a Cody.

Cody no estaba en la cama.

Graham salió del cuarto de baño negando con la cabeza.

—¿Dónde está el niño? —siseó Levine.

—¿Qué niño? —preguntó la voz amortiguada bajo la capucha. La voz temblaba.

Levine agarró la capucha justo por debajo del mentón y tiró con fuerza.

—Puedes decírmelo ahora o decírmelo más tarde, pero más tarde te vas a sentir mucho peor, así que dímelo ahora.

—No sé de qué me está hablando.

No era una voz desafiante, era una voz aterrorizada.

—No es él —dijo Graham.

—¿Qué? —preguntó Levine.

—No es él. —Graham alzó el brazo izquierdo del hombre y señaló un lugar bajo su camiseta blanca—. No tiene el tatuaje.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Levine.

—¡Harley McCall!

No puede haber dos, pensó Levine.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Paul Wallace —dijo el hombre, llorando.

—¿Por qué estás usando el número de la seguridad social de Harley McCall, Paul?

—Me encontré su cartera. Necesitaba una nueva identidad. ¿Van a matarme?

—Todavía no lo he decidido. ¿Dónde la «encontraste»?

—En Las Vegas.

—¿Cuándo?

—Hará un mes.

Ed les hizo una señal a Graham, Neal y al otro matón para que salieran, y después dijo:

—Paul, ahora tengo que marcharme. Habrá alguien vigilando desde la acera de enfrente. Quédate aquí dentro diez minutos sin quitarte la capucha. Si no lo haces...

—Lo haré.

Graham abrió la puerta un resquicio, inspeccionó el exterior y a continuación se dirigió rápidamente hacia la furgoneta. Neal le siguió. El matón se dirigió a grandes zancadas hasta la cabina telefónica que había fuera y arrancó el cable del auricular del teléfono. A continuación se dirigió hacia la camioneta.

Levine se asomó por la puerta, alzó ambas manos e hizo un gesto como de partir un palo. El matón se subió a la camioneta justo

en el momento en que esta echaba a rodar por la calle. Después Levine entró en la furgoneta.

Anne Kelley estaba llorando. Golpeaba el cojín del asiento con los puños, mientras lloraba y decía:

—Cody, Cody, Cody.

Levine le dijo a Neal:

—Súbete a ese coche y márchate echando hostias. No vayas al aeropuerto de Reno. Límitate a cruzar la frontera estatal, abandona el coche y reúnete con nosotros en Nueva York. Empezaremos nuevamente de cero.

—Lo siento —le dijo Neal a Anne.

Ella asintió, pero siguió llorando.

—¡Muévete! —le gritó Ed—. ¡El camarero podría identificarte!

Neal estaba mirando a Anne Kelley. Era la viva estampa del desconsuelo, la viva estampa de la pérdida.

—En marcha, hijo —dijo Graham en voz baja.

Neal abrió la puerta de la furgoneta y salió. Vinnie puso la marcha atrás y salió de la ciudad en dirección opuesta a la tomada por la camioneta.

Neal permaneció en medio del aparcamiento un par de largos minutos. Intentó desembarazarse de la imagen del torturado rostro de Anne Kelley, pero seguía clavado en su memoria. Abrió la puerta de Paul Wallace y entró en la cabaña.

Wallace parecía pequeño y delgado en ropa interior, camiseta blanca y calzoncillos bóxer. Ahora que Neal lo veía de cerca, le pareció mayor de lo que había pensado. Cercano a la cincuentena y con muchos y duros kilómetros a sus espaldas. Conservaba una buena mata de pelo negro, veteada de gris y peinada hacia atrás con pomada. Tenía grandes ojeras y el rostro surcado por profundas arrugas. La piel pálida. Estaba intentando volcar una petaca de Old Crow en un vaso de motel, pero la mano le temblaba de tal manera que derramó el licor en el suelo.

Neal le cogió la botella de la mano, sirvió tres dedos de *whisky* en el vaso y se lo entregó. A continuación se sentó sobre la cama de



Wallace.

—Tenemos un problema, Paul —dijo Neal en voz baja.

—¡Tenemos! —exclamó Paul sarcásticamente.

Dio un buen trago de *whisky* barato.

Neal asintió.

—Vale, tienes. Tienes un problema.

—Tú eres el tío que ha llamado a la puerta. Reconozco tu voz.

—Verás, se están planteando liquidarte.

Paul intentó parecer duro, pero le falló la voz al preguntar:

—Pero ¿qué les he hecho yo?

—Creen que estás mintiendo. Y yo también.

—Yo...

—Cállate. Verás, tengo que preguntarme por qué has abierto la puerta si de verdad no sabes quién es el reverendo Carter. Y eso hace que me pregunte si no conocerás también a Harley McCall. Ahora puedes hablar.

—De acuerdo. No encontré la cartera. La robé. ¿Vale? Ahora dejadme en paz.

Neal negó con la cabeza.

—No eres carterista, Paul. Eres un fracasado. Con carnet de socio de honor de la fraternidad de los fracasados.

—¡Voy a salir de aquí y a llamar a la policía!

—No tendrás oportunidad de oír las sirenas, Paul.

—¡Has dicho que me ayudarías! ¡Que me darías dinero! No sé quién podrá ser el tal Carter, pero si estaba dispuesto a darme dinero... en fin, mira a tu alrededor. No me vendría mal un poco de dinero.

Neal señaló con el índice hacia el rostro de Wallace y tiró hacia atrás del pulgar, como si estuviera amartillando un revólver.

—Puede que Harley y yo compartiéramos una copa alguna vez —dijo Wallace rápidamente—. Puede que me diera su cartera.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

Paul extendió el vaso vacío. Neal le sirvió otro trago.

—Estoy pasando una mala racha. Por culpa de la pensión de mi exmujer. Me atosigan y me atosigan. Solo quería empezar de cero. McCall dijo que a lo mejor nos podíamos ayudar mutuamente. Dijo que a lo mejor su identidad haría mejor servicio en mis manos que en las suyas. Dijo que viajara con ella... que la utilizara. Eso serviría para que otras personas perdieran su rastro.

Desde luego, el plan había funcionado.

—¿Erais amigos? ¿Trabajabais juntos?

—Harvey trabajaba en un lugar donde yo solía hacer ciertos negocios. Puede que saliéramos un par de noches a tomar algo.

—¿Le acompañaba un niño pequeño?

Ahora Paul se mostraba deseoso de responder. Percibía que su salvación aguardaba al otro lado de las respuestas indicadas.

—Sí, sí. Un crío muy majo. Y una mujer. Una tipa despampanante llamada Doreen.

—¿Cuántos años tenía el chico?

—Tres. Puede que cuatro...

Neal se levantó y descorrió teatralmente las cortinas para contemplar el exterior por la ventana. Se volvió nuevamente hacia Wallace.

—Y ahora, Paul, tengo que hacerte una pregunta en dos partes, y debes, *de verdad* que debes, darme una respuesta concisa y cierta. Dime que lo has entendido.

—Lo he entendido.

—¿Cuándo y dónde tuvo lugar esta curiosa conversación con Harley McCall?

Los ojos de Paul comenzaron a brincar por toda la habitación. Parecía uno de esos perros que se ganan en las ferias. Estaba ideando una mentira.

Neal pensó en Anne Kelley, cruzó el cuarto y le arrancó a Wallace el vaso de la mano de un guantazo. El *whisky* salpicó la pared.

Paul miró lastimeramente el licor que se escurría sobre la madera barata.

—Lo próximo será tu cerebro —dijo Neal.

Estaba furioso con Wallace y consigo mismo. Nunca antes había hecho nada parecido.

—¡Me dijo que dijera que me la había encontrado! ¡Que no debía decir dónde lo había visto! —dijo Paul con indignación.

Neal agarró a Wallace de los hombros y le habló en voz baja al oído.

—Pero él no está aquí, ¿verdad, Paul? Yo sí. Y los tipos que están esperando fuera también. Y tú también estás aquí. Y debes saber que se me está acabando la paciencia.

—Me dijo que tiene amigos que me encontrarían y que... —dijo Wallace con un susurro ronco.

Empezó a llorar de nuevo.

—Nosotros sí que te hemos encontrado, Paul —dijo Neal, todavía en voz baja—. Te volveremos a poner la capucha en la cabeza, te obligaremos a arrodillarte y esa negrura será lo último que veas en tu vida.

—Fue hará cosa de un mes, esa parte era cierta.

—Bien...

—En el Rancho Filly.

—¿Dónde está eso?

—Justo al lado de la ruta 50, entre Sparks y Fallon.

Neal soltó a Wallace y se dirigió a la puerta. Sacó dos billetes de cien dólares de la cartera —dinero para gastos— y los dejó caer al suelo.

—Siento las molestias, Paul. Pero dime: ¿crees que podríamos volver a encontrarte si quisiéramos?

—Sí, señor.

—¿Hay algún lugar al que puedas marcharte, fuera del estado?

—Tengo una hermana en Arizona.

—Ve con ella. A primera hora de la mañana.

—Sí, señor.

—Ni se te ocurra intentar advertir a Harley.

—Por mí se puede ir al infierno.

Aún no, Paul. No hasta que yo lo haya encontrado.

Neal salió de la cabaña, caminó todo lo rápidamente que pudo hasta el viejo Nova y condujo en dirección al Rancho Filly.

Cuando llegó a media mañana, el cartel de neón sobre el edificio prefabricado pintado de morado se encontraba apagado, pero Neal alcanzó a intuir el diseño: un vaquero caricaturesco de sonrisa lasciva y lengua colgandera a punto de «montar» a una moza pechugona de abundante melena, piernas largas y un bocado entre los dientes.

Había cuatro caravanas aparcadas alrededor del local, varios coches para desguace sobre bloques de hormigón y un gran tanque de gas butano plateado que lanzaba destellos bajo el sol junto al chato edificio. Neal Carey nunca había estado en un rancho, pero aquello desde luego no parecía un rancho, ni siquiera los que había visto en las películas.

Siguió el sendero marcado con piedras pintadas de blanco hasta la puerta principal y llamó al timbre.

Una mujer baja de pelo rojo y rizado respondió a la puerta. Vestía una camisa western de cuello alto, una chaqueta vaquera con tachuelas y tejanos. Llevaba un collar de turquesas y un brazalete a juego, botas de serpiente de chúpame la punta y, en la cara, la sonrisa de una anfitriona profesional.

—Hola —dijo—. Soy Bobby. ¿Cómo te llamas?

—¿Esto es el rancho Filly? —le preguntó Neal.

La mujer captó el tono de desconcierto en su voz.

—¿Qué estabas esperando, guapo? ¿Caballos?

—Algo así.

La mujer le dedicó una mirada en plan «Todos los hombres son estúpidos, pero algunos más que otros», y dijo:

—Escucha atentamente: lo nuestro son las yeguas, las potras. Eso es lo que tenemos aquí: potrancas. Putas, ¿entiendes?

—Eso creo.

—Bueno, ¿te apetece?

—¿Cuánto?

—Otro romántico. Cincuenta dólares por montura. Si quieres que te hagan truquitos, eso se paga aparte. También tenemos un menú. Y aire acondicionado. Y duchas, algo que te recomiendo fervientemente.

—Llevo una temporada en la carretera —explicó Neal.

—Como todos, hijo.

Neal siguió a la mujer hasta una sala llamada «el corral» y se sentó sobre el cojín naranja de escay de un sofá bajo y de mala calidad. La habitación era de techo bajo, opresiva, y estaba a oscuras. Una pequeña barra recorría uno de los lados. Había dos máquinas tragaperras pegadas contra la pared de enfrente. El enlucido estaba cubierto por varias estampas de caballos. Lámparas de lava burbujearon sobre mesitas auxiliares de cristal junto a una buena variedad de revistas pornográficas. Un vaquero con barriga cervecera, pelo largo y oscuro, sombrero negro y gafas de sol descansaba sentado en una silla con los pies apoyados sobre un taburete y un revólver en el regazo. Neal supuso que sería el segurata.

—Organizaré el paseíllo —dijo Bobby, y pulsó el botón de un intercomunicador junto a la puerta.

—¿El qué?

—El paseíllo —repitió ella, sin disimular en lo más mínimo su aburrimiento—. Es cuando sacamos a todas las potrancas al corral para que puedas elegir a una.

Neal se dejó llevar por una corazonada.

—¿No trabaja con vosotros una chica que se llama Doreen?

—Si eso es lo que quieres... En serio, guapo, responderán a lo que quieras llamarlas, aunque «mami» les da un poco de mal rollo.

—Busco a una Doreen de verdad.

—Una Doreen de verdad. Pues mira, resulta que tenemos una. ¿Cómo quieres que se vista? Nuestra Doreen de verdad varía entre el típico camisón rosa con liguero y osito de peluche o un rollo a lo Annie Oakley, pero solo con pistolera y botas. También se le da muy

bien el número de la institutriz remilgada que te pone firme con su vara de nogal, pero ese cuesta veinte más.

Neal sacó la cartera y le entregó a Bobby tres billetes de veinte y uno de diez.

—Vaya, vaya —dijo Bobby.

Neal se encogió de hombros.

Bobby meneó la cabeza y habló por el intercomunicador.

—Doreen, tenemos aquí a un vaquerito travieso que necesita quedarse después de clase con la maestra.

Se volvió de nuevo hacia Neal.

—No tardará ni un minuto —dijo—. ¿Te apetece tomar algo mientras esperas? La primera consumición corre a cuenta de la casa.

—¿Escocés?

—Eso está hecho.

Bobby le sirvió una copa, después metió una mano bajo la barra y le entregó una llave, una toalla y una pastilla de jabón.

—Caravana 3. Hazte un favor, vaquero, esta vez dúchate *antes*. A la institutriz no le gustan los chiquillos sucios.

Cuando Doreen abrió la puerta y entró a grandes zancadas, se encontró a Neal, aún sin ducharse, sentado sobre la colcha morada de la cama. Cumpliendo con lo anunciado, llevaba en la mano una fusta, vestía un largo vestido estampado y se había recogido el pelo castaño en un severo moño. Parecía rondar los veintimuchos. Era alta y delgada. Clavó en Neal sus ojos azules con una decidida, pero no demasiado convincente, exhibición de rabia simulada.

—¡Levántate cuando entro en el aula! —ordenó.

—Puedes ahorrarte el numerito, Doreen. Solo quiero charlar.

Doreen se sentó a su lado en la cama.

—No voy a contarte la historia de mi vida, si es eso lo que estabas esperando.

Vista más de cerca, era mayor de lo que Neal había pensado. Ahora no le echaría menos de treinta y cinco y supuso que estaba desarrollando aquella nueva especialidad con la intención de alargar su vida laboral un par de años más.

—No —dijo Neal—. Esperaba que pudieras contarme algo sobre mi colega Harley McCall.

Doreen se echó hacia atrás y se rio.

—Hay muy poco que no pudiera contarte sobre ese hijo de perra —dijo. Su tono de voz había pasado a ser duro y amargo—. Pero ¿por qué iba a hacerlo?

Neal supo en aquel preciso instante que McCall había vuelto a desaparecer.

—¿Por qué no ibas a hacerlo, si es un hijo de perra? —preguntó.

Doreen lo miró de arriba abajo.

—Tú no eres amigo de Harley —dijo.

—Tú tampoco.

—Pero eso no me convierte en *tu* amiga.

Neal se levantó de la cama y se sacó la cartera del bolsillo de los pantalones. Dejó cinco billetes de cien dólares sobre la cama.

—Quizá esto lo haga.

Doreen miró el dinero y dejó escapar un pequeño ronquido.

—Después de todo —dijo—, soy una puta. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Básicamente.

—Bueno, pues básicamente tienes razón.

Doreen recogió los billetes y se los guardó en el bolsillo del vestido.

—Harley se quedó aquí una temporada con su chiquillo —dijo—. Ese es probablemente el motivo de que le estés buscando, ¿verdad?

Neal no respondió.

—Muy bien —dijo Doreen—. Consiguió trabajo como portero en el turno de noche. Bobby los alojó a él y al chaval en una de las caravanas de atrás como parte del trato. Harley y yo nos enrollamos

al segundo día de llegar él aquí, me parece. Es un hijo de puta atractivo. Incluso pedí que me cambiaran al turno de día para poder cuidar de Cody por las noches. Le preparaba las comidas, veía la tele con él, lo arropaba a la hora de acostarse. Fue agradable. Supongo que se me metió en la cabeza la idea de que podríamos convertirnos en una familia de verdad, pero la cosa no duró.

—¿Qué sucedió?

—Vino un cliente, un soldado negro de una de las bases que hay en los alrededores de Fallon. Me escogió en el paseíllo. Harley se enteró y perdió la cabeza. Se emborrachó de muerte y me dijo ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

—Pides mucho a cambio de tu dinero.

—Es mucho dinero —respondió Neal.

—Me dijo que le resultaba inconcebible meter la polla en el mismo agujero que un negro, me llamó puta sin escrúpulos. Imagino que tiene razón. Este no es un trabajo para una mujer blanca. En cualquier caso, recogió sus bártulos, metió a Cody en la camioneta y se marchó.

Doreen se puso una almohada detrás de la cabeza y se apoyó contra la pared.

—¿Sabes adónde se dirigía? —preguntó Neal.

—Puede. Hablamos bastante sobre ello, porque la idea era marcharnos juntos. Cerca de Austin hay un rancho que busca jornaleros. Harley conoció al dueño en California y tenía a varios colegas trabajando ya allí. Íbamos a seguir aquí una temporada para reunir unos ahorros con vistas a buscarnos una casa. Estoy segura de que se habrá ido allí sin mí. Incluso se me ocurrió ir en su busca yo misma, a ver si... Bueno, ¿crees que les has sacado suficiente provecho a tus quinientos dólares?

—¿Recuerdas el nombre del rancho? —preguntó Neal sin creerse que pudiera ser tan afortunado.

Doreen negó con la cabeza.



—Ese hijo de perra nunca llegó a decírmelo. Puede que tuviera pensado dejarme tirada desde el primer momento.

—¿Cuánto hace que se marchó?

—Debe de hacer un mes, me parece.

Bueno, al menos vamos acortando las distancias, pensó Neal.

—De acuerdo, gracias.

Doreen volvió a incorporarse hasta quedar sentada y me dedicó una sonrisa obscena y resabiada.

—Todavía no te has cobrado los otros setenta dólares que has pagado —dijo, golpeándose la mano con la fusta—. Después de todo, habrás elegido la institutriz por algún motivo, ¿no?

—He supuesto que sería la única manera de verte vestida.

Doreen le miró fijamente a los ojos.

—Eres un auténtico bastardo.

Un resumen perfecto, pensó Neal.

—Lo que sí me gustaría aprovechar es la ducha —dijo—, si no te importa.

—Por mí como si te ahogas.

Doreen se levantó de la cama y salió malhumoradamente de la caravana.

Neal se duchó y después se dirigió hacia la salida. Llevaba recorrida la mitad del sendero de gravilla cuando oyó un ruido de pisadas detrás de él. Se volvió hacia el sonido y el segurata del corral le plantó un enorme revólver debajo de la nariz y lo amartilló. Seguía llevando las gafas de sol puestas.

—Date la vuelta —dijo.

—Por supuesto.

El vaquero golpeó a Neal detrás de la oreja con la pistola y este cayó redondo al suelo. Siguió consciente el tiempo justo para oír al vaquero decir:

—Ayúdame a meterlo en su coche.

El vaquero lo agarró de las axilas y Doreen de los pies. Lo metieron en el asiento del pasajero del Nova y condujeron unos ocho kilómetros en dirección este por la autovía. Durante el trayecto,

Doreen le sacó de la cartera el resto del dinero que tenía para gastos, unos mil doscientos dólares. El vaquero internó el Nova en un desaguadero, sacó a Neal a rastras del coche y lo dejó tirado junto a unos matorrales.

Neal empezó a volver en sí cuando oyó los disparos. Abrió un ojo lo justo para ver cómo el vaquero le pegaba un tiro a cada uno de los neumáticos del Nova y, por último, al depósito de gasolina.

—Vámonos de aquí —dijo el vaquero.

—Todavía no —dijo Doreen.

Se acercó a Neal y le hundió un puntiagudo zapato de institutriz en la entepierna primero y en las costillas después.

—Así aprenderá a no ser arrogante, el muy hijo de perra —dijo.

Neal volvió a desmayarse.

Se despertó al oír el ruido de la grava reseca crujiendo bajo unos neumáticos.

Me pregunto si Matt y Miss Kitty habrán vuelto para liquidarme del todo, pensó Neal. Quizá debería largarme de aquí aunque sea a cuatro patas.

Estaba tirado boca abajo. Se tocó el costado derecho de la cabeza y notó pegotes de sangre reseca en el pelo. Siguió con los dedos el rastro trazado por la sangre que le bajaba por el cuello y después intentó levantar la cara del suelo. Pero incluso aquel pequeño esfuerzo le provocó un calambre de dolor que le atravesó las costillas e hizo que las sienas volvieran a palparle con fuerza.

Dejó caer nuevamente la cabeza y se conformó con alzar la mirada hacia el baqueteado automóvil que se interponía entre él y la carretera. Olió a gasolina y supo que debía levantarse, simplemente se le antojaba un esfuerzo excesivo.

La puerta de un coche se cerró. Un ruido de pisadas se acercó a él. Neal vio unas botas vaqueras.

—¡En el nombre de Sam Hill! —exclamó una voz de hombre—. ¿Se encuentra bien?

Neal abrió un ojo para encontrarse a un hombre de mediana edad tocado con una gorra verde de camionero inclinado sobre él.

—He estado mejor —farfulló Neal.

—No me cabe la menor duda.

El hombre le dio cuidadosamente la vuelta hasta dejarlo de espaldas.

—Tiene un buen chichón en la cabeza.

Por no hablar del que tengo en los huevos, pensó Neal. Ay.

—¿Qué diablos le ha pasado?

—No estoy muy seguro, la verdad.

El hombre rio por lo bajini.

—No habrá intentado por un casual montar a pelo en el rancho Filly, ¿verdad?

—Creo que me han echado con cajas destempladas.

—Bueno, no sería el primero. Vamos.

El hombre recogió la cartera de Neal del suelo y miró en su interior.

—Al menos no tendrá que seguir preocupándose de administrar su fortuna.

—Mierda.

—Aunque, a juzgar por su coche, tampoco parece que tal cosa fuese realmente una de sus preocupaciones.

Neal se apoyó sobre el viejo Nova y miró a su alrededor. Podría haber estado en la luna, solo que la luna no era tan llana. A su alrededor no había nada salvo desierto.

¿Qué diablos estoy haciendo aquí, en medio de la nada?, se preguntó. Ah, sí, Cody McCall.

—Creo que puedo conducir —le dijo al hombre, que parecía limitarse a estar allí plantado, observándolo.

El hombre se rio.

—¿Adónde quiere ir?

—A ninguna parte, en realidad.

—Bueno, pues ahí precisamente es adonde va a llegar con este coche. Nunca en la vida había visto un automóvil acribillado. Alguien

debe de haberle cogido verdadera tirria.

—Puedo tener ese efecto sobre las personas —dijo Neal.

—No me había percatado —dijo el hombre. Le tendió una mano—. Soy Steve Mills. Tengo un rancho a las afueras de Austin. O el rancho me tiene a mí.

Un rancho a las afueras de Austin, pensó Neal. De qué me suena.

—Me llamo Neal Carey.

—Acércate a la camioneta, Neal. Llevo un botiquín de primeros auxilios.

Mills lo condujo hasta una vieja camioneta Chevy, abrió la puerta del pasajero y lo ayudó a sentarse. Después sacó su botiquín, limpió expertamente la herida de la cabeza de Neal, le aplicó antiséptico con un algodón y se la vendó.

—Soy toda una Sue Barton, estudiante de enfermería —dijo—. Viviendo como vivimos en medio de la nada, hay que acabar siendo un poco de todo: médico, mecánico, cocinero, granjero, vaquero y, a veces, psiquiatra. Tú eres del este, ¿verdad?

Neal se aclaró los ojos y echó por primera vez un buen vistazo al recién llegado. Era más bien alto, muy delgado, con esa ligera encorvadura de los hombros que suelen desarrollar los hombres altos de tanto tener que agacharse por debajo de todo. Vestía una camisa azul de cuadros arremangada, de cuyo bolsillo del pecho asomaba una cajetilla de cigarrillos, y llevaba tejanos por encima de las botas de vaquero, viejas, curtidas y gastadas.

Tenía un rostro atractivo que había sobrellevado más soles abrasadores y más vientos fríos y cortantes de la cuenta. Estaba profundamente bronceado hasta la reveladora línea de la frente, que traicionaba la presencia habitual de una gorra. Para los cuarenta y cinco años que aparentaba tener, seguía conservando una buena mata de pelo castaño oscuro, y sus ojos marrones chispeaban con vitalidad. Era un rostro que despertaba una simpatía inmediata, un rostro que no tenía nada que ocultar.

—Soy de Nueva York —dijo Neal.

—¿Ciudad o estado?

—Ciudad.

Steve Mills se rascó la mejilla.

—Uno supondría que podrías haber conseguido que te robaran sin tener que salir de allí. ¿Qué te trae por estos parajes?

Busco a un hombre que trabaja en un rancho a las afueras de Austin.

—Me gusta viajar —dijo Neal.

—Eso no hace falta que me lo digas —dijo Steve.

Bien.

—De acuerdo, Neal Carey, hombre misterioso, ¿qué tal si echamos lo que quede de tus posesiones personales a la parte de atrás de la camioneta y te llevo a Austin conmigo? Si no tienes destino, al menos Austin está cerca. Cada par de días pasa un autobús.

Neal evaluó sus opciones y rápidamente llegó a la conclusión de que no tenía ninguna.

—Muy generoso de tu parte —dijo.

Steve ya estaba subiendo el petate de Neal a la caja de la camioneta.

—Tengo que ir de todas maneras. No me importaría contar con algo de compañía durante el trayecto.

—Un segundo —dijo Neal.

Se enderezó, se dirigió a trompicones hacia el Nova y abrió el maletero. Arrancó la tela interior de la capota, metió la mano y sacó un fajo de billetes, los últimos quinientos dólares de su dinero para gastos.

—Puede que no seas tan tonto como había pensado —observó Steve.

—Tampoco te precipites —respondió Neal.

De hecho, se sentía muy tonto. Había ido demasiado deprisa con Doreen. Y había sido demasiado tosco. Podría haber obtenido las respuestas que necesitaba sin insultarla, igual que probablemente podría haberle sacado la verdad a Paul Wallace sin zarandearlo.

Había sustituido la astucia por la agresividad, lo cual era una estupidez. Y exhibir el dinero de aquella manera había sido directamente idiota. No culpaba a Doreen y a su amigo el vaquero de la pistola tanto como se culpaba a sí mismo. Le habían enseñado mejor.

Neal se arrastró de vuelta hasta la camioneta y el dolor que sintió le pareció casi satisfactorio.

Steve se sentó al volante e incorporó la camioneta a la carretera. El viejo vehículo traqueteó, rugió y atronó sobre el asfalto.

Neal se acomodó en el asiento e intentó decidir su siguiente maniobra.

Voy camino de Austin, pensó, el último paradero conocido de Harley McCall. Sé que McCall está trabajando para un ranchero, alguien a quien conoció durante su estancia en California. Ese es el lado positivo.

El negativo es que no tengo coche ni demasiado dinero, y que Levine y Graham esperan que aparezca en Nueva York cualquier día de estos. Y les va a cabrear mucho que no haya seguido sus instrucciones. Pero al menos me he librado del coche.

Estaba ponderando si era sensato llamar a la oficina cuando se quedó dormido. Se despertó más de una hora más tarde.

—¡No pareces más loco que un mapache domesticado! —gritó Steve.

—¿Qué? —gritó Neal Carey por encima del estruendo de la vieja camioneta que traqueteaba sobre la ruta 50.

—He dicho que no *pareces* más loco que un mapache domesticado —respondió Steve Mills. Su cara se arrugó en una sonrisa irónica—. Estaba pensando que uno tendría que estar más loco que un mapache domesticado para andar vagando por este país completamente solo y sin ningún propósito definido.

—A lo mejor lo estoy —respondió Neal—. ¿Cómo de loco está un mapache domesticado?

—¡La hostia de loco! Por supuesto, nadie que intente sacar adelante un rancho en Nevada tiene el más mínimo derecho a

llamarle loco a nadie. De modo que incluso aunque estuvieras más loco que un mapache domesticado... ¡supongo que todavía te llevo veinte años de locura de ventaja! Agarra el volante, ¿quieres?

Neal alargó la mano y sostuvo el volante mientras Steve Mills se sacaba una cajetilla de Camel del bolsillo de la camisa, se colocaba un cigarrillo entre los labios, encendía una cerilla y lo prendía.

—Espero que no te importe —dijo Steve, exhalando una bocanada de humo—, pero desde que sufrí mi ataque al corazón mi esposa monta un pifostio cada vez que me ve con un pito. Tuvieron que llevarme en helicóptero hasta Fallon. ¡Al menos por fin le saqué algo de partido al seguro! Pero mi mujer se asustó. Dice que si vuelve a suceder y me encuentra con cigarrillos encima, piensa dejarme morir tirado en el granero. Yo le digo que para eso bien podría enterrarme allí también, teniendo en cuenta que de todas maneras me he pasado la vida metido hasta el cuello en mierda de vaca. No eres muy hablador, ¿verdad?

—Me gusta escuchar.

—Bueno, entonces puede que nos llevemos bien, porque a mí me encanta hablar y mi esposa y mi hija ya han oído todas mis anécdotas... dos veces. Hasta mis vacas esperan que me dé otro infarto solo para no tener que seguir oyéndome. En vez de «muu» dicen: «¡Calla!».

La camioneta alcanzó la cima de una prolongada y pronunciada pendiente. Neal vio que ante ellos se abría un amplio valle. Una cordillera montañosa formaba el telón de fondo. El valle parecía extenderse interminablemente de norte a sur.

Puede verse la eternidad, pensó Neal.

—Bienvenido a la Meseta Solitaria —dijo Steve.

—¿Cómo?

—La Meseta Solitaria. Es como la llamamos los lugareños. Se encuentra a mil ochocientos metros de altura sobre el nivel del mar y, como puedes ver, casi todo es campo. Muy poca gente, algo de ganado, bastantes liebres y coyotes. En las montañas también hay pumas, muflones y águilas.

Steve internó la camioneta en un mirador.

Es como estar asomado a un extremo del mundo, pensó Neal. Una inmensidad marrón bajo un dosel de un azul intenso.

—Estamos en la cima del monte Airy —explicó Steve—. Dos mil treinta y cinco metros de altura. Eso de ahí abajo es el valle del río Reese, aunque comparado con otros ríos tampoco es que sea gran cosa. Al otro lado del valle se alza la sierra de Toiyabe. Ese pico alto de ahí se llama Bunker Hill. Mi rancho está justo en la base. Lo creas o no, he subido un par de veces hasta la condenada cima con mi hija, Shelly.

Steve volvió a incorporar la camioneta a la carretera e inició el descenso al valle.

—Es una comarca principalmente ganadera —dijo Steve—, aunque el ganado necesita enormes cantidades de espacio para pastar, ya que apenas crece otra cosa aparte de las artemisas. Aquí arriba cultivamos la mejor alfalfa del país, pero la irrigación cuesta un riñón y parte del otro, y carecemos de agua para cosechar más de lo que ya estamos cosechando. También solía haber bastantes minas de oro, pero prácticamente las han esquilado todas.

—Entonces ¿qué hace la gente? —preguntó Neal.

—Emigrar, la mayoría.

Steve señaló un camino de tierra que se abría a la derecha.

—Nuestro rancho está a unos treinta kilómetros siguiendo ese camino —dijo—. No te podrías ni imaginar cómo son aquí los inviernos. Eso es lo que llaman un *non sequitur*, ¿verdad?

—Exactamente.

—Me gradué en filología inglesa, aunque eso no impresiona a las vacas.

—¿Dónde estudiaste?

—En Berkeley. Antes de que estallara todo el Movimiento Libertad de Expresión, claro. Lo cual es una lástima, teniendo en cuenta que estoy completamente a favor de la libertad de expresión —dijo Steve. La carretera experimentó una elevación intensa y repentina, rizándose en varias curvas cerradas rodeadas por densos



grupos de pinos piñoneros—. Ahora estamos subiendo a Austin, que no tiene gran cosa, pero al menos tiene un bar y he pensado que deberíamos completar la visita guiada.

—¿A tu esposa tampoco le parece bien que bebas? —preguntó Neal.

—Bueno, no desde que mi corazón se volvió en mi contra. El condenado médico... es un tipo majo, pero, por el amor de Dios, pretende que deje de fumar, de beber y la carne roja. Soy ranchero. Crío vacas. Fumo, bebo, me como los filetes que yo mismo he criado y podría ser el hombre más feliz de Norteamérica. Bueno, pues ya estamos en Austin, esto es lo que hay.

Ciertamente no es gran cosa, pensó Neal. El pueblo parecía aferrarse a una de las faldas menos pronunciadas de la vertiente occidental de la cordillera. La ruta 50 se estrechaba hasta convertirse en la calle principal del pueblo, junto a la que se alzaba una acera de madera. Viejos edificios que parecían maltrechos decorados de una mala película del Oeste flanqueaban la calle. Las casas eran en su gran mayoría de madera, con un par de edificios de ladrillo entre ellas, y tenían las clásicas fachadas del Oeste y porches de madera sostenidos por grandes postes. Había un par de moteles de mala muerte, una gasolinera, un restaurante, puede que tres *saloons* y un colmado. Un par de casas moteaban la colina que se elevaba a partir del lado norte de la carretera. La colina parecía yerma salvo por unos pocos pinos piñoneros.

—Vamos a ver y a ser vistos en Brogan's —dijo Steve mientras aparcaba a un lado de la carretera.

Se sacudió el polvo de los pantalones y de sus viejas botas de cuero y se dirigió sin prisas hacia Brogan's. Neal observó los andares de sus piernas arqueadas y detectó una pequeña cojera en la izquierda. Después bajó con cuidado de la camioneta y lo siguió al interior del bar.

Solo que en realidad no era un bar. Era un *saloon*, tan fresco y oscuro como una vieja bodega. Cuarenta años de humo y grasas se habían acumulado sobre las dos pequeñas ventanas mugrientas

que a duras penas permitían el paso de titubeantes rayos de luz de sol filtrada para poner de relieve las motas de polvo que flotaban en el aire viciado. El bajo techo albergaba telarañas en todos los rincones y era evidente que las tres pequeñas mesas redondas únicamente mantenían una relación intermitente con cualquier cosa similar a un paño.

Había unos cuantos taburetes, un par de ellos con la tapicería roja rajada, pegados contra la barra tras la que se sentaba un anciano, gordo y arrugado como una rana toro y con papadas a juego. Su trasero se hundía profundamente en el cojín de un antiguo sillón orejero y estaba dándole sorbitos a lo que parecía ser *whisky* en un tarro de mermelada tan pringoso como la mano que lo sostenía. Un enorme perro de dudoso linaje y color inefable que yacía echado a su lado levantó la gigantesca cabeza para ver quién entraba por la puerta.

Al otro extremo de la barra había un hombre joven, alto y nervudo, encaramado en uno de los taburetes. Su pelo arenoso asomaba por debajo de una gorra roja con publicidad de Wildcat. Un bigote largo y estrecho contorneaba los finos labios, torcidos en una mueca. Una poblada barba roja caía a plomo desde su boca. Tenía los ojos clavados en un vaso de cerveza.

—Vaya, vaya —resolló el obeso anciano—. Parece que la *señora* Mills no ha venido a la ciudad.

—Hola, Brogan —dijo Steve—. Te presento a Neal Carey.

El hombro del otro extremo de la barra alzó la vista.

—Steve —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Cal —respondió Steve, asintiendo a su vez—. ¿Qué vas a tomar, Neal?

—¿Una cerveza? —preguntó Neal.

—Supongo que Brogan tendrá una o dos. Una cerveza para mi amigo. Y para mí, otra, acompañada de un chupito.

—Ya sabes dónde está todo —respondió Brogan. Neal tuvo la sensación de que Brogan no debía de pasar demasiado tiempo fuera de su sillón—. Pero antes deja el dinero encima de la barra.

—No te fíes de mí, Brogan.

—Solo me fío de mí mismo y de mi perro, y al perro no le doy la espalda.

Steve se encaramó por encima de la barra y metió la mano en una anticuada cámara de Coca-Cola para sacar dos sudorosos botellines de cerveza. Después cogió una botella de Canadian Club de debajo de la barra, agarró un vaso de chupito de un anaquel y lo llenó.

—Yo tampoco lo haría si tuviera a ese perro —dijo Steve—. Probablemente intentaría metértela por el culo, y tiene el tamaño suficiente para conseguirlo.

Neal vio que Cal hacía una ligera mueca para, a continuación, enterrar aún más la cabeza en su cerveza. El perro levantó el morro con algo menos de interés. Steve Mills engulló el chupito de un trago, meneó la cabeza, se puso colorado, tosió y dejó el vaso sobre la barra.

—Amo este país —dijo.

Le quitó los tapones a los botellines y le entregó uno a Neal.

Neal se sentó en un taburete y le dio un sorbo titubeante a la cerveza. Tenía un sabor frío y amargo. Estaba buenísima. Le dio otro sorbo, después un trago y, por último, echó la botella hacia atrás y engulló la bebida, recreándose en la sensación húmeda y refrescante que le produjo al bajar por la garganta.

Steve se sacó un par de billetes arrugados del bolsillo y los dejó sobre la barra.

—¿La señora Mills te deja manejar la calderilla? —se burló Brogan. Su voz sonó como una fuga lenta en una tubería de vapor.

Steve se volvió hacia Neal.

—Mi mujer maneja el dinero, lo cual no deja de tener su gracia, teniendo en cuenta que se supone que soy yo quien tiene buena cabeza para las cuentas.

Cal volvió a apartar la vista de su cerveza y le echó una miradita de reojo, rápida pero atenta, a Steve Mills. Nadie pareció percatarse salvo Neal, que adoptó una antipatía automática hacia aquel tipo.

Aquello le resultó tan vigorizante como la cerveza. Hacía algún tiempo que Neal no se permitía dejarse llevar demasiado por las emociones. Se bebió lo que le quedaba de botellín de un solo trago y vio que Steve Mills le estaba observando.

Steve encendió un cigarrillo y le dio una calada.

—¿Por qué no te vienes conmigo a casa? Podemos darte de comer y tendrías un lugar donde dormir y aclararte las ideas.

—No podría abusar de tal manera de tu confianza.

—Estamos tan aislados que echamos en falta la compañía, y tengo una hija adolescente a la que le encantaría interrogarte sobre la vida en la gran ciudad.

No le falta razón, pensó Neal. Tengo hambre y estoy cansado, y si llamo a Amigos en este preciso momento podrían enviarme a la vieja furgoneta para que se me lleve auestas. Y todavía no estoy preparado para eso.

Y, después de todo, estoy buscando un rancho cerca de Austin.

—Vaya, gracias. Es muy amable de tu parte —dijo Neal, sintiéndose un mentiroso hipócrita.

Pero en eso consiste precisamente un trabajo encubierto, pensó.

Tres cervezas más fueron a reunirse con su hacedor antes de que Steve y Neal volvieran a montarse en la camioneta y salieran del pueblo. Condujeron en dirección oeste durante unos dos kilómetros y después viraron hacia el sur, tomando el camino de tierra que Steve había señalado previamente. La carretera discurría más o menos en paralelo con la sierra de Toiyabe al este y los montes Shoshones al oeste, a través de una llanura bastante rasa poblada por artemisas y atravesada por profundas hondonadas. El camino se sumergía de vez en cuando en alguna de las hondonadas más amplias, pero rápidamente volvía a surgir a la llanura.

El terreno estaba pintado sobre todo con el azul grisáceo de las artemisas sobre el gris amarillento del suelo alcaloideo, puntuado aquí y allá por el profundo verdor de un par de campos de alfalfa.

Las montañas que se alzaban en la distancia, algunas hasta los tres mil seiscientos metros de altura, eran una mezcla del verde y el morado más oscuros —casi negros— con franjas de piedra gris interrumpidas por las brillantes manchas amarillas de los macizos de flores silvestres.

El paisaje estaba moteado de ganado. La mayoría de las reses pastaba en pequeños hatos lejos de la carretera, pero algunas de las más aventureras mordisqueaban la hierba al borde de la calzada, deteniéndose para recibir el paso de la camioneta con una mirada de indignación. Steve tuvo que frenar en una o dos ocasiones debido a que había vacas y becerros plantados en medio del camino.

—La mayoría de estos terrenos por los que estamos pasando ahora pertenecen a la Compañía Ganadera Hansen —explicó Steve—. Hansen es el propietario de la mayor parte de este valle. De hecho, mis terrenos son los únicos que no ha comprado en este último par de años.

—¿También quiere hacerse con ellos? —preguntó Neal.

—Oh, supongo que querría comprármelos si alguna vez me diera por marcharme, pero no parece importarle mi insignificante presencia. Bob Hansen es un buen tipo, lo cual es de agradecer, teniendo en cuenta que los dos somos nuestros únicos vecinos respectivos. Su hijo Jory y mi hija Shelly son la pareja de moda ahora mismo en el instituto.

La camioneta dio un bandazo al pasar por un viejo bache particularmente pronunciado. Una liebre salió de entre las artemisas meneando las grandes orejas con nerviosismo y salió disparada dando largos brincos a una velocidad asombrosa. Un coyote famélico apareció al borde del camino, le dedicó una irónica mirada de agradecimiento a la camioneta y volvió a perderse trotando entre los matorrales.

Condujeron otros cuarenta minutos aproximadamente hasta llegar al hogar de los Mills. Era una gran casa de dos plantas, hecha de troncos, que se alzaba a unos doscientos metros al este de la

carretera, a la izquierda del camino de entrada. Un enorme granero situado al oeste de la casa prácticamente eclipsaba la vivienda. Contiguo al granero se alzaba un cobertizo abierto que resguardaba dos tractores y otros útiles de agricultura que Neal no supo identificar. A unos cincuenta metros al norte de la casa se extendía un corral vallado con tubos de metal. Tres caballos alzaron las orejas al oír la camioneta, vieron el vehículo y trotaron hasta la cerca. Había otros dos corrales más pequeños para el ganado y, más allá, un segundo granero.

—Es precioso —dijo Neal al salir de la camioneta.

Lo decía en serio. El hogar de los Mills parecía alzarse solitario en medio del campo como el único edificio hasta donde alcanzaba la vista en todo el hermoso valle enmarcado por las montañas. La quietud era a la vez relajante e inquietante.

—Ya, bueno, tiene sus momentos —dijo Steve—. Por supuesto, queda sepultado por medio metro de nieve desde octubre hasta abril, después se hunde uno hasta las rodillas en barro hasta bien avanzado junio, luego no hay más que polvo hasta septiembre y el otoño dura aproximadamente hora y media hasta que empieza a nevar otra vez. Pero maldito sea si no me enamora. Hablando de lo cual, por ahí viene mi parienta.

La «parienta» medía, quizás, uno cincuenta y cinco puesta de puntillas. Su pelo negro, cortado justo por debajo de las orejas, encuadraba los marcados pómulos, la marcada nariz, la marcada mandíbula y las amplias cejas. No era un rostro hermoso, pero sí atractivo, y su apostura no se había visto mermada por las arrugas talladas por la risa y las preocupaciones de veinte años de locura en un rancho aislado a treinta kilómetros de ninguna parte.

Vestía una camisa roja metida por dentro de unos ajustados vaqueros y calzaba deportivas blancas. Iba arremangada y toda ella desprendía energía, eficiencia y firmeza.

Le dio un beso a su marido en la mejilla y le tendió la mano a Neal.

—He traído a casa a un descarriado —le dijo Steve—. Te presento a Neal Carey.

—Soy Peggy Mills. Bienvenido.

Si le había sorprendido o molestado tener que acoger a un invitado desconocido salido de la nada, no lo demostró. Neal tuvo la sensación de que no era el primer descarriado que Steve llevaba a casa.

—Gracias.

—¿Te ha enseñado Steve las vistas?

—Algunas.

—Estoy segura de ello. Entremos.

Peggy los condujo hasta la cocina e hizo sentarse a Neal ante una mesa plegable de madera. La cocina era pequeña, pero estaba bien organizada. Cacerolas, sartenes y cucharas colgaban de una espetera metálica sobre el fregadero. La encimera estaba forrada con papel adhesivo ajedrezado.

—¿Dónde está Shelly? —preguntó Steve.

—Dando una vuelta por ahí con Jory Hansen. Volverá pronto.

Steve rio por lo bajini.

—Al viejo de Jory no le hará gracia que su hijo se haya pasado la tarde del sábado vagueando.

Se sirvió una taza de café de una jarra que había sobre la encimera y se sentó.

—No te acomodes demasiado —dijo Peggy—. Creo que Eleanor está enferma.

—¿Sí?

—Lleva toda la tarde berreando.

Steve le dio un sorbo al café, dejó la taza sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

—No hay descanso para el cansado —dijo—. Nos vemos dentro de un rato, Neal.

—Enseguida vuelvo —dijo Peggy—. Sírvete una taza.

Siguió a su marido y salió al pequeño zaguán donde este se estaba calzando un par de botas de goma.

Neal supuso que Steve estaría describiéndole las circunstancias de su encuentro. Aprovechó el momento para echar un vistazo por la casa.

Seguía un trazado básicamente cuadrado. Las paredes estaban hechas de grandes troncos oscuros con mortero blanco en las juntas. La cocina ocupaba un estrecho rectángulo en la fachada norte de la casa. La mesa estaba colocada junto a una gran ventana que ofrecía una panorámica de las montañas al este. Tres ventanas adicionales ofrecían vistas al norte, el corral de los caballos y los graneros. Varios armarios y una escalera revestían la pared meridional de la cocina, al otro lado de la cual se extendía un espacioso salón que ocupaba el resto de la planta baja.

El salón era magnífico. Una chimenea de piedra ocupaba la mayor parte de su muro septentrional. Un alargado sofá pegado a la pared opuesta y las dos grandes butacas que lo flanqueaban por ambos lados creaban una zona para conversar alrededor de la chimenea. El suelo estaba cubierto por una gran alfombra india de color azul oscuro sobre la que se alzaba una espaciosa mesa auxiliar de cristal en el centro.

La pared oriental era una maravilla, pues estaba compuesta principalmente por un enorme ventanal que ofrecía unas magníficas vistas del rancho de los Mills. Más allá del porche que rodeaba las fachadas oriental y meridional de la casa se extendía una pequeña zona de césped cuidada y laboriosamente arrebatada a las artemisas. Más allá del césped, el terreno descendía suavemente varios cientos de metros hacia lo que parecía ser el lecho de un arroyo, a juzgar por los pinos disgregados que seguían su contorno. A partir de la otra orilla, el terreno volvía a elevarse, particularmente en un gran espolón que partía de uno de los picos más altos de las Toiyabe.

Las montañas constituyeron una revelación desde aquella perspectiva. Lo que en la distancia había parecido una masa sólida, era en realidad una serie de picachos unidos en lo alto por collados. Cada pico tenía un espolón que descendía hasta el llano, formando



una cuña allí donde la montaña se unía al monte bajo. Algunas zonas de la sierra estaban sumidas en la espesura, otras parecían peladas y pedregosas, y aún otras se coloreaban con enormes campos de flores silvestres. Las nubes comenzaban a arremolinarse alrededor de los picachos, envolviendo las cimas y suavizando los bruscos contornos de las quebradas y los acantilados tallados en la vertiente occidental de la montaña.

Era un paisaje, pensó Neal, que parecía ir creciendo en una evocadora capa tras otra: el acogedor porche, el esforzado césped, el ganado que pastaba en la llanura y, como dramático telón de fondo, las montañas.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Peggy cuando volvió a entrar.

—Bonito se queda corto.

La mujer se colocó a su lado y miró por la ventana.

—A veces —dijo—, me limito a coger una silla y a quedarme aquí sentada. ¿Qué tal tienes la cabeza?

Mejor de lo que la he tenido en mucho tiempo, señora, solo con mirar por esta ventana, por encontrarme en este lugar.

—Estoy bien.

—Parece que has ido a toparte con algún que otro contratiempo.

—Más bien me siento como si ellos se hubieran topado conmigo.

Peggy miró por la ventana un par de segundos más, como si se estuviera planteando decir algo y preguntándose si debería.

—¿Qué es lo que quiere saber, señora Mills? —preguntó Neal.

—No me gusta andarme con rodeos, Neal. Soy la madre de una adolescente impresionable y necesito saber a quién meto en mi casa. Así pues, ¿hay algo sobre ti que deba saber?

Por dónde empezar, por dónde empezar...

—Me he metido en algún que otro lío.

—¿Líos de drogas?

—No.

Bueno, no *mis* líos de drogas, en cualquier caso.

—¿Líos con la ley? —preguntó Peggy.

—No.

Neal sintió la mirada de la mujer, atravesándolo como un rayo láser.

—Entonces ¿solo estás intentando encontrarte a ti mismo?

No. Solo intento encontrar a Cody McCall.

—Algo por el estilo —respondió Neal.

Peggy lo escrutó durante otro momento y dijo:

—Bueno, hay sitios peores en los que encontrarse a sí mismo.

Steve entró por la puerta.

—¿Cómo está Eleanor? —preguntó Peggy.

—Aún más arisca que de costumbre. Tiene demasiada leche para ese ternero y se le han hinchado las ubres. Tú también berrearías.

—Entonces ¿irás a ver a Hansen?

—Supongo —suspiró Steve—. En fin, no pasa nada. Tampoco me importaría tener otro ternero.

—Me pondré las botas —dijo Peggy.

—No —dijo Steve. Se volvió hacia Neal—. ¿Quieres jugar a vaqueros conmigo?

El desvío hacia la finca de los Hansen se encontraba a unos tres kilómetros más al sur por la misma carretera. La enorme casa revestida de tablillas blancas se alzaba a poco menos de un kilómetro al este del camino. Contaba con una sección central de dos alturas flanqueada por sendas alas de una sola planta que surgían en ángulos de cuarenta y cinco grados por ambos lados.

El rancho no transmitía ni un ápice del encanto rústico e informal propio del Oeste americano, sino un aire casi obsesivo de orden y eficiencia. El largo camino de entrada estaba flanqueado por vallas blancas. Las tablillas de la fachada y los relucientes postigos rojos brillaban con una capa reciente de esmalte. Había dos grandes graneros pintados de rojo ortodoxo, así como varios cobertizos para los aperos, un garaje y un enorme barracón que se alzaba a varios cientos de metros al este de la casa. Un amplio jardín cubierto de

césped, enverdecido con fertilizantes y pulcramente segado, quedaba protegido de la carretera por un perímetro de piedra caliza triturada. Un rebaño de vacas holstein, uniformemente blancas y negras, pastaba en un cercado rectangular. Un hato no tan numeroso de charolesas de color crema deambulaba por el cercado contiguo.

—Bob Hansen es un ranchero modelo —le explicó Steve a Neal mientras la vieja camioneta brincaba en el camino de entrada de los Hansen—, y lo digo con toda sinceridad. Cogió unos terrenos en los que únicamente crecían matojos para los conejos y ha sido capaz de sacarle partido hasta al último centímetro. Es cierto que Bob no tiene lo que uno llamaría un sentido del humor chispeante y tampoco es el tipo de persona con la que uno se sentaría a compartir una cerveza, pero es un ganadero de primera y un buen vecino. Cuando me rompí la pierna, Bob o Jory o alguno de sus jornaleros se pasaban a diario por mi rancho para dar de comer al ganado y romper el hielo en el arroyo.

Steve hizo sonar una vez el claxon antes de detener la camioneta sobre el aparcamiento circular de guijarros que se abría ante el garaje, en cuyo interior había dos tractores verdes aparcados uno al lado del otro, tan limpios y relucientes como si acabaran de salir de un concesionario John Deere. Un minuto más tarde, un hombre bajo de mediana edad, vestido con una camisa parda de algodón y pantalones caqui y tocado con un gran sombrero Stetson de color gris, salió del granero. Tenía los andares de un gallo Bantam. Llevaba el pelo corto y rubio cuidadosamente peinado y sus ojos azules realzaban su atractivo rostro. Tenía el mismo aspecto que el coprotagonista en una película de los cuarenta, el tipo que obtiene el dinero pero pierde a la chica.

—Hola, Steve —dijo.

—Bob. Te presento a Neal Carey —dijo Steve.

Bob se quitó un guante de lona para estrecharle la mano a Neal.

—Encantado de conocerte. ¿Qué puedo hacer por ti, Steve?

—¿Te sobra algún ternero que puedas venderme? Tengo una vaca que da demasiada leche.

—Pues... ahora mismo no tengo ninguno realmente bueno del que me pueda desprender.

—No necesito que sea realmente bueno.

—Pues... en ese caso tengo una novilla, mezcla de angus y charolesa, de la que podría prescindir. Puede que dé para unos buenos filetes de aquí a un tiempo.

—Me bastará.

—Venid a echarle un vistazo.

Hansen los condujo hasta un corral detrás del granero donde un par de vacas y terneros azotaban perezosamente las moscas con el rabo. Hansen señaló a una becerria de largas patas y el color del barro.

—Esa es —dijo Hansen.

—¿De dónde ha salido?

—Oooh, supongo que arriba en las montañas, mientras pacían en primavera... —dijo Hansen con un deje de irritación—. Los dos jornaleros que tenía allí arriba no fueron particularmente cuidadosos a la hora de mantener separados los rebaños. Ya sabes cómo son los vaqueros hoy en día, saben lo que es una vaca y eso es todo lo que saben o quieren llegar a saber. La mitad de ellos se marchan tras el primer día de paga.

Oiga, señor Hansen, pensó Neal, no tendrá usted contratado a un vaquero llamado Harley McCall, ¿verdad?

—¿Cuánto quieres por ella? —preguntó Steve.

—Apenas vale lo que come. Nunca servirá de mucho. ¿Cien pavos?

—Me parece justo.

Steve abrió su cartera y le entregó a Hansen dos billetes de cincuenta.

—Gracias —dijo Hansen—. Muy agradecido.

—¿Qué tal va el negocio ganadero?

—Fatal. El gobierno federal acabará por llevarme a la quiebra. Continuamente están creando regulaciones que me obligan a comprar nueva maquinaria, pero luego el banco no me da los préstamos para ello.

Steve Mills se descubrió, meneó la cabeza y volvió a ponerse la gorra.

—Eso es absurdo, Bob. Bill Bradshaw sabe que eres uno de los mejores rancheros de todo Nevada.

—Bill ha dejado de ser el propietario del banco. Lo ha comprado no sé qué empresa de California.

Steve volvió a menear la cabeza.

—Cómo cambian las cosas, ¿verdad?

—Demasiado. El otro día se me presentó un inspector del gobierno. Vino desde Reno para fisgonear en mi vaquería y decirme que representa un peligro para la sanidad pública. Para decirme que mi leche «no es segura».

Neal captó la indignación en la voz de Hansen.

—Mierda —dijo Steve.

—Claro que, para el precio que te pagan actualmente por la leche —continuó Hansen, comenzando a levantar el tono—, y me refiero al precio que me pagan *a mí*, no al intermediario, bien podría cerrar el negocio y limitarme a pasarme el día sentado bebiendo *whisky*.

—Oye —preguntó Steve—, ¿te importaría hacerle a Neal una visita guiada por tu rancho? Es de Nueva York. Será instructivo para él. Así, mientras dais una vuelta, yo voy llevando a la novilla hasta la camioneta.

—Oh, ¿qué interés podría tener un neoyorquino en mi negocio?

En realidad, señor Hansen, este neoyorquino estaría sumamente interesado en echarle un vistazo a todo su rancho.

—Me encantaría verlo, si a usted le apetece enseñármelo —dijo Neal.

Hansen meneó ligeramente la cabeza, pero en cualquier caso pareció complacido.

—En fin, vamos.

Cuando entraron en el establo, Neal deseó que Joe Graham hubiera estado allí acompañándolo. A Graham le habría encantado. La nave estrecha y alargada tenía un aspecto imaculado. Los suelos habían sido frotados a conciencia y desinfectados, el metal de los collares de los comederos brillaba bien bruñido, todo resplandecía.

—Es verdaderamente impresionante —dijo Neal, y lo decía en serio. Cualquiera podría haber visto la dedicación y el trabajo invertidos por Hansen en su negocio.

—Gracias. ¿Te apetece ver el resto?

—Sí, por favor.

Hansen le ofreció a Neal una visita guiada, mostrándole los sumamente ordenados graneros, el cobertizo de las herramientas, el de los aperos. Lo llevó paseando junto a diferentes pastos que separaban a las distintas razas de ganado y le explicó cómo iba rotando las épocas de apacentado para permitir que la tierra se fuera regenerando. Le señaló las boscosas laderas que se elevaban por encima de los terrenos de pastoreo, que había dejado prístinas para poder cazar ciervos con los que llenar el congelador y obtener leña en otoño.

Lo condujo hasta el enorme huerto que se extendía por detrás de la casa —casi una granja en sí mismo—, donde cultivaba todas las verduras para su mesa.

—¿Cuántas personas trabajan en el rancho? —preguntó Neal.

—Oh... depende de la temporada y de la economía. Ahora mismo, solo una docena. Eso sin contar a mi hijo Jory ni al cocinero. Mi esposa solía encargarse de la cocina, pero desde que se la llevó el cáncer... —dejó la frase inconclusa—. Deberíamos volver con Steve.

—Muchas gracias por la visita.

—Ha sido un placer, joven —respondió Hansen. A continuación añadió tímidamente—: Gracias por el interés.

Steve les estaba esperando apoyado contra la camioneta. La novilla se alzaba temblorosa en la caja del vehículo.

—Siento que hayas tenido que cargarla solo —dijo Hansen—. Los jornaleros están arriba en el monte, reuniendo a un rebaño para vacunarlos, y creo que Jory anda por ahí perdido dando vueltas con tu Shelly.

Rio un poco por lo bajini y Steve se unió a él, una broma compartida entre dos padres de adolescentes.

—Son jóvenes —dijo Steve—, déjales que disfruten mientras puedan.

—Supongo.

—Bah, Bob, andan ilusionados porque les han elegido rey y reina del baile. Tampoco es que se vayan a fugar para casarse, ni nada parecido.

—No, imagino que no.

—Bueno, cuídate mucho, Bob.

—Sí. Encantado de conocerte, Neal.

—El placer ha sido mío, señor.

La cabeza de Bob se irguió un poco al oír el «señor» y le dedicó a Neal una mirada apreciativa antes de darse media vuelta y encaminarse de regreso al granero.

—Sube atrás y mantén bien agarrada a la novilla, ¿quieres, Neal? —solicitó Steve.

—¿No tienes una cuerda?

—Sí. En casa, donde me la he dejado olvidada. Límitate a agarrarla del cuello para que no pueda saltar de la caja ni vaya dando tumbos.

Neal descubrió que la única manera de poder agarrar firmemente a la novilla del cuello era poniéndose de rodillas en el suelo de metal de la camioneta. Lo cual no fue demasiado terrible hasta que la camioneta comenzó a brincar sobre el camino, haciendo que Neal se golpease las rodillas contra los remaches metálicos con cada bache, roca y sacudida, de las cuales hubo unas dos mil. Neal apretó los dientes, refunfuñó, gimió y finalmente maldijo cada vez

que sus rótulas se estampaban contra el acero, pero mantuvo agarrada a la novilla.

El animal tampoco se mostró precisamente encantado. Sin dejar de berrear ni de temblar, dejó escapar un chorro de orina que empapó las dos perneras de los pantalones de Neal. Este notó cómo la meada le iba mojando las piernas y dejándoselas pegajosas, pero mantuvo bien agarrada a la novilla hasta que la camioneta dio un brinco particularmente salvaje y el animal se revolvió, librándose del abrazo de Neal para intentar saltar a la carretera desde la parte trasera de la caja. Neal se tiró al suelo sobre el estómago y consiguió agarrarla de la pata trasera izquierda.

Aquello representó un error táctico, ya que dejaba libre la pata trasera derecha del animal. Siendo una novilla poco dada a dejar escapar las oportunidades, le asestó una coz digna de Bruce Lee en el diafragma. Neal consiguió agarrar la pezuña que tenía incrustada en el pecho y tiró de la novilla hasta hacerla caer sobre su regazo, descubriendo que una cría de vaca pesa mucho más que la cría de persona que probablemente ya nunca sería capaz de engendrar a juzgar por el repentino dolor que experimentó en la entrepierna. Pero mantuvo agarrada a la novilla.

Alcanzó a oír a Steve cantando felizmente al compás de una tonadilla que sonaba en la radio. La letra hablaba de una madre que no pensaba permitir que sus hijos fueran vaqueros de mayores o algo por el estilo, lo cual a Neal no le pareció demasiado divertido. Pero a la novilla debió de gustarle, porque dejó escapar un gran suspiro y se relajó en su regazo. De hecho, se relajó hasta tal punto que al momento hizo de vientre, soltando todo cuanto llevaba en las tripas sobre aquellas zonas de sus pantalones que no había alcanzado a empapar de orina. Neal deseó que Steve se hubiera acordado de coger la dichosa cuerda, pero siguió aferrado a la novilla, le acarició el cuello y la arrulló en tono cariñoso y tranquilizador. Aunque todo el cuerpo le dolía una barbaridad debido a la golpiza, siguió aferrado a la novilla.



Steve detuvo la camioneta junto a la parte trasera de la casa de los Mills, salió y observó detenidamente a Neal y a la novilla.

—¿Te ha meado y te ha cagado encima?

—Sí.

—Ya, suelen hacerlo. ¿Queréis seguir ahí acurrucaditos un rato más o se la presentamos a su nueva madre?

Steve bajó la portezuela trasera y la novilla saltó torpemente de la camioneta. Steve abrió una desvencijada puerta de listones y alambre y azuzó al animal hasta que entró en un pequeño corral que se extendía detrás del granero.

Neal entró detrás de él. El sol estaba bajando y el cielo se iba tiñendo de un suave rosa asalmonado. El aire era fresco y vivificante. Neal entendió que alguien pudiera enamorarse de todo aquello para no querer volver a marcharse jamás.

—Ahora empieza lo divertido —dijo Steve.

—No sé si seré capaz de soportar más diversión.

—Verás, Eleanor ya tiene un becerro y es demasiado boba para comprender que trayéndole a esta joven intrusa estamos intentando ayudarla. Así que, a pesar de que necesita otro retoño que le vacíe las ubres, su primer instinto será resistirse. Intentará golpear a la novilla y, si conozco a Eleanor como la conozco, intentará abrirle la cabeza de una coz.

No, pensó Neal. No pienso permitir que la mate. Tengo dos rodillas rotas, el pecho amoratado y la ropa empapada en mierda y orines. Me he ganado a pulso el sentirme protector con esa novilla.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Neal.

—Bueno, tenemos que hacer varias cosas. Verás, estas vacas están acostumbradas a pastar al aire libre. Son medio salvajes, en cualquier caso, y a la que empieza a acercarse el ocaso esconden a sus becerros entre los matorrales de la falda de la montaña. De modo que lo primero que tenemos que hacer es encontrar al becerro de Eleanor antes que los leones o los coyotes...

—¿Leones?

—Leones de montaña, pumas. Después tenemos que traer al animalillo hasta el establo. Eleanor lo seguirá, a pesar de que ya se huele la emboscada. A continuación la inmovilizaremos con el collar del comedero, la sorprenderemos por la espalda y le ataremos una soga alrededor de las caderas para que le apriete el nervio y le duela si intenta cocear. Después llevaremos a la novilla hasta su nuevo merendero, lo cual no será difícil, porque lo primero que hacen los terneros es ir directamente a la teta, tú ya me entiendes. Cuando la novilla nueva haya mamado un rato, Eleanor olvidará que en realidad no es suya y empezará a cuidar de ella.

—¿Leones?

—Se asustan de las personas.

Oh, bien.

—De todas maneras —dijo Steve—, llevaré el rifle, solo por si acaso.

—Por si acaso ¿qué?

—Por si acaso nos encontramos con un psicótico o con un *survivalista* loco que haya llegado a la conclusión de que robarme los terneros es más barato y sencillo que criar a los suyos propios. Me vendría bien que me echaras una mano. Entre dos es mucho más fácil guiar a las vacas a pie, y me ahorrarías el trabajo de tener que ensillar al caballo. Además, el médico me ha dicho que debería dar un paseo diario.

—Claro.

Nunca dejaría pasar la oportunidad de mantener un duelo al atardecer con un león psicótico y/o un ladrón de ganado loco, pensó Neal.

Entraron en la casa y Steve descolgó un rifle de cerrojo 30.06 de un soporte que había en la cocina. Después caminaron unos diez minutos entre los matorrales de artemisa en dirección al pie de la montaña. Llegaron hasta la hilera de árboles que Neal había visto desde la ventana y que, efectivamente, cobijaba un arroyo poco profundo que discurría por el fondo de una gran hondonada. Bancos de arena flanqueaban el arroyo en ambas orillas, y les resultó

sencillo salvar la corriente pasando de roca en roca hasta saltar sobre la arena.

Anduvieron un par de minutos más y alcanzaron la parte inferior del gran espolón de la montaña.

—Las montañas en sí pertenecen al gobierno —dijo Steve—. Este espolón es el linde sur entre mis tierras y las de Hansen.

Junto a la base del espolón, casi enterrada en la ladera norte, había una pequeña cabaña de troncos.

—¿Y esa de quién es? —preguntó Neal.

—Es nuestra —respondió Steve—. Ya estaba aquí antes de que yo llegara. Probablemente fuese de algún viejo minero. Todavía pueden encontrarse cantidad de galerías abandonadas por toda la sierra. O puede que fuese un refugio de vaqueros, un lugar donde dormir cuando subían a recoger el ganado de las colinas para bajarlo al valle durante el invierno. Ocasionalmente hemos alojado en ella a un par de jornaleros nuestros.

No se cruzaron con ningún puma ni tampoco con ningún *survivalista* enloquecido por la carne de ternera. Sí encontraron a Eleanor, una enorme vaca blanca y negra, que se apresuró a guiarles en la dirección equivocada.

O al menos lo intentó.

—Eleanor se está volviendo predecible ahora que ha alcanzado la mediana edad —dijo Steve—. Si se encamina hacia el este, puedes estar condenadamente seguro de que júnior estará echado debajo de un arbusto en algún lugar al oeste.

Así fue. Se trataba de un simpático chiquitajo de ojos enormes que parecía agradecer que el juego del escondite hubiera terminado tan rápidamente. El becerro se levantó sobre patas temblorosas al tiempo que Eleanor se acercaba trotando protectora. Steve la azuzó dándole un golpecito en los flancos con la culata del rifle.

—Al establo, vieja y boba Eleanor.

Tardaron unos cuarenta minutos en llevar a las vacas de regreso y otros veinte en engañar a Eleanor para que introdujera la cabeza en el collar, poniendo un gran puñado de alfalfa aromática en el

comedero. Eleanor mordió el cebo y Steve cerró bruscamente el collar, apartando la mano por los pelos justo antes de que Eleanor girase violentamente la cabeza en un intento de aplastarle los dedos.

—Los dos nos estamos volviendo más lentos, abuela —dijo Steve sin que Neal pudiera detectar la menor amargura en su voz.

A continuación, Steve se escabulló por detrás de la vaca, esquivó una coza, le pasó una cuerda por encima de las caderas, la enlazó por detrás de las ubres y la anudó con fuerza. Ató el otro extremo a un poste y retrocedió. Eleanor hizo ademán de ir a cocear de nuevo, pero de repente cambió de opinión y lanzó un mugido agraviado. Después se tranquilizó y comenzó a masticar el heno. Al instante, su cría se escurrió debajo de ella y se puso a mamar.

—Ve a buscar a la nueva, ¿quieres? —pidió Steve.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, metió la mano detrás de otro collar y sacó una cajetilla de Lucky.

Neal salió al corral, encontró a su novilla acurrucada contra la valla y la azuzó en dirección al establo. El animal echó un vistazo a las hinchadas ubres de Eleanor y arrimó el hocico. La vaca hizo otro débil intento por cocear, lo dio por imposible y aparentemente decidió que era madre de gemelos mientras los terneros hocicaban, tiraban y mamaban debajo de ella.

Steve le dio una satisfecha calada a su cigarrillo mientras observaba la escena.

—Amo este lugar —dijo.

Lo había amado desde la primera vez que lo vio, veintitantos años antes —le contó a Neal mientras cenaban—, cuando Peggy y él habían renunciado al espejismo de cultivar lechugas en California, amontonaron sus escasas pertenencias en un coche que se caía literalmente a pedazos y pusieron rumbo al este hasta llegar a Reno, donde Steve sacó un diez como segunda carta para sumar al rey que tenía boca abajo. Aquello inauguró una racha que Peggy remató con una buena mano a los dados, obteniendo una suma de siete en tres tiradas seguidas.

Se les ocurrió que podrían permitirse el capricho de darse unas pequeñas vacaciones y se dirigieron al este de Reno, donde descubrieron el valle del río Reese. Peggy también se enamoró de inmediato, de modo que dieron por concluidas las vacaciones, compraron aquel pedazo de tierra, encontraron una vieja caravana de oferta y se instalaron allí.

Steve encontró trabajo conduciendo un camión minero en Round Mountain y Peggy atendía mesas en el único *diner* de la ciudad. Solían dedicar sus horas libres a despejar el terreno necesario para levantar un corral y un establo.

Peggy sembró un huerto, perdió la mayor parte del mismo a causa de los bichos y los conejos y volvió a comenzar de nuevo, vallándolo esta vez con una verja de tela metálica que le costó las propinas de todo un mes. Steve se unió a un par de nuevos amigos en expediciones de caza nocturna con proyectores y llenó con carne de venado para todo el invierno el congelador de cuarta mano que había comprado en el bar de Brogan, en el pueblo.

Estuvieron viviendo dos años en la caravana hasta que consiguieron ahorrar lo suficiente para hacerse una casa. Dos años conduciendo esforzadamente camiones por carreteras llenas de curvas traicioneras. Dos años sirviendo cafés, dándoles la vuelta a hamburguesas, acallando con miradas fulminantes los comentarios sobre su «hermoso culito» y retorciéndole en una ocasión el brazo a un camionero al que le dio por palpárselo. Dos años ahorrando hasta el último centavo, salvo por su expedición quincenal al pueblo (a treinta kilómetros de distancia) para beberse un par de cervezas y bailar un par de piezas en el Phil & Margie's Country Cabaret al ritmo de la música *country* de New Red y los Mountain Men. (El viejo Red había sido detenido por cultivar medio acre de marihuana detrás de su casa y los Mountain Men eran en realidad dos hombres y dos mujeres).

Steve y Peggy levantaron la casa con sus propias manos después de que Kermit Wolff hubiera puesto los cimientos. Comenzaron en mayo y celebraron la fiesta del techado a mediados

de septiembre. Media región apareció para ayudarles a alzar aquel condenado armatoste y para pulirse las cervezas puestas a refrescar en hielo en el abrevadero del caballo. Fue una fiesta memorable y Peggy soltó un par de lagrimitas cuando el joven shoshón que había venido desde Lone se llevó a remolque la vieja caravana. Steve se entregó por completo a terminar los remates el día que Peggy llegó a casa de Fallon con la noticia de que había un bombo en su futuro y no era el de la lotería.

Shelly nació en pleno invierno. El parto fue problemático y les imposibilitó tener más hijos. A Peggy la deprimió bastante la noticia, pero a Steve no le importó, porque amaba con locura a su pequeña, que lo tenía embelesado.

Neal entendió por qué en cuanto Shelly irrumpió por la puerta de entrada apenas un minuto antes de que la cena estuviera en la mesa.

Tenía los ojos y la sonrisa de su padre y los rasgos marcados de su madre. La melena castaña le llegaba a la altura de los hombros y tenía el pelo tan grueso que Peggy juró haber roto una vez unas tijeras intentando cortárselo. Se abalanzó sobre su filete y su patata asada con el voraz apetito de los jóvenes, sin culpas ni complejos.

Era estudiante de primero en el instituto. La biología y la química eran las asignaturas que mejor se le daban, inglés e historia las que peor, lo cual significaba que tenía que esforzarse para sacar sobresalientes. Quería estudiar en la Universidad de Nevada y después en una academia de medicina o de veterinaria, porque era incapaz de decidir a quién deseaba ayudar más, si a las personas o a los animales. Había sucumbido a la presión de sus compañeras de clase y se había hecho animadora, a pesar de que le parecía una actividad bastante aburrida y un tanto ridícula. Habría preferido dedicar el tiempo a montar a caballo o a ayudar en casa o a dar largos paseos con Jory por los senderos de las montañas.

Era una joven segura de sí misma y criada en un hogar seguro. Sabía que sus padres se amaban mutuamente y que la querían a ella, y ella les devolvía el cariño.

También estaba enamorada de Jory Hansen. Tenían planeado mudarse juntos a Reno y casarse cuando hubieran sentado las bases de sus respectivas carreras, ella ejerciendo la medicina de uno u otro tipo, él como fiscal del distrito en una cruzada por la justicia. Los padres de Shelly no querían desengañosarla contándole todas las cosas que suelen sucederles a las relaciones durante la larga travesía universitaria. Era una chica sensata y encajaría bien los golpes.

Evidentemente, su madre debía de haberle dicho que refrenara su curiosidad natural acerca de su nuevo invitado, ya que durante los primeros veinte minutos evitó hacerle a Neal las tres mil preguntas que tenía acerca del mundo más allá de Austin.

—¿Qué tal has pasado la tarde con Jory? —le preguntó Peggy entre bocados de pastel de cerezas, intentando rescatar a Neal.

—Bien —respondió Shelly.

Peggy no se dejó engañar. Para su exuberante hija, «bien» apenas contaba como una descripción positiva.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Peggy.

—No lo sé. Últimamente está muy callado.

—Jory Hansen nunca ha sido precisamente charlatán —dijo Peggy.

Shelly dudó.

—Parece furioso —dijo.

—Cariño, creo que está ligeramente enfadado desde que murió su madre —respondió Peggy.

Peggy sabía cómo se sentía el muchacho. Ella también estaba furiosa. Barb Hansen había sido una de sus amigas más íntimas. Habían criado a sus hijos juntas, apoyándose mutuamente durante todas las enfermedades y las heridas de la infancia, compartiendo una copita de vino cuando los hombres estaban allá arriba en las colinas, cortando leña o cazando. Habían pasado largas tardes de verano abajo en el arroyo, viendo a sus hijos chapotear en el agua e intercambiando confidencias sobre el matrimonio, los negocios, la

cocina, el rancho y todo tipo de cosas. Ella también echaba de menos a Barb Hansen.

Y Jory —diminutivo de Jordan— era un adolescente muy sensible. Mucho más parecido a su madre que a su padre. Había sido una dura pérdida para él.

—Han pasado tres años, mamá.

—Lo sé.

—Últimamente habla cosas raras.

—*Dice* cosas raras —la corrigió Peggy—. ¿A qué te refieres?

—No sé. Política. Sobre cómo está cambiando el país. Habla como un republicano de derechas o algo así.

—Sabía que ese muchacho me caía bien por algo —observó Steve.

—Simplemente parece furioso —repitió Shelly—. Me da un poco de miedo.

—A lo mejor deberías salir con otros chicos —sugirió Steve, agachando la cabeza sobre su trozo de pastel para evitar la mirada enfurecida de su hija.

—¿Qué otros chicos? Jory es el único en este lugar que piensa que la vida puede consistir en algo más que en echarle el lazo a las vacas —respondió Shelly—. Además, le quiero.

—Siempre está eso —respondió Steve, y la conversación dio paso a la economía local, la política y demás temas habituales de los que suele hablar la gente cuando aún se está conociendo.

Y después la conversación se centró en Neal.

Básicamente fue inventándose la historia a medida que la iba contando, hilándola lentamente, haciéndose el tímido y el avergonzado, pero siempre observando la regla número uno de cualquier buena tapadera: mantente tan cerca de la verdad como te sea posible.

De modo que les dijo que estaba estudiando un posgrado en Nueva York hasta que se enamoró de una mujer que le partió el corazón, y que de repente la vida había perdido todo el sentido y simplemente había necesitado alejarse de todo aquello para pensar.



Para su segunda porción de pastel y su tercera taza de café, Neal les estaba contando que había volado a la Costa Oeste, que allí no había encontrado lo que estaba buscando y que había decidido comprar un coche barato con el que regresar sin prisas al este.

Todo lo cual era técnicamente cierto en algunos aspectos y una absoluta mentira como conjunto. La esencia de una buena tapadera.

Después de la cena se retiraron al salón. Shelly subió a la primera planta para darse una ducha y acostarse temprano.

Neal se hundió en el sofá y aceptó el vaso de escocés que le ofreció Steve. Tenía un olor ligeramente parecido al del humo de los fuegos de carbón vegetal de la cocina del monasterio. Neal le dio un sorbito y permitió que permaneciera en su boca un momento antes de tragarlo. Se sintió como si lo hubieran arropado con una manta.

—Tienes la misma pinta que si te hubieran hecho galopar a mataballo y te hubieran metido en la cuadra sin enfriar —le dijo Steve.

Neal no entendió en lo más mínimo a qué se refería, pero en cualquier caso asintió. Le dio otro trago al *whisky* y se arropó un poco más.

Peggy llegó de la cocina con una copa en la mano y una expresión seria en el semblante. Se sentó al lado de Neal en el sofá.

—Steve y yo lo hemos estado pensando —dijo—. A Steve le vendría bien que alguien le echara una mano en la finca. El invierno estará aquí antes de que nos hayamos dado cuenta y todavía tenemos mucho heno que recoger y otras tareas similares. Probablemente nos veríamos obligados a contratar a alguien en cualquier caso, pero ya que estás aquí...

—No podríamos pagarte demasiado —dijo Steve—. Pero puedes alojarte en el cuarto de invitados y la comida es de primera.

Y también el entorno, pensó Neal.

—¿Y si me alojara en la cabaña del espolón? —preguntó.

Los Mills se echaron a reír.

—Pero cómo vas a vivir ahí —dijo Peggy—. Para empezar, está muy sucia. Es fría, está aislada...

Verá, señora Mills, pienso marcharme de aquí mucho antes de que llegue el frío y aislamiento es precisamente lo que necesito para poder buscar tranquilamente a Harley y a Cody McCall.

—Puede que Neal quiera tener un poco de intimidad, Peggy —dijo Steve.

—Ni siquiera hay luz eléctrica. Solo tiene una vieja estufa de leña.

—Estaré bien —dijo Neal—. Trabajaré a cambio del alojamiento y de algunos suministros para los primeros días. Tengo algo de dinero ahorrado en el banco y puedo pedir que me lo envíen.

—¿Estás seguro? —preguntó Peggy.

—Creo que esto era precisamente lo que estaba buscando —dijo Neal.

O al menos se le parece un huevo.

## 4

A la mañana siguiente, Steve y Neal condujeron hasta el pueblo para comprar suministros.

No tuvieron que andar demasiado; el pueblo solo tenía una tienda. Ni siquiera tenía nombre. Los locales se referían a ella simplemente como «la tienda». Incluso Evelyn Phillips la llamaba «la tienda», y eso que llevaba treinta años siendo su propietaria. Suponía que si alguna vez abrían una segunda tienda en el pueblo, tendría que ponerle nombre al negocio, aunque Steve se inclinaba más por pensar que aún en el supuesto de que llegara a suceder algo tan poco verosímil, la gente probablemente seguiría llamando «la tienda» a la tienda de Evelyn y se referiría a la nueva como «la otra tienda».

Evelyn también era la propietaria del único restaurante de la ciudad, situado justo en la acera de enfrente. El restaurante incluso tenía nombre: Wong's. Wong's estaba decorado con linternas rojas de papel, paipáis colgados en las paredes y una gran tela con un dragón estampado en el recibidor, pero no servía ni una migaja de comida china. No desde que Wong falleciera en 1968 y su esposa e hijos regresaran con entusiasmo a San Francisco. Evelyn compró el restaurante y, exhortada por los agradecidos clientes, cambió el menú. Sin embargo, todo el mundo había apreciado siempre la decoración, por lo que se quedó tal cual.

—La peor comida china de todo el Oeste —le dijo Evelyn a Neal.

—Espantosa —corroboró Steve.

Con la decoración de la tienda, sin embargo, Evelyn no se había tomado grandes molestias. La gente no iba allí para curiosear, iba para comprar productos de primera necesidad. Los hombres que entraban solo querían coger sus herramientas y volver al trabajo... o perder una hora en Brogan's. Las mujeres ya tenían memorizado el inventario, de modo que se pasaban el rato en la tienda charlando, intercambiando noticias y chismes. La mayoría de los ranchos situados a las afueras del pueblo todavía no tenían teléfono, por lo que la tienda era el lugar de encuentro para ponerse al día con los vecinos.

Siguiendo el consejo de Steve, Neal escogió un par de tejanos de tela gruesa, tres camisas de tela vaquera, un par de botas de trabajo y un sombrero. Steve le insistió para que se probase un sombrero vaquero, pero Neal tenía un aspecto tan avergonzado (y con razón, le confirmó Steve) que se conformaron con una gorra de Allis-Chalmers. Después seleccionaron varias latas de comida en conserva, utensilios para cocinar, carne congelada y ese tipo de cosas.

—¿En efectivo o lo sumo a tu cuenta, Steve? —les preguntó Evelyn mientras dejaban sus compras sobre el mostrador.

Era una mujer alta de sesenta y pocos años. En los viejos tiempos había tocado el trombón en una banda exclusivamente femenina de California, hasta que se le ocurrió que le apetecía hacer algo muy distinto. Nunca había llegado a casarse, aunque corría el rumor de que mantenía encuentros regulares con un par de hombres de negocios que pasaban periódicamente por la ciudad.

Steve miró a Neal.

—Efectivo —dijo este.

Evelyn ni parpadeó cuando vio el billete de cien dólares que dejó sobre el mostrador.

—Hablando de cuentas —le dijo a Steve—, no habrás visto por ahí a Paul Wallace, ¿verdad?

¿Perdona? ¿Cómo dices? ¿A quién? Neal se guardó con parsimonia el cambio en la cartera y examinó sus compras. ¿De qué

Paul Wallace está hablando esta mujer?

—Paul Wallace... —dijo Steve, pronunciando el nombre en voz alta, para ver si le sonaba de algo.

—Creo que es uno de los jornaleros de Hansen —dijo Evelyn—. Vino aquí, abrió una cuenta prometiendo abonarla el día de pago y no he vuelto a verlo desde entonces. Han pasado tres semanas. Hansen les paga cada quince días, ¿no es así?

—Sí. ¿Más bien alto? ¿Rubio? ¿Bien plantado? —preguntó Steve.

Harley McCall. Neal deseó tener la oportunidad de darle otro sopapo al verdadero Paul Wallace. El muy hijo de puta debería haberme dicho que habían *intercambiado* sus identidades. Por otra parte, debería haberseme ocurrido preguntárselo.

—Sí, el mismo. Normalmente no suelo darle crédito a nadie a menos que lleve ya algún tiempo en el pueblo, pero iba con un chiquillo monísimo y quería comprar cosas para el crío: cereales, galletas...

Neal se preguntó si Steve y Evelyn se habrían percatado del tamborileo que había comenzado a resonar por todo el local: era su corazón, latiendo con un rápido y enérgico bum-bum-bum.

Steve dijo:

—Lo siento, Evelyn, no me he cruzado con él desde hace al menos tres semanas. Claro que tampoco habría sido normal que lo hiciera. No voy tan a menudo al rancho de Hansen. Pero puedo decirle a Shelly que le pregunte a Jory, si quieres.

Evelyn negó con la cabeza.

—No, tampoco quiero que el hombre pase ningún apuro. Pero si te cruzas con Hansen, dile que le diga a su vaquero que venga a verme. Claro que lo más probable es que ya se haya marchado, y que me la haya metido doblada.

Espero que no, Evelyn. No sabes cómo lo espero.

—El niño era majísimo, eso sí —observó Evelyn.

Neal dejó sus cosas en la caja de la camioneta mientras Steve miraba hacia Brogan's.

—Odio malgastar gasolina para un solo recado —dijo Steve.

—Espérame dentro y enseguida voy —respondió Neal—. Quiero hacer una llamada.

Fue andando hasta la gasolinera, donde había una cabina. Marcó un número que comenzaba por 800.

—Dame una buena razón para no despedirte ahora mismo —dijo Levine nada más ponerse al teléfono.

—Creo que he encontrado a McCall —respondió Neal.

—Vale, esa es una razón. Dinos dónde y subiremos un equipo al primer avión.

—Es demasiado pronto —respondió Neal.

Le contó su conversación con Paul Wallace, su charla con Doreen, su buena fortuna con la familia Mills y lo que acababa de averiguar en la tienda.

—Puede que se haya vuelto a marchar o puede que simplemente esté intentando pasar desapercibido en el rancho —dijo Neal—. Esperad hasta que me haya asegurado.

Joe Graham se puso al aparato.

—¿Dónde coño te habías metido? Estaba muerto de preocupación.

—Lo siento, papá. Ed te pondrá al día. Estoy bien.

—De todas maneras, deja que envíe un equipo aunque sea a la espera —dijo Ed.

—No hay manera de que fueran a pasar desapercibidos en este lugar, Ed. Despertarías las sospechas de todos. Ahora tengo que marcharme.

Vio que Cal Streckker se acercaba por la calle. Y había algo en él... algo que...

Ed dijo:

—Neal, escúchame bien: límitate a localizarle. No hagas nada más, ¿me has entendido? Hemos estado investigando a la Iglesia de la Verdadera Identidad y...

—Ed, pon en marcha mi tapadera.

—Neal, ¿qué estás haciendo? —exigió saber Ed.

Strekker estaba cada vez más cerca.

—¡Ed, límitate a blindar mi tapadera! ¡Tengo que colgar!

—Carey, no...

Neal colgó con fuerza el auricular. Cal Strekker estaba en aquel momento justo a su lado.

—¡Zorra! —le gritó Neal al teléfono.

Cal se detuvo e hizo una mueca burlona.

—¿Problemas con las mujeres? —preguntó.

—¿Los hay de otra clase? —respondió Neal.

—Límitate a las putas —replicó Cal—. Les pagas, te las follas y, si se te ponen bordes, les zurras.

Vaaaaaale, pensó Neal.

Levine se puso al habla con la operadora.

—¿Dónde? —preguntó.

—Austin, Nevada.

Levine miró a Graham.

—Es posible.

Graham asintió. Desde el secuestro fallido, habían dedicado sus energías a investigar la iglesia de Carter. Lo que habían descubierto era perturbador.

—Deberíamos comenzar a trabajarnos el otro flanco —dijo Levine.

—Sí. Pero con sumo cuidado. Si la cagamos, podríamos provocar que se carguen al chaval —dijo Graham.

—¿A qué chaval? —preguntó Levine—. ¿Cody McCall o Neal Carey?

—A los dos.

Neal entró en Brogan's pisándole los talones a Cal Streckker. Había una cerveza esperándole en la barra. Para llegar a ella tuvo que pasar por encima de Brezhnev, que estaba durmiendo en el suelo. Brogan cabeceaba en su sillón.

—¿Has podido llamar? —preguntó Steve.

—Sí.

Neal no ofreció más información y Steve tampoco le preguntó. Streckker sacó una cerveza de la cámara y caminó hasta el otro extremo de la barra para sentarse en su taburete habitual.

—¿Así es como trabajas para Hansen? —le preguntó Steve.

El tono era humorístico, pero también tenía cierto filo.

—Llevo un buen cargamento de alambre de espino en la camioneta —respondió Cal—. Se me ha ocurrido parar a tomar una cerveza, si te parece bien.

—A mí me parece bien —dijo Steve—. ¿En qué te tiene trabajando Bob? ¿Estáis levantando otro gallinero?

—Imagino que si el señor Hansen quisiera hablar de sus negocios contigo, lo haría él en persona.

Un comentario que en aquella zona de Nevada venía a estar muy cerca de la grosería.

Steve asintió.

—Cal, va a hacer casi veinte años que conozco a Bob Hansen. Yo mismo le ayudé a levantar varias de las cercas que tiene en su finca. En aquellos tiempos solíamos ayudarnos por turnos a bajar nuestros rebaños de la montaña cuando llegaba el invierno. Eso fue antes de que pudiera permitirse contratar a vaqueros profesionales de primera, como tú.

—Deberíamos ir volviendo —dijo Neal.

—No hay ninguna prisa —dijo Steve. Su tono era ahora más afilado.

—No soy un vaquero —replicó Cal—. Soy mecánico. Y jefe de seguridad.



Steve soltó una carcajada que lo salpicó todo de cerveza. Algunas gotas fueron a caer sobre Brezhnev, que se despertó gruñendo, lo que a su vez despertó también a Brogan. Este le dirigió una mirada iracunda a Steve y volvió a acomodarse en su sillón de orejas.

—¡Seguridad! —bramó Steve—. ¿Para qué diantres necesita Bob Hansen seguridad?

—Cuatreros. Ladrones de caballos.

—La hostia —dijo Steve, riendo por lo bajini.

—Últimamente ha habido cuatreros por la zona —dijo Streckker a la defensiva.

Steve se bebió de un trago su chupito de *whisky*.

—Oh, joder, eso ya lo sé. Justo la semana pasada me desapareció una vaca. Habrá sido una panda de viejos *hippies* en plan «regreso a la madre Tierra» con una linterna y una camioneta. O a lo mejor dos o tres payutas de la reserva que se han gastado los cheques del gobierno en priva y ahora necesitan dar de comer a sus hijos. A duras penas podemos considerarlos la banda de los James. Y en cuanto a los ladrones de caballos, ¿por qué iban a molestarse en meterse con vuestra caballada cuando todo el valle está invadido por rebaños de mesteños que se comen la hierba de nuestras vacas? Gracias al condenado gobierno federal, por cierto. Jefe de seguridad.

Cal Streckker se puso colorado de la rabia.

—Desde luego, sabes darle a la lengua, Mills, eso seguro.

—«Señor Mills» para ti. O «Steve». Y ahora, ¿qué tal si haces algo útil, jefe de seguridad, y le dices a Paul Wallace que se pase por la tienda a pagar su cuenta?

El nombre pareció agitar a Streckker.

—Wallace ya no está con nosotros —dijo este.

Neal vio que los ojos de Streckker se ensanchaban mínimamente y vio que contenía la respiración durante apenas un instante. Estás mintiendo, pensó Neal. Harley/Paul McCall/Wallace no se ha movido del rancho.

—Entonces díselo a Hansen —dijo Mills.

—Si Evelyn le prestó dinero a Wallace, es algo que solo les atañe a Wallace y a ella. No tiene nada que ver con la Compañía Ganadera Hansen.

Steve se levantó y se puso el sombrero.

—Te diré lo que vas a hacer —le dijo a Streckker—. Cuéntale a Bob Hansen lo que te acabo de decir y él mismo conducirá hasta aquí en persona, se disculpará con Evelyn y pagará la deuda con intereses.

—Eso crees, ¿eh? —se burló Streckker.

—Conozco a Bob Hansen.

Me pregunto si eso es cierto, pensó Neal. Me pregunto si eso es cierto. Siguió a Steve al exterior.

Steve se subió a la camioneta de un brinco, sacó un cigarrillo de la guantera y lo encendió. Exhaló parte de su enfado junto con el humo.

—Ese tío me pone de los nervios —dijo Steve—. Hay que reconocer que de un tiempo a esta parte Bob ha contratado a unos verdaderos pringados. Vagabundos indeseables y oportunistas. Sin ánimo de ofender —añadió rápidamente.

—No pasa nada. Aunque por un segundo pensaba que íbamos a tener una pelea ahí dentro.

—Yo también. —Steve rio—. Bueno, habría animado una mañana por lo demás mortecina. Volvamos a casa para instalarte en tu nueva casa de campo.

Sí, y para averiguar lo buena que es en realidad la seguridad en la Compañía Ganadera Hansen.

Acercaron la camioneta todo lo posible a la cabaña. El vehículo brincó y protestó, pero siguió avanzando entre la maleza. Se detuvieron poco antes de llegar al arroyo y lo cruzaron acarreado los suministros en brazos.

Un gran caballo negro pastaba perezosamente, atado con holgura a una rama.

—Es Dash —dijo Steve—. El favorito de Shelly.

Shelly y Peggy estaban en la cabaña, limpiando furiosamente.

Habían hecho un trabajo de primera. La cabaña consistía en una única estancia, pequeña y cuadrada. Una cama metálica ocupaba un rincón en la parte de atrás. La cama estaba recién hecha con sábanas limpias, una manta del ejército y un edredón indio. Un viejo barril hacía las veces de mesita de noche. Una lámpara de keroseno sobre el barril le proporcionaría luz para leer.

En la pared opuesta, a la derecha de la puerta, había una encimera y un fregadero con anaqueles debajo. Una rechoncha estufa de leña descansaba a la izquierda de la puerta. Dos pequeñas ventanas cubiertas con rejilla dejaban entrar el aire y la luz.

—Puedes taparlas con plástico cuando empiece a hacer frío —dijo Peggy—, si al final te acabas quedando tanto tiempo. He traído un par de viejas sartenes de hierro colado y una olla que ya no utilizamos. También un par de platos, vasos, cubiertos.

—Gracias —dijo Neal.

—Estoy encantada de librarme de ellos. Afuera hemos dejado un depósito de agua plegable para que lo colguéis.

Salieron de la cabaña. Steve cogió el gran saco de lona verde, ató una cuerda a la anilla que tenía en la parte superior, lo izó pasando la cuerda por encima de la rama de un árbol cercano al arroyo y aseguró la cuerda alrededor del tronco.

—Solo tienes que llenarlo con agua del arroyo, volver a izarlo, abrir la espita y tendrás una ducha —explicó.

A continuación le mostró a Neal dónde estaba el escusado, oculto detrás de la cabaña entre algunos pinos. Era poco más espacioso que una cabina telefónica y contenía un banco y una letrina.

—Así se tira de la cadena —dijo Steve. Echó un chorrito de gasolina por el agujero, encendió una cerilla y la arrojó al interior—. Normalmente con eso basta.

Cuando regresaron a la cabaña, Shelly estaba montada sobre el caballo.

—¿Quieres dar un paseo, Neal? —preguntó.

—No, gracias.

—¿Alguna vez has montado a caballo? —preguntó.

—Por supuesto. Y una vez casi cojo la anilla y gano el premio.

—Tienes miedo —dijo Shelly, intentando provocarle.

—Tienes razón —respondió Neal.

—¿Adónde vas, cielo? —preguntó Steve.

—A dar una vuelta con Jory. Por allí arriba —dijo Shelly, señalando las montañas con la cabeza.

—Y él, ¿dónde está?

—No quería esperar. Hemos quedado en vernos en el arroyo que hay debajo de las cuevas.

—¡Ni se te ocurra meterte en esas cuevas! —gritó Peggy desde dentro de la cabaña.

Shelly puso los ojos en blanco en una falsa mueca de exasperación.

—¡No te preocupes! ¡Sabes que me dan canguelo! —dijo. Señaló hacia la puerta de la cabaña—. Siempre vigilante.

A continuación espoleó suavemente a Dash y comenzó a ascender al trote el piedemonte de la montaña. Se despidió con la mano sin darse la vuelta.

—Bueno —dijo Steve, tanto para sí mismo como para Neal—, supongo que es mejor esto que no que se pase todo el día metida en un centro comercial.

Peggy salió al porche.

—¿Crees que se acuestan? —preguntó sin alterarse.

—¡Peg! ¡Por el amor de Dios!

—No digo que lo hagan, Steve —dijo ella—. Pero no deberíamos descartar la posibilidad.

—Quizá no sea mejor que pasarse todo el día metida en un centro comercial —reflexionó Steve.

Trabajaron un rato más en la cabaña, asegurándose de que Neal quedaba bien instalado, y después le dejaron para que se acomodara y disfrutara de algo de intimidad. Le invitaron a cenar,

pero Neal dijo que bien podía empezar cuanto antes a ser autosuficiente.

Además, tenía cosas que hacer.

En primer lugar, ordenó todas sus pertenencias. No tardó mucho. Tenía su nueva ropa de trabajo, algunas prendas de diario y su uniforme reglamentario para vigilancias y allanamientos: jersey, vaqueros, calcetines, tenis y gorra, todo de color negro. Tenía la manoseada edición en rústica del *Roderick Random* de Smollett que le había salvado de volverse loco durante sus tres años de confinamiento en Sichuan.

Sacó su colección de textos racistas —*Los diarios de Turner*, el boletín de *El observatorio de Sión* y unos mal impresos tratados de C. Wesley Carter— y los escondió de manera que cualquiera que quisiera registrar la cabaña pudiera encontrarlos.

A continuación extrajo sus binoculares, los pequeños prismáticos Peterson para observación de pájaros que tan elogiosamente venían recomendados por un tal Joseph Graham, y salió de excursión.

Ascendió por la vertiente norte del espolón, agarrándose a los pinos para impulsarse sobre la tierra desprendida, hasta que llegó a un saliente de roca en lo alto. Fue rodeando su contorno, ganó otros quince metros de elevación y continuó caminando hasta que encontró lo que estaba buscando.

Era un pequeño peñón que sobresalía sobre la vertiente sur del espolón. Un pequeño bosquecillo de álamos le proporcionaba abrigo, pero dejaba espacio suficiente para disfrutar de las vistas: una encantadora panorámica del complejo principal de Hansen, a unos novecientos metros de distancia del lugar donde se hallaba encaramado Neal.

Mi corazonada ha resultado ser cierta, pensó este con un impropio grado de satisfacción. Igual que la pendiente del terreno impide que mi cabaña se vea desde casa de los Mills, los mismos

accidentes geográficos crean una zona muerta detrás de la de Hansen. Solo que su zona muerta está muy viva esta avanzada tarde de sábado.

En primer lugar, la construcción tenía tal tamaño que se veía incluso a simple vista. Parecía un condenado fortín, en cuyo centro se alzaba un gran búnker. Aunque de formas básicamente rectangulares, tenía las esquinas atravesadas por barbacanas circulares que proporcionaban un ángulo de tiro idóneo para barrer todos los terrenos circundantes. Se hallaba bien hundido en el suelo y el techo estaba cubierto con sacos de arena, sobre los cuales habían extendido una red entrelazada con matorrales de artemisa. Neal imaginó que los cimientos estarían bien enterrados para proteger el edificio contra ataques con explosivos.

A un lado del búnker principal se alzaban otros tres más pequeños, circulares y de hormigón; dos de ellos tenían aspilleras apaisadas prácticamente a ras del suelo. Neal supuso que debían de ser almacenes de algún tipo, quizá para comida y municiones. El tercero tenía pinta de estar pensado para alojar prisioneros. Todos habían sido igualmente camuflados bajo matorrales de artemisa.

Alguien sabe condenadamente bien lo que se hace, pensó Neal. Un observador casual que anduviera recorriendo los senderos que cruzan la montaña apenas se fijaría en esto, y en caso contrario pensaría que se trata de una vieja empresa minera o un cercado para el ganado. Los búnkeres resistirían sin pestañear cualquier tipo de disparo realizado desde las laderas del monte. Uno necesitaría artillería o, por lo menos, fuego de mortero para conseguir provocar algún daño, y ¿quién iba a acarrear semejante armamento hasta allá arriba? En cualquier caso, el fortín había sido claramente construido para repeler un ataque proveniente del valle, no de las montañas. Un asalto dirigido contra aquellos búnkeres desde el llano sería una carga suicida.

Tres laterales del complejo se hallaban protegidos por una valla de tela metálica de cuatro metros de altura rematada con alambre de espino. El cuarto costado, el que estaba orientado hacia la casa

de los Hansen, era el que estaban levantando en aquel momento. Parecía como si estuviesen intentando montar la valla de manera que quedase espacio para una puerta de acceso al sendero de tierra que discurría por la parte trasera del rancho de Hansen. Neal vio que varios hombres desenrollaban tela metálica sobre el sendero en aquel preciso momento.

¿Para qué se estarán preparando?, se preguntó Neal. ¿Para el apocalipsis?

Probablemente sí, pensó. Probablemente la idea fuese dejar la casa grande para refugiarse en el fortín. Seguir peleando desde allí hasta que ganasen los buenos.

Neal se llevó los prismáticos a los ojos y ajustó las lentes. Incluso con sus potentes binoculares, las atareadas figuras resultaban indistintas sobre el gris mortecino del suelo cubierto de artemisas. Neal a duras penas fue capaz de identificar la silueta de Bob Hansen, gracias principalmente a su sombrero vaquero. Escudriñó todo el complejo para ver si conseguía distinguir la figura alta y delgada de Cal Streckler, pero no lo encontró.

A lo mejor está dentro de uno de los búnkeres, pensó Neal. A lo mejor Harley McCall y Cody también. A lo mejor también yo debería estar ahí.

Neal observó durante otro par de minutos y después se alejó de la peña hasta encontrar otro lugar ligeramente más retirado para sentarse entre los pinos. No tenía sentido exponerse demasiado tiempo y quería esperar a que la luz disminuyese ligeramente antes de acercarse más.

Si McCall y el niño están en ese campamento, pensó mientras seguía allí sentado, no será fácil organizar un agarrón. Al margen de cuántos forzudos de primera pudiera contratar Ed, no conseguiríamos sacar al chaval de ahí dentro. Si queremos agarrarles, primero tendremos que encontrar un señuelo capaz de hacer salir a Harley y al niño de ahí. Y todavía no tengo la menor idea de cómo conseguirlo.

Neal esperó una hora, después se levantó y comenzó a descender poco a poco la ladera, en dirección al fortín. Supuso que incluso un par de cientos de metros podrían bastarle para reconocer los rostros, principalmente para asegurarse de si Harley era uno de ellos, pero también para empezar a hacerse una idea de exactamente con cuántos individuos se las iban a tener que ver.

La idea le golpeó con una fuerza casi nauseabunda: ¿exactamente cuántas personas están al tanto de esto? Joder. Jory Hansen sin lugar a dudas; el mismo chaval que en estos precisos momentos monta a caballo por la montaña con Shelly Mills, la hija de mis amigos Steve y Peggy. ¿Se lo cuento a ellos?

Entonces le golpeó una segunda oleada: ¿o puede que ya lo sepan?

Viejos amigos... buenos vecinos... los comentarios de Steve acerca del «condenado gobierno federal»... llegados de California... un ranchero al que Harley había conocido en California...

De repente, Neal fue incapaz de respirar.

Una mano le tapaba con fuerza la boca. Una rodilla se clavó en su rabadilla al tiempo que el antebrazo tiraba de él hacia atrás y hacia arriba, arqueando su espalda hasta que sintió que podría partírsela en dos y amenazando con romperle el cuello.

—Eres hombre muerto —siseó una voz.

La punta de un cuchillo de combate presionó contra las costillas de Neal.

Bueno, pensó este, al menos he encontrado a Cal Streckker.

Para decepción de Neal, Streckker no lo condujo hasta el campamento. En cambio, lo llevó a rastras hasta un claro que se abría tras haberse internado aún más en la espesura y lo empujó con fuerza contra el tronco de un pequeño cedro.

Ha elegido bien el lugar, pensó Neal. Desde aquí ni se ve nada ni estamos a la vista de nadie.

Cal habló en voz baja por una pequeña radio de campaña. Neal identificó la palabra «intruso».



—El señor Hansen viene de camino —dijo Streckker—. Aunque a lo mejor debería limitarme a matarte y decirle que has intentado escapar.

La voz de Cal tenía un mordiente peligroso. Sus ojos resplandecían con una excitación que casi parecía sexual. Psicótica. Neal lo sabía todo sobre los psicópatas; llevaba años viajando en metro por la Broadway-Local. De modo que también sabía que solo había una manera de tratar con aquella clase de locos violentos, los que hallan placer en el miedo ajeno.

Streckker desenfundó su pistola y la blandió ante Neal.

—¿Qué tal si te agujereo la cara ahora mismo?

—¿Qué tal si me comes la polla?

Neal vio que Cal se ponía rojo. Entre el rubor y la barba taheña, parecía un tomate mutante. Estaba furioso, pero Neal vio otra cosa asomar a su rostro: incertidumbre.

—¿Te crees un tío duro? —preguntó Streckker.

—No, pero tendré que hacer la suplencia hasta que llegue uno de verdad.

—Ya ha llegado uno de verdad, gilipollas.

Neal se echó a reír.

—¿Tú?

Desde luego, este tipo de interacción sigue la misma mecánica que las mareas, pensó Neal. Y la marea de Cal está retrocediendo.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —preguntó Cal.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó Neal—. Ah, es verdad. Eres el jefezuelo de seguridad.

Y uno condenadamente bueno, debo reconocer. Por mi padre que ni siquiera te he oído llegar. Pues sí que estoy en buena «forma operativa». Pero eres bueno. Eres muy bueno. Si quiero devolverle a Cody McCall a su madre, antes voy a tener que encontrar una manera de librarme de ti.

Streckker amartilló el arma y pegó el cañón a la cara de Neal.

—Es una nueve milímetros. ¿Sabes lo que haría con tu cabeza?

Neal sintió los aguijonazos casi paralizantes del terror. Quiso encogerse hasta hacerse una bola diminuta y llorar.

Pero eso probablemente haría que me matara, pensó. De modo que respondió:

—¿Alguna vez te ha explicado alguien lo de las pistolas como símbolo fálico? Presta atención, Cal, el tamaño no lo es todo. También está el encanto, el aseo corporal, el sentido del humor...

Cal enfundó la pistola.

—Levántate —dijo—. Te voy a moler a golpes.

Neal no tenía la menor duda de que, si se ponía de pie, Cal le molería a golpes, de modo que mantuvo su trasero pegado al suelo y dijo:

—No vas a hacer una mierda. ¿Dices que Hansen está de camino? Bien, porque solo trataré con el jefe, no con el servicio.

Apoyó la espalda contra el tronco del árbol y cerró los ojos. No volvió a abrirlos hasta que oyó un ruido de pisadas.

Hansen no venía solo. Se había traído consigo a otro de los jornaleros. Un hombre chaparro, ancho de hombros, de pelo y barba negros.

—Levántate —le ladró Cal a Neal.

Neal se puso muy lentamente de pie. Se sacudió el polvo de los vaqueros y miró a Hansen.

Hansen dijo:

—¿Qué estabas...?

—Pare el carro un momento —le interrumpió Neal—. Tengo una pregunta para usted. Salgo a dar un simple paseo por terreno público y aquí su payaso se me echa encima, me arrima un cuchillo a las costillas, me planta una pistola en la nariz y me retiene en contra de mi voluntad. Eso suman tres cargos de agresión, más rapto y detención ilegal, de los cuales pienso hacerle responsable a usted. De modo que más le vale asegurarse de que mantiene el rancho bien ordenadito, porque lo quiero impoluto y en perfecto funcionamiento para cuando venga a tomar posesión del mismo.

Era algo que le había enseñado Joe Graham: cuando estés desesperadamente a la defensiva, ataca. Cuando te cojan con las manos en la masa, golpéales con ella. Neal se sacudió un poco más el polvo e hizo ademán de ir a marcharse. La mano de Cal saltó hacia su pistola.

—Las tierras del gobierno empiezan sesenta metros más arriba —dijo Hansen—. Estás en tierras de la Compañía Ganadera Hansen. Tengo derecho a proteger mis propiedades contra cuatros y ladrones de ganado.

Neal se volvió bruscamente.

—¿Qué iba a hacer con una vaca, metérmela en el bolsillo?

—Podrías haber estado reconociendo el terreno —replicó Hansen.

Muy cierto, pensó Neal.

—¿Qué haces con esos prismáticos? —quiso saber Streckker.

Reconocer el terreno.

Neal interpretó el papel de alguien que se está tranquilizando. Fijó la mirada en el suelo como si estuviera intentando recuperar la calma y después dijo en un tono decididamente razonable:

—Quería ver un león de montaña.

Hansen y el hombre del pelo negro se echaron a reír.

—¿Un león de montaña? —preguntó Hansen.

—Sí, Steve Mills me ha dicho que por aquí hay pumas. Estoy alojado en su cabaña y se me había ocurrido dar un paseo para intentar ver uno. Soy de Nueva York. Nunca he visto un león de montaña ni nada parecido.

Neal observó mientras Bob Hansen intentaba decidir cómo reaccionar. La sonrisa lupina de Cal Streckker no le dejaba dudas acerca de qué sucedería en caso de que Hansen bajase los pulgares.

—Bueno, eres amigo de Steve Mills —dijo Hansen—, así que te vamos a dar el beneficio de la duda. Pero te tendremos vigilado.

En aquel momento, Neal decidió jugársela.

—Hostia puta —farfulló al volumen justo para hacerse oír—. Si lo sé me quedo en la trena.

—¿Qué? —preguntó Hansen.

Neal abrió ligeramente el caudal de su fingida indignación.

—¡He dicho que para eso bien podía haberme quedado en la trena! ¡Vine aquí precisamente para alejarme de toda la gente que quiere «tenerme vigilado»!

—¿Dónde estuviste en la cárcel?

—En Nueva York.

—¿Por qué motivo? —preguntó Hansen.

¿Me la juego un poco más? ¿Piso el pedal hasta el fondo? ¿O no me sigo arriesgando?

—Por pegarle un tiro a un puto negro —respondió Neal, mirando a Bob Hansen directamente a los ojos.

Y los ojos le indicaron que había captado el interés de Hansen.

—Joder, claro —dijo Hansen—. No sabía que fuera posible disparar una pistola en Nueva York sin darle a un moreno.

Sus hombres se rieron.

—Señor Hansen, ojalá hubiera sido usted el juez —dijo Neal—. Él se lo tomó bastante más en serio.

—¿Lo mataste?

—¿Al juez?

—Al negrata.

—No. Para serle sincero, no tengo demasiada buena puntería.

Más risas. La atmósfera estaba empezando a cambiar.

Nos estamos haciendo colegas, pensó Neal.

—¿Qué era? —preguntó Hansen—. ¿Un camello? ¿Un chuloputas?

La gente siempre suele indicarte las respuestas que desea oír, pensó Neal.

—Ambas cosas.

—Apuesto a que el juez era judío —dijo el hombre del pelo negro.

Incluso contará tu historia por ti si te limitas a escucharla con atención.

Neal asintió.

—El juez y los dos abogados. El mío me dijo que me declarase culpable. Me cayó una condena de entre seis y diez años. Cumplí tres.

Hansen meneó la cabeza airadamente.

—Así funciona el sistema judío-cial. Seguro que ese negro de mierda está otra vez en la calle, vendiendo drogas y mujeres.

—No salí a buscarle para comprobarlo —dijo Neal—. Los agentes de la condicional no ven ese tipo de cosas con buenos ojos.

—¿Tu agente de la condicional sabe que has abandonado el estado? —preguntó Streckker.

Neal captó el tono de duda.

—¿Tú qué crees? —respondió con sarcasmo.

—Así que te has fugado —dijo Streckker.

Llevemos esto un pelín más lejos, pensó Neal.

—No pienso pasarme la vida con el Gran Hermano mirándome por encima del hombro a cada momento, diciéndome qué hacer, qué no hacer, dónde puedo trabajar o a quién puedo ver. Al parecer, un hombre blanco no puede ser libre en la Costa Este. Pensé que las cosas serían diferentes aquí. Al parecer estaba equivocado. No volveré a entrar en sus tierras, señor Hansen, pero si quiere vigilar algo, vigile sus asuntos —dijo Neal. Después miró a Streckker—. Y tú, como alguna vez vuelvas a ponerme la mano encima, te mataré sin pensármelo dos veces o moriré en el intento.

Y, por cierto, no me dejes pisar.

Streckker le dedicó una mueca burlona. Hansen estaba mirando a Neal de arriba abajo como si fuese un toro que se estuviera planteando comprar.

—Eres un luchador —dijo Hansen.

—No es que quiera serlo —respondió Neal—, pero si me provocan...

—A todos nos están provocando, hijo —dijo Hansen—. Algunos de nosotros hemos decidido responder.

Neal se limitó a encogerse de hombros.

—Puedo comprobar si tu historia es cierta, ¿sabes? —continuó Hansen.

Estoy seguro de ello, pensó Neal.

—No es una historia, señor Hansen. Ojalá lo fuera.

—Y, si resulta que nos has mentado, más te vale haber desaparecido de este valle antes de que lo averigüemos.

Amigo, Ed Levine habrá blindado esta tapadera de tal manera que incluso yo me la creería si me diera por comprobarla.

—¿Y si resulta que es la verdad? —preguntó Neal.

—Entonces puede que tenga utilidad para un hombre como tú —respondió Hansen.

Y puede que yo tenga utilidad para un hombre como tú, pensó Neal. Pero dijo:

—¿Para qué?

Hansen sonrió.

—Depende. Deja que te pregunte una cosa, Neal. ¿Qué es lo que has visto desde aquí arriba con tus prismáticos?

¿Miento? ¿Me marco un farol? Si miento y no me creen, puedo darme por muerto. Pero si cuento la verdad y no les gusta, también puedo darme por muerto.

De modo que Neal les ofreció su mejor «cara de Rorschach», una expresión enigmática que permitía que la otra persona leyera en el rostro de Neal lo que fuese que deseara encontrar: los labios esbozando la más leve de las sonrisas, los ojos abiertos apenas una pizca de más.

—Nada —dijo.

Hansen le devolvió la sonrisa.

—Tendrás noticias mías —dijo.

A continuación les hizo un gesto a sus hombres para que lo siguieran y emprendió el descenso de la colina.

Strekker chocó deliberadamente contra Neal.

—Tú y yo seguimos teniendo una cita pendiente, niñato de mierda —siseó mientras se alejaba.

Es muy probable, pensó Neal.

Esperó un par de minutos para permitir que su corazón se relajara e inició el camino de regreso a la cabaña.

Steve Mills le estaba esperando con un arma.

—Se me había olvidado darte esto —dijo justo cuando Neal estaba a punto de arrojar al suelo en posición fetal.

Steve se fijó en los prismáticos.

—¿Has salido a admirar las vistas?

Neal ignoró la pregunta y señaló el rifle.

—¿Para que necesito eso?

—Estás muy lejos de la comisaría más cercana, Neal —respondió Steve—. Y muy cerca del puma más cercano. Eso por no hablar de los coyotes.

—O de los *survivalistas* locos.

—O de los *survivalistas* locos.

—No quiero disparar contra los pumas ni contra los coyotes.

—Ah, caray, el ruido bastará para espantarlos —dijo Steve.

—En ese caso... —Neal aceptó el rifle.

—¿Sabes cómo se disparan estos trastos? —preguntó Steve.

—Tiene algo que ver con apretar el gatillo, ¿no?

El rifle, según aprendió Neal, era un Marlin 336. Tenía acción de palanca, diez proyectiles en la recámara y disparaba munición 30/30. Pesaba casi tres kilos, pero a Neal le pareció mucho más pesado cuando lo disparó y encajó su retroceso en el hombro. Y producía un estruendo de la leche.

—¿Y tú no lo vas a necesitar? —preguntó Neal, por encima del ruido de campanas de catedral que tañían en sus oídos.

—No —respondió Steve—. Ya tengo un verdadero arsenal en casa. Con el paso de los años uno va acumulando. Ya viste el Winchester. También tengo un Remington, un Savage combinado,

una vieja H&R corredera calibre doce e incluso un par de viejos revólveres, hasta que a los federales les dé por confiscarlos todos. Supongo que puedo prescindir de este.

Supongo que puedes.

—Deberías practicar un poco con él —le recomendó Steve—. Nunca se sabe.

—Muy cierto —respondió Neal.

Observó mientras Steve regresaba a casa galopando entre las artemisas.

Nunca se sabe, pensó Neal.

Entró en la cabaña, tardó aproximadamente media hora en encender un fuego en la estufa, y después otros cuarenta y cinco minutos hasta que desentrañó el intrincado mecanismo de la anticuada cafetera. Para cuando consiguió terminar de preparar el café, ya estaba anocheciendo, así que cogió su bien merecida taza y salió al pequeño porche para admirar cómo los duros márgenes del desierto adquirirían un suave color rosado. Los Shoshones, al otro lado del valle, pasaron a ser siluetas poco definidas, primero de un color gris pizarra y después negras. El sol lanzó un último destello de un rojo profundo y por último cayó por detrás de las montañas.

Un momento después, los coyotes empezaron a aullar.

Ed Levine se aburría.

Estaba mirando distraídamente por la ventana de su despacho con vistas a Times Square. Se había recostado contra el respaldo de la silla, apoyando los pies encima de la mesa, mientras un cigarrillo se consumía en un platillo de café sobre la misma.

Las deslumbrantes luces de allá abajo no le estimulaban en lo más mínimo. Tampoco los sonidos de los cláxones de los taxis y los autobuses, ni los ruidos vagamente humanos que le llegaban desde la calle. Se echó hacia delante, le dio una calada al cigarrillo y volvió a recostarse mientras el hombre que estaba al otro lado de la línea telefónica seguía perorando y perorando y perorando.



La puerta del despacho se abrió y entró Joe Graham.

—¿Puede perdonarme un momento? —le preguntó Ed al hombre del teléfono.

Pulsó un botón para poner la llamada en espera, miró al recién llegado y alzó las cejas.

—Está todo listo —respondió Graham a la pregunta no formulada.

—Bien —respondió Ed. Inspeccionó más atentamente a Graham—. Estás preocupado.

—Hacía mucho tiempo que el chico no realizaba un trabajo encubierto de este calibre. Es arriesgado.

Ed asintió.

—Siempre lo es.

Graham se restregó la mano artificial contra la sudorosa piel de su palma de verdad.

—Quiero estar más cerca —dijo.

—Es demasiado pronto.

—No quiero llegar demasiado tarde.

Ed frunció el ceño y gesticuló en dirección al teléfono.

Graham se sentó en la silla ante su escritorio.

Ed frunció aún más el ceño y dijo:

—Si nos acercamos demasiado en este preciso momento, podríamos quemar su tapadera. Simplemente prepárate para salir en cualquier momento.

—Ya estoy preparado.

Ed volvió a señalar el teléfono con impaciencia. Graham no mostró intención alguna de levantarse de la silla.

—De acuerdo —dijo Ed—. Empieza a preparar una tapadera para ti también. Y ahora deja de preocuparte y sal a beberte unas cervezas.

Graham se levantó.

—Me tomaré las cervezas —dijo desde el vano—, pero no dejaré de preocuparme.

Cerró la puerta al salir.

Decididamente, ha llegado el momento de un cambio, pensó Ed. Volvió a pulsar el botón de llamada en espera y empezó a hablar antes de que el otro tipo pudiera abrir la boca.

—Vayamos al grano —dijo Levine—. ¿Qué necesita exactamente, reverendo Carter?

Mientras tanto, en la Meseta Solitaria, Jory Hansen se encontraba sentado en lo más profundo de una quebrada. Estaba contemplando la luna.

Cuando la vio plena y en lo alto, Jory se subió de un salto a su yegua, espoleó suavemente al animal y avanzó entre los matorrales, teñidos de un plateado mortecino a la luz de la luna.

Alcanzó el espolón de la montaña, se detuvo un momento para acariciar el cuello de la yegua y después permitió que el animal escogiera precavidamente el camino para ascender la pendiente.

Desde los arbustos que flanqueaban el estrecho sendero, unos ojillos rojos resplandecían en la oscuridad, observándolo. Un búho abandonó su rama y voló lentamente por encima y por detrás de él, con la esperanza de que el caballo espantara a una ardilla o a un conejo y lo hiciera salir de entre los matorrales. En una franja de roca situada a unos cien metros más arriba, un puma movió las orejas al captar el odiado aroma del equino y se refugió en el interior de un profundo bosquecillo de cedros.

Media hora más tarde, el puma rugió suavemente cuando la yegua volvió a pasar, un conejo chilló aterrorizado mientras el búho le hundía las garras en el cuello y lo levantaba al vuelo hacia el oscuro cielo y, lejos de allí, en la Meseta Solitaria, un coyote olfateó el aire nocturno captando el inconfundible aroma de la muerte.

# II FORAJIDOS

## 5

Neal cogió la pesada sartén de hierro fundido y volcó la grasilla del beicon en una vieja lata de café. Volvió a colocar la sartén sobre la estufa de leña. Mientras la fina capa de grasa siseaba y chisporroteaba, Neal cascó dos huevos contra el reborde de la sartén y los abrió en el interior. Movi6 con cuidado la sartén hasta que los huevos quedaron bien repartidos y volvió a dejarla sobre el calentador de hierro.

En el fog6n, el burbujeo de la vieja cafetera met6lica decreci6 hasta terminar en un borboll6n. Neal cogió la cafetera con una manopla y se sirvi6 una taza. Una capa de residuo prism6tico flotaba por encima, otorg6ndole ese aroma picante y oleaginoso propio del caf6 filtrado a la antigua. Neal dio un sorbo cuidadoso, escald6ndose los labios solo un poco mientras salía al porche de la cabaña.

El sol se estaba alzando por detr6s de 6l, y empezaba a calentar el tejado de hojalata de la cabaña. Neal sabore6 los sonidos que al principio solo había tomado por silencio. Escuchando con atenci6n, ahora distinguía la brisa del oeste acariciando los 6rboles, el inconfundible crepitar del agua del arroyo al rozar las piedras y la arena. Oy6 al mismo cuervo huraño de todos los días imprec6ndolo desde la misma rama de pino, el martilleo de un madrugador p6jaro carpintero buscando hormigas en un cedro muerto, el atropellado gorjeo de una marmota.

Y luego estaban los olores. El aroma predominante de las agujas de pino, distinto del m6s penetrante olor de la resina, el tufo c6ldo y

acre de la breña ácida bajo la maleza, las propias artemisas, con su fragancia seca y dulce en el fresco aire de la mañana. A los que ahora se les sumaba el aroma de los huevos friéndose en la grasilla del beicon y el maravilloso olor del pan que se iba tostando en la parrilla de la estufa.

Neal volvió a entrar en la cabaña y les dio la vuelta a los huevos, después los aplastó con la espátula hasta romper las yemas. Sacó la tostada de la parrilla, la untó con mantequilla y la dejó sobre el viejo plato blanco desconchado con dibujo de florecitas azules en el reborde. Vigiló los huevos hasta que se hubieron cuajado por completo, después volcó la sartén encima del plato, se sirvió un poco más de café y se sentó a la mesa: tres anchas planchas de madera de pino clavadas sobre un armazón de troncos partidos. Acercó la silla —otro tosco ejercicio en madera de pino tallada a hachazos— y abrió su *Carson City Gazette* por la página de los deportes.

El periódico tenía exactamente una semana de antigüedad. Neal iba una vez por semana al pueblo con Steve para comprar suministros y acumulaba los periódicos de siete en siete. Se había disciplinado para leer únicamente uno por día, de manera que las noticias le llegaban continuamente con una semana de retraso, pero no pasó mucho tiempo antes de que eso dejara de importarle, y no mucho más tarde acabó por limitarse a ojear sumariamente las noticias, para dedicar el grueso de su atención a los deportes, las reseñas de libros, las columnas de opinión y las viñetas. Acabó por implicarse tanto en la lectura de las tiras diarias que llegaba a sentirse verdaderamente intrigado por cuál sería el destino de Steve Roper y del equipo de béisbol de Gil Thorp.

Aquella mañana, como todas las demás mañanas, labrarse una vida consistía en mayor medida en una simple cuestión de mantenimiento. Joe Graham se lo había enseñado hacía mucho tiempo: el secreto de administrar tu vida reside en realizar bien las pequeñas tareas y en hacerlas a su debido tiempo.

—La gente se cree que es «libre» —le sermoneó una vez Graham a Neal mientras lo intimidaba para que limpiara la pocilga que tenía por piso—, cuando carece del más mínimo orden en su vida. Eso no es ser libre. Es ser prisionero de tu propia dejadez. Por mucho que diga, la gente dedica muchísimo más tiempo y energías a solucionar sus torpezas que a pasarlo bien. Ahora bien, si te limitas a hacer todas las pequeñas tareas aburridas a diario, siguiendo algún tipo de orden, acabarás teniendo más tiempo para tirarte en el sofá, beber cerveza y ver partidos de béisbol en la tele, que es, después de todo, lo que te apetecería estar haciendo para empezar. Aparte de eso, los detectives dejados suelen acabar muertos.

Era cierto en el trabajo detectivesco, era cierto en los estudios académicos y era cierto a la hora de llevar una vida relativamente cómoda en una montaña aislada.

De modo que Neal terminó de desayunar, calentó un poco de agua y fregó los platos de inmediato, antes de que se le pasaran las ganas. Se sirvió una segunda taza de café y salió a sentarse al porche. Aquel era el rato que se permitía a diario para disfrutar del entorno, pensar sobre el día que le esperaba y observar al coyote.

El coyote había hecho acto de presencia pocos días después de la llegada de Neal a la cabaña. Al parecer, compartía la firme creencia de Neal en las rutinas. Llegaba justo después del desayuno y daba vueltas nerviosamente a unos cincuenta o sesenta metros de la cabaña hasta que Neal salía para emprender su paseo hasta la casa de los Mills. A continuación el coyote se ponía a seguirlo, asegurándose siempre de mantener una distancia prudencial y escabulléndose si Neal se volvía con excesiva brusquedad.

Al principio Neal pensó que estaba viviendo una especie de experiencia Disney, hasta que Steve le explicó que el coyote lo estaba usando como perro de caza, siguiéndolo de cerca para abalanzarse sobre cualquier saltamontes, ratón o conejo que Neal pudiera espantar a su paso. Además, los coyotes eran carroñeros y lo suficientemente inteligentes como para saber que los seres

humanos dejan cantidad de basura tras de sí. Neal prefería la versión Disney y acabó por considerar al coyote un amigo.

Así que se puso a buscar al animal cuando salió al porche para darle sorbos a su maravillosa segunda taza de café. Más maravillosa aún ahora que las mañanas habían empezado a ser bastante frías. Los escarpes más elevados de las montañas ya estaban cubiertos de nieve y no transcurriría mucho tiempo más antes de que la primera gran tormenta cubriera todo el valle de blanco. Neal había dedicado muchas horas de tiempo libre a recoger leña en la montaña para apilarla en el porche.

Al ritmo que va este trabajo, pensó Neal, puede que la necesite.

Llevaba allí dos meses y no había vuelto a detectar el más mínimo rastro de Harley ni de Cody McCall.

A lo mejor era verdad que se habían marchado, tuvo que reconocer Neal para sí. A lo mejor yo debería hacer lo mismo. Pero en Nueva York no estaré más cerca de encontrar al chico de lo que pueda estarlo aquí.

No le había resultado fácil venderle aquel concepto a Levine y a Graham. Habían mantenido una complicada conferencia telefónica unas tres semanas después de que Neal se hubiera instalado en la cabaña.

*—Trae tu culo de vuelta de inmediato —había exigido Ed.*

*Neal insistió:*

*—Me quedo.*

*—¿Para qué coño te vas a quedar? —preguntó Graham—. ¡Ni siquiera te van a dejar entrar en su estúpido campamento!*

*—Todavía estoy en periodo de prueba —dijo Neal, sintiéndose algo más que ligeramente estúpido.*

*Era cierto. Hansen había comprobado su historia, se había tragado el anzuelo y había invitado a Neal a que participase en los entrenamientos de «autodefensa» que organizaba en el rancho. Fuera del fortín.*

*Ed interrumpió:*

*—Estamos trabajando en una nueva aproximación, Neal. Estás fuera del caso.*

*—Estaré fuera del caso cuando haya devuelto a Cody McCall, Ed.*

*Neal pudo imaginarse a Ed echando humo por las orejas, inclinado sobre su mesa, chupando un cigarrillo.*

*Graham dijo:*

*—Hijo, vuelve y sigue con tus estudios. Has hecho cuanto has podido. Ya intentaremos otra cosa, eso es todo.*

*—No me preocupan los estudios, papá. Lo que me preocupa es ese niño. Y hasta que no esté seguro de que no está aquí, no pienso marcharme.*

Además, me gusta esto.

Lo cual era cierto. Neal Carey, ciudadano de Broadway, usuario empedernido del transporte público, criado en las calles y con una adicción de tres periódicos al día, estaba encantado con su vida en la Meseta Solitaria. Neal, cuya experiencia previa con el ganado se limitaba a maniobrar hamburguesas con queso en dirección a su boca, había descubierto que disfrutaba haciendo bajar a las vacas de Mills desde sus pastos de verano en las montañas. Neal, que en otro tiempo había considerado los ríos East y Hudson como los límites del universo, ahora se regodeaba en los amaneceres y atardeceres panorámicos de la meseta. Neal, cuya idea de acarrear pesos terminaba en el de un café grande para llevar, ahora subía balas de heno al granero como si nada o instalaba tramos de alambre de espino o cavaba agujeros para postes o inmovilizaba becerros que necesitaban una inyección. Neal, que en otro tiempo no había visto el momento de regresar a Nueva York tras sus años de confinamiento en China, ahora contemplaba con rechazo la idea de dejar su espléndido aislamiento en el valle del río Reese en pos de los cerrados confines de la Gran Manzana.

De modo que no pensaba hacerlo. Aquel sería su último trabajo. Encontraría a Cody McCall, sin importar el tiempo que tuviera que dedicarle. Pero en cuanto lo hubiera hecho, estaba decidido a



quedarse allí mismo, en el valle. Cobraría sus emolumentos y se compraría una casita, quizás incluso aquella misma cabaña. Tendría que renunciar al posgrado, pero no lo necesitaba para seguir leyendo libros. De hecho, había tenido mucho más tiempo para leer aquellos dos últimos meses que en los cinco años anteriores.

Así que tan pronto como encuentre a Cody McCall, me retiro, pensó Neal mientras el coyote le echaba una mirada furtiva desde detrás de un grupo de arbustos.

Se quitó la ropa, se calzó unas sandalias de goma y se dirigió al depósito plegable. Se subió a una plataforma de madera que él mismo había levantado, abrió la boquilla, se mojó todo el cuerpo y la volvió a cerrar. Se enjabonó a conciencia, se lavó el pelo y abrió nuevamente la boquilla para aclararse. A continuación se enjabonó la cara, se agachó un poco para poder verse en el espejo que colgaba de una rama cortada y se afeitó.

—Afeitarse —le había advertido Peggy Mills— es lo que te separa de los *survivalistas* locos. Siempre y cuando te sigas afeitando, serás simplemente un tipo al que le gusta que le dejen tranquilo. Pero en el momento en que dejas de afeitarte empiezas a parecerte demasiado a un anacoreta. Así que afeítate, Neal; te ahorrarás que te dé la lata y yo me ahorraré preocupaciones.

Era un buen trato, así que Neal se rasuraba cumplidamente el rostro a diario y se sentía mejor por ello. Uno de los desafíos de llevar una vida primitiva era mantener la pulcritud, y una barba, con su tendencia a almacenar sudor, tierra e insectos muertos, se lo habría complicado aún más. Además, aquel era su día grande de la semana, el día que iba al pueblo, y siempre le gustaba demostrarles a los lugareños que seguía conservando el decoro. Era una cuestión de orgullo. Se puso una camisa vaquera razonablemente limpia, tejanos y una chaqueta, y a continuación se caló su nuevo Stetson negro. Era sábado, su gran día en el pueblo.

Inició el paseo en dirección a la casa de los Mills. No tuvo que mirar hacia atrás por encima del hombro para saber que el coyote trotaba detrás de él a una distancia segura.

Mucho más allá, en las montañas, un anciano observaba los movimientos de un conejo en medio del claro, a poco más de medio metro de distancia de donde yacía entre los arbustos. El anciano iba desnudo, salvo por un taparrabos hecho con ramas de artemisa aplastadas. Su larga melena era blanca, como también lo eran los escasos y revueltos pelos que le colgaban de la barbilla. Era un hombre pequeño, bastante por debajo del metro y medio, y su piel cobriza seguía conservándose tirante sobre una musculatura todavía compacta y prieta. El anciano permaneció perfectamente inmóvil mientras el conejo levantaba la cabeza, movía nerviosamente el hocico y olfateaba el aire.

Al anciano no le preocupó. Había tomado la precaución de situarse en todo momento contra el viento y llevaba varios días observando al conejo, aprendiendo sus costumbres. No era fácil conseguir carne, el conejo era una presa recelosa y los reflejos del anciano ya no eran tan rápidos como en su juventud. Era consciente de que los días en los que había sido capaz de sobrevivir dependiendo únicamente de su velocidad y su fuerza hacía tiempo que habían pasado; ahora debía recurrir a la experiencia y la astucia.

El conejo pegó el morro al suelo y fue dando lentos saltitos hacia el arbusto. El anciano soltó la cuerda de su arco y la diminuta flecha atravesó el cuello del conejo. El animal se crispó y estiró las patas con el espasmo de la muerte para finalmente quedar inmóvil. El anciano se levantó, cogió al conejo por las patas y emprendió el regreso a su cueva para comenzar el largo proceso de despellejarlo con un pedazo de sílex afilado.

Obtener comida era un esfuerzo continuo, iba a volverse cada vez más difícil. El anciano lamentó que el verano —aquella época en la que el Creador permanecía cerca de la tierra y calentaba los huesos de los ancianos— estuviera a punto de terminar. Conseguir comida era mucho más sencillo en verano, cuando podía escarbar

sin problemas en busca de raíces, reunir piñas y arrancar grandes puñados de hierba del desierto. Después estaban las bayas de mezquite y los juncos que crecían junto a las orillas de los arroyos. Para un anciano resultaba agradable poder sentarse en una roca al sol y machacar las bayas y los piñones hasta hacer una pasta o sentarse junto al arroyo y preparar una sopa con la hierba y los juncos.

Y además había lagartos y ratas y pájaros que cazar. Y conejos.

Pero sus favoritos eran los saltamontes. El anciano recordaba los tiempos en que aún no era el último de su pueblo, cuando él y sus hermanos y hermanas cogían sus garrochas y escarbaban profundos hoyos en la tierra. Después formaban un gran círculo y golpeaban el suelo con las garrochas, conduciendo a los saltamontes hacia el hoyo, donde serían fáciles de capturar. Había muchas maneras de comer saltamontes: machacarlos en una pasta, hervirlos en sopa con hierba dulce, torrarlos sobre una roca en el fuego o dejarlos secar al sol. O si estaban muy hambrientos y su padre no estaba mirando, a veces simplemente se metían uno vivo en la boca y masticaban.

Pero aquello solo eran recuerdos y ahora ya no quedaban hermanos ni hermanas para ayudarle, y cada vez le resultaba más difícil cazar saltamontes. Y pronto las nieves habrían llegado y él tendría que quedarse en las montañas, lejos del hombre blanco, y haría mucho frío. Tenía que matar muchos conejos, pues necesitaba sus cálidas pieles además de su carne. Y puede que en breve tomara su arco y su garrocha para intentar matar un muflón, porque ya no se atrevía a escabullirse hasta el valle para robar uno de los terneros del hombre blanco. No cuando podía ser fácilmente rastreado en la nieve.

Shoshoko, «Escarbador» —tal era su nombre, aunque hacía muchos años que no lo oía pronunciar—, recogió su garrocha y se dirigió a la cueva.

Neal pensaba que ir de compras era algo maravilloso. No se lo había parecido cuando vivía en Nueva York, a tres manzanas del supermercado; ni siquiera en Yorkshire, donde el tendero y el carnicero se encontraban a un placentero paseo de veinte minutos de distancia; pero ahora, después de dos meses pendiente de obtener, preservar y almacenar comida, desde luego que se lo parecía. Ahora pensaba que las latas de estofado de ternera Dinty Moore se contaban entre los mayores logros de la humanidad, a la misma altura que las pirámides, los jardines colgantes de Babilonia y el chili con carne de Hormel. También tenía en alta estima las latas de judías verdes y de guisantes de Gigante Verde y las rodajas de melocotón que flotaban en su dulce y pegajoso almíbar... sobre todo los melocotones, después de haberlos dejado un día metidos en una bolsa de tela sumergida bajo la fresca corriente del arroyo.

¿Y qué genio, se preguntaba Neal, podía haber alumbrado un concepto como la mantequilla de cacahuete? ¿De verdad habría sido un pánfilo llamado Skippy? Poco importaba, el caso es que representaba un avance cultural de primer orden. Los críticos gastronómicos, los locos de la salud y los yuppies podían protestar y burlarse cuanto quisieran de la comida enlatada. Para Neal, la comida enlatada significaba libertad, la capacidad de vivir prácticamente al margen de la civilización y aun así sobrevivir. La comida enlatada le permitía vivir en su cabaña y le dejaba tiempo de sobra para leer buenísimos libros, pescar y echar siestas en vez de pasarse el día entero escarbando en el suelo o cazando o protegiendo sus sembrados de las alimañas.

Steve Mills pensaba lo mismo.

—Me alegra ver —dijo Steve cuando vio cómo había provisionado Neal su despensa— que no eres uno de esos puristas que aparecen por aquí de vez en cuando con sus catálogos ecologistas e instrucciones para levantar una cúpula geodésica. Se piensan que van a cultivar sus brotes de soja y sus verduras

orgánicas y que van a vivir en armonía con la naturaleza. El único problema es que la naturaleza nunca ha leído *Dieta para un planeta pequeño*, así que los ciervos y los conejos y los insectos se les comen la cosecha entera en vez de restringirse a su ración socialmente responsable. Después, cuando uno de estos chavales «alternativos» llamado Sunshine o Raven padece una infección en el oído que no se cura con una tisana, soy yo quien acaba teniendo que llevarles al ambulatorio en mi contaminante camioneta de alto consumo para que el doctor les recete un medicamento químico no orgánico que, de todos modos, no tienen dinero para pagar, por lo que la mitad de las veces soy yo quien acaba firmando un cheque gracias a las ganancias capitalistas que he acumulado vendiendo mi nada saludable carne roja. Y como prácticamente lo único que crece aquí de manera natural sin que se lo coman los animales es la maría, los naturistas estos se pasan la mitad del tiempo colocados, a menos que tengan cabeza para venderla en vez de fumarla. Así que, o bien terminan como sucios y malnutridos drogadictos, o bien como ricos capitalistas en ruta continua de ida y vuelta a Reno cargando balas de marihuana en furgonetas trucadas que cuestan más que toda mi casa. Por eso me alegra ver que te gusta el estofado de ternera Dinty Moore.

Joe Graham tenía otro punto de vista acerca de la cuestión de la pureza.

—¿Has oído ese dicho que recomienda no tomar nunca el camino fácil? —le había preguntado a Neal—. Pues a veces el camino fácil es el mejor camino. Cantidad de gente sabia ha dedicado tiempo y esfuerzos a facilitarnos las cosas. Esa gente que te dice que no tomes el camino fácil es la misma gente que a continuación se sube a un avión para ir a la Costa Oeste en vez de ir en carromato, lo cual sería mucho más duro.

A Neal no le preocupaban demasiado los aspectos filosóficos de todo aquello. Simplemente quería vivir en la cabaña, no ver a nadie a menos que le apeteciera y leer libros. Así que acumulaba latas de

sus comidas favoritas, se compraba un *pack* de seis cervezas y recogía su alijo semanal de periódicos.

Steve Mills detuvo la camioneta junto a la acera. Había estado en la gasolinera, renovando sus existencias de cigarrillos furtivos.

—¿Listo para volver?

—¿Por qué no?

Neal dejó su mochila en la caja de la camioneta y se subió al asiento del pasajero.

—Había pensado parar un minuto para practicar la absorción de fluidos en Brogan's.

—Me parece bien.

Brogan dormía en su sillón. Brezhnev dormía a sus pies. Las moscas que cubrían la rejilla de la ventana, sin embargo, estaban despiertas.

Brogan entreabrió un solo ojo al oír la puerta.

—Servíos vosotros mismos, dejad el dinero sobre la barra y recordad que Brezhnev sabe contar —dijo.

Después volvió a cerrar los ojos.

Brezhnev levantó su pesada cabeza al menos un centímetro y observó a Steve y a Neal con interés de propietario. Neal saltó por encima de la barra, sirvió dos *bourbons* en vasos pringosos y dejó un billete de cinco dólares sobre la barra.

Steve probó el licor, decidió que le gustaba y se lo echó al coleteo de un solo trago.

—Ahí va otro año de mi vida. Creo que puedo renunciar al nonagésimo noveno, ¿qué te parece? ¿Y qué piensas hacer allí arriba en enero cuando la bomba se congele y haya medio metro de nieve en el suelo?

Neal le dio sorbitos a su vaso, saboreándolo. Había decidido no comprar ningún licor de alta graduación para la cabaña precisamente porque pensaba que acabaría bebiéndoselo. Todas las noches. Pero la copa o dos que se tomaba en Brogan's u ocasionalmente en casa de los Mills ciertamente le sentaban de maravilla.

—Dejaré que enero se preocupe de enero —dijo.

Pronunciada en voz alta, la frase sonó igual de estúpida que había sonado en su cabeza.

—Bueno, ya sabes que no me gusta ser agonías, pero ha llegado el momento de empezar a reunir leña y de encontrar un lugar seco para almacenarla. Vas a necesitar cantidades ingentes. Y luego está el tema de la claustrofobia.

—No soy claustrofóbico.

—Dímelo cuando hayas pasado todo un invierno completamente a solas, metido en esa cabaña. Suponiendo que no estés hablando todavía con los hombrecitos que viven en las paredes.

—Oh.

—Aquí todo el mundo la sufre en mayor o menor medida. Es el frío, el viento, la oscuridad, la monotonía de la nieve, la nieve, la nieve. Joder, incluso a mí me afecta. A Peggy también le afecta. Y a Shelly le afectaría si no estuviera ya loca por culpa de las hormonas adolescentes. Pero he conocido a varios de esos *survivalistas*, veteranos de Vietnam y *hippies* que han intentado pasar el invierno completamente solos en esta zona. Para cuando vuelve el calor, a ellos ya se les han fundido los plomos, ¿entiendes lo que te quiero decir? ¿Crees que Brogan tendrá más *bourbon* o nos lo hemos bebido todo ya?

Steve cogió el vaso de Neal y volvió con otra ronda. Se sentó, encendió un cigarrillo e inclinó la silla hasta apoyar el respaldo en la pared.

—¿Por qué no bajas y te quedas con nosotros durante el invierno? A mí me vendría bien la ayuda, a Peggy le agradecería escuchar otras mentiras que no sean las de siempre y, de todos modos, Shelly ya piensa que eres el no va más.

—¿Para qué necesitas ayuda en invierno? —preguntó Neal, dubitativo.

—Bueno, no puedo beberme *todo el bourbon* yo solo.

—Estaré bien, Steve. Estoy acostumbrado a la soledad. Me gusta.

Además, pensó, necesito mi intimidad.

—Tú mismo. Pero una cosa sí te puedo asegurar: Peggy no permitirá que te pases ahí arriba las navidades. Irá a buscarte con una escopeta y te atará a lomos de un caballo.

Se terminaron las bebidas y volvieron a la camioneta. Treinta agrestes y polvorientos kilómetros más tarde se internaban por el camino de entrada de los Mills. Encontraron a Shelly y a Jory en el corral delantero. Shelly estaba ensillando a Dash. El caballo bailaba con su distintivo piafar, como un boxeador que espera en su esquina a que suene la campana del primer asalto. Jory estaba cinchando a su dócil yegua, que respondía al nombre apropiadamente relajante de Cocoa.

—¡Eh, Neal! —gritó Shelly—. ¿Quieres montar un rato?

Era una broma privada entre ambos. Shelly llevaba intentando subir a Neal a un caballo desde su primera mañana en Nevada. A veces acudía hasta su cabaña montada en Dash, llevando de las riendas a Cocoa o a la igualmente dócil Dolly, para intentar convencerlo de que la acompañase a dar una vuelta por la montaña. Neal consideraba que montar a caballo por un monte escarpado era un doble riesgo que no estaba ansioso por acometer en nombre del mero entretenimiento.

—Mejor os dejo solos, tortolitos —respondió Neal.

Shelly se rio y le dedicó una sonrisa deslumbrante. A continuación apoyó un pie en el estribo y se subió al caballo.

—¿Qué pasa, te da miedo cabalgar?

Neal se sintió tentado de decirle que había montado en la línea dos del metro de Nueva York, también conocida como la Bestia, muchas gracias. También se sintió tentado de soltar algún comentario chistoso acerca de la relación entre las adolescentes y los caballos, pero se lo pensó mejor en ambos casos. Shelly era una chica estupenda que únicamente quería compartir la diversión.

Ya, claro.

—Hola, Neal —dijo Jory.



Lo cual, para Jory, era el equivalente a una prolongada y enrevesada anécdota.

—¿Cómo va eso? —preguntó Neal.

—Solo vamos a dar una vuelta —respondió Jory mientras se acomodaba en la silla de montar.

Shelly espoleó a Dash y el caballo salió zumbando como si el corral fuese una fábrica de comida para perros. Jory sacudió las riendas y Cocoa trotó tras ellos.

Steve les observó perderse en la distancia.

—Eso es lo que en Berkeley habríamos llamado un buen ejemplo de metáfora visual. Me temo que ese muchacho seguirá tragando el polvo de Shelly cada vez que intente seguirle los pasos.

—¿Lo está dejando atrás?

—Oh, eso creo. Puede que consigan aguantar el último año de instituto, pero tan pronto como ella llegue a la universidad y vea todo lo que le está esperando ahí fuera... Y últimamente Jory no ve gran cosa más allá del rancho de su padre. Sinceramente te lo digo: espero que un año Shelly nos llame desde la universidad para intentar convencernos de que la dejemos pasar el verano dando vueltas en bicicleta por Europa o admirando estatuas desnudas en Italia o algo por el estilo. Nos resistiremos un poco para hacerle la experiencia más divertida, pero de verdad que eso es lo que espero que pase.

—Le encanta esto, Steve —dijo Neal.

—Siempre puede volver. ¿Quieres quedarte a cenar? Pensaba echar unos filetes a la parrilla.

—Mejor no. Todavía me quedan cosas por hacer.

—Lleva mucho trabajo, eso de ser montañero. Bueno, entra y tómate una taza de café con Peggy o me buscarás un lío.

Peggy no había hecho café. Lo que sí tenía era una jarra de té preparado al sol, una botella de vodka, una pila de revistas y la firme intención de pasarse la tarde sentada en el porche con los pies apoyados sobre la barandilla sin leer nada más complicado que un pie de foto.

—Me da que podría ser la última tarde lo suficientemente cálida para hacer esto. Puedes apuntarte —le dijo a Neal—, si me prometes hablar en frases cortas.

—Gracias.

—Buen comienzo —dijo Peggy.

Sirvió el té en tres vasos con hielo, remató dos de ellos con un chorrito de Smirnoff y le tendió a su esposo el que no llevaba alcohol.

—Eres una mujer terrible —dijo Steve.

—Hum... ¿Dónde está nuestra hija pródiga, espoleando a Jory Hansen en una feliz cacería?

—Feliz para ella, en cualquier caso. ¿Por qué, necesitabas que hiciera alguna cosa?

—Bueno, podría arrojar una granada de mano en su cuarto para limpiarlo de una vez por todas... pero no, en realidad no. Vamos, chicos, el porche nos aguarda.

Peggy agarró las revistas y abrió la puerta de rejilla empujándola con el codo.

—Id vosotros, los dipsómanos —dijo Steve, bebiéndose su té helado de un largo trago—. Quiero ir un momento a echarle un vistazo al ganado. Esas revistas, ¿son de las que prácticamente solo llevan publicidad, un par de muestras de perfume y artículos sobre el orgasmo?

—Sí —respondió Peggy.

—Entonces guárdame una —dijo Steve—. Vuelvo en un minuto.

Neal siguió a Peggy hasta el porche. Fiel a su palabra, Peggy cogió una tumbona, dejó caer la pila de revistas a sus pies y apoyó estos sobre la barandilla.

—¿Un día duro? —preguntó Neal.

—En realidad no. Pero es agradable tener la oportunidad de sentarse relajadamente a estas horas de la tarde. Es mi momento favorito del día.

Cogió una revista, se lamió la punta del dedo índice y empezó a pasar páginas.

—*Cosmo* —dijo—. Bueno, veamos... ¿Cómo encuentran la satisfacción las jóvenes ejecutivas en puestos de responsabilidad? Nada, ninguna foto. Siguiendo artículo.

Neal se sentó, se bebió el té y contempló cómo la luz de la tarde comenzaba a suavizarse.

—Bueno, Neal Carey —dijo Peggy, mientras hojeaba la revista—, ¿qué es lo que está pasando en el rancho de Hansen?

—No sé.

—Hum...

Neal odiaba sus «hum...». Podría haberlo matado con la fuerza de los mismos. Sus «hum...» eran una manera de expresar escepticismo. Si Peggy Mills hubiera sido inspectora de policía en Nueva York, hasta el último criminal de la ciudad se habría puesto de rodillas y rogado que le sacudieran con la vieja manguera de goma antes que tener que soportar otro de sus «hum...».

—¿Qué dice Jory? —preguntó Neal.

—Jory habla incluso menos de lo habitual en él. Jory habla como uno de aquellos indios en las viejas películas de Jeff Chandler. Muchos «ughs» y «ahs».

—Hum...

—Muy gracioso. Bueno, en el rancho de Hansen está pasando algo, y había supuesto que, teniendo en cuenta que los tienes justo al otro lado del espolón...

—Pensaba que no querías conversaciones largas...

Peggy alzó la mirada de su revista y la clavó en los árboles más allá del césped.

—No me hagas caso. A lo mejor es la hora tardía... y que también yo estoy llegando al final de la tarde... y que el invierno se acerca y mi nena se ha hecho mayor... y que mi marido tiene un corazón demasiado grande y debilitado...

Peggy alargó una mano, agarró la de Neal y le dio un apretón. Neal le devolvió el gesto.

—Estás llegando a tu mejor momento —le dijo este.

Ella volvió a apretarle la mano y después se la soltó.

—Eres un buen chico, Neal. Conozco a un par de mujeres solteras de la zona que se morirían por conocerte. ¿Quieres venir con nosotros a Phil & Margie's? ¿A celebrar el sábado como es debido? Te presentaré a unas cuantas mujeres de las montañas de reluciente melena y piernas largas.

—No sé bailar.

—Estoy segura de que les encantaría enseñarte, cielo.

—No sé yo.

Realmente no lo sé, Peggy. La última mujer que me enseñó algo acabó muerta.

—Bueno, baja a eso de las ocho si te apetece ir.

—De acuerdo.

Neal se terminó el té y se levantó.

—Gracias por la copa. Dile a Steve que tenía que irme, ¿eh? A lo mejor nos vemos esta noche.

Recogió su mochila de la camioneta, se la echó a la espalda y se encaminó de regreso a la cabaña. Tenía cosas que hacer.

Si estaba decidido a pasar allí el invierno, antes debía resolver una cosa de una vez por todas.

Neal se arrojó de bruces al suelo al tiempo que oía la bala estrellarse contra un árbol detrás de él. No sintió el más mínimo dolor, se preguntó si no sería precisamente eso lo que se sentiría en caso de muerte súbita y después se inspeccionó todo el cuerpo intentando localizar el agujero de la herida.

—Estás muerto, judío —dijo Cal Strekker, saliendo de detrás de una peña.

Bajó el rifle y sonrió.

—Joder, Cal, eso ha estado demasiado cerca —graznó Neal—. Y con munición real, encima.

—Deberías haber estado más alerta —dijo Strekker.

—Ni siquiera sabía que la sesión de entrenamiento hubiera empezado ya —replicó Neal.

—Siempre estamos entrenando, Carey.

Bueno, tú desde luego que sí, pensó Neal mientras miraba a Strekker. Iba ataviado con un uniforme táctico de camuflaje atigrado, rematado con pantalones de paracaidista, ceñidor y botas de combate. Llevaba el rostro cubierto con rayas de pintura de camuflaje y la cabeza tocada con una gorra de campo.

Incluso desde mi posición, postrado a tus pies, tienes un aspecto ridículo, pensó Neal. Pero no lo dijo. En cambio, exclamó:

—¡Me parece que me debes unos calzoncillos nuevos, Cal!

Aquello pareció apaciguarlo, a juzgar por la sonrisa lupina que separó su bigote de la barba. A continuación exclamó con fervor, en plan hombre a hombre:

—Ya me lo agradecerás cuando el entrenamiento te salve la vida algún día durante el Fin de los Tiempos.

El Fin de los Tiempos, el periodo profetizado en el libro de las Revelaciones que marcaría la batalla final entre el Bien y el Mal, la última lucha entre el pueblo elegido y las hordas de judíos, negros y traidores a la raza.

—Chico, por un segundo realmente he pensado que había *llegado* el Fin de los Tiempos —dijo Neal.

Neal se puso en pie y le ofreció una mano a Strekker para que se la estrechara. Este la aceptó. Neal atenazó la muñeca de Cal con su mano izquierda, levantó el brazo, giró por debajo del mismo y pivotó, encajando violentamente la sangradura del codo de Cal alrededor de su oreja. Neal dio dos largos pasos hacia delante y tiró de la muñeca de Cal hacia abajo, provocando que el grandote perdiera el equilibrio y se desplomase al suelo, dándose un fuerte golpe en la espalda. Neal lanzó un puñetazo que se detuvo a un milímetro de la nariz de Cal.

—Siempre estamos entrenando, ¿no, Cal?

Neal soltó la muñeca de Cal y retrocedió.

—Fuiste tú quien me enseñó esa llave, Cal.

Sí, desde luego que me la enseñaste, Cal, recordó Neal. Me arrojaste al suelo unas quinientas veces, siempre con más fuerza de

la necesaria, siempre retorciéndome la muñeca un pelín de más. Siempre me escogías como «el judío» en tus demostraciones de lucha cuerpo a cuerpo. Los estrangulamientos, las llaves de martillo y las proyecciones de cadera. Has sido un buen profesor. Pero conozco a monjes chinos de setenta y cinco años, metro cincuenta y cinco de estatura y cuarenta y cinco kilos de peso capaces de zurrarte la badana sin apartar la vista de sus cuencos de arroz.

—Ahora sí que voy a darte una lección, chaval —gruñó Cal.

Se puso de pie, desenvainó su cuchillo y adoptó una postura de combate.

Neal cogió su rifle y cargó una bala en la recámara.

—Pongámonos en posición y cantemos nuestra alegre canción —dijo.

Cal comenzó a dar vueltas a su alrededor, cambiándose continuamente el cuchillo de mano, fintando puñaladas.

Neal se pegó la culata del rifle a la mejilla y se concentró en situar la mira justo sobre el supuesto corazón de Streckker.

Casi se cagó realmente en los pantalones cuando el estampido del arma explotó en sus oídos. Se volvió bruscamente para ver a Bob Hansen allí plantado, con su rifle humeante en balanza, mientras un grupo de unos diez hombres formaba detrás de él.

—Ya basta, y eso va por los dos —dijo Hansen con severidad.

—¡Sí, señor! —gritó Cal.

—Sí, señor —graznó Neal, con la cabeza todavía dándole vueltas debido a la creencia de que había matado accidentalmente a Cal Streckker.

Entonces el rostro de Hansen se relajó en una sonrisa de placer.

—Menudo par de tigres tenemos aquí, ¿eh? —le preguntó al grupo—. Se mueren de ganas de luchar. ¡Casi compadezco al traidor al servicio de ZOG que deba enfrentarse a cualquiera de estos hombres ejemplares! Bueno, casi.

Los hombres detrás de él comenzaron a reír obedientemente entre dientes. Cal parecía un pastor alemán al que acabaran de

rascar la tripa. Después, Hansen volvió a ponerse serio y frunció el ceño.

—Pero los buenos hombres blancos no pueden permitirse pelear entre sí, caballeros. Eso es lo que el enemigo quiere que hagamos. Guardemos todo ese odio para ZOG, ¿de acuerdo?

ZOG. Neal siempre había pensado que sonaba a nombre de monstruo de película de terror japonesa de serie Z, una especie de Godzilla para pobres, pero en realidad era el acrónimo de Zionist Occupation Government, Gobierno de Ocupación Sionista, el nombre con el que los supremacistas blancos se referían al gobierno federal en Washington, manipulado por los judíos en pos de la supresión del verdadero pueblo elegido.

—Ahora daos la mano —ordenó Hansen.

Neal le ofreció a Cal una sonrisa irónica y estiró el brazo como si fuera Mickey Rooney volviendo a la ciudad de los muchachos. Cal le estrechó la mano, le dio un fuerte tirón y miró fijamente a Neal a los ojos con una inconfundible expresión de «Esto no ha terminado ni mucho menos».

Hansen retrocedió para volver a situarse en el centro del grupo. Llevaba unos sencillos pantalones militares con dobladillo y una gorra de béisbol negra, ceñidor y un Colt 45 en la pistolera.

Neal había acabado conociendo al resto de los hombres de Hansen durante el último par de semanas. Primero estaba Streckler, por supuesto. Levine había desempolvado su expediente: sargento en el ejército, en los Rangers, licenciado sin honores por darle una paliza a un recluta. Cumplió dos años en la penitenciaría de Washington State por haber acuchillado a un hombre en una pelea de bar. Miembro de la Hermandad Aria en la cárcel.

Su compañero de celda había sido Randy Carlisle. Violación. En torno al metro sesenta y cinco, pelo negro, bigote. Una expresión perpetua de astucia feroz, el tipo de sonrisa burlona y retorcida a la que se refieren las madres cuando preguntan si quieres que se te quede la cara congelada en esa mueca. Un coyote en comparación con el lobo que era Cal.

Luego estaba Dave Bekke, el individuo fornido y barbado que Neal había conocido durante aquel primer encuentro con Hansen en el risco. Mitad minero, mitad jornalero, fracasado a tiempo completo. Tenía una esposa gorda que le daba miedo, por lo que apenas se veían. Era un seguidor en busca de algo que seguir y lo había encontrado en el movimiento supremacista blanco. No había cumplido penas en el talego, pero sí que había estado en prisión preventiva por hurto y por conducir borracho.

Bill McCurdy era vaquero en primer lugar y cretino en segundo, aunque se trataba de una carrera disputada. Era un cabroncete chiquitajo, de piernas arqueadas, con una risita que habría inducido a Gandhi a abofetearle la boca. Neal nunca lo había visto sin su sombrero vaquero, lo cual era una suerte, ya que los cabellos marrones que asomaban por debajo de sus orejas no habían entrado en contacto con el jabón desde los tiempos en que Jimmy Carter era popular. Pero el muchacho se transformaba a lomos de un caballo. Cabalgando se convertía en un centauro, un genio idiota sobre la silla de montar.

Craig Vetter también era como para echarle de comer aparte. Un árbol con ropa. Metro noventa, ancho de hombros, piernas nervudas y músculos indómitos. Pelo rubio corto, ojos azules y una expresión tan abierta como una Biblia en domingo. Inocente, candoroso e intrépido. No bebía ni fumaba, ni decía tacos ni perseguía a las mujeres. Había dejado una esposa y cinco hijos en St. George, Utah, y todavía seguiría con ellos de no sentirse obligado por el honor a luchar por Dios y la raza blanca. En cualquier caso, enviaba sus nóminas a casa.

Y luego estaba John Finley; alto, delgado, pelo pajizo y sesos de mosquito. Finley era un surfista de California que había dicho adiós a su adicción a la coca y a la virginidad de su culo en la cárcel del condado de Los Ángeles. Buscó consuelo en la religión y protección en la Hermandad Aria, uniéndose a la Iglesia de la Verdadera Identidad Cristiana poco después de su puesta en



libertad. Carter le había enviado al rancho de Hansen para que siguiera manteniendo limpia la nariz.

Los hermanos Johnson eran bigardos ignorantes con gafas. Neal suponía que tendrían nombres de pila, pero nunca había oído a nadie llamarles de otra manera que no fuese Johnson Grande y Johnson Pequeño. Por último, Jory era la encarnación misma del ideal hitleriano.

Había otro par de individuos a los que Neal todavía no tenía calados, pero que seguían en gran medida el mismo patrón: hombres que creían estar perdiendo una Norteamérica que nunca había existido; hombres que habían transformado los horrores de su infancia, las desilusiones de la madurez o su desesperada necesidad de orgullo en odio dirigido hacia chivos expiatorios étnicos.

Neal andaba sobrado de psicoanálisis de baratillo y de arrogantes conceptos freudianos aplicables a sus nuevos compañeros de juegos, pero básicamente los consideraba escoria. Aquellos eran los hombres que Bob Hansen había llevado a su finca para convertir un rancho modelo en un cuchitril de *survivalistas*.

Bueno, ese es su problema, pensó Neal. El mío es otro. Venga, Bob, ya se ha hecho lo suficientemente de noche. Pongámonos en marcha.

Era un ejercicio de entrenamiento nocturno, porque, tal como había bromeado Bob Hansen, «es entonces cuando pelean los luchadores nocturnos».

—Una técnica que podéis utilizar —dijo Hansen— es dejar fuera un par de trozos de pollo frito. Los putos negros son incapaces de olerlo sin sonreír. No disparéis hasta que les veáis el blanco de los dientes.

El pequeño grupo reunido junto a la base del espolón rio entre dientes. Neal se unió a las risas, pero notó que se le revolvía el estómago.

Basta de chistes, pensó. Empecemos de una vez.

—Ahora en serio —continuó Hansen, como si fuera un cómico fascista en un club nocturno—, es muy probable que nos veamos obligados a recurrir habitualmente al combate nocturno durante el Fin de los Tiempos. E incluso antes. Cuando comience la lucha contra ZOG, que será pronto, tendremos que dar prioridad a los ataques nocturnos para compensar nuestra falta de efectivos. Debemos aprender a ser rápidos, silenciosos y letales. Así que, esta noche, nada de armas de fuego, caballeros. Únicamente combate cuerpo a cuerpo.

Para desarrollar aquella versión noctámbula y violenta del juego del escondite debían separarse en dos equipos. Neal esperaba que su suerte se mantuviera lo suficiente como para que le tocara el grupo que debía esconderse, algo que facilitaría enormemente su labor.

La situación hipotética era que una pandilla de merodeadores granujientos tenía planeado atacar el campamento para robar comida. Los defensores debían organizar una incursión nocturna por sorpresa, dispersar a los merodeadores y después rastrearlos uno por uno.

Strekker dijo que él dirigiría el equipo de los defensores.

—¡Yo seré un negrata! —se ofreció voluntario Neal.

—Qué sorpresa —comentó Strekker.

—Nos vemos ahí arriba —dijo Neal, señalando hacia el espolón.

—Cuenta con ello —respondió Strekker.

No tienes ni idea, pensó Neal, de lo mucho que cuento con ello, Cal.

Hansen escogió a los demás integrantes de cada grupo. Neal, Jory, Dave y Craig compondrían el grupo de negros merodeadores. Hansen, Strekker, Finley, Carlisle y los Johnson, Grande y Pequeño, debían encontrar su rastro y «matarles».

—Tenéis diez minutos de ventaja —dijo Hansen—. Aseguraos de que os dispersáis todo lo posible.

Hay que aceptar los buenos consejos vengan de donde vengan, pensó Neal mientras echaba a correr a toda velocidad. Tengo que poner tanta distancia de por medio como sea posible en estos diez minutos. Espacio igual a tiempo, y voy a necesitar tiempo.

Neal esprintó entre los matorrales en dirección al espolón hasta que supuso que nadie alcanzaría a distinguir su silueta. Entonces viró a la derecha, corriendo en paralelo a la base de la montaña. Trotó hasta que encontró una estrecha hondonada y se dejó caer al fondo. Esperaba haberse desplazado lo suficiente hacia el sur como para apartarse de la zona central del ejercicio. Se quitó cuidadosamente la chaqueta vaquera y los anchos pantalones de lona. Por debajo llevaba puestos un jersey negro de cuello vuelto y vaqueros negros. Se sacó una lata de maquillaje negro del bolsillo y se lo aplicó sobre el rostro y las manos. Se cubrió la cabeza con una media negra y por último se puso un gorro también negro. Sacó dos finos cables de acero, de unos sesenta centímetros cada uno, y se los ató alrededor de la cintura. A continuación, se echó en el suelo cuan largo era y esperó.

Se planteó echarse atrás, volver disimuladamente hasta su cabaña y olvidarse de todo aquel asunto. Después se acordó de Anne Kelley y de Cody y decidió seguir adelante.

Dejó que pasaran diez minutos de reloj antes de levantarse cuidadosamente y avanzar agazapado en dirección oeste, hacia el campamento. Esperaba que a nadie se le hubiera podido pasar por la cabeza encontrarle tan al sur, ni mucho menos que pudiera estar dirigiéndose hacia sus perseguidores en vez de alejarse de ellos. Sabía que Streckler estaría corriendo como un galgo hacia el espolón para encontrarle y reducirle de la manera más dolorosa aceptable.

Tardó veinte minutos en alcanzar la valla del campamento.

Graham, ojalá estuvieras aquí, pensó. Estoy decididamente desentrenado y podrían venirme bien un par de consejos. En fin, después de todo, tampoco se diferencia mucho de colarse en un garaje o en un almacén. Solo que si aquí hay alguien en casa,

podría acabar con un balazo en el pecho mientras ofrezco un blanco perfecto sobre la valla.

Neal se puso la chaqueta vaquera alrededor de la cintura, anudando las mangas por delante. Después saltó la valla, introduciendo una puntera entre el espacio romboidal formado por los alambres, y comenzó a alzarse a pulso. Sudaba copiosamente, no tanto por el esfuerzo como por la idea de que un proyector pudiera iluminarlo en cualquier momento, seguido en breve por una bala de gran calibre y alta velocidad.

Llegó hasta lo alto de la valla e hizo una pausa para recobrar el aliento, afianzarse bien con los pies y pensar cuál debía ser el siguiente paso. Después se desanudó la chaqueta y la extendió sobre las dos bobinas de alambre de espino. Soltó uno de los cables de su cintura y lo enrolló alrededor del alambre inferior, apretó fuerte y lo ató en torno al superior. Hizo lo mismo con el otro cable por el otro extremo de la chaqueta.

Cuando el alambre de espino hubo quedado tieso y tirante debajo de la chaqueta, Neal respiró hondo y pasó el pie izquierdo por encima de la prenda, pivotó con las caderas y plantó la punta del pie izquierdo en un hueco en la parte interior de la valla. A continuación levantó el pie derecho, se aupó apoyando ambas manos sobre la chaqueta y salvó la alambrada.

Se detuvo un segundo a escuchar. No oyó ruido de pisadas ni ladridos de perros ni el chasquido de un rifle al ser amartillado.

Agarrándose a la valla con la mano izquierda, estiró el brazo derecho, desató los cables, los soltó al suelo, le dio un tirón a la chaqueta y la dejó caer. Después descendió otro medio metro por la valla, volvió a escuchar, se impulsó con ambas manos y saltó al suelo. Cayó perfectamente sobre los calcañares, después perdió el equilibrio y se fue al suelo de culo.

Desentrenado, pensó. Decididamente desentrenado. Pero no del todo mal.

Todavía se estaba felicitando a sí mismo cuando oyó un gruñido cavernoso. Era un dóberman, por supuesto. Avanzaba lentamente y

agazapado, con el lomo erizado, mostrando los colmillos mientras de la boca le goteaban unos hilillos de saliva.

Neal musitó:

—Podrías haber tenido la decencia de gruñir cuando aún estaba *al otro lado* de la valla.

Pero no era un perro guardián, se percató Neal. Los perros guardianes están entrenados para ladrar. Aquel era un perro de ataque y había sido entrenado para... en fin, para atacar.

Y le había tendido una emboscada.

Precavido, el perro avanzó otro paso. Le estaba tomando la medida y llegando rápidamente a la conclusión de que aquel humano en concreto no le iba a presentar demasiadas dificultades. Mostró aún más dientes y subió el volumen del gruñido.

Se arrojaría contra su garganta de un momento a otro.

Solo puedo hacer una cosa, pensó Neal.

Dejarme llevar por el pánico.

Date la vuelta, corre hacia la valla y reza por ser capaz de escalar a una altura suficiente antes de que Hans te enganche de la pierna, te arroje al suelo y te desgarre la garganta entera.

Pánico.

No, no, no, no, no. Piensa. Seguro que Graham tiene que haber cubierto esta posibilidad en una de sus interminables charlas. Había cubierto todas las demás. Alambre de espino, sistemas de alarma... perros.

«Lo que tienes que hacer en un caso así, Neal, es la hostia de rocambolesco y presenta un enorme riesgo inicial... Lo que tienes que hacer es...».

Neal desplazó una mano temblorosa hacia su entrepierna y se bajó la bragueta. A continuación asumió la clásica postura de urinario público.

Desde luego que es un riesgo inicial, pensó. En cuanto a lo de «enorme», en fin...

El perro siguió gruñendo, pero dejó de avanzar.

¿Por qué será, se preguntó Neal, que cuando de verdad necesitas mear... eres incapaz de hacerlo? Como cuando vas a hacerte un reconocimiento médico y la enfermera te entrega un bote o como cuando te plantas con la minga al aire ante un cánido potencialmente homicida...

Vamos, vamos, vamos.

El perro se impacientó y reanudó su avance. Tenía la mirada fija en la entrepierna de Neal.

Vamos, vamos, vamos... aaah.

Neal se subió la cremallera.

El perro, sobresaltado, abandonó su postura agazapada. Su nariz comenzó a temblar crispadamente. Agachó la cabeza para olfatear más de cerca. Después le dio la espalda a Neal y levantó una pata.

«Ahora has establecido una... cómo se dice, una afinidad con Bobby. Le has dado a entender que entiendes las normas de etiqueta perruna. Por supuesto, si está realmente bien entrenado, se limitará a mear sobre tu charco para luego matarte igualmente. Pero, en caso contrario, intenta demostrarle que te consideras por debajo de él en la escala social. En tu caso, no debería resultar demasiado difícil...».

Neal se tumbó boca arriba, exponiéndose por completo al ataque del perro. El dóberman se le acercó, gruñó, olfateó su entrepierna y su estómago y a continuación abrió las mandíbulas junto a la garganta de Neal.

«Si te mueves durante esta fase, puedes considerarte picadillo...».

Notó que los colmillos del perro le agarraban suavemente del pellejo.

El animal gruñó de nuevo. Después le soltó el cuello, se enderezó y movió el rabo.

«Después lámele la oreja».

¿Que le lama la oreja?

«¡Lámele la oreja! Es dialecto perruno para darle a entender que sabes que él es el jefe. Una vez esté convencido de que lo reconoces como tal, probablemente no te ataque».

¿Probablemente?

«¿Qué quieres, algo seguro? Pues pide trabajo en una aseguradora».

Acercándose a gatas al perro, Neal pegó lentamente la lengua a su oreja y después se la lamió con gran efusividad. En el caso de que diéramos por bueno que un dóberman es capaz de mostrar una sonrisa, la de aquel animal fue sin lugar a dudas de oreja a oreja. Meneó alegremente la cola cortada e invitó a Neal a que echara un vistazo por sus dominios.

Neal se dirigió sin titubear al edificio más grande, el que parecía un barracón. Bajó trotando los escalones hacia la entrada a desnivel. La gruesa puerta de madera no estaba cerrada con llave.

Por supuesto, pensó Neal. No esperan visita hasta que llegue el Fin de los Tiempos, y para eso todavía falta un par de años.

Abrió la puerta y penetró en el interior.

Era el sueño húmedo de cualquier supremacista blanco. El habitáculo principal estaba dividido en tres estancias, cada una de las cuales podía quedar sellada desde dentro con una gruesa puerta metálica en caso de que parte del búnker fuese invadido. La primera sección eran los barracones. Una hilera de literas ceñía las paredes entre aspilleras apaisadas a nivel del suelo, excavadas en ángulo para rechazar los fragmentos de metralla.

Esperando ver la silueta de un niño dormido bajo las mantas militares, Neal inspeccionó todas y cada una de las literas. Pero Cody McCall no estaba en ninguna de ellas.

Pasó a la siguiente sección, que parecía una sala de operaciones estratégicas. En el centro se alzaba una mesa de madera. Sobre el tablero se extendía desplegado un mapa topográfico de la zona. Había una pequeña pizarra sobre un caballete y una docena de sillas metálicas plegables delante de la misma. Las paredes estaban decoradas con pósters: un dibujo de

una pila de cadáveres delante de un crematorio junto al lema «Un buen comienzo»; una estampa religiosa de Dios hablando con Jacob en el cielo y señalando hacia abajo a Norteamérica; una fotografía enmarcada de Adolf Hitler. Una estantería de madera contenía una buena selección de escritos supremacistas, entre ellos varios números atrasados de un boletín llamado *El faro blanco*, firmado por el reverendo C. Wesley Carter.

Neal intentó contener la sensación de náusea que tenía en el estómago y miró su reloj. ¿Solo había transcurrido media hora? Supuso que dispondría de aproximadamente una hora más antes de que los chicos dieran por concluido el ejercicio en las colinas y emprendieran el regreso. Revisó las troneras en cada esquina del edificio. Ni rastro de Cody.

Salió nuevamente al exterior. El dóberman había traído un palo para jugar y Neal se lo lanzó, obediente. Todavía debía registrar cada uno de los pequeños búnkers circulares de hormigón. El primero venía a ser una alacena para supervivientes: pilas y más pilas de comida enlatada, botellas de agua y combustible. El segundo era un arsenal, sorprendentemente pobre. Había un par de rifles y pistolas de uso civil, un M-16 y lo que parecían ser unas cuantas minas antipersona de la guerra de Corea. Neal se dirigió corriendo al último búnker.

Era una cárcel. Había argollas de hierro fijadas a las paredes. De las argollas colgaban cadenas y grilletes. Neal notó que un hormigueo de repulsión le recorría toda la piel. Olió el aroma del miedo acumulado en la estancia. Quedaban rastros de sudor rancio en la atmósfera cerrada. El suelo de cemento estaba oscurecido con manchas de sangre. Algo horrible había sucedido en aquel lugar.

Neal notó un escalofrío de penetrante maldad y retrocedió de espaldas hacia la puerta.

Fue entonces cuando oyó al perro ladrar alegremente. Un saludo.

Porque su amo acababa de volver.



—¿Cree que es tarde para *usted*? —se quejó Ed al teléfono—. ¿Cómo cree que me siento yo?

Ed tamborileó con los dedos en la mesa. Tenía hambre. Quería un bocadillo de pastrami en pan de centeno con mostaza y una cerveza. Y no una cerveza ligera, sino una buena cerveza oscura y plena, con algo de pegada. Y una bolsa de patatas fritas.

—Dígame entonces —dijo Ed, y escuchó mientras Carter le enumeraba todo lo que necesitaba.

—Reverendo, hablamos de un encargo bien gordo —dijo Ed, cuando el hombre hubo terminado—. Quiero decir, que me está pidiendo que corra un riesgo de narices. Hablamos de mucha pasta.

—¿De cuánta exactamente?

—Lo mejor será que empiece a llenar carretadas de dinero y ya le diré cuándo debe parar.

El reverendo rezongó y lloriqueó, y Ed rezongó y lloriqueó en respuesta hasta que finalmente acordaron una cifra.

—¿Trato hecho, entonces? —preguntó Carter.

—Trato hecho —respondió Ed.

Un trato de la hostia.

Ed colgó, encendió un cigarrillo y marcó otro número.

Neal oyó las voces y el ruido de pisadas que se aproximaban a él. Se estaban riendo, especulando cómo se habría perdido Neal, dónde estaría y cuánto tiempo se pasaría dando vueltas entre los matorrales antes de ser capaz de encontrar el camino de vuelta.

La puerta se abrió y entró Cal Streckker, seguido de Craig Vetter y Randy Carlisle. Neal vio que los dos Hansen y Dave Bekke llegaban pisándoles los talones.

Cuando todos estuvieron dentro, Neal abrió la puerta de par en par y levantó la pistola que había cogido en el arsenal.

Streckker hizo ademán de ir a lanzarse contra él.

—Por favor, sigue, jefe de seguridad —dijo Neal mientras le apuntaba con el arma.

Strekker se detuvo en seco.

—No deberías estar aquí —dijo Vetter.

—No me digas.

—¿Qué estás haciendo, Neal? —preguntó Hansen.

Podríamos estar llegando al final del partido, pensó Neal. No queda más remedio que jugárselo todo en un pase largo.

—Verá, señor Hansen —respondió Neal—, solo estoy intentando demostrarle lo que soy capaz de hacer... qué clase de hombre soy. Soy la clase de hombre que sabe cómo infiltrarse en cualquier parte, superando vallas de cuatro metros, alambre de espino y perros guardianes. Soy la clase de hombre capaz de burlar la seguridad y coger lo que se le antoje... como atestiguo esta pistola que tengo en la mano. Soy la clase de hombre que se muere de ganas por darle su merecido a ZOG. Quiero luchar por la raza blanca y soy lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que está usted organizando algo más que simples juegos del escondite. Quiero formar parte de ello. No se equivocó la primera vez, señor Hansen: podría encontrarle algo que hacer a un hombre como yo.

Neal le sacó el cargador a la pistola y se la lanzó a Hansen.

Cal Strekker dio un salto hacia él. La voz bronca de Hansen lo detuvo en seco.

—Quieto, Cal.

Hansen se volvió hacia Neal.

—Nos hacemos llamar los Hijos de Set. El reverendo C. Wesley Carter en persona nos dio ese nombre, así que lo llevamos con gran orgullo. Y tienes razón, Neal, nos estamos entrenando para ser el brazo armado de la Iglesia de la Verdadera Identidad Cristiana. Nos estamos entrenando para asestarle un golpe a ZOG y para servir como base de operaciones cuando llegue el Fin de los Tiempos.

»Pero no puedes pasar a ser un Hijo de Set de buenas a primeras, Neal, solo porque tengas ciertas habilidades útiles y, si me

permities que te lo diga, un acojonante descaró. Has de ganarte el nombre.

Neal le obsequió su expresión más pétrea:

—Solo le estoy pidiendo una oportunidad, señor.

—La tendrás, Neal —dijo Hansen—. Puedes contar con ello. Tendrás tu oportunidad de demostrarnos qué clase de hombre eres en realidad.

En realidad soy un gilipollas, Bobby. Porque Harley McCall no está en tu condenado campamento y Cody tampoco. He malgastado dos meses siendo un estúpido, un cabezota y un egoísta.

Esa es la clase de hombre que soy en realidad.

—Es mono —le dijo Karen Hawley a Peggy Mills—, pero ¿no se supone que está chalado o algo por el estilo?

—No, solo necesitaba encontrarse a sí mismo durante una temporada.

—Bueno, no sé con quién iba a encontrarse si no, viviendo allí arriba en aquella cabaña. No creo estar preparada para otro loco de la supervivencia, Peggy.

—Solo baila con él.

—No me lo ha pedido.

—Cierto.

Peggy Mills y Karen Hawley estaban manteniendo una de esas conversaciones de tocador, si es que uno podía llamar tocador al lavabo de señoras del Phil & Margie's Country Cabaret. No había papel rosa en las paredes, ni banquetas acolchadas ni espejos flanqueados de luces para maquillarse. En cambio, tenía dos compartimentos separados por una plancha de madera, un lavabo con un tapón de goma unido a una cadena rota y un solo espejo que se aliaba con el fluorescente para revelar ciertas verdades incómodas sobre el efecto cosmético de largos meses de trabajo recompensados con escasos ingresos.

Peggy y Karen estaban cadera con cadera mientras se inclinaban para compartir el espejo; Peggy se empolvaba el rostro y Karen reponía parte del carmín que se había dejado en su jarra de cerveza. El carmín era una de las escasas concesiones que hacía Karen a la imagen de la feminidad esgrimida por las revistas; eso y un poco de lápiz de ojos las noches de los sábados. Hacía tiempo que había hecho inventario de sus rasgos físicos y había llegado a la conclusión de que resultaban más que aceptables por sí solos. Tenía el cabello negro y abundante, cortado justo a la altura de la nuca, y ojos de un azul tan profundo y resplandeciente como un lago en un día soleado de invierno. Su rostro era alargado, de mandíbula marcada, mentón afilado, y si algunos chicos consideraban que su nariz era demasiado grande, peor para ellos. Ella había acabado por tomarle aprecio, incluso con su pequeña prominencia en mitad del puente. Tenía la boca ancha y los labios un poco más finos de lo que le hubiera gustado, pero de todos era sabido que su sonrisa había bastado para convertir a corpulentos leñadores en niños pequeños; y si aquellos niños pequeños eran capaces de recuperar la hombría, descubrirían que besaba de maravilla.

También le agradaba su cuerpo. Era alta —más aún en aquel momento, con las botas vaqueras puestas—, de piernas largas, firmes y bien torneadas gracias a toda una vida dando largos paseos por las montañas. Y si sus caderas eran ligeramente más anchas que las exhibidas en las pasarelas de París, tampoco le preocupaba, pues no tenía el más mínimo deseo de desfilarse por ellas. Los tejanos le sentaban estupendamente, gracias, y la blanca camisa western que se había puesto debía quedar bien tirante sobre sus senos para alcanzar a metérsela por debajo de los pantalones, revelando un estómago moldeado a base de numerosas abdominales, el muy condenado. Era un buen cuerpo, pensó Karen. Bueno para dar largos paseos con una mochila a cuestas, bueno para bailar, bueno para lo que fuese a lo que condujesen los bailes, bueno para tener hijos. Solo que todavía no había conocido a

ningún hombre que quisiera sentar cabeza el tiempo suficiente como para tener un hijo con ella.

—Es solo que no quiero volver a enrollarme con otro vaquero de las montañas que viva a medio camino entre su coche y mi cocina y se pase el día tocando la guitarra y aullándole a la luna porque «tengo que ser libre como el viento, cariño» y «si me quieres, quiéreme como soy», para luego, tan pronto como me enamore de él, desaparecer rumbo a California con intención de «encontrarse a sí mismo» —dijo Karen.

—Puedes tirártelo sin enamorarte de él.

—Es mono.

Peggy Mills se llevó un cepillo al pelo.

—Lee libros —dijo.

Vaya, eso es interesante, pensó Karen. Para entonces llevaba cinco años como maestra de tercero en Austin y había tenido que aguantar que más de un padre le dijera que su hijo no necesitaba saber leer para echarle el lazo a un becerro ni para buscar oro. Eso sucedía, claro está, en las raras ocasiones en que conseguía que se presentaran en las reuniones. Había muchos padres estupendos, pero también había demasiados a los que no había visto jamás, ni una sola vez, ni siquiera en la representación navideña, cuando media Nevada central se presentaba en el pueblo para ver a sus hijos disfrazados de renos o de Virgen María o de lo que fuese. Y a pesar de que la mayoría de los críos de su escuela eran niños felices, sanos y aseados, también había un número preocupantemente alto de niños sucios, malnutridos o simplemente tristes, igual que los había con magulladuras que no eran de jugar al fútbol en el recreo. Y cuando uno de sus chavales apareció con quemaduras, fue Karen Hawley quien condujo hasta la remota cabaña en la que vivía, despertó a su papi del estupor alcohólico en que andaba sumido, le plantó una escopeta en la entrepierna y le explicó con todo lujo de detalles lo que sucedería si júnior no dejaba de «tropezarse con la estufa». En la Meseta Solitaria corría el rumor de que más valía no buscarle las cosquillas a Karen ni a nadie a

quien hubiera amparado bajo su ala, un lugar donde, indudablemente, había cobijado a todos los chavales de aquella escuela.

—Neal estaba preparando un posgrado en literatura inglesa.

—Otro desgraciado destinado al paro.

—Eres una mujer dura, Hawley.

—Soy un trozo de pan.

—Demasiado cierto.

—Si me lo pide, bailaré con él, ¿de acuerdo?

—Estás pegado a esa silla como si te hubieran cobrado alquiler por ella —le estaba diciendo Steve Mills a Neal Carey.

Neal se estaba bebiendo una botella de cerveza a morro, mordisqueando cacahuetes y sintiéndose tan cómodo como un eunuco en una orgía.

Neal Carey había visto muchos bares en su vida, desde pequeño y a menudo. Había estado en *pubs* irlandeses de Nueva York los sábados por la noche, cuando fluían tanto el alcohol como la sangre; cuando policías tanto de servicio como en horas libres dejaban sus revólveres sobre la barra mientras engullían chupitos dobles; cuando el grupo de música incitaba a los presentes a corear alegremente canciones sobre mártires de la causa y maneras de matar a los ingleses. Nada de todo aquello le había preparado para el Phil & Margie's Country Cabaret.

Para empezar, estaba la ubicación. Austin, Nevada, podría haber sido un decorado levantado por el equipo de Robert Altman. Su amplia avenida principal era básicamente de barro y estaba flanqueada por anchas aceras de madera. Phil & Margie's era un edificio desvencijado, grande y chato, con la clásica fachada del Oeste, ventanucos tapados con apretada tela de rejilla y puertas batientes; si Gary Cooper hubiera entrado por ellas, a Neal no le habría sorprendido en lo más mínimo.

No llegaron allí hasta pasadas las nueve, y para entonces los presentes ya llevaban un buen rato bebiendo, fumando y bailando, por lo que la atmósfera del local había quedado impregnada con una potente mezcla de alcoholazo, humo y sudor, rematada por una densa capa de perfume, colonia y desodorante traidor. Desde la parrilla, situada al fondo del bar, brotaba el delicado aroma de las hamburguesas a la brasa y de las patatas sumergidas en el aceite de la freidora. Los techos eran bajos, la estancia oscura, y Neal supo que si cualquiera de sus amigos vegetarianos, bebedores de vino blanco y rabiosamente antifumadores de Columbia pudiera ser condenado a una noche de sábado en el infierno, sería en aquel lugar.

El ruido hacía retumbar literalmente el suelo cada vez que cincuenta pares de botas vaqueras, botas de minero y botas de montaña golpeaban al unísono el hundido maderamen al ritmo del dos por cuatro de Nevada; los vasos resonaban sobre la barra y las paredes temblaban. Las conversaciones debían mantenerse a voz en grito y a bocajarro, lo cual no estimulaba en lo más mínimo el desarrollo de un diálogo serio sobre la deconstrucción en el análisis literario ni un conciso intercambio sobre lo que James Joyce podría haberle dicho a Ezra Pound o no.

Se abrieron camino a codazos hasta una mesa situada en la parte trasera, mientras Steve intercambiaba palmadas en la espalda y Peggy abrazos con prácticamente todos los presentes. Peggy insistió en hacer la primera incursión a la barra y regresó con cuatro cervezas y Karen Hawley.

Peggy hizo las presentaciones, Karen y Neal se estrecharon la mano, ella se sentó en una silla a su lado, le sonrió y Neal desarrolló una súbita fascinación por el grupo de música.

Tampoco era que su fascinación no estuviera justificada. Para Neal, el *country* siempre había equivalido a cualquier tema cantado o guitarreado en Nueva Jersey o Connecticut, de modo que no estaba preparado para la música de New Red y los Mountain Men. New Red, el vocalista y guitarra rítmico, era un chico joven con

barba y pelo del color de la estopa. Llevaba una gorra de Caterpillar, camisa de cuadros, pantalones de leñador y zapatillas deportivas. Su rostro era tan afable como un par de viejos calcetines. La batería la tocaba una mujer de melena rubia hasta la cintura, sombrero vaquero negro, camisa western negra con rosas rojas en el pecho, tejanos negros ajustados y botas vaqueras negras. Neal detectó un patrón estilístico y no le sorprendió averiguar por Steve que se llamaba Sharon Black, alias «Blackie». En cualquier caso, era buena baterista. El bajista era un tiarrón de pelo castaño rizado a la altura de los hombros y barba poblada, que vestía tejanos de peto por encima de una camisa de cuadros y calzaba unas botas vaqueras que probablemente hacía tiempo que no alcanzaba a ver. La violinista («¡Lo que toca es una fídula, Neal!») bien podría rondar los cuarenta y tantos, y tenía aspecto de ser una de esas mujeres que tienen veinte gatos en casa y cuelgan campanillas de viento. Vestía una blusa floreada, pantalones de pintor y sandalias, y su pelo era una riña salvaje entre el dorado y el gris.

Al margen de su aspecto, sabían tocar. Por encima de la barahúnda y los pisotones del público, Neal alcanzó a oír una música tan definida y cristalina como el arroyo que discurría veloz junto a su cabaña, en la que cada nota resultaba perfectamente distinguible y a la vez se fundía en una corriente. Y, al parecer, ejecutada con la misma facilidad. Neal observó cómo los dedos del guitarrista se deslizaban sobre las cuerdas, pulsando acordes enérgicos y precisos, o volaban sobre los trastes para puntear notas individuales. Observó las manos de Blackie trazar patrones con las baquetas sobre los timbales; el modo en que oscilaban sus caderas cada vez que apretaba el pedal del bombo. Observó a la señora de los gatos acunar la... fídula contra su mejilla, como si fuera un bebé, al tiempo que atacaba las cuerdas con tanta fuerza y velocidad como si pretendiera encender un fuego. Lo observó todo con redoblada atención al percatarse de que a su vez Peggy lo estaba observando a él, mientras Karen intentaba no hacerlo.



No se le estaba dando mal hasta que Steve, el muy chaquetero, le tendió una mano a su esposa para abrirse camino hacia la pista de baile.

Lo cual es mucho peor que dejarme en la caja de una camioneta bamboleante con aquella novilla, pensó Neal.

Después se dio cuenta de que, en realidad, llevaba años sin hablar con una mujer, salvo por Peggy y Shelly Mills, que no contaban.

—¿De dónde eres? —gritó Karen.

Pues verás, me he pasado los tres últimos años viviendo en un monasterio budista y el anterior en un páramo de Yorkshire...

—Nueva York —gritó en respuesta.

—¿Ciudad o estado?

—¡Ciudad!

Hasta ahora bien.

—¿De dónde eres tú? —preguntó Neal, percatándose de que su voz sonaba tan aguda y chirriante como las cuerdas de la señora de los gatos.

Se va a pensar que soy idiota.

—De aquí —dijo—. Nací aquí.

—¿En Austin?

Genial. Ahora *sabe* que soy idiota.

—Creo que es ahí donde estamos.

Elemental.

—¿A qué te dedicas?

Antes era una especie de investigador privado sin licencia, un arreglalíos para una organización secreta. Pero ahora mismo creo que estoy desempleado.

—Últimamente no hago gran cosa. ¿Y tú?

—Soy maestra.

¿Oh?

Fue en ese momento cuando la música se interrumpió, el grupo se tomó un descanso y Peggy y Karen se fueron juntas al lavabo de señoras, un ritual seguido en todo el mundo.

—Estás pegado a esa silla como si te hubieran cobrado alquiler por ella —le estaba diciendo Steve.

—Es una buena silla. Me gusta.

—Estás cagado de miedo.

Steve sonrió de oreja a oreja. A Neal casi le recordó a Joe Graham, que también tenía la costumbre de sonreírle cuando se ponía impertinente.

—¿De qué? —preguntó Neal.

Steve sufrió un ataque de risa. Incluso se vio obligado a sentarse debido a la fuerza de las carcajadas.

—¡De Karen! No tienes nada de lo que avergonzarte. Karen ha acojonado a cantidad de hombres de primera.

—Bien por Karen.

—Invítala a bailar, bobo.

—No puedo —dijo Neal.

—¿Heridas de guerra?

—No sé bailar.

—No tiene ningún secreto. Solo tienes que levantarte y moverte —dijo Steve.

—Eso es lo que no sé hacer.

—¿Levantarte o moverte?

—Ninguna de las dos cosas.

Steve se inclinó sobre la mesa para dirigirle a Neal una de sus expresivas miradas de vaquero.

—Ni tú eres Fred Astaire ni ella es Ginger Rogers. Tampoco tenéis que bailar para crear arte con la danza. Vais a bailar para... ya sabes, moveros juntos. Intimar.

Ya, claro, intimar. Intimar no es precisamente mi fuerte, Steve. La última mujer con la que intimé dio un triple salto mortal desde lo alto de un acantilado.

Neal se concentró en terminarse la cerveza. Si era capaz de conseguirlo lo suficientemente rápido, tendría una excusa para

escapar en dirección a la barra para pagar la siguiente ronda.

—¿Te apetece otra? —preguntó Neal mientras se levantaba.

—Cobarde.

—Bueno, ¿vas a dejar que un cobarde te invite a un trago?

—No tengo manías. Pero será mejor que te des prisa, veo que las mujeres vienen de vuelta.

Neal se abrió camino hasta la barra, pidió una jarra de cerveza y se dio de bruces con Cal Strekker.

—¿Ahora te va el *honky-tonk*, Nueva York? —se burló Cal.

—¿Te has dejado el cuchillo en casa, Cal?

—No.

Estupendo.

—¿Dónde lo llevas escondido? —preguntó Neal—. ¿En el culo?

—En la bota.

—Pues ten cuidado al bailar.

—¿Es que quieres bailar conmigo, Nueva York? ¿Quizás acabar lo que tenemos pendiente?

—Vaya, me encantaría, Cal, pero se me está calentando la cerveza.

—Eres un bastardo y un cagado.

Has acertado a medias, Cal. Vale, a lo mejor has acertado del todo.

—¡Joder, Cal, ya te he dicho que esta noche estoy ocupado! —gritó Neal—. ¡Ya bailaré contigo en otra ocasión, ¿de acuerdo?!

Un montón de gente se volvió para mirarles y Cal se puso de un color que habría provocado las embestidas de un toro.

—Antes o después nos veremos, Nueva York —siseó.

—En tus peores sueños, gilipollas.

Neal dejó la jarra sobre la mesa y se sentó. Steve, Peggy y Karen lo estaban mirando fijamente.

—¿Algún problema con Cal Strekker? —preguntó Steve.

—¿Qué problema iba a causarme? —respondió Neal mientras empezaba a rellenar los vasos vacíos.

—Muchos —respondió Peggy—. Estuvo en la cárcel por matar a un tipo en una pelea de bar en Reno.

No fue en Reno, pensó Neal, fue en Spokane. Pero la moraleja es la misma.

—Forastero de mierda —dijo Karen. Después añadió rápidamente—: Sin ánimo de ofender.

—No me has ofendido —dijo Neal—. Pienso quedarme aquí mucho tiempo.

Karen le observó largo y tendido y finalmente dijo:

—Entonces más te vale aprender a bailar.

Lo cogió de la mano y lo levantó de la silla de un tirón justo en el momento en que el grupo acometía una vigorosa tonada cuya letra hablaba sobre camiones de dieciocho ruedas que rugen sobre el asfalto.

Karen agarró a Neal, manteniéndolo a unos dos palmos de distancia, y dio un par de saltitos que él hizo lo posible por imitar. Notó las manos sudorosas entre las palmas asombrosamente frescas y suaves de ella, y se sintió tan torpe como supo que se veía. Especialmente en contraste con la bella Karen Hawley, con sus largas piernas, su amplia boca y sus enormes ojos azules.

—¡Relájate! —le gritó ella.

Su sonrisa consiguió convertir en gelatina las rodillas de Neal, lo cual, en cualquier caso, ayudó a que pareciera más relajado. Comenzó a dejarse llevar mínimamente, a desplazar los pies más de tres centímetros en cada paso y a dejar que Karen le sacudiera los brazos al ritmo marcado por la batería de Blackie. Se estaba defendiendo bien hasta que aquel cretino traicionero de New Red cambió a una lenta.

Neal y Karen se miraron el uno al otro durante un momento de incomodidad. Joder, pensó Neal, me estoy ruborizando.

Miró a Karen, se rio tímidamente, se encogió de hombros y abrió los brazos. La aterradora y pétrea Karen Hawley se acomodó entre ellos tan suave y delicada como una nube y mucho, mucho más cálida. No se molestó con todas esas tonterías de colocar los brazos

como si estuviera tocando una guitarra, simplemente puso ambas manos en la parte baja de la espalda de Neal y acomodó la cabeza en su hombro. Neal puso sus manos justo por debajo de los omoplatos de Karen y se dio cuenta de que le temblaban, pero las dejó allí de todos modos. ¿Qué es lo que tiene, pensó Neal, el olor del cabello de una mujer, que se te enrosca en el cerebro para después bajar derecho hasta tu...? No, no pienses en eso... y el tacto de sus senos rozando tu pecho... o el de sus muslos contra los tuyos... no pienses en nada de todo eso.

Toda la experiencia fue una descarga erótica... una contra la que Karen decidió pegarse de repente, al tiempo que lo agarraba con más fuerza de la espalda y le dejaba ver cómo las comisuras de sus labios esbozaban una sonrisita. Neal pensó que iba a morir de vergüenza. O a ser arrestado por exhibicionismo tan pronto como acabase el baile y separasen sus caderas, a pesar de que iba completamente vestido.

Miró por encima del hombro y vio que Steve y Peggy bailaban lentamente sin quitarle ojo de encima, con sendas sonrisas en el rostro. Karen también debió de verles, porque sus labios pegados al cuello de Neal se ensancharon en una risa por lo bajini.

—Peggy es sutil —murmuró Karen.

—Como un martillo pilón —confirmó Neal.

—A mí no me importa. ¿Y a ti?

—Mucho, estoy realmente indignado.

Karen echó ligeramente hacia delante las caderas para aumentar la presión.

—Yo diría que no lo estás tanto —dijo.

—Me disculpo por eso.

—No, no, no, no. Y sí que sabes bailar.

—¿Ah, sí?

—Oh, sí.

Karen hundió un poco más la cabeza en el hueco del cuello de Neal, colmando sus narinas y su cerebro con su aroma. Neal,

dejándose llevar por un impulso, le besó el pelo en el lugar donde caía sobre su oreja.

—Maldito pelo —susurró ella—, siempre en medio.

Neal empezó a apartárselo de la oreja, pero ella alzó la cabeza para mirarle a los ojos y dijo:

—Más tarde.

—Lo siento.

—No lo sientas. Quiero que hagas eso mismo, pero más tarde.

Karen debió de percibir la duda en los ojos de Neal, porque se echó hacia delante y le dio un rápido y suave beso en la boca, colando la punta de la lengua entre sus labios antes de volver a hundir la cabeza en su hombro mientras trazaba con las caderas el círculo más sutil posible contra su entrepierna.

Una manaza agarró a Neal por el hombro y le obligó a darse la vuelta. De repente, Neal se vio alzando la mirada hacia el rostro ebrio y rubicundo de un enorme y cabreadísimo vaquero.

—¿Qué te crees que estás haciendo con mi mujer? —gritó este.

Las parejas a su alrededor dejaron de bailar y retrocedieron. El grupo siguió tocando, aunque sin dejar de observar con gran interés el altercado en curso.

—¡Charlie, lárgate de aquí! —gritó Karen.

Neal notó que el círculo que les rodeaba se ensanchaba. Allá vamos, pensó, nos están dejando espacio para pelear. Vio que Cal se apoyaba contra la barra, saludando con su feroz sonrisa la idea de que aquel animal pudiera hacerle picadillo. Solo que por debajo del rostro coloradote, la borrachera y la furia, Charlie no parecía un animal. De hecho, tenía pinta de tipo bastante decente.

—¿O es que ahora es *tu* mujer? —exigió saber Charlie.

—No creo que ella se considere mujer de nadie —dijo Neal, intentando mantener un tono tranquilo y mesurado, pensando que de esa manera nadie podría captar el temblor en su voz.

Vio que Steve Mills se abría camino hasta la primera fila de espectadores y se interponía entre Cal Streckker y el improvisado *ring* de boxeo. El grupo había llegado al final de la canción lenta y

no se había molestado en empezar otra. New Red probablemente estaba intentando recordar una endecha *country & western*.

—¿Quieres que lo solucionemos afuera o aquí mismo? —preguntó Charlie.

—Uuuh... ¿qué hay detrás de la puerta número tres?

Se oyeron unas cuantas risas tontas entre la concurrencia, pero nadie dio un paso adelante para detener la pelea que se avecinaba.

No me lo puedo creer, pensó Neal. Me resulta increíble que pasen cosas así. Menuda condenada estupidez.

—Te voy a sacar la mierda a hostias —dijo Charlie.

¿Por qué todo el mundo quiere molerme a palos esta noche?

—Demasiado tarde —dijo Neal—. Ya has conseguido que me cague en los pantalones.

Otra oleada de risitas entre los espectadores. Charlie, sin embargo, no se estaba riendo, solo parecía desconcertado.

—¿Es que te da miedo pelear conmigo? —preguntó. El desafío definitivo.

—Por supuesto que me da miedo. Peleo de pena y uno acaba siempre dolorido, incluso aunque gane. Nunca peleo a menos que no me quede otro remedio.

—¡Eres un gallina cobarde!

—Realmente no lo pillas, ¿verdad, Charlie? Y, por cierto, eso ha sido una metáfora redundante.

Neal tuvo la espantosa sensación de que todos los ojos del local se habían vuelto hacia él, incluidos los de Karen.

—Espera un segundo, Charlie —dijo, haciéndole la señal de tiempo muerto antes de volverse hacia Karen—. ¿Quieres que me pelee con él? ¿Es algo que exija tu honor o el mío o algo así?

—Por supuesto que no. ¿Te pelearías con él si te dijese que sí?

—Por supuesto que no. ¿Quieres que nos vayamos y punto?

Charlie levantó los puños y se dirigió hacia ellos.

—Solo un segundo, Charlie —dijo Neal—. ¿No ves que estamos hablando? Por el amor de Dios.

Charlie se detuvo en seco, con los brazos todavía en posición de pelea.

—Sí —dijo Karen—. Me gustaría salir de aquí.

—Pues vamos —dijo Neal, cogiéndola del brazo. Mientras pasaban junto a Charlie, dijo—: ¿Lo ves? Has perdido.

Mientras empujaban las puertas batientes para salir a la calle, Neal oyó un rugido de risas en el bar y que la música comenzaba a sonar de nuevo. Bueno, pensó, puede que John Wayne no lo hubiera aprobado, pero a Cary Grant le habría encantado.

Karen lo empujó contra una camioneta aparcada junto a la acera.

—Eso —dijo— ha sido genial.

Le tomó la cara con ambas manos y lo besó larga y enérgicamente.

—Esta noche no vas a volver a esa estúpida cabaña tuya —dijo.

—¿Ah, no?

—No, ni hablar.

—Por curiosidad —dijo Karen mientras se acurrucaba contra su brazo bajo las sábanas de su vieja cama de hierro—, si no es una pregunta demasiado personal, ¿cuánto hacía que no... esto...?

—¿Que no estaba con otra persona?

—Vale.

—Casi cuatro años.

Karen reflexionó acerca de aquello un par de segundos.

—Bueno, eso lo explica todo —dijo, y después se echó a reír.

Se rio hasta que se le estremeció todo el cuerpo y Neal se echó a reír también. Siguieron riéndose juntos hasta que ella bajó una mano para agarrarle y observó:

—Bueno, veo que la espera de cuatro años también tiene sus ventajas. Afortunada de mí.

En esto ha quedado mi existencia monacal, pensó Neal. Adiós muy buenas.



Joe Graham salió de su habitación barata para deambular por el centro de Hollywood, que tenía el mismo aspecto que la mayoría de los centros de ciudad un sábado por la noche a hora avanzada. Los ganadores ya se habían vuelto a casa, los perdedores aguardaban enfurruñados la temida hora del cierre. Los polis salían de los locales de rosquillas para cumplir sus cuotas de conductores borrachos por las avenidas, los equipos de las salas de emergencias se tomaban un pequeño descanso aprovechando los últimos minutos tranquilos antes de que la hora del cierre trajera el aluvión de puntos y compresas frías. En las aceras, las chicas de la calle daban vueltas en círculo como buitres, esperando nutrirse de los hombres derrotados que abandonaban cabizbajos los bares para solteros con su soltería intacta. En las salas traseras de los clubs de moteros, los hombres mercadeaban con drogas duras mientras los adolescentes metaleros vestidos con camisetas sin mangas se las veían y se las deseaban para conseguir que les vendieran una bolsita de hierba. En aparcamientos de gravilla, viejas rivalidades estallaban en nuevas peleas, y en el club de Alcohólicos Anónimos los veteranos y los recién llegados bebían café, fumaban cigarrillos y le daban las gracias a un poder superior por haber sido capaces de controlar la tentación al menos durante las últimas veinticuatro horas, al margen del viejo ciclo de nuevas esperanzas y rancias desilusiones que forman la noche del sábado en Norteamérica.

Allá en la Meseta Solitaria, Neal Carey dormía entre los cálidos brazos y en la cálida cama de Karen Hawley, mientras en los llanos cubiertos de maleza los coyotes olfateaban, escarbaban y gemían, presas de una excitación que pronto se convirtió en un frenesí de aullidos.

## 6

Neal encontró a Harley McCall la tarde siguiente.

Podría haberlo encontrado por la mañana, de no haberse quedado durmiendo hasta tarde en la cama de Karen Hawley. Lo despertó un ruido de campanillas de viento y agua corriente. Las campanillas tintineaban en el pequeño patio trasero de Karen; el agua provenía del cuarto de baño, situado a dos grandes pasos de la cama, donde Karen se estaba cepillando vigorosamente los dientes.

La casa de Karen ocupaba un pequeño montículo situado al extremo norte del pueblo. Era una pequeña construcción de una sola planta revestida con tablillas enjalbegadas, un poco destartada por fuera, pero limpia y bien amueblada. Su pequeña cocina tenía todos los accesorios modernos, y en el salón había un sofá que parecía nuevo, una cadena de música cara y láminas de R. C. Gorman bien enmarcadas en las paredes. El dormitorio tenía el tamaño justo para albergar la cama y una cómoda.

—¿Quieres que te lleve de vuelta a casa de los Mills? —le preguntó Karen volviendo a entrar en el dormitorio. Después añadió —: Tengo que organizar un plan de estudios.

—Si no te importa...

—No me importa. Después de todo, prácticamente te secuestré.

Le ofreció un desayuno a base de magdalenas de arándanos y café y después lo llevó en su coche hasta el rancho de los Mills.

—¿No te importa que no entre? —dijo Karen, deteniendo el vehículo en el camino de entrada—. Creo que no podría soportar ver

la sonrisilla engreída de Peggy.

—Tu honor está a salvo conmigo.

—¿Será mejor que no! —Le besó rápidamente—. Bueno, creo que se supone que uno de los dos debería decir: «¿Cuándo puedo volver a verte?».

—¿Cuándo puedo volver a verte?

—¿Cuándo te gustaría? —preguntó Karen.

—Normalmente voy al pueblo los sábados.

—Deberías comprarte un coche.

—Debería.

De algún modo habían empezado a besarse otra vez y en algún momento entre medias acordaron verse nuevamente el sábado, a menos que Karen tuviera una oportunidad de pasarse antes por el rancho. Y en algún momento entre todo aquello —quizá fuese mientras estaba contemplando sus ojos risueños— Neal notó en su interior un tirón que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Puede que nunca lo hubiera sentido con anterioridad.

Neal salió del coche, Karen giró por completo el *jeep* maniobrando con rapidez y habilidad y Peggy Mills realizó una aparición perfectamente cronometrada en el porche con la excusa de sacudir una alfombra.

—La próxima vez que veas a Karen —dijo mientras Neal intentaba pasar disimuladamente junto a la casa—, dile de mi parte que es una cobardica. Porque vas a verla otra vez, ¿verdad?

—El sábado.

—Será mejor que contengas esa sonrisa antes de que se te parta la cara por la mitad —dijo Peggy—. Sé bueno con ella.

—Sí, señora.

Peggy puso los ojos en blanco, le dedicó una sonrisa y desapareció de nuevo en el interior de la casa. Neal supuso que ella no debía de haber permitido que Steve saliera a hacer comentarios chistosos.

Emprendió el camino de regreso a su cabaña. Casi había llegado cuando apareció el coyote.

—Siento llegar tarde —dijo Neal.

El animal lo ignoró. Se comportaba de manera extraña, dando saltitos entre los matojos, sacudiendo la cabeza y festejando igual que un perro al que hubieran dado un hueso. Neal se fijó mejor y vio que, efectivamente, llevaba algo en la boca. El coyote echó hacia atrás la cabeza, casi como si quisiera exhibir su adquisición.

Neal se dirigió al trote a la cabaña y sacó sus prismáticos. Tardó un momento en localizar nuevamente al coyote y otro momento en enfocar las lentes, después vio lo que llevaba en la boca.

Un brazo humano. Medio brazo, al menos, desde la mano hasta la sangradura del codo.

Neal se esforzó por mantener los prismáticos enfocados a pesar del temblor de sus manos y de los bailes y brincos triunfales del coyote. Volvió a girar la ruedecilla hasta que pudo ver perfectamente la inconfundible forma de unos dedos humanos entre los blancos dientes del animal.

Neal volvió a entrar apresuradamente en la cabaña, agarró el Marlin, salió de un salto al porche y se dirigió hacia el coyote a la carrera. El animal se agachó sobre las patas delanteras, como un perro dispuesto a jugar. Esperó hasta que Neal llegó a una distancia de unos veinte metros y después echó a correr hacia un lado, permitió que Neal se acercara otros diez y se precipitó en dirección opuesta.

Pero el antebrazo era una carga más pesada que aquellas a las que estaba habituado y se le cayó de la boca. Volvió a recogerlo, vio que el hombre se le venía encima y decidió que había llegado el momento de esfumarse. El coyote echó a trotar arrastrando el brazo. El hueso del codo iba rebotando sobre el suelo.

Neal levantó el rifle y disparó.

El coyote pegó un brinco al oír el estampido, miró a Neal con expresión traicionada y se escabulló a toda velocidad.

Neal inspiró hondo y se acercó al lugar donde el brazo yacía entre la breña.

Estaba muy descompuesto y había adquirido un pútrido color gris verdoso. Neal se dio cuenta de que el coyote debía de haber escarbado para extraerlo de la tierra que todavía seguía pegada a la carne podrida. Neal se obligó a arrodillarse para examinar el brazo más de cerca. Fue entonces cuando vio la mancha de color que asomaba entre la putrefacción. Era un tatuaje: «No me dejes pisar».

Neal se dio la vuelta y vomitó.

Cuando hubo terminado, pero lagrimeando aún debido a las arcadas y al hedor del miembro amputado, se quitó un zapato y un calcetín, volvió a calzarse el zapato y se puso el calcetín en la mano, como un guante. Agarró el brazo, conteniendo otra oleada de arcadas, y se lo llevó de vuelta a la cabaña. Lo envolvió en una de sus camisetas, cavó un hoyo profundo en la ladera, detrás de la cabaña, y metió el brazo dentro. Lo tapó con unas cuantas piedras, volvió a llenar el agujero de tierra y por último añadió unas cuantas piedras más.

Así enterró Neal Carey lo poco que quedaba de Harley McCall.

—¿Qué te hace pensar que Hansen o sus hombres puedan haber estado involucrados en el asesinato? —preguntó Ethan Kitteredge—. ¿Cómo sabes que ha sido un asesinato, para empezar? McCall podría haberse internado en la espesura y sufrir algún tipo de percance.

Se hallaba sentado en un enorme sillón orejero de piel en su estudio de la casa familiar, situada en la zona este de Providence, Rhode Island. Ed Levine aguardaba incómodo en otro sillón a juego. Una fogata de troncos de abedul crepitaba en la chimenea.

Uno de los motivos para la turbación de Ed era la vestimenta de Kitteredge: pijama, batín granate y zapatillas de andar por casa. Levine lo había telefoneado en plena noche —tan pronto como recibió la llamada de Neal Carey— y Kitteredge había enviado un helicóptero a buscarlo, insistiendo en que acudiera de inmediato. Ed nunca había estado con anterioridad en casa de Kitteredge y se

sintió incómodo desde el momento en que Liz Kitteredge, antes Liz Chase, le abrió la puerta, lo saludó afectuosamente, lo guio hasta el estudio, le preguntó si prefería café, té o un *brandy* y salió en busca de Ethan.

Ahora, Levine se estaba bebiendo un café a sorbitos, esperando no derramar ni una sola gota sobre la valiosísima alfombra oriental que se extendía bajo sus pies e intentando informar a su jefe de todas las ramificaciones de un caso verdaderamente complicado.

—Neal piensa que Streckler mintió cuando dijo que McCall se había marchado. Eso, unido al hecho de que Neal halló el cadáver a apenas un par de kilómetros del rancho de Hansen —respondió Ed.

—Pero ¿cuál habría sido el motivo? —preguntó Kitteredge—. ¿Acaso no era McCall uno de ellos?

—Señor, no estamos hablando de personas racionales. Estamos hablando de una virulenta combinación de racismo y religión. El retrato que está empezando a emerger en este caso es que la iglesia de Carter ha estado cribando las cárceles y prisiones en busca de hombres violentos dispuestos a seguir un credo no menos violento y los ha ido organizando en pequeñas «células» en zonas remotas del Oeste.

Kitteredge alzó las cejas.

—La iglesia militante.

—Exacto —respondió Ed—. Ahora mismo solo podemos especular acerca del motivo por el que McCall hubiera podido acabar a malas con esta gente, pero antes hay otras cuestiones que deberíamos afrontar de inmediato.

—Muy cierto.

—Para empezar, ¿alertamos a las autoridades?

—Hemos hallado un cadáver, Ed. Tenemos ciertas responsabilidades como ciudadanos.

—Desde luego. Por otra parte, señor, ¿de verdad queremos que la policía local, los estatales o el FBI metan las manazas? Podrían poner a esos chalados lo suficientemente nerviosos como para matar al crío.

—Suponiendo que siga con vida...

—Y suponiendo que lo tengan.

Kitteredge contempló el fuego.

—Pero tú crees que está muerto, ¿verdad?

Ed se removió incómodo en el sofá.

—Sí, señor —respondió—. Eso me temo.

—Una tragedia —dijo Kitteredge.

Ed no pensó que aquel comentario necesitase una respuesta. Conocía la expresión de Kitteredge lo suficientemente bien como para permitir que el silencio se prolongara. Sabía que Kitteredge estaba analizando la información, separando los hechos de las suposiciones, contrastando los posibles cursos de acción frente a las responsabilidades y deberes de Amigos de la Familia para con sus clientes.

Ed mordisqueó una especie de mantecado mientras Ethan Kitteredge reflexionaba.

—¿Dices que Neal Carey está infiltrado en el grupo? —preguntó Kitteredge.

—Sí y no —respondió Ed—. Neal lo ha descrito como una organización de círculos concéntricos. Considera que se ha infiltrado en el primer círculo, pero todavía está lejos del centro.

—Y te fías de su análisis.

—Sí, señor.

—Es escocés —dijo Kitteredge.

—¿Perdón?

—El mantecado.

—Está muy bueno.

—Sí —dijo Kitteredge—. Carey lleva bastante tiempo encubierto, ¿verdad?

—Unos tres meses —reconoció Ed.

—¿Lo estimas capaz de seguir interpretando el papel durante otro período extenso de tiempo?

Ed le dio un largo trago al café y otro mordisco al mantecado antes de responder. Debía ser precavido, pues sabía —y sabía que

Kitteredge sabía— que tres meses es mucho tiempo para un trabajo encubierto, al margen de lo que cuenten las películas y la televisión. Y Carey había pasado todo aquel tiempo al descubierto y completamente a solas, sin un instructor con quien intercambiar impresiones, sin contacto humano. Un operativo encubierto tiende a olvidar qué es real y qué imaginario. Se vuelve solitario, inseguro y paranoico. Pero no Neal Carey.

—Neal Carey —dijo Ed— es el perfecto agente encubierto. No tiene personalidad.

Kitteredge alzó las cejas ante aquel aparente insulto.

—Neal tiene mucho carácter —explicó Ed, a pesar de que consideraba que la mayor parte del carácter de Neal era más o menos hemorroidal—, pero no una personalidad propia. Solo era un niño cuando empezó a trabajar para nosotros. Cuando otros críos de su edad se estaban labrando una personalidad, Neal estaba aprendiendo a encarnar tapaderas. Es un camaleón, adopta los matices de su entorno. En ese sentido, señor, Neal siempre va de encubierto, tanto si está trabajando como si no.

—¿Será capaz de terminar con buen pie esta misión?

—Más que cualquier otro.

Kitteredge volvió a sumirse en el silencio.

Cuando finalmente habló de nuevo, juntó las puntas de los dedos delante de sus labios en un inconsciente gesto oratorio. Ed supo que había tomado una decisión.

—Sí... aaah... desprecio a esas criaturas, señor Levine. Son una ofensa a nuestra bandera, a nuestra religión y a nuestra humanidad.

—Sí, señor —respondió Ed, ignorando la referencia religiosa o asumiendo que se refería a la tradición judeocristiana en general.

—Por lo tanto, voy a autorizar tu plan. Infiltrémoslos por completo, averigüemos el destino de Cody McCall y luego destruyámoslos.

Ed notó que lo recorría una oleada de alivio. Y también algo más. Excitación.

—Sí, señor. Gracias.



—Coge otro mantecado.

—Estoy a dieta, señor.

—Ya me había parecido que se te veía más delgado.

Ed dejó el café sobre la mesa y oyó el retumbar de la taza sobre el platillo. Se dio cuenta de que le temblaba ligeramente la mano.

—Señor —preguntó—, ¿está autorizando usted el uso de remedios terminales?

—Si es necesario —respondió Kitteredge.

En quince años que llevaba trabajando para la empresa, Ed nunca había recibido, ni había solicitado, permiso para matar a nadie.

Kitteredge escogió un mantecado, le dio un mordisquito y masticó veintiocho veces antes de tragar.

—Y si resulta que cualquiera de estas criaturas es la responsable de la muerte de Cody McCall, el remedio terminal pasará a ser necesario. ¿Me has entendido?

—Sí, señor —respondió Ed.

Lo entiendo perfectamente. Estamos hablando de la justicia del Antiguo Testamento.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche o aviso al helicóptero?

—Debería regresar a Nueva York —dijo Ed.

Tenía mucho trabajo que hacer.

—Por supuesto —respondió Kitteredge.

—Esto... señor, ¿debería ponerme en contacto con Anne Kelley o prefiere hacerlo usted?

—No veo que desconsolar a la señorita Kelley sirva a ningún propósito mientras no hayamos averiguado qué ha pasado con su hijo.

—Sí, señor. Uh, ¿puedo usar su teléfono?

—Por supuesto.

Joe Graham descolgó el teléfono. Normalmente no le gustaba recibir llamadas, pero aquella le resultó un alivio. Empezaba a sentirse

aplastado por las paredes de su pequeño cuarto en el barato hotel SRO. La moqueta necesitaba una buena limpieza, el colchón estaba hundido, tenía los muelles rotos, y prácticamente lo único que podía ver desde su ventana era una salida de emergencia y el local de donuts y la licorería de la acera de enfrente. El tipo de la habitación contigua sonaba como si estuviera sufriendo un ataque de delirium trémens, el inodoro perdía agua y ahora la alarma de un coche cercano llevaba sonando al menos diez minutos.

—Diga —exclamó Graham agriamente.

—Hola, cariño.

—Que te den, Ed.

—Estamos operativos.

Graham se incorporó bruscamente en la cama.

—¿Qué?

—Estamos operativos —repitió Ed.

—¿Qué tal está nuestro chico? —preguntó Graham.

Si estaban operativos, significaba que Neal había recibido órdenes de llevar el trabajo a fase activa. Una fase peligrosamente activa.

—No he sabido nada de él —dijo Levine.

Graham notó que una preocupación pegajosa y nauseabunda se apoderaba de él. Aquello no le gustaba ni un pelo. El instructor de Neal soy yo, no Ed, pensó. Ed es bueno, Ed es minucioso y precavido, pero no conoce a Neal tan bien como yo. Nadie lo conoce como yo. Y ahora mi chico está ahí fuera, desentrenado y apremiado, lo cual siempre es una mala combinación. Cuando uno va con prisas comete errores.

—¿Lo estás monitorizando? —le preguntó a Levine, a pesar de que la respuesta era evidente.

—Por supuesto.

—Lla...

—Te avisaré tan pronto como sepa algo. Estate preparado para entrar en acción.

Y que lo digas, Eddy.

—Otra cosa —añadió Ed—. Es posible que entremos a las bravas.

—¿Cómo de a las bravas es «a las bravas»?

Se produjo una pausa. Graham oyó que Ed le daba una calada a su cigarrillo.

—Si nuestro cliente está muerto... muy a las bravas.

Por los clavos de Cristo, pensó Graham. Esto empezó como una simple emboscada para solucionar un caso de custodia y ahora Ed está hablando de liquidar a gente. En caso de que el niño haya muerto.

Entonces se le ocurrió otra idea.

—Eh... ¿y qué pasa si nuestro chico no lo consigue?  
¿Seguiremos entrando a las bravas?

Otra calada.

—No —respondió Ed—. Eso habría que considerarlo gajes del oficio, ¿no te parece?

Graham colgó el teléfono. No, Ed, pensó. Para nada.

Neal Carey estaba de pie en la gasolinera metiendo monedas en la ranura de una máquina tragaperras. No tenía la cabeza puesta en el juego, sino en el teléfono del exterior.

Por fin sonó. Oyó que sonaba durante treinta segundos y luego paró. Neal observó su reloj. Treinta segundos más tarde, el teléfono volvió a sonar.

Una vez: abandona la operación, regresa.

Dos veces: sigue en tu puesto, a la espera.

Tres veces: destrúyelos.

Neal salió de la gasolinera y se subió al Volvo de Peggy. Estuvo pensando un par de minutos y después condujo hasta casa de Karen, adonde Peggy había supuesto que iría en cualquier caso cuando le pidió prestado el coche. Permaneció sentado afuera todo un minuto hasta que reunió el valor necesario para llamar a la puerta.

Karen llevaba un suéter gris y unos vaqueros viejos. Iba descalza. Tenía las gafas puestas y un bolígrafo detrás de la oreja. Neal se dio cuenta a partir de la expresión en su rostro de que no sabía muy bien si sentirse complacida o molesta.

—¿Te di mi número de teléfono? —preguntó Karen—. En cualquier caso, salgo en la guía.

—Lo siento. Debería haber llamado antes.

—Y ahora que nos hemos puesto de acuerdo en eso, ¿te apetece entrar?

—Solo un minuto.

Neal permaneció incómodamente de pie en el salón de Karen, sin saber qué hacer ni decir, sin saber siquiera qué hacía allí.

—Me has interrumpido cuando estaba trabajando —dijo ella—. Al menos me debes un abrazo apasionado. Ven aquí.

Neal la abrazó con tanta fuerza como pudo.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

Neal negó con la cabeza.

—¿La oscura noche del alma? —preguntó Karen.

—Sí.

—Eso no tiene ninguna gracia. ¿Quieres tontear un poco?

—Quiero hacer el amor.

—Cariño, ¿es que no sabes que se supone que siempre es la mujer quien debe decir primero la palabra que empieza por «a»?

Neal se encogió de hombros.

—No sé gran cosa de nada.

Karen le cogió de la mano y lo condujo hasta el dormitorio.

—Entonces tienes suerte de haber encontrado a una maestra —dijo.

Se levantaron aproximadamente una hora más tarde, ella para volver a su trabajo, él para regresar al suyo.

La mujer abrió la puerta exhibiendo su sonrisa más profesional.

—Hola, soy Bobby, ¿qué...?

Se interrumpió en seco cuando vio que los tres hombres de la puerta iban tapados con pasamontañas.

Neal le puso una pistola debajo de la nariz.

—Hola, Bobby. Esto es un atraco.

Randy Carlisle agarró a la mujer, la echó a un lado de un empujón y se colocó detrás de ella para inmovilizarla del cuello con el antebrazo. El segurata de sombrero negro y gafas de sol se despertó e intentó bajar las botas del taburete al tiempo que alargaba la mano hacia su arma.

—Na-ah —le advirtió Cal. Le estaba apuntando con la pistola a la cabeza. Entró en la sala y arrancó el cable telefónico de la pared.

El portero levantó las manos. Neal se acercó a él. Le quitó el sombrero vaquero y las gafas y lo empujó para que cayese al suelo. Después pisó las gafas, aplastándolas bajo el talón de su bota.

—Solo queremos el dinero —dijo Neal—. No queremos hacerle daño a nadie.

Bobby advirtió:

—No sabéis con quién os estáis metiendo.

—Ya, ya, ya, buenos contactos con la mafia, ¿verdad? —preguntó Neal—. ¿Acaso no los tiene todo el mundo? ¿Dónde guardáis el dinero?

Bobby cruzó los brazos con teatralidad por debajo de los pechos y apretó exageradamente los labios.

Neal pegó su revólver a la cabeza del portero y lo amartilló. Sonrió en dirección a Bobby y dijo:

—Tú eliges.

Bobby soltó un suspiro de disgusto.

—Una caja fuerte en el despacho.

—Muéstramela.

Bobby guio a Neal por el pasillo hasta una abarrotada oficina. Neal mantuvo la pistola pegada contra su cabeza mientras ella introducía la combinación.

—Mételo todo en la bolsa —dijo mientras ella iba sacando fajos de billetes de la caja fuerte.

Bobby obedeció, pero dijo:

—Te estás metiendo en un buen embolado, vaquero.

—Mira cómo tiemblo.

—Deberías.

Cuando regresaron al corral, Neal se inclinó sobre el portero y preguntó:

—¿Vives aquí, semental?

—No.

Neal posó su bota sobre la mano del portero.

—¿A lo mejor en una de esas caravanas de ahí atrás?

—A lo mejor.

—Vamos. —Neal le hizo un gesto a Cal—. Venga.

El portero les guio hasta una mala caravana de aluminio. Cal abrió la puerta e introdujo al portero de un empujón. Doreen estaba dormida en una cama plegable. El portero la sacudió hasta despertarla.

—Tenemos compañía —dijo.

Cal les vigiló mientras Neal registraba la caravana. Encontró lo que quedaba de su dinero, unos trescientos dólares, en un armario del cuarto de baño.

Cuando vio el dinero, Doreen le dirigió a su novio una mirada fulminante.

—Me han cogido por sorpresa —explicó este.

—Seguro que estabas durmiendo —le acusó Doreen.

Mientras obligaban nuevamente a salir al portero, Neal oyó que Doreen musitaba:

—Esta no es vida para una chica blanca.

Regresaron al corral. Randy salió mientras Neal y Cal apuntaban al portero. Cal fue el siguiente en marcharse, Neal no quería que disparase a nadie únicamente por diversión. Mientras Bekke y Vetter le cubrían desde el coche, Neal fue retrocediendo de espaldas para luego subirse de un salto al asiento delantero.

—Dirígete al oeste —le dijo a Dave Bekke, que estaba al volante.

—Pero...

—Haz lo que te digo —ordenó Neal—. De todos modos van a pensar que los ladrones venían de Reno. Bien podemos darles más motivos para ello. Ya daremos la vuelta más tarde.

—¡Yujuuu! —aulló Randy. Estaba contando el dinero.

Neal preguntó cuánto había.

—¡Parece que unos once mil!

—No está mal —dijo Neal.

—¿No está mal?

—No está mal —repitió Neal— para un ejercicio de calentamiento.

—Pero solo robaremos a judíos, a mercaderes del vicio y a traidores a la raza, ¿verdad, Neal? —preguntó Craig Vetter nerviosamente.

—Por supuesto, Craig —respondió Neal.

Él y Cal intercambiaron una mirada de regocijo.

Craig añadió:

—De lo contrario, sería inmoral.

—Lo último que queremos es ser inmorales —dijo Cal.

Los ocupantes del vehículo prorrumpieron en carcajadas y siguieron avanzando por la carretera entre voces y aullidos de alegría colectiva.

De esta manera, los Hijos de Set asestaron su primer golpe al Gobierno de Ocupación Sionista —representado por un prostíbulo de segunda— y Neal Carey inauguró la gran oleada de crímenes del centro de Nevada Norte.

## 7

Al principio fue una oleada modesta. Atracaron otro burdel desvencijado en Luning y después una partida de cartas clandestina en Battle Mountain. Identificaron a un camello de marihuana en Elko y le robaron la camioneta a punta de pistola en una curva cerrada en Antelope Pass. Un largo fin de semana en Reno les reportó un fajo de billetes enrollados con una goma, arrebatado a un proxeneta, y todas las riquezas terrenales de un carterista al que Neal atrajo como cebo y al que posteriormente siguieron hasta casa.

Escogían víctimas poco dadas a quejarse ante la policía y que también estuvieran entregadas a alguna que otra forma de actividad criminal, al menos a ojos de los acólitos de la Verdadera Identidad Cristiana. Operaban limpiamente y con rapidez, utilizando la fuerza justa para no tener que recurrir a la verdadera violencia, una condición que Neal se encargaba de imponer porque no pensaba «volver otra vez a la trena porque alguno de vosotros se acojone o sea de gatillo fácil».

A medida que el dinero fue entrando, la estrella de Neal fue ascendiendo. Estaba convirtiéndose en lo que debía ser para poder acceder al círculo interno: en una necesidad. Estaba consiguiendo que el grupo se enganchara al dinero. Si al principio les había parecido una prebenda inesperada, ahora estaban empezando a darlo por hecho. Se estaban enganchando a lo que Neal les daba.

No pasaría mucho tiempo más antes de que tuviera pruebas suficientes como para enchironarlos a todos. Tras haberles incitado a cometer crímenes que nunca se les habrían ocurrido a ellos solos,



Neal se convertiría en testigo de la fiscalía del estado, declararía y volvería a desaparecer. Pero todavía no. Aún tenía que establecer la relación crucial entre los muchachos de Hansen y C. Wesley Carter. Ed quería desmantelar toda la trama.

Y, por supuesto, estaba Cody. O, para ser más precisos, seguía sin estar. En el transcurso de las varias semanas dedicadas a planear, practicar y ejecutar los robos, Neal no había detectado ni rastro del niño. Podía estar en cualquier parte. Alojado con alguna familia de feligreses de la Iglesia de la Identidad al norte de Ohio o en Washington o en algún lugar de Arkansas o tal vez lo habían puesto al cargo de una mujer de confianza en un mugriento parque de caravanas al oeste del Missouri. O podía estar muerto.

Neal no quería aceptar aquella posibilidad, a pesar de que sabía que tanto Streckler como Carlisle, al menos, eran capaces de matar a un niño para eliminar el rastro del asesinato de su padre. Pero en cierto modo le parecía excesivo. Excesivo como para asumirlo y excesivo como para poder seguir adelante si en algún momento llegaba a creerlo. Y debía seguir adelante.

Sabía que solo era cuestión de tiempo que los muchachos lo aceptaran en el círculo interno. Solo era cuestión de tiempo y tampoco pensaba que fuese a pasar mucho antes de que le ofrecieran cualquier cosa —incluidos sus secretos— para conseguir que el dinero siguiera fluyendo. Pero el tiempo era un enemigo del pequeño Cody McCall, suponiendo que efectivamente siguiera con vida.

El tiempo también es ciertamente tu enemigo cuando vives una mentira, y Neal pronto llegó a la conclusión de que, en su caso, la mentira era doble, fingiendo una vida con los Hijos de Set y otra con los Mills y Karen Hawley.

Se veía obligado a realizar complicados malabarismos, trabajando con Steve para luego acudir de tapadillo hasta el rancho de Hansen, donde le esperaba una sesión de entrenamiento o una charla. Ir a Brogan's a tomar una cerveza e intentar ignorar la presencia de la panda en un rincón. Cenar en Wong's con Karen e

inventarse una excusa para marcharse y poder salir de caza con su manada de lobos aquella misma noche.

Se dieron un par de situaciones peliagudas, como la vez que iban dirección a Reno en la camioneta de Streckler y Neal vio el Volvo de Peggy aproximarse en sentido contrario, cuando regresaba de hacer la compra en Fallon. O cuando Karen se quedó a dormir en su cabaña, por variar un poco, y los chicos se presentaron a buscarlo a las seis de la mañana para llevarle de patrulla al amanecer.

Después estuvo aquella vez que apareció en Phil & Margie's completamente agarrotado, lleno de cardenales y arañazos y con las piernas arqueadas por haber montado a lomos de aquel condenado caballo.

Aquella mala bestia se llamaba Medianoche y efectivamente era negro como el carbón hasta en lo más profundo de su malévola alma.

—¿Por qué tengo que aprender a montar? —preguntó Neal, sentado sobre el madero más alto de la cerca del corral.

Medianoche aguardaba a su lado completamente inmóvil, más apacible que Gandhi.

—Puede que algún día lo necesites —respondió Bob Hansen crípticamente—. Además, Medianoche es el castrado más manso que tenemos.

Medianoche miró a Neal y relinchó con suavidad como para tranquilizarlo. Es verdad que parece manso, pensó Neal. Era pequeño para lo que suelen ser los caballos. Y delgado. Y tenía una mirada tierna y afectuosa.

Neal se dejó caer sobre la silla de montar. Medianoche volvió la cabeza, lo miró y rozó las riendas con su hocico.

—Sácalo a dar una vuelta, Neal —instó Billy McCurdy mientras exhibía su sonrisa de cretino para el resto de la pandilla.

Neal cogió las riendas.

—¿Esto es el volante?

Jory abrió la puerta del corral.

Medianoche volvió a mirar a Neal con una afable expresión en plan: «¿Listo?».

Neal espoleó delicadamente al caballo.

Medianoche salió zumbando como si tuviera un cohete metido en el culo. Sus tiernos ojos ardían ahora con una fiebre demoníaca mientras galopaba directo hacia la valla de alambre de espino más cercana.

Neal quiso bajarse, pero el caballo había dejado de parecerle tan pequeño y la caída hasta el suelo se le antojó particularmente larga, sobre todo avanzando a semejante velocidad. De modo que se limitó a agarrarse mientras Medianoche llegaba hasta la valla, giraba a la izquierda y galopaba en paralelo a la alambrada, pegándose lo justo para que la pierna de Neal rozase las púas.

Neal oyó el rugido de carcajadas proveniente del corral y la orgullosa voz de Billy canturreando:

—¡Sí, ese condenado caballo ha vuelto a las andadas! No hay manera de enseñarle algo así, ¿sabéis? ¡Ha de salirle natural!

—¡Ojalá todavía conservaras las pelotas, Medianoche! —gritó Neal al tiempo que sentía que los vaqueros se le desgarraban contra las púas—. ¡Para poder cortártelas yo mismo!

Medianoche respondió galopando junto a la alambrada otros cien metros más y virando después hacia los árboles que se alzaban junto al lecho del arroyo.

Siendo más precisos, hacia un árbol en particular. Un pino viejo y retorcido del cual sobresalía una rama muerta; una rama situada más o menos a la misma altura que, pongamos, un hombre montado a caballo.

Como no era tan inteligente como el caballo, Neal no se vio venir la maniobra hasta que únicamente quedaban unos cincuenta metros de distancia.

Tiró con fuerza de las riendas, pero Medianoche se precipitó hacia delante como un taxista de Nueva York ante una luz ámbar.

Neal tiró con más fuerza aún.

Medianoche le ignoró y agachó la cabeza.

—¿Sabes lo que es la comida para perros? —chilló Neal.

Medianoche se sintió tan intimidado que aceleró el ritmo de su galope al pasar bajo la rama. Neal consiguió levantar las manos para protegerse la cara en el preciso instante en que chocó contra ella; salió despedido de la silla como de un trapecio y fue a caer de espaldas al suelo.

Mientras Neal se esforzaba por volver a introducir aire en los pulmones, Medianoche se le acercó tranquilamente y le tanteó cariñosamente con el hocico, como Furia intentaba despertar a Joey.

Después le mordió.

Fue solo un pellizco, pero un pellizco que le dolió horrores. Neal estaba lo bastante cabreado como para levantarse, hundir el pie en el estribo y auparse a la silla de montar.

Medianoche permaneció inmóvil durante todo aquel proceso y a continuación emprendió un paso tranquilo cuando Neal lo espoleó. Al cabo de un rato, Neal había cobrado la confianza suficiente como para ponerlo a trotar y, por fin, se dirigió al corral a medio galope mientras los chicos se volvían a reunir para observar su triunfal regreso.

—Solo es cuestión de demostrarle al animal quién manda — anunció Neal al tiempo que tiraba de las riendas para que el caballo se detuviera.

Fue entonces cuando Medianoche se encabritó y comenzó a dar violentas vueltas en círculo hasta que Neal salió despedido de la silla como un frisbee, rebotando varias veces sobre el suelo como un guijarro sobre el agua.

De modo que estaba bastante dolorido cuando se reunió con Karen aquella noche y a ella se le ocurrieron varias preguntas al respecto de por qué estaba aprendiendo a montar en el rancho de Hansen.

Y, por supuesto, la oleada de crímenes era la comidilla del pueblo. Los lugareños no paraban de comentar la serie de robos, que estaba comenzando a adquirir una talla legendaria, mientras

tomaban unas cervezas en Phil & Margie's, un café en Wong's o *whisky* barato en Brogan's. Al parecer, todo el mundo estaba al tanto del atraco en el rancho Filly, y de repente pareció como si una banda estuviera asaltando a todos y cada uno de los camellos de la Gran Cuenca, algo que la mayoría de los locales aprobaba de corazón. Y se rumoreaba que la policía estaba haciendo la vista gorda, igual que se rumoreaba que quizá incluso fueran policías fuera de servicio quienes estaban dando los golpes. Y se comentaba animadamente que la mafia de Las Vegas —que la mayor parte de la población consideraba una colonia de California en vez de parte de Nevada— estaba de morros y había iniciado la caza de los ladrones.

Y los hombres de Hansen oyeron los comentarios. Comenzaron a caminar con un pequeño contoneo añadido cuando bajaban al pueblo y a mostrar sonrisas satisfechas y resabiadas cada vez que los robos pasaban a ser el tema de conversación y los parroquianos hacían bromas sobre los James y los Dalton. Neal casi se atragantó con un pimiento verde el día que aquel estúpido de nacimiento de David Bekke intervino para comentar que aquella banda se parecía más a Robin Hood, «porque roba a los judíos para dárselo a los pobres».

La gente pronto empezó a bisbisear. Un par de dedos apuntaron discretamente a las espaldas de los chicos mientras paseaban por el pueblo y se oyeron murmullos amortiguados por la música en Phil & Margie's. Neal incluso imaginó que oía mencionar su nombre mientras se aproximaba a la barra para pedir otra jarra de cerveza. Y puede que también se estuviera imaginando que Steve le observaba con una expresión extraña de vez en cuando o que los «hum...» de Peggy habían adoptado un tono más serio. Y, quizás, el hecho de que Karen hubiera comenzado a mostrarse un poco más reservada, que empezase a decir algo para luego interrumpirse como si se le hubiera quedado una pregunta atascada en la garganta... quizás eso también estuviera solo en su cabeza.

A Neal se le ocurrió que su vida era como uno de esos dibujos de unas vías férreas que se extienden hacia el horizonte. La ilusión es que las vías discurren siempre en paralelo, pero en realidad las líneas dibujadas se van acercando cada vez más entre sí hasta que, en algún punto a la altura del horizonte, acaban por encontrarse.

El momento de colisión llegó una fría noche de sábado en Phil & Margie's.

Neal y Karen habían ido con Steve y Peggy para beber, bailar y espantar las preocupaciones que habían llegado con la primera nevada de la estación. Aquella mañana la nieve había hecho acto de presencia en el valle. Tampoco es que hubiera sido una verdadera tormenta invernal con sus ventiscas y demás, pero sí que había cuajado lo suficiente como para dejarles bien claro que el largo invierno se cernía sobre ellos.

Así que Neal se apretujó con Steve y Peggy en la cabina de la camioneta y consiguieron llegar hasta Austin, dando tumbos pero sin mayores contratiempos. Cuando se reunieron con Karen en Phil & Margie's, el local ya estaba abarrotado de jaraneros con idéntico propósito, entre ellos Cal Streckker, Randy Carlisle, Dave Bekke y Craig Vetter, la banda al completo.

El conflicto no estalló de inmediato. Como muchos otros conflictos, tuvo que verse previamente nutrido por el alcohol, de modo que durante el primer par de horas Neal bailó con Karen, Steve sacó a Peggy para un par de temas y los chicos se mantuvieron pegados a la barra. En cualquier caso, Steve aprovechó las pausas entre baile y baile para tonificarse a base de bien, por lo que su nivel de alcoholismo fue aumentando de manera constante hasta alcanzar un punto en el que lo único que hacía falta era una chispa.

La cual brotó cuando Steve y Cal tuvieron un mal tropiezo.

Steve se estaba dando la vuelta para alejarse de la barra con una jarra llena en la mano cuando derramó un poco de cerveza

sobre las botas de Cal.

—Vaya, lo siento —dijo Steve.

—Si no aguantas la bebida, Mills, no deberías estar aquí —replicó Cal.

Los muchachos de Cal se volvieron a la vez, haciendo que otras cabezas se girasen para mirar, hasta que de repente pareció como si toda la multitud les estuviera observando.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Peggy mirando hacia la barra.

Neal se levantó y se abrió paso entre los parroquianos.

—Vaya, vaya —estaba diciendo Steve—. Nunca había conocido a un vaquero que se molestase por unas gotitas de cerveza en sus botas. Claro que tú no eres vaquero, ¿verdad? Eres el jefecillo de seguridad.

—Déjalo estar, Cal —dijo Vetter al ver la expresión asesina que asomó a los ojos de Streckker.

Pero Steve Mills estaba empeñado en echar un poco más de gasolina al fuego.

—Ya te dije en una ocasión —añadió— que para ti soy «señor Mills» o «Steve». Y ya que estamos, tú no eres quién para decirme dónde debo o no debo estar, presidiario de pacotilla.

Neal agarró a Steve del codo e intentó llevárselo de allí.

—Vamos, Steve —dijo.

—Más te vale marcharte con él, viejo —se burló Cal.

Steve intentó zafarse de Neal.

—No dejes que la edad sea un impedimento —le dijo a Streckker.

—Suéltale, Neal —dijo Cal.

Steve se volvió hacia Neal con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Ahora sois colegas?

Neal le agarró con más fuerza. Esta vez Steve liberó el brazo con facilidad, solo para demostrar que antes ni siquiera lo había estado intentando. Dejó la cerveza sobre la barra y a continuación lanzó un tremendo derechazo contra la cabeza de Streckker. Este

retrocedió ágilmente y el puñetazo pasó zumbando a unos tres centímetros de su nariz.

Strekker mostró una sonrisa de psicópata.

—Todos lo habéis visto —dijo—. Ha lanzado el primer golpe.

Levantó los puños y afianzó las piernas, adoptando una postura de pelea.

Strekker lo va a matar, pensó Neal.

—Quítate de en medio, Neal —dijo Randy Carlisle.

Sonreía de oreja a oreja como el estúpido pelota que era, deseoso de ver cómo su guía y cabecilla derramaba la sangre de otro.

Peggy Mills se había quedado petrificada ante la mesa. Se sentía impotente. Si dejaba que la pelea siguiera su curso, su marido podía acabar mal parado. Si intervenía, le estaría causando un daño aún peor. Cuando Karen hizo ademán de ir a levantarse, Peggy la agarró de la muñeca y la obligó a seguir sentada.

La música se detuvo. Los presentes formaron un círculo alrededor de Steve, Cal y Neal. Steve dio un trago de cerveza y levantó los puños.

—Quítate de en medio, Neal —repitió Randy.

Neal permaneció inmóvil un largo segundo entre ambos adversarios. Después se encogió de hombros, se quitó de en medio y fue a colocarse detrás de Cal. Randy y Dave le dieron palmadas de regocijo en la espalda. Karen le clavó una mirada de asombro e indignación. Neal volvió a encogerse de hombros, agarró un taburete y lo hizo añicos sobre la cabeza de Cal. Strekker se desplomó como si lo hubieran desnucado.

—Se acabó la pelea —anunció Neal.

—Pero ¿tú de qué lado estás? —gritó Carlisle, agarrando a Neal de la pechera.

—Del mío —respondió Neal.

Carlisle le dio un puñetazo en el ojo, lo tiró al suelo y le golpeó dos veces más en un costado de la cara. Steve se arrojó sobre Carlisle y le asestó un tremendo gancho con la derecha que lo lanzó



inconsciente y desmadejado contra los brazos abiertos de Vetter. Este dejó a Carlisle en el suelo, pasó por encima de él y le dio un puñetazo a Steve en la mandíbula. Dave Bekke saltó sobre Steve desde un lado.

Neal se puso de rodillas, vio a Bekke colgando de la espalda de Steve, lo agarró de las piernas y tironeó hasta hacerlo caer al suelo junto a él. Bekke rodó hasta quedar encima de Neal y empezó a darle puñetazos. Neal coló una pierna entre las de Bekke y le hundió la rodilla en las pelotas, quitándole así las ganas de seguir golpeando.

Steve y Vetter se retenían mutuamente con una mano a la vez que intercambiaban trompadas con la otra cuando Bob Hansen entró por la puerta.

—¡Ya basta! —gritó.

Dave Bekke seguía rodando por el suelo agarrándose la entrepierna cuando Randy Carlisle se levantó y se arrojó sobre Neal, le hizo un placaje en la cintura y cayeron juntos al suelo. Craig había obligado a Steve a doblarse de espaldas sobre la barra del bar y estaba preparando el puño para asestarle el golpe de gracia.

—¡He dicho que ya basta! —bramó Hansen.

Steve alzó el brazo, agarró a Vetter del puño y tiró de él como si estuviera domeñando a un becerro para echarlo al suelo. Ambos hombres cayeron por encima de la barra y aterrizaron con estrépito al otro lado. Neal había conseguido echarle a Randy su propia chaqueta vaquera por encima de la cabeza, inmovilizándole los brazos. Mientras Steve y Craig volvían a levantarse sin dejar de intercambiar puñetazos, Hansen se sacó una pistola del cinto y atravesó el techo de un disparo.

El rugido atronador los detuvo a todos en la misma posición en la que se encontraban, al tiempo que se giraban dócilmente hacia el rancho.

Hansen sopesó los daños y dijo:

—Necesito que me dejes uno o dos jornaleros enteros, Steve.

—En ese caso deberías enseñarles modales, Bob.

—Me temo que no te falta razón.

Hansen observó con curiosidad a Neal.

—Carey ha noqueado a Cal por la espalda, señor Hansen — acusó Carlisle.

—¿Es eso cierto, Neal? —preguntó Hansen.

—Desde luego.

Hansen se enfundó la pistola.

—Parece que vamos a tener que resolver un par de cuestiones.

Y que lo digas, pensó Neal.

Cal Streckler apoyó las manos en el suelo y se aupó hasta quedar de rodillas. Meneó la cabeza un par de veces mientras Carlisle y Vetter lo agarraban de los brazos y le ayudaban a incorporarse.

—Vamos, chicos —dijo Hansen—. Tenemos trabajo que hacer mañana. Neal Carey, ya hablaremos tú y yo.

Neal asintió. Dalo por hecho, pensó. Porque parece que ha llegado el momento de acelerar un poco el proceso.

Hansen paseó la vista por el local, observando atentamente los cristales rotos y el charco de sangre acumulada en el suelo allí donde Streckler había estado echando la siesta.

—Me haré cargo de los daños —le dijo al camarero.

—No hace falta —dijo Steve Mills—. Ya nos haremos cargo nosotros. Neal Carey y yo.

—Eres un traidor —le ladró Carlisle a Neal mientras se dirigía a la salida.

Desearía que no hubieras dicho eso, pensó Neal. De verdad que sí.

El grupo comenzó a tocar de nuevo y Steve le pasó a Neal un brazo por encima de los hombros.

—¡Joder, hacía mucho tiempo que no me metía en una pelea como esa! —exclamó animadamente—. ¡Ha sido la hostia! Pero no deberías haberle golpeado con el taburete de esa manera. Podría haberme medido con él sin problemas.

—Ah, ya lo sé. Pero es que hace mucho que me moría de ganas de estamparle un taburete en la cabeza. Parecía el momento indicado para hacerlo.

Para entonces habían regresado a su mesa y las mujeres los estaban inspeccionando en busca de daños. No faltaban sitios donde mirar. Steve tenía un labio partido, un feo corte encima de un ojo y un carrillo igual de hinchado que el de una ardilla en otoño. A Neal se le estaba empezando a cerrar el ojo derecho y en la frente le estaba saliendo un chichón.

—Bárbaros —musitó Peggy—. Karen, nos acostamos con bárbaros.

—Eso todavía está por ver —respondió Karen. Tenía el ceño severamente fruncido de una profesora.

—¿Qué parte? —preguntó Steve—. ¿La de los bárbaros o la de acostarse con ellos?

—No creo que haya duda alguna sobre la de los bárbaros —respondió Karen.

Steve le guiñó un ojo a Neal.

—Uh-oh —dijo—. Creo que nos hemos metido en un lío.

Pero Peggy estaba mirando por encima de su hombro en dirección a Neal y formando la palabra «Gracias» con la boca.

—Llévemonos a estos bárbaros a casa —dijo Peggy en voz alta—. Yo estoy casada con uno, pero el otro es opcional.

—Me lo llevaré —dijo Karen. Después, en un tono de voz más bajo, le dijo a Neal—: Además, tengo algunas preguntas que hacerte.

Uh-oh.

Joe Graham observó al guapo chapero acordar el precio y subirse al asiento delantero del Mercedes. El coche se alejó velozmente, dejando expedita la acera delante de la Iglesia de la Verdadera Identidad Cristiana. Graham se coló en el callejón y serpenteó entre

la basura y el hedor a orines reventados hasta que llegó a la puerta de la salida de emergencia.

Echó un vistazo a su alrededor, después extrajo una fina vara de metal de su abrigo. La cerradura cedió sin oponer resistencia y Joe Graham se encontró en el interior del edificio. Escuchó durante un segundo, no percibió sonidos humanos ni animales, encendió su linterna y se encaminó a la primera planta.

Había memorizado bien el trazado del edificio después de acudir durante semanas a las condenadas misas, beberse el café aguado y comerse las pastas que servían en la hora de interacción social de después. Es el precio que hay que pagar, pensó. Había oído más condenados chistes de judíos que durante un fin de semana en las Catskill.

Graham encontró el despacho de Carter sin problemas. La puerta no tenía cerrojo, así que entró de inmediato. La confianza en el Señor es algo maravilloso, pensó.

Había tres archivadores horizontales además de las cajoneras del escritorio. Ninguno de ellos estaba cerrado, lo cual descorazonó a Graham. Buscaba algo que Carter quisiera mantener oculto.

Al fondo había otra puerta que conducía a una estancia más pequeña en la que encontró una mesa, un par de sillas y una caja fuerte.

Esto ya es otra cosa, pensó Graham. Se arrodilló junto a la rueda de la combinación y se puso manos a la obra.

—¿Por qué te ha llamado traidor? —le preguntó Karen a Neal mientras sostenía un paño lleno de cubitos de hielo contra su ojo.

—No lo sé. Estaba borracho.

—No tan borracho. ¿Y por qué ese de la barba te ha preguntado de qué lado estabas? Y, en cualquier caso, ¿de qué conoces a esos tipejos?

Neal le quitó a Karen el paño de la mano para sostenerlo él solo.

—¡Joder! ¿Estás segura de que no quieres ponerme una luz deslumbrante delante de los ojos? ¿Golpearme con el listín telefónico?

—A lo mejor.

—No me agobies.

Porque ahora mismo me encuentro en una posición peliaguda, Karen. Según las estrictas reglas del juego, debería haber permitido que Cal dejase a Steve hecho un Cristo en el bar, pero algo en mi interior no ha podido permitirlo. De modo que he intervenido y he cometido un pecado capital: he puesto en entredicho mi tapadera. Y ahora tengo que idear una manera de volver a recomponerla. Encima, esos gilipollas han tenido que abrir la boca y ponerme también en entredicho delante del otro bando.

—Simplemente dime la verdad —dijo Karen.

Eso es justamente la única cosa que no puedo decir. Contártelo implicaría involucrarte, poniéndonos a los dos en peligro.

—Joder, Karen, son mis vecinos.

—Viven a tres kilómetros.

—Siguen siendo mis vecinos —dijo Neal con aire adusto.

Karen le había preparado otro paño helado y se lo pegó al chichón de la cabeza al tiempo que se sentaba a su lado en el sofá.

—¿Tienes relación habitual con ellos?

Nunca niegues lo que pueda perjudicarte, pensó Neal. No hay nada peor que el que te desmientan una mentira innecesaria. Reserva tus mentiras para las cosas importantes.

—Nos hemos tomado alguna que otra copa juntos —dijo.

Tras haber atracado un prostíbulo o dos.

—Hum... —dijo Karen.

—¿Eso lo has aprendido de Peggy? —preguntó.

Karen negó con la cabeza.

—Malas compañías.

Y que lo digas.

—En cualquier caso —dijo Neal—, dudo que vayan a mostrarse demasiado efusivos después de lo de esta noche.

Lo cual me supone un problema, la verdad.

—No estés tan seguro —dijo Karen—. En este lugar, las pequeñas escaramuzas como esa no se interponen entre los hombres. No es más que una manera un poco más sangrienta de lo habitual de estrechar lazos. Ya sabes, después un buen apretón de manos y pelillos a la mar. «Tío, menuda zurra me has dado, jo, jo, jo». Ese tipo de cosas.

—Pareces cabreada.

—Imagino que estoy celosa. Si tienes que sudar para estrechar lazos, quiero que sea conmigo —dijo Karen, poniéndole una mano en el regazo a modo de ilustración.

Neal gimió.

—Karen, no creas que no aprecio la intención, pero me duele una barbaridad el ojo, noto que me palpita la cabeza y siento las costillas como si me las hubieran golpeado con un martillo.

Karen siguió acariciándolo y dijo:

—Oh, pobreciiiito. ¿Sabes? Si tan empeñado estás en ser un verdadero vaquero, rudo, bebedor y pendenciero, tendrás que aprender a volver a montar en la silla cada vez que vayas al suelo.

—¿Ah, sí?

A Neal le salió un extraño gallo en la voz.

—Mm-hmm —dijo Karen, desabrochándole el cinturón—. Herido o no, tienes responsabilidades.

—¿Responsabilidades? —preguntó Neal por encima del tintineo metálico de su cremallera.

—Para conmigo.

—Para contigo.

Le pasó una mano por la hermosa melena y le acarició el cuello.

Karen alzó la mirada hacia él y preguntó:

—¿Qué tal las costillas ahora?

—No siento nada.

—Sí que sientes algo —dijo ella, riendo suavemente.

—Sí que siento algo.

Y era cierto. Se sentía de maravilla y a la vez culpable, porque sabía que una relación está basada en la sinceridad y la confianza, y él nunca podría ofrecer ni una cosa ni otra.

Jory Hansen también estaba pensando en una mujer mientras guiaba a Cocoa para que ascendiese el espolón. Estaba pensando en Shelly Mills, en cómo la había dejado sobre el sofá de su sala de estar; en su pelo y sus ropas alborotadas, y en cómo había sido él quien había puesto freno con la endeble excusa de que sus padres podrían entrar por la puerta de un momento a otro.

Y además ella había estado dispuesta a hacerlo. Se lo había dicho a las claras, algo que había dejado a Jory estupefacto y a la vez emocionado, pero algo le había impedido seguir adelante. Quiso decirse a sí mismo que había sido su moral, el respeto que sentía por ella, el temor a que Shelly fuera a odiarle más adelante cuando se lo hubiera pensado dos veces, pero todo ello habría sido mentira.

La verdad, y Jory lo sabía, era que acarreaba consigo algo que le pesaba. Algo terrible. Algo que debía ocultar, pero era incapaz de ocultárselo a Dios, a Jehová.

Sabía que había sido aquel secreto lo que le había impedido seguir adelante. Se lo había impedido a pesar de que amaba a Shelly, a pesar de toda su belleza, a pesar de que ansiaba pasar el resto de su vida con ella.

El caso es que ahora su vida ya nunca sería gran cosa. No con su secreto, no con la inminente llegada del Fin de los Tiempos.

Pero solo Jehová sabía cuándo tendría lugar eso. Jehová y, quizás, el viejo indio.

El viejo indio sabía todas aquellas cosas. Había sido él quien le había mostrado las pinturas en la cueva, quien le había explicado qué eran y qué significaban, quien le había dicho que mostraban el principio y el fin.

Motivo por el cual Jory había hecho lo que había hecho y ahora tenía un secreto. Motivo por el cual, mientras seguía el camino que

discurría junto al nevado risco en dirección a la cueva, rezaba por haber tenido razón. O que Jehová le perdonase si se había equivocado.

Entonces alcanzó a oír al indio cantando en voz baja. Una canción más antigua que el pecado.

Jory se apeó de la yegua y descolgó el fardo que había asegurado a la grupa del animal. Le rogó a Jehová que le perdonase por haber robado la carne y las latas de comida. Se pasó el fardo por encima del hombro y agarró una brazada de leña. Después se encaminó hacia la cueva.

Para ver una vez más el final y el principio.

Graham abrió la carpeta sobre la mesa, dobló el flexo para alumbrarla mejor y fotografió el expediente. Se preocupó particularmente de enfocar la foto grapada a la esquina derecha de la primera página.

La foto de Cody McCall.

Peggy adivinó que su hija había estado llorando. Nunca había sido muy hábil a la hora de disimular sus sentimientos, pero ahora además tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Qué le ha pasado a papá? —preguntó Shelly mientras Steve se escabullía escaleras arriba tras dedicarle el más breve de los saludos.

—Que empieza a acusar la edad —respondió Peggy—. Se comporta como un potro porque se siente un viejo penco.

—¿Eh?

—Se ha metido en una pelea de bar.

—¿Papá? —preguntó Shelly—. ¿Está bien?

—Mañana se sentirá peor. Y ahora, ¿qué es lo que pasa contigo?



Shelly le dio la espalda y fue a sentarse junto a la ventana. Fijó la mirada en la oscuridad, en dirección a las montañas.

—Nada —dijo.

Peggy se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—¿Por qué no te creo?

—Porque no es verdad.

Peggy le pasó un brazo por encima y abrazó a su hija en silencio.

Al cabo de un rato, Shelly dijo:

—Quería hacer el amor con él esta noche.

Peggy notó que un latigazo de temor le atravesaba el cuerpo, pero lo reprimió. Hizo que su voz sonara lo más calmada posible al preguntar:

—¿Y lo has hecho?

—No.

Gracias a Dios, pensó Peggy.

—Pero solo porque él no ha querido —dijo Shelly—. No sé si sentirme humillada o culpable o aliviada...

—Yo, desde luego, me siento aliviada —dijo Peggy, y las dos rieron un poco—. ¿Por qué no ha querido?

Porque no he conocido jamás a un adolescente que no hubiera querido.

—Le daba miedo que pudierais sorprendernos.

—Eso es una tontería. Se puede oír la camioneta acercándose a un kilómetro de distancia.

—Lo sé.

—Probablemente solo estuviera asustado, cielo.

—Yo también lo estaba.

—Y yo lo estoy. Sobre todo porque una de estas noches acabará sucediendo. Eres tierna y lista y cariñosa...

—¿Guapa?

—Preciosa. Pero tampoco tengas demasiada prisa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y toma precauciones.

—¡Mamá!

—Mira, ya tengo en casa al menos un crío más de los que soy capaz de manejar. Hablando de lo cual... —Puso los ojos en blanco hacia el dormitorio.

Shelly abrazó a su madre con fuerza y largo rato. Luego dijo:

—Ve a ver a papá. Dile que espero que haya ganado.

Steve estaba en el cuarto de baño de arriba, mirándose en el espejo y reuniendo valor para echarse agua oxigenada en el corte que tenía encima del ojo.

—Dame eso —dijo Peggy. Cogió la botella y empapó en desinfectante la punta de una gasa—. Dime una cosa: ¿has buscado premeditadamente pelea con ese cretino?

—Supongo que así ha sido.

—No deberías beber en absoluto, lo sabes.

—Lo sé.

Peggy fue dándole toquecitos a la herida con la gasa. Steve siseó.

—Oh, no pongas esa cara de perro apaleado —dijo Peggy—. Tampoco se te ha dado tan mal.

Steve se dirigió al dormitorio y se dejó caer en la cama.

—Últimamente he estado pensando mucho —dijo.

Peggy se unió a él en la cama.

—¿Sobre qué?

—Solo sobre quién diablos soy. —Steve sonrió tímidamente—. Un poco tarde para una crisis de la mediana edad, ¿verdad?

—Yo diría que estás en el momento indicado. Pero ¿va a ser una de esas crisis en las que me dejas por una camarera de veinte años que de verdad te comprende?

Steve estiró los brazos y la atrajo hacia sí.

—No tendrás tanta suerte.

—Bien. Porque puedes ser quien te dé la gana, siempre y cuando seas mi marido.

Steve la besó con el labio partido e hizo una mueca de dolor. Pero eso no le detuvo.

Bob Hansen dejó su Biblia y apagó la luz. No le resultaba fácil conciliar el sueño. No desde que... Alejó aquel pensamiento de su mente. No tenía sentido seguir dándole vueltas. Jehová había llamado a muchos elegidos a su seno y el Fin de los Tiempos estaba cada vez más próximo. Bob Hansen estaba tan convencido de ello como de que él era el brazo fuerte de Jehová en la Tierra Prometida. El propio reverendo Carter le había ungido, y ahora el brazo fuerte de Jehová debía purificar el valle antes de la llegada del hijo varón con la que daría comienzo el Fin de los Tiempos.

No puedo mantener oculto esto durante mucho más tiempo, pensó. No ahora que el campamento es cada vez más grande y continuamente estamos acogiendo a más hombres. Pronto estaremos utilizando el rancho como base de operaciones contra ZOG y poco después lo estaremos defendiendo durante el Fin de los Tiempos. Más me vale asegurarme de que la base es segura. Steve Mills tendrá que estar con nosotros o en nuestra contra.

Pero estará con nosotros. Steve es un buen hombre blanco con la cabeza bien amueblada. Lo único que necesita es un poco de educación. Y entonces todo el valle será el refugio que Jehová quiso que fuese.

Pero el sueño seguía sin llegar.

Karen estaba echada en la cama observando el agitado sueño de Neal y preguntándose quién era aquel hombre, aquel hombre del que estaba enamorada. ¿Qué estaba haciendo realmente en Austin? La explicación que le había dado acerca de su relación con los hombres de Hansen era una patraña. El Neal que ella creía

conocer no podría ser amigo de aquella escoria. ¿Qué le estaba ocultando? ¿Debería cortar con él de inmediato, antes de que le rompiera el corazón? ¿Qué serpientes se enroscaban en su cabeza para provocarle pesadillas tan terribles?

En la pesadilla de Neal, este se encontraba persiguiendo al coyote entre el bosque. El coyote llevaba algo en la boca. Algo dorado. Neal lo persiguió y lo persiguió hasta que consiguió acercarse, hasta que el coyote se volvió hacia él y sonrió, y Neal vio que el objeto dorado que llevaba en la boca era el rubio cabello de la cabeza de Cody McCall.

Después de aquello no se permitió volver a quedarse dormido hasta que hubo salido el sol.

## 8

Al día siguiente por la tarde, Neal fue caminando hasta la casa de Hansen y llamó a la puerta de entrada. Le sorprendió que Hansen la abriese en persona.

—Tienes redaños, Neal. Eso debo reconocerlo.

—¿Puedo pasar?

Hansen se echó a un lado y le hizo un gesto para que entrara.

Para ser una casa tan grande, era llamativamente sencilla. Todas las habitaciones eran rectangulares. Las paredes habían sido pintadas de blanco cáscara de huevo y de las mismas colgaban cuadros con escenas del Oeste. Los suelos estaban revestidos con anchas planchas de madera y cubiertos con coloridas alfombras indias.

—Entra en mi despacho —dijo Hansen.

Neal lo siguió hasta un pequeño cuarto en el que había una sencilla mesa de madera, una silla de oficina y otra de mimbre. Hansen hizo un gesto a Neal para que se sentara en la de mimbre mientras él se acomodaba en la de oficina. Neal supuso que era una disposición pensada para intimidar a los empleados, para dejarles bien claro quién era el patrón, por si quedaba alguna duda.

—¿A qué vino lo de anoche? —preguntó Hansen.

—Alguien tenía que mantener a Cal fuera de la cárcel.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabe cómo es Cal. Habría matado a Mills. ¿Dónde cree que estaría ahora? Más importante: ¿dónde estaríamos *nosotros*? Si Cal

tuviera cerebro, ahora mismo me estaría dando las gracias por haberle dejado inconsciente.

—Eres un hombre inteligente, Neal.

Si fuese inteligente no estaría aquí.

Hansen continuó:

—Pero no sé hasta qué punto estás realmente comprometido con la causa.

—Estoy comprometido, señor Hansen —respondió Neal.

Lo que estoy es para que me encierren.

Hansen tamborileó con un lápiz sobre la mesa mientras observaba a Neal. Después dijo:

—Para mí es un dilema, Neal, de verdad que sí. Porque tenía pensado alistarte como miembro completo de nuestra hermandad. Ya estábamos incluso preparando la ceremonia de juramento.

Genial. Fantástico. Buen trabajo, Neal. Échalo todo a perder en una pelea de bar.

Neal miró a Hansen a los ojos. De hombre blanco a hombre blanco.

—No hay nada que desee más en el mundo que ser miembro de la hermandad, señor.

Hansen asintió.

—Esto está bien, Neal. Porque te necesitamos. Necesitamos tu habilidad.

Me cago en la hostia que si la necesitáis. Seríais incapaces de robar ni una máquina de caramelos si no os dijera cómo.

—Vamos a robar un furgón blindado —dijo Hansen.

O un furgón blindado.

—Un simpatizante de Los Ángeles nos ha «soplado» la oportunidad, de modo que será un «trabajo desde dentro» —dijo Hansen. Los ojillos le hicieron chiribitas ante la oportunidad de usar aquella jerga criminal—. Una misma empresa de furgones blindados se encarga de dar servicio a todos los pequeños bancos y minas de esta zona. Dentro de dos semanas tienen prevista una gran recogida. Esperaba que pudieras organizar el asalto.

Neal silbó.

—Un furgón blindado es un animal mucho más complicado que un proxeneta, un carterista o una partida ilegal de cartas, señor. No sé si estamos preparados para algo así. —Permaneció sentado en silencio un rato, dándole vueltas a la cuestión—. ¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó.

Los ojos de Hansen se ensancharon. Se echó hacia delante en la silla y pronunció con sumo cuidado:

—Entre doscientos y trescientos mil dólares.

—Doscientos de los grandes —dijo Neal—. Eso es muchísimo dinero.

Hansen volvió a recostarse sobre el respaldo de su silla.

—No puedo ni empezar a imaginar lo que ayudaría a la causa hacerse con ese dinero —dijo.

—Hacerse con él y marcharse con él son dos cosas distintas.

—Por eso te necesitamos, Neal.

Soy todo tuyo, Bob. Neal se levantó y le ofreció la mano.

—Para mí sería todo un honor participar, señor Hansen. Quiero pelear por mi raza.

Hansen se levantó y le estrechó la mano.

—Me alegra mucho oírte decir eso, hijo. Y cuando esta misión haya acabado, pasarás a ser uno de los hermanos. Te lo prometo.

Entonces Hansen se apoyó en el suelo sobre una rodilla y tiró de Neal para que se agachara a su lado.

—Recemos juntos, Neal —dijo. Agachó la cabeza y entonó—: Oh, Jehová, bendice a este, tu buen y joven guerrero, y bendice nuestro propósito común. Bendice nuestra guerra santa contra tus enemigos. Sea hecha tu voluntad, amén.

—Amén —repitió Neal.

Ahora, comamos.

Dos semanas, pensó Neal mientras se dirigía hacia los barracones para hacer las paces con la cuadrilla. Puedo aguantar otras dos semanas.

No dispuso de ellas. Le quedaban unas dos horas.

Mientras Neal estaba sentado en los barracones, hablando con los chicos sobre la ceremonia de juramento, el Fin de los Tiempos y el gran golpe que debían empezar a planear, Steve Mills decidió hacerle una visita a Bob Hansen.

—Me alegra que hayas venido, Steve —dijo Bob mientras ambos se sentaban en su cocina—. Llevamos demasiado tiempo siendo vecinos como para hacernos mala sangre.

Estaban bebiendo en tarros de mermelada. Steve, un escocés que Hansen guardaba para las visitas; Hansen bebía leche.

—No te guardo el más mínimo rencor, Bob. Pero, de un tiempo a esta parte, los jornaleros que has estado contratando... dejan un tanto que desear en el trato personal. En cualquier caso, anoche me porté como un asno y me disculpo por ello. Si quieres que reunamos a tus muchachos, les estrecharé la mano.

Parecía la oportunidad que Hansen llevaba meses esperando. De modo que se lo contó todo a su viejo vecino Steve. Cómo había dado con los escritos del reverendo C. Wesley Carter, cómo había acudido a su iglesia aprovechando una visita de negocios a Los Ángeles, cómo había pasado a ser consciente de su verdadera Identidad Cristiana y de sus derechos y deberes como hombre blanco. Diablos, los dos sabían lo que estaba sucediendo con su país. El condenado gobierno federal se estaba apoderando de todo, diciéndoles a los ciudadanos qué podían y no podían hacer.

—Es cierto —admitió Steve—. No puedes criar una vaca o talar un árbol sin pedir el permiso de diecisiete burócratas.

Y tan cierto, continuó Bob. El gobierno ya había echado a perder ambas costas y ahora estaba extendiendo sus garras hacia el centro. Qué caramba, la Meseta Solitaria era el último reducto libre y franco del planeta, pero el gobierno no tardaría en destruir también lo que tenían allí. Y Hansen estaba seguro de que Steve conocía el motivo.



Steve reconoció que tenía ciertas ideas acerca del funcionamiento del gobierno federal.

Judíos, explicó Bob. Ese es el motivo. La conspiración sionista para dominar el mundo. Por eso permiten que los putos negros subhumanos provoquen disturbios. Y el mariconeo. Están en todos los fregados. Hacienda, la Reserva Federal, el FBI... todo controlado por los judíos.

Bob le habló de la Iglesia de la Verdadera Identidad Cristiana, de cómo hacerse miembro le había cambiado la vida, le había permitido ver las cosas tal cual eran y le había mostrado el camino de la salvación. Le contó que Jory también había visto la luz y el motivo de que ahora solo contratase a individuos comprometidos con la causa. Y, como amigo y vecino suyo que era desde hacía veinte años, consideraba su deber invitar a Steve para que se uniera a ellos.

—Pues lo cierto es que no creo que pueda, Bob —dijo Steve cuando Hansen hubo terminado.

—Desearía que al menos lo intentaras.

Steve negó con la cabeza, se terminó el *whisky* y dejó el tarro sobre la mesa.

—¿Puedo preguntarte por qué no? —dijo Bob.

Sintió que su buen pálpito acerca de Steve se iba desvaneciendo.

—Claro —respondió Steve—. Supongo que porque soy judío.

Lo cual cortó el diálogo en seco.

Sintiendo la necesidad de romper el silencio, Steve añadió:

—Medio judío, en cualquier caso. Por parte de padre. Mi madre era tan irlandesa como un velatorio de borrachos, pero el viejo de mi viejo vino de Rusia. Creo que el apellido original era Milkowski o algo por el estilo. En algún momento optaron por abreviarlo. En cualquier caso, supongo que no me querrás en tu iglesia.

—Sal de aquí —dijo Hansen.

Su rostro había perdido todo el color.

Steve se levantó.

—Encantado —dijo.

Se tomó su tiempo para llegar hasta la puerta mientras Hansen permanecía inmóvil en su silla, con la vista clavada en la mesa.

—Oh, Bob —dijo Steve desde la puerta—. Shalom.

Hansen siguió sentado, dejándose consumir por la furia durante otro par de minutos hasta que la idea le golpeó de repente. Entonces se levantó y acudió corriendo al campamento.

Neal apartó la mirada de la pistola que estaba limpiando cuando Hanson entró en el barracón abriendo violentamente la puerta.

—¿Dónde está Jory? —gritó Hansen.

Todos los hombres se quedaron petrificados ante su furia. Nadie quiso hablar.

—Creo que ha llevado a Shelly a almorzar al pueblo —dijo Neal—. ¿Hay algún problema?

Hansen tenía pinta de ir a sufrir un infarto de un momento a otro.

—¡Steve Mills es un puto judío! —rugió.

Sí, pensó Neal, tenemos un problema.

Todos permanecieron sentados mirándose unos a otros durante un momento.

—¡Moved el culo e id a buscarlo! —aulló Hansen—. ¡Alejadlo de esa zorra judía! ¡Traedlo aquí enseguida!

Hansen se dio media vuelta y salió hecho un basilisco.

—Ya le habéis oído —dijo Vetter.

Cal Streckker dejó salir la risa cacareante que había estado conteniendo.

—¡Vaya, qué os parece eso! ¡El príncipe Jory haciendo manitas con una judía! ¡Y ni se había enterado!

—Vamos a buscarle —dijo Carlisle.

—Vamos todos juntos —sugirió Cal—. Podría ser divertido.

Salieron apresuradamente del búnker y corrieron hacia sus camionetas. Neal les siguió.

—¡Cabemos todos en dos! —gritó Cal mientras arrancaba su vehículo—. ¿Vienes, Carey?

—¡No me lo perdería por nada del mundo! —gritó Neal.

Lo cual era condenadamente cierto.

Se subió de un salto a la caja de la camioneta de Cal justo en el momento en que este apretaba el acelerador y salía zumbando.

—Jamás lo hubiera creído de Bob Hansen —dijo Peggy después de que Steve le hubiera relatado su visita.

—Me lo ha dicho él en persona —dijo Steve—. Me ha puesto tan condenadamente furioso que podría haberle noqueado allí mismo. Pero he pensado que ya había tenido suficientes peleas por un día.

Peggy dejó sobre la mesa un plato con pechuga de pollo frita y dijo:

—Barb nunca habría permitido semejantes estupideces.

—Oh, no creo ni que se hubiera enredado con esa gentuza si todavía tuviese a Barb. La pena conduce a comportamientos extraños.

Peggy se sentó a la mesa con su propio plato y cortó un trozo de pechuga.

—Pero no debería convertir a un hombre en un intolerante. Será complicado ser vecinos suyos a partir de ahora y... ¡Oh, mierda!

—¿Qué?

—Shelly está en el pueblo con Jory.

Steve dejó el tenedor y se dirigió a la puerta.

Los chicos estaban terminando el postre en Wong's cuando Cal y sus hombres entraron en el local.

Neal se demoró en segundo término, intentando convencerse a sí mismo de que podría quedarse lo suficientemente cerca como para mantener la situación controlada, pero no tanto como para ser visto.

—¡Eh, Jory! —gritó Cal—. ¡Papi nos ha enviado a recogerte!

Cal dedicó un segundo a sonreírle a Shelly y paseó los ojos por todo su cuerpo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Shelly.

—Oh, está bien, solo un poco agitado en estos momentos —respondió Cal—. Eh, Jory, a ver si adivinas...

Neal irrumpió en el reservado y dijo:

—Jory, tu padre quiere que vuelvas a casa de inmediato.

—¿Neal? —preguntó Shelly.

Su expresión desconcertada y asustada lo atravesó como una cuchillada.

—¡Sí, tiene que darte una noticia! —dijo Cal, apartando a Neal de un codazo—. Al parecer aquí tu novieta es judía.

—Vamos, Jory —dijo Neal en voz baja.

Jory miró a Shelly.

—¿Es cierto eso?

Shelly se encogió de hombros y miró a su alrededor. La pandilla había formado un semicírculo en torno al reservado, encerrándola en su interior. Evelyn había salido de la cocina y observaba en segundo término.

—Sí, supongo... Creo que mi padre...

—No crees nada —dijo Cal—. Papi es judío. Jory, muchacho, espero que hayamos llegado a tiempo. Espero que no te hayas tirado a esta pequeña...

Shelly se levantó y abofeteó a Streckker.

Evelyn salió corriendo por la puerta.

Neal se quedó paralizado por el horror. Estaba presenciando cómo torturaban a una adolescente e intentando evaluar aquello frente a la posibilidad de salvar la vida de un niño.

Cal se restregó la cara y sonrió. Después dijo:

—Supongo que follarse a una judía no debe de ser muy distinto de follarse a una negra.

—Dejadme salir —exigió Shelly.

Ninguno de ellos se movió. Jory permaneció sentado con el rostro enterrado entre las manos.

—¿Jory? —preguntó Shelly—. ¿Jory? ¡Jory, por el amor de Dios, di algo! ¿Jory?

Este levantó lentamente la cabeza para mirarla.

Shelly le sonrió, una sonrisa de «Cuánto loco anda suelto por el mundo» y de «Nada importa porque nos queremos». Deslizó una mano por encima de la mesa para coger la suya.

—Perra judía —siseó Jory—. Maldita perra judía.

Los chicos jalearon y aullaron y le dieron palmaditas en la espalda.

—¡Esta condenada perra judía pretendía que me la follase anoche mismo! —gritó Jory.

Volvieron a arreciar los aullidos, los gritos de ánimo, y Shelly simplemente se desmoronó allí mismo, enroscó el cuerpo en posición fetal y se echó a llorar.

Hasta la última fibra de su ser le estaba gritando a Neal Carey que abrazase a la muchacha y la sacara de aquel restaurante. Pero protegió su tapadera y se limitó a permanecer allí plantado.

—Dejadme salir —gimió Shelly—. Dejadme salir.

—Vamos, judía —dijo Cal—. ¿Quieres follarnos a todos?

—Sí, ¿quieres follarnos a todos? —repitió Randy Carlisle como un loro—. ¿Quieres follarnos, judía?

—¡Neal, ayúdame! —gritó Shelly.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¡Neal, por favor!

Neal miró a Shelly y negó con la cabeza.

—¿Sabes, Shelly? —dijo Cal—. Deberías advertirle a la gente que eres judía. A lo mejor podrías llevar una de esas estrellas de David en la manga...

—¡Deja en paz a esa niña o te vuelo la puta cabeza!

Evelyn se encontraba a metro y medio por detrás de ellos y llevaba una escopeta al hombro con la que apuntaba de lleno a Cal.

Todos se dieron la vuelta para mirarla.

—Evelyn, no sabes ni cómo se usa ese trasto —dijo Cal.

—Cal Streckker, soy una anciana, me tiemblan las manos y este gatillo es particularmente sensible. Ahora deja que salga la chica.

Cal y Randy se apartaron, dejando el espacio justo para que Shelly se levantara.

—Vamos, cielo —dijo Evelyn. Sostuvo la escopeta con un brazo y tendió el otro para agarrar a Shelly. Esta se levantó lentamente y se cobijó bajo el brazo libre de Evelyn—. Y ahora, largo de aquí, escoria. Y que ni se os ocurra volver tampoco por mi tienda. No quiero tratos con vosotros.

—Si fuéramos judíos o negratos estarías obligada a atendernos —dijo Randy—. Es porque somos hombres blancos que no tenemos derechos en nuestro propio país.

—Atenderé a cualquier ser humano que entre en mi negocio, pero vosotros no sois más que simple basura —replicó Evelyn, abrazando a la sollozante joven mientras se daba la vuelta—. Vamos, cariño, te llevaré a casa.

—¿Crees que podrás sobrevivir sin el apoyo de la Compañía Ganadera Hansen? —la interpeló Cal.

Evelyn se volvió hacia él.

—Comparados con un hombre como Steve Mills, no valéis ni una sola de sus meadas todos juntos. Y en este pueblo todo el mundo comparte la misma opinión que yo. Asegúrate de decírselo a tu jefe. Y dile también que no quiero volver a verlo ni a él ni a ninguno de los suyos.

Evelyn se volvió hacia Neal.

—Y tú, Neal Carey... Los Mills te acogieron cuando estabas en las últimas, y así es como se lo agradeces. Tú eres peor que cualquiera de estas alimañas.

Evelyn escupió en su suelo y salió del restaurante.

Cal salió a la calle tras ellas y los demás le siguieron.

—¡Amante de los judíos! ¡Perra judía!

Neal se quedó parado en la acera, observando cómo la anciana ayudaba a Shelly a recorrer la calle en dirección a su casa. Shelly estaba doblada sobre sí misma, agarrándose el estómago y llorando.

Aquello fue lo primero que vio Steve Mills cuando entró a toda velocidad con su camioneta en el pueblo. Divisó a su hija y a la burlona pandilla de vaqueros de Hansen, oyó los gritos de «perra judía», agarró el rifle que llevaba en un soporte montado en el interior de la camioneta y salió del vehículo.

—¡Cuidado! —gritó Randy.

Los vaqueros corrieron hacia sus camionetas mientras Steve recorría la calle a grandes zancadas. Cal sacó su rifle y se parapetó detrás del vehículo. Vetter hizo lo mismo. Randy se sacó una pistola barata de debajo del abrigo. Dave se acurrucó debajo de la camioneta de Vetter y Jory se arrojó de bruces al suelo debajo de la de Cal.

Neal Carey permaneció de pie en la acera.

Steve los ignoró a todos, siguió derecho hasta llegar a su hija y la tomó suavemente de entre los brazos de Evelyn.

—¿Te han tocado, cielo? —preguntó.

Shelly negó con la cabeza.

Steve rodeó a su hija con los brazos y la cobijó mientras pasaban por delante de las camionetas de los vaqueros hasta llegar a la suya. Abrió la puerta del pasajero y aupó a Shelly al interior. Después volvió a recorrer la calle en dirección a la cuadrilla. Cal y Vetter se llevaron los rifles al hombro y apuntaron, apoyando los cañones sobre las capotas de sus camionetas. Ajeno, al parecer, a las tres armas que lo apuntaban, Steve siguió caminando calle arriba en dirección a Neal.

Neal salió al centro de la calzada, intentando interponerse entre Steve y los rifles sin que se notara demasiado. Steve se detuvo a un par de pasos de distancia de él.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó.

Neal sintió que hasta el último ojo y oído de todo el maldito mundo estaba pendiente de él. Incluso sintió los de Karen, y eso que ella ni siquiera estaba allí. Sintió los de Levine y Graham, y los del Hombre y Anne Kelley y Cody McCall.

—No —dijo.

—¿Ahora estás con ellos? —preguntó Steve, haciendo un gesto de desprecio hacia los hombres parapetados tras las camionetas.

—Sí.

—Anoche estabas de mi parte.

Y esta es la manera en que se juntan las vías, pensó Neal. No en algún lugar lejano del horizonte, sino aquí mismo, en este preciso instante. A partir de este momento seguirán caminos distintos. Y ya no podrás seguir teniendo un pie en cada uno de ellos.

—Anoche —dijo Neal, obligándose a mirar a su viejo amigo a los ojos— no sabía que eras un puto judío.

Steve le devolvió la mirada un segundo como si fuera a decir algo. Después se dio la vuelta y regresó a su camioneta para llevarse a su hija a casa.

Y esto todavía no ha acabado, pensó Neal.

Estaba en la cabaña recogiendo sus cosas cuando llegó ella.

Estuvo bastante seguro de que se trataría de Karen cuando vio las luces acercarse al arroyo, porque los faros estaban bastante pegados entre sí, como los de un *jeep*, y además suponía que tarde o temprano aparecería. Pero de todas maneras cogió su rifle antes de salir al porche. Vio que el coche se detenía en la orilla opuesta del arroyo y vio la luz de la linterna que se aproximaba a la cabaña.

La luz se hallaba apenas a un par de metros de distancia cuando constató que, sin lugar a dudas, se trataba de Karen. Neal bajó el rifle y regresó al interior de la cabaña. Estaba metiendo los libros en su hatillo cuando ella entró sin llamar. No se anduvo con preámbulos.

—Tenía que venir a decirte en persona lo cabrón que creo que eres.

—Gracias por tomarte la molestia —dijo Neal.

Siguió dándole la espalda y recogiendo cosas. No podía decirle la verdad, y, en cualquier caso, probablemente ella tampoco fuera a creerle.



—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Podría decir muchas otras cosas, Karen. Podría hablarte de la lección que al parecer nunca acabo de aprender: nunca te impliqués personalmente en un trabajo. Sobre todo cuando vas encubierto. Solo consigues hacerle daño a la gente.

Y, hagas lo que hagas, nunca te enamores.

Se encogió de hombros y extendió unos vaqueros sobre la cama; después los enrolló cuidadosamente y se los guardó en la mochila.

—Steve y Peggy te quieren fuera de aquí a primera hora de la mañana —dijo Karen.

—Diles que no se preocupen. No quiero seguir aquí.

—¿Vas a irte a vivir con esos cerdos racistas?

—Oink.

Después de haberla dejado acercarse tanto, ahora su tarea era alejarla lo máximo posible. Apartarla del peligro.

—¿Ni siquiera quieres saber cómo se encuentra Shelly? —preguntó Karen—. ¿Acaso te importa?

—No particularmente.

Neal sabía desde hacía mucho tiempo que no podía compaginar aquel trabajo *con* una vida. Su error había sido pensar que podría abandonar el trabajo *en pos* de una vida.

—Me mentiste —dijo Karen.

Su enfado y su dolor resultaban casi palpables en la cerrada atmósfera de la cabaña.

Ser agente encubierto es una mentira, Karen. Empiezas por ocultar quién eres y lo escondes y lo escondes mientras vas encarnando a otras personas hasta que, cuando quieres recuperar tu propia identidad, eres incapaz de encontrarla. Como ese pequeño tesoro que escondes en algún sitio para mantenerlo a salvo y mucho tiempo después olvidas dónde lo guardaste.

Karen, ¿cómo iba a contártelo aunque pudiera? Sencillamente acabas interpretando a tantos personajes que al cabo de un tiempo

ya no tienes uno propio. O a lo mejor es al revés. A lo mejor es que nunca he tenido una personalidad propia.

En cualquier caso, Neal no respondió, así que Karen le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas con ellos? ¿Desde hace poco o desde el principio?

—Desde antes de venir aquí —respondió, porque allí tenía una oportunidad de alejarla aún más de él—. Hace mucho tiempo que llegué a la conclusión de que tenemos que hacer algo para preservar nuestra raza blanca.

—Me das asco.

Acaba con esto de una vez, pensó Neal. Porque si no lo haces podrías venirte abajo y decirle la verdad. Mierda, si el implicado fuese un adulto, alguien responsable que hubiera metido la pata, se lo contaría ahora mismo. Pero hablamos de un crío. De un niño pequeño que todavía podría seguir con vida y que solo cuenta con una mínima oportunidad, y eso ha de ser más importante. Si mi estúpida y desastrosa excusa de existencia tiene el más mínimo sentido, la vida de un niño ha de ser más importante.

Se volvió hacia Karen y dijo:

—Tú sí que me das asco, amante de los judíos.

Vio las lágrimas asomar a los ojos de Karen y vio su rostro contorsionarse de dolor.

—¡Estaba dispuesta a amarte! —gritó—. ¡Estaba dispuesta a amarte y ahora te odio! ¿Me entiendes? ¡Te odio!

Te entiendo, Karen.

—Pues aire —dijo.

Aquellos ojos azules resplandecieron de ira.

—Vete al infierno —dijo Karen.

Después se marchó.

Voy de camino, Karen. Voy de camino.

Neal terminó de recoger sus pertenencias y emprendió el largo y frío paseo hasta el rancho de Hansen.

# **III**

## **PISTOLEROS**

## 9

Neal se estremeció ante el frío glacial. Sintiendo el mordisco del viento a través de su chaqueta vaquera, hundió un poco más el mentón en el cuello forrado de borrego y se caló el sombrero vaquero negro.

El sol era un círculo pálido en medio del despejado cielo azul invernal. Montado a lomos de Medianoche en lo alto de la colina, Neal se sintió como si pudiera vislumbrar la eternidad. Se encontraba en una arboleda de pinos piñoneros en la vertiente occidental de los Shoshones, contemplando desde lo alto el pequeño pueblo minero de Lone, que se extendía a unos ocho kilómetros de distancia al borde mismo de un vasto desierto. Observó hasta que captó un destello plateado que comenzaba a desplazarse colina arriba en dirección a donde se encontraba él. Levantó los prismáticos y los dirigió hacia el destello.

—Por ahí llega —le dijo a Jory.

Este se removió nerviosamente sobre su caballo. Volvió a revisar las enormes alforjas para asegurarse de que estaban bien aseguradas.

Neal desplazó los prismáticos, siguiendo el trazado de la pendiente sobre la que se encontraba y después a la izquierda de la carretera, junto a la salida de una curva muy cerrada, donde Cal y Randy esperaban en una camioneta camuflada entre ramas de pino. Justo un poco por encima de Neal, Dave y uno de los tipos nuevos aguardaban sentados en un camión, esperando su señal.

Neal volvió a concentrarse en el furgón blindado. Le echó un buen vistazo y después escudriñó la carretera por detrás del mismo. Nada.

—No les sigue ningún coche —dijo.

—Eso es bueno —dijo Jory.

Neal pudo percibir la tensión en su voz. Esperaba que el chico saliera bien parado de aquello. Por otra parte, lo único que tenía que hacer era montar a caballo. Jory había sido seleccionado para aquel trabajo precisamente porque era, con diferencia, el mejor jinete; prácticamente el único vaquero auténtico con el que contaban, al margen de Craig Vetter y de Bill McCurdy, que aguardaba a lomos de otro caballo cerca de allí.

—Arrogancia —respondió Neal—. Pereza y arrogancia.

Saldrá bien, pensó Neal. Habían escogido bien el lugar. El furgón blindado se vería obligado a poner una marcha corta para ascender la empinada pendiente. La curva los mantendría ocultos y les otorgaría la intimidad que necesitaban. Al otro lado de la carretera se alzaba una gran peña.

—Espero que no vean la camioneta —dijo Jory.

—No la verán —respondió Neal—. Recuerda, no prevén problema alguno. Consideran este trabajo pan comido, una ruta por pueblos pequeños para recoger los cheques y entregar el dinero. Solo se ponen medio alerta cuando tienen que sacar las sacas del furgón. Ahora calla, necesito concentrarme.

Medir los tiempos sería lo más delicado, a pesar de que habían practicado en una curva similar un par de docenas de veces. Pero no había manera de simular la velocidad exacta del furgón blindado ni saber qué haría su conductor, y eso era lo que preocupaba a Neal. Si las cosas se torcían, puede que alguien recurriera a las pistolas en vez de al plan.

Le preocupaba particularmente que Cal y Randy pudieran ponerse nerviosos, pensaran que les habían descubierto y comenzasen a disparar. Pero no podía hacer nada al respecto, así

que se lo sacó de la cabeza y siguió pendiente del ascenso del furgón a medida que iba acercándose a ellos.

Notó opresión en el pecho. Solo tendrían una oportunidad, y además tenía el presentimiento de que aquella sería también su última oportunidad de encontrar a Cody. Si el atraco iba bien, Neal prestaría juramento como miembro de pleno derecho de los Hijos de Set y, como tal, tendría acceso a todos sus secretos.

Así que concéntrate, se dijo. Haz algo bien, para variar.

El furgón se estaba acercando. Llegaría en ocho minutos, quizá diez.

—Retrocede un poco —dijo Neal, haciendo que su montura diera un par de pasos hacia atrás.

No fue fácil. Seguía sintiéndose igual de cómodo montando a caballo que pilotando un avión. Billy y Jory internaron ligeramente sus monturas entre los pinos.

—¿Cuánto falta? —preguntó Jory.

—Calla —respondió Neal.

No se atrevía a volver a levantar los prismáticos por temor a que algún reflejo pudiera alertar al conductor. Pero alcanzaba a divisar el destello del techo del furgón blindado a medida que iba superando horquillas.

Ya solo tardaría unos seis minutos.

—Revisad las armas —ordenó.

—Pero ya las hemos revisado... —empezó a decir Jory.

—¡Hacedlo!

Neal sacó el Colt de su pistolera y abrió el tambor con un brusco movimiento de muñeca. Había cargado cinco balas, dejando la recámara vacía. No quería que a nadie se le disparase la pistola por accidente. Volvió a guardar el revólver en su funda.

—¿Crees que irán dos hombres o tres? —preguntó Jory. La tensión era tal que le falló la voz.

—¿Quieres callarte? —dijo Neal, aunque era una buena pregunta.

Si en el vehículo solo viajaban dos personas, el conductor y un guardia, el plan debería discurrir como la seda. Si les acompañaba un tercer hombre —otro guardia—, las cosas podrían complicarse. Habían repasado ambas opciones cantidad de veces, pero evidentemente se trataba de algo que seguía preocupando a Jory. Un tercer hombre implicaría casi sin lugar a dudas que habría disparos. Por ambas partes.

Quedaban tres minutos, más o menos, para que el furgón llegara a la posición de Cal.

—Tapaos —ordenó Neal.

Estiró del pañuelo rojo que llevaba anudado al cuello y se lo ajustó por encima de la nariz. Después bajó el reborde de su sombrero de manera que le cubriera los ojos y se volvió hacia Jory y Billy para comprobar si algún desconocido sería capaz de reconocerlos en una futura ronda de identificación, en caso de que las cosas salieran de la peor manera posible. Con los pañuelos puestos, los sombreros bajados y los cuellos subidos, lo único que resultaba visible eran los ojos. Tendría que bastar.

Neal miró hacia abajo para ver el techo del furgón resplandeciendo bajo el sol. Ya solo se encontraba a una curva de distancia por debajo de aquella en la que aguardaba Cal. Otra recta y un último giro y entrarían en la trampa.

Neal se volvió hacia Billy y señaló hacia lo alto de la colina. Billy espoleó a su montura y echó a trotar hacia el lugar donde esperaba Dave. Jory tuvo que contener a su caballo para que no lo siguiera.

Genial, pensó Neal. Incluso los malditos caballos están nerviosos.

Vio el destello metálico acercarse aún más. Ya casi había llegado a la altura de Cal.

Neal levantó el brazo derecho y lo bajó bruscamente. Jory repitió el mismo movimiento y Billy transmitió el mensaje. Neal oyó que el camión de Dave se ponía en marcha e iniciaba el descenso de la colina.

A partir de ahora todo sucederá muy rápido, se dijo a sí mismo. No pierdas la cabeza. Miró por encima de la carretera hacia lo alto de la peña y profirió un agudo silbido. De inmediato oyó un silbido de respuesta. Neal sabía que así sería. Craig Vetter era un jornalero de primera y el hombre adecuado para aquella posición.

Neal observó el avance del furgón blindado, cada vez más cercano. Vamos, cariño, pensó. Sigue subiendo... sigue subiendo...

El conductor del furgón blindado no vio la camioneta camuflada a un lado de la carretera. Tampoco es que estuviera prestando demasiada atención. Iba charlando ociosamente sobre deportes con el tipo del asiento contiguo. Ayudaba a matar el tiempo. El guardia de la parte trasera aportó un par de ignorantes comentarios que pretendían ahondar en las diferencias entre defensa en zona y uno contra uno, pero el conductor decidió que el tipo no sabía un carajo sobre ninguna de las dos cosas.

—Joder, ¿y qué más dará? —preguntó irritado el pasajero. Le dio un sorbo a su café a través de un pulcro corte semicircular que le había hecho a la tapa de su vaso—. De todas maneras, los Giants son incapaces de encestar en ataque.

—No sé yo —respondió el conductor—. Con una buena triangulación de balón...

—Ya, y si el defensa fuese Franklin Roosevelt o Ray Charles o a lo mejor... ¡Cuidado!

El conductor ya lo había visto. Un camión maderero iba derechito hacia ellos. De lado. El conductor supo que aquel estúpido hijo de perra había tomado la curva demasiado cerrada y había perdido el control del vehículo. Supo que iba a derrapar en el momento en que oyó el espantoso chillido de los frenos hidráulicos.

El conductor pisó el pedal del freno a fondo.

El camión maderero derrapó tal como el conductor había esperado. Lo que no había esperado era que el tráiler fuese a



volcar, derramando su carga de troncos que descendieron girando y dando botes hacia el furgón blindado.

—¡Hostia puta! —gritó el conductor—. ¡Agáchate!

Él y el pasajero tocaron el suelo justo en el momento en que un gran cedro rebotó contra la capota y rodó por encima del parabrisas. Notaron otros cuatro impactos violentos antes de que el aluvión arreciara.

El pasajero miró al conductor.

—Mira estos pantalones —dijo con desagrado.

Estaban empapados en café derramado.

El conductor volvió a incorporarse en el asiento y vio los cañones de tres rifles que lo apuntaban desde detrás del tráiler volcado.

—¡Sigue agachado! —le gritó al pasajero.

Puso la marcha atrás y empezó a buscar un hueco donde poder realizar un cambio de sentido. Era un buen conductor, pero sabía que no conseguirían escapar si debían hacerlo marcha atrás. Miró por el espejo retrovisor y supo que de ninguna manera iban a conseguir regresar a Lone. Una vieja y ancha camioneta ascendía la carretera rugiendo hacia ellos. La camioneta derrapó de manera deliberada y se deslizó de lado hasta quedar atravesada en el camino.

Al menos no se lo pondré fácil, pensó el conductor. Colocó el furgón blindado en perpendicular a la camioneta y pisó el acelerador.

—¿Crees que va a parar? —le preguntó Randy a Cal mientras el furgón se les echaba encima.

—¡Salta! —gritó Cal.

Agarró a Randy del cuello de la chaqueta y lo sacó por la puerta del pasajero un momento antes de que el furgón blindado se empotrara contra la puerta del conductor. Arrastró la camioneta medio metro, pero no consiguió barrerla de la carretera. Randy asomó un brazo por encima de un lateral de la caja de la furgoneta, agarró una lata de gasolina y volvió a agacharse.

—¡Están detrás de ti! —le gritó el conductor al guardia.

Este fue a recoger a gatas el rifle que había dejado caer en el momento de la colisión.

Neal disparó un tiro al aire y Craig Vetter saltó desde lo alto de la peña sobre el techo del furgón blindado. Aterrizó con fuerza, perdió el equilibrio y cayó hacia delante, volvió a levantarse con rapidez y preparó un lazo en la mano derecha.

Cal y Randy se acercaron de cuclillas al furgón blindado. El guardia de atrás asomó el rifle por la tronera y apuntó a Cal. Craig le echó el lazo al cañón, tensó la cuerda y tiró hacia la izquierda. Cal metió su pistola por la tronera y apuntó a la cabeza del guardia mientras Randy levantaba la lata de gasolina, introducía el tubo de goma a través de la abertura y volcaba el combustible en el interior del furgón.

—¡Ya salgo! ¡Ya salgo! —chilló el guardia cuando vio que Randy encendía una cerilla.

Tal como lo practicamos, pensó Neal. Vio que la puerta trasera del furgón se abría y que el guardia salía. Cal lo agarró y lo echó al suelo.

—No te muevas de ahí —dijo Cal.

—No hay problema, no hay problema —respondió el guardia.

Estaba cabreado. Se suponía que aquel iba a ser un trabajo sencillo.

Neal espoleó a Medianoche en dirección a la carretera. Sacó su pistola y apuntó hacia la ventanilla del pasajero.

—¡Las manos lejos de la radio! ¡Esos rifles que os están apuntando van cargados con munición perforante, así que ya podéis olvidaros del cristal blindado de vuestro parabrisas!

—¿Qué cristal blindado? —chilló el pasajero.

—¿Eres tú el jefe? —preguntó Neal.

—¡El supervisor!

—¡Abre el compartimento del dinero, supervisor! —gritó Neal.

—¡Tengo un arma! ¡Voy a tirarla fuera!

—¡De acuerdo!

Hasta ahora bien, pensó Neal.

La puerta se abrió y un Colt 45 cayó al suelo. Neal hizo que el caballo retrocediera ligeramente para darse un poco de espacio y apuntó con la pistola a la puerta. El supervisor salió con los brazos en alto. Miró a Neal subido en el caballo y preguntó:

—¿Tú cuál eres, Butch o Sundance?

—Al suelo, listillo —ordenó Neal.

El tipo le mostró una sonrisa retorcida y se tumbó lentamente en la carretera.

—¡Ahora tú! —le gritó Neal al conductor.

Este salió deslizándose de detrás del volante y se echó al suelo.

Craig saltó del techo del furgón blindado y él y Randy entraron en el compartimento trasero. Sacaron cinco grandes bolsas de tela de la caja y acarrearon las sacas hasta el pinar, donde Billy, Craig y Jory esperaban con los caballos. Cargaron los fajos de billetes en las alforjas.

—¡Deprisa! —gritó Neal.

Terminaron de cargar a los caballos y después los guiaron caminando a través del pinar hasta salir a la carretera por encima del camión maderero.

Neal se acercó caminando al supervisor y le dio una pequeña patada en las costillas.

—Arriba.

—Tranquilo.

—Estoy tranquilo —dijo Neal—. Camina hacia ese camión. Como hagas cualquier otra cosa, te meto un balazo en la espalda.

—Eso no será necesario, hijo.

El supervisor echó a caminar hacia el camión. Dave salió, lo agarró del brazo y lo llevó a rastras hacia la caja del vehículo.

Randy y Cal regresaron corriendo a su camioneta y emprendieron el descenso a lone. Tomarían la ruta larga de regreso a Austin cuando se hubieran asegurado de que nadie les seguía.

—¿Os cae bien el jefe? —les preguntó Neal al guardia y al conductor.

Ambos asintieron.

—Me lo quedo de rehén —dijo Neal—. Como vea un avión, un helicóptero o a un solo miembro de cualquiera de los múltiples cuerpos de seguridad, se lo dejaré a los buitres. Ahora levantaos y sacad vuestros abrigos del furgón.

Neal siguió con la pistola los movimientos de ambos hombres mientras sacaban sus abrigos y se los ponían. Después disparó contra la radio del furgón y sacó las llaves del contacto.

—Solo para asegurarme —dijo—. Ahora que no se os ocurra hacer ninguna estupidez. No vale la pena morir por un banco.

—Muy cierto —dijo el guardia.

Neal salió al arcén de la carretera y arrojó las llaves al vacío.

—Volved a lone caminando. En marcha —dijo Neal.

—¡Oh, vamos! —protestó el conductor—. ¡Hace un frío de cojones!

—Más frío hace a dos metros bajo tierra —respondió Neal.

El guardia se dio la vuelta y empezó a caminar. El conductor se tomó un momento para mirar a Neal con ojeriza y después se volvió para seguir a su compañero.

—¡Ha sido un placer robaros! —gritó Neal. Volvió a subirse de un salto a la grupa de Medianoche y cabalgó hasta el camión maderero—. ¡Vámonos! —gritó.

Los chicos se subieron a las dos camionetas que tenían esperando más arriba en la carretera mientras Neal, Craig, Jory y Bill trotaban tras ellos. El rehén iba atado y amordazado en la caja de la primera camioneta. Un par de minutos a buen ritmo les condujeron hasta la falda de la montaña, de nuevo en Reese Valley.

En aquel punto les esperaban aparcados tres camiones para caballos. Los mestehños capturados resoplaron y patalearon en el interior de dos de ellos. La banda comenzó a cargar sus monturas en el tercero.

Neal señaló al rehén.

—Desatadlo.

Dave pareció sobresaltarse.

—Neal, ¿estás seguro?

—No querrás que monte así, ¿verdad? Además, es uno de los nuestros.

—¿Qué?

—Ya os dije que se trataba de un trabajo desde dentro.

Dave sonrió mientras se apresuraba a desatar al prisionero.

—Neal, chico, maldito si no eres de lo que no hay...

Maldito si no lo soy, Dave, chico.

—Puede montar conmigo —dijo Neal, señalando al supervisor—. Ayúdale a subir.

Dave aupó al hombre a la grupa del caballo, detrás de Neal.

—¿Todos listos? —preguntó Neal.

A continuación hizo una señal y los hombres abrieron los camiones. Los mesteños salieron en masa y se arremolinaron nerviosamente sobre la nieve, esperando al jefe de la manada.

Era un joven y corpulento semental bayo que se encabritó y coceó al darse cuenta de que Bekke lo estaba alejando de sus yeguas y potros. Los vaqueros mantuvieron la manada a raya mientras Bekke seguía tirando del semental hasta que quedó un espacio de unos treinta metros entre este y su caballada. El resto de los vaqueros guiaron a sus caballos hasta situarlos en dicho espacio mientras Bekke retenía al encabritado semental, que intentaba aplastarle la cabeza con los cascos.

—Agárrate fuerte —le dijo Neal a su pasajero.

Asintió en dirección a Dave, que soltó con cautela la soga con la que tenía enganchado al semental por el cuello. Acto seguido disparó un tiro al aire con su pistola. El semental relinchó y corcoveó, vio el camino despejado del amplio valle que se extendía hacia el norte y escapó en aquella dirección. Sus yeguas y potros lo siguieron al galope, al tiempo que los vaqueros situados entremedias se aferraban a sus monturas e intentaban mantenerse

por delante de la estampida que iba borrando sus huellas en la nieve.

Medianoche arrancó con fuerza y ambos jinetes estuvieron a punto de caer al suelo.

—¡Te he dicho que te agarres! —gritó Neal cuando consiguió incorporarse.

—¿Alguna vez te he dicho que te odio, Neal?

—¡Muchas veces, Graham! ¡Muchas veces!

Joe Graham se agarró a la cintura de Neal como si fuera un salvavidas. Lo cual no estaba demasiado lejos de la realidad: Medianoche se estaba resintiendo de tener que acarrear una carga doble e iba perdiendo terreno. Si alguno de los jinetes se iba al suelo quedaría aplastado por la estampida de mesteños antes incluso de haber tenido tiempo de ponerse en pie.

Graham cerró los ojos.

Neal oteó al frente y vio que Dave seguía galopando detrás del semental, pisándole los talones y guiándolo en dirección norte. El semental intentaba desembarazarse de él, dar la vuelta y regresar junto a su manada, pero todavía era demasiado pronto. Neal podía oír el retumbar de los cascos a sus espaldas. Era lo que la gente suele llamar una manada atronadora, pero no sonaba como el trueno, sino más bien como una intensa granizada, como cuando el cielo se abre y golpea la tierra con pesadas pelotas de hielo. Se arriesgó a girar la cabeza y vio que los mesteños galopaban justo detrás de ellos. Hincó sus rodillas con más fuerza en los flancos del caballo y espoleó al animal. El pie izquierdo se le salió del estribo y Neal cayó hacia delante sobre un lateral del cuello de Medianoche. Notó que Graham lo agarraba de la chaqueta con la mano buena e intentaba incorporarle de nuevo, pero Graham no tenía agarre alguno y ambos estaban resbalando.

Neal agarró con todas sus fuerzas la rienda izquierda al tiempo que buscaba a tientas el estribo con el pie. Consiguió meter la punta, a continuación se agarró a la crin del caballo con la mano derecha y volvió a subir a la silla.

Y a partir de ese momento simplemente galoparon, volando sobre los matorrales con el viento del norte en la cara mientras los caballos resoplaban y hacían saltar la nieve y los vaqueros jadeaban intentando respirar. Una prolongada y hermosa cabalgada sobre la Meseta Solitaria y después todo acabó. Craig, Jory y Billy, con las alforjas llenas de botín, se desviaron hacia el este y trotaron en dirección a la sierra de Toiyabe, mientras Dave reducía la marcha a medio galope y después se detenía por completo. El semental se volvió hacia él, lo observó con desconfianza durante un minuto, trazó un amplio círculo alrededor de los vaqueros y galopó hasta reunirse con su manada.

Neal observó cómo el semental reunía a sus yeguas, sus potros y sus potrancas, resoplaba unos saludos y a continuación los guiaba con brío en dirección sur para reemprender la dura tarea de sobrevivir al invierno.

Después Neal echó una mirada hacia el este y vio el rebaño de reses a kilómetro y medio de distancia. Observó cómo los tres jinetes cruzaban por delante del ganado que pronto pisotearía sus huellas. Se dirigían al arroyo. Avanzarían con sus caballos unos quince kilómetros por el lecho del río y después los harían subir a las colinas, desde donde podrían divisar el rancho de Hansen. Si todo iba bien, llegarían al atardecer.

Los demás se unirían al rebaño y regresarían lentamente al rancho.

Si alguien estaba buscando ladrones armados, no se le ocurriría sospechar de unos pocos vaqueros que andaban recogiendo el ganado.

Vinnie Pond descendía la carretera dando pisotones. No estaba contento.

—Soy conductor —dijo—, no andador.

Y un conductor cojonudo, pensó el guardia. Había embestido la camioneta a la perfección, no con tanta fuerza como para sacarla de

la carretera, pero si con la suficiente para que pareciese real.

—Lo que quiero saber —dijo el guardia—, es de dónde ha sacado Neal ese acento de paleta.

—Ya sabes cómo es Neal —dijo Vinnie.

Se sopló las manos para calentárselas.

—No precisamente la alegría de la huerta —corroboró el guardia.  
Siguieron descendiendo pesadamente la colina.

Cuando llegaron junto al ganado, Neal se apeó de Medianoche y ayudó a Graham a bajar.

—Tómame un descanso —dijo Neal.

Joe Graham se sentó en la nieve.

—¿Cómo evita uno darse golpes en las pelotas cuando monta a caballo? —preguntó.

—No hay manera de evitarlo —respondió Neal—. Simplemente te acabas acostumbrando.

—No, gracias. ¿Cuánto más nos queda por recorrer?

—Unos quince kilómetros —respondió Neal, volviendo a montar—. A caballo no es tan lejos.

—Creo que iré caminando.

Neal estiró el brazo y ayudó a Graham a subir nuevamente a la silla. Guio a Medianoche hasta situarlo detrás de la manada, lejos de los oídos de los demás.

—Ha ido bien —comentó Neal—. ¿Cuánto dinero hemos sacado?

—Trescientos de los grandes más el cambio.

Neal silbó.

—Muy generoso por parte del Hombre.

—Lo quiere de vuelta.

Eso sí que sería un logro, pensó Neal.

Graham dijo:

—Buen detalle el de los troncos. Podrías habernos avisado.



—Fue una ocurrencia de última hora —dijo Neal—. No sabía que ibas a ser tú.

—Tenía que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Que creo que Cody McCall sigue con vida.

—Yo también —dijo Neal.

—Pero además creo que sé dónde está.

Cal y Randy condujeron hasta Lone, después continuaron hasta Fallon y ahora habían emprendido el regreso a casa siguiendo la ruta 50. Sabiendo que el alcohol brillaba ligeramente por su ausencia en el rancho, se habían detenido en Fallon a comprar un par de *packs* de seis cervezas.

Estaban cerca del rancho Filly cuando Cal dijo:

—¿Sabes? Deberíamos celebrarlo *de verdad*.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Randy.

—Estaba pensando en montar una potranca.

Randy le miró con incredulidad.

—Joder, Cal. ¡Pero si estuvimos robando ahí!

—¡Llevábamos pasamontañas!

—Aun así.

Todavía seguían debatiendo cuando llegaron a la altura del rancho Filly y Cal vio algo que zanjó la discusión.

Se trataba de una mujer, de pie en el arcén de la carretera con el pulgar extendido y una maleta junto a los pies.

—Para —dijo Cal—. Después de todo, ¿por qué pagar por ello?

Randy echó la camioneta a un lado y Cal bajó su ventanilla.

—Hace mucho frío para estar ahí plantada, señorita.

—Me lo dices o me lo cuentas —respondió ella.

Es guapa, pensó Cal. Piernas largas, tetas grandes...

—¿Adónde te diriges? —preguntó.

—A cualquier sitio que no sea este —respondió ella—. Este no es trabajo para una mujer blanca.

—Podemos llevarte hasta Austin —ofreció Cal.

—Es un comienzo.

Cal salió del vehículo, subió la maleta a la caja de la camioneta y ayudó a la mujer a entrar en la cabina.

—Me llamo Cal y este cachondo de aquí es Randy —dijo Cal—. Por supuesto, yo también estoy cachondo, pero mi nombre sigue siendo Cal.

La mujer rio educadamente, pero empezó a ponerse un poco nerviosa.

—Soy Doreen —dijo.

—¿Sabes que eres muy guapa, Doreen?

—Eh, solo quiero marcharme de aquí, ¿de acuerdo?

No pasa nada, pensó Cal, nosotros también queremos marcha.

Al cabo de un rato preguntó:

—¿Crees que podrías aportar algo al bote para la gasolina, Doreen?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo dinero. Esa zorra se ha negado a pagarme lo que me debía. Dice que se lo queda para cubrir mi alquiler, las toallas o qué sé yo.

Cal y Randy se miraron el uno al otro y se echaron a reír como hienas.

—Vaya, es una lástima, Doreen, pero a lo mejor podríamos llegar a algún acuerdo...

Randy sacó la camioneta al arcén.

—Condenados hombres, sois todos iguales —dijo Doreen—. Está bien. ¿Quién va a ser el primero?

Cal miró a Randy.

—Espera fuera.

—Hace más frío que en el corazón de tu madre. ¿Estás de guasa?

Cal se sacó la pistola de la cintura.

—No estoy de guasa.

—Al menos dame un cigarrillo y una cerveza —refunfuñó Randy.

Encendió un pitillo, abrió una lata de cerveza y salió de la camioneta. Se apoyó contra la puerta del pasajero.

Cal tumbó a Doreen sobre el asiento.

—Esto te va a encantar —dijo.

—Estoy segura. —Se bajó los vaqueros hasta las botas—. Vamos, doctor Amor.

Un par de minutos más tarde, dijo:

—¿Hay alguna cosa especial que pueda hacer para ayudarte a...?

—Es el frío —dijo Cal.

—Claro que sí, guapo, es el frío.

Randy llamó a la ventana con los nudillos.

—¡No he terminado! —gritó Cal.

Ni siquiera has empezado, pensó Doreen. Puede que hubiese llegado a Austin más rápido andando.

Randy volvió a llamar.

—¡Cal!

Cal alzó la vista.

—¿Qué?

—¡Se ha parado un coche!

Cal se subió la bragueta, volvió a embutirse la pistola en la cintura y salió de espaldas de la cabina. Un hombretón con gafas de sol y sombrero vaquero negro acababa de salir de un viejo Cadillac y se dirigía hacia ellos.

Doreen se incorporó de rodillas sobre el asiento y miró por la ventana.

—¡Mierda, es Harold!

A Cal le pareció reconocer a aquel tipo como el segurata del burdel, pero le preguntó a Doreen:

—¿Quién es Harold?

—¿Qué estáis haciendo con mi mujer? —rugió Harold, respondiendo a la pregunta.

Randy rio tontamente y Cal respondió:

—Estaba a punto de hacerla la mujer más feliz de América cuando nos has interrumpido.

—¡Sal de ahí, mala puta! —gritó Harold—. ¡Quiero tu culo de vuelta en el rancho! ¿O te crees que voy a pagar tu cuenta?

Doreen miró a Cal.

Cal dijo:

—Yo pagaré su cuenta.

—Cierra el pico, vaquero —dijo Harold—. No estaba hablando con...

Cal echó un vistazo a la carretera vacía, sacó su pistola y disparó tres veces a Harold en el estómago. Mientras Doreen observaba boquiabierta, Cal y Randy se llevaron a rastras al hombre, que seguía retorciéndose y gimiendo de dolor, y lo ocultaron entre los matorrales.

—Acaba la faena por mí, ¿quieres, Randy? —solicitó Cal mientras se encaminaba de nuevo hacia la camioneta. Subió a la cabina y empujó a Doreen hasta tenderla boca arriba—. Supongo que eso te convierte ahora en mi mujer —dijo.

Esta vez no necesitó ninguna ayudita y Doreen permaneció echada sobre el asiento, escuchando sus gruñidos y los gemidos de Harold. Hasta que oyó el disparo y notó que Cal terminaba.

Apenas habían recorrido unos pocos kilómetros cuando Doreen dijo que tenía que parar a orinar.

Mientras ella se acuclillaba detrás de un arbusto, Randy dijo:

—Te ha visto matar a ese hombre, Cal.

—Nos. Nos ha visto matar a ese hombre, amigo mío.

Randy sacó su pistola.

—Este sitio es tan bueno como cualquier otro.

—¿A qué tanta prisa? —preguntó Cal—. Esta noche tenemos una fiesta.

Randy frunció el ceño.

—A Hansen no le va a gustar que llevemos una puta al rancho.

—No tiene por qué saberlo. La meteremos a escondidas.

Randy volvió a guardarse la pistola en la chaqueta mientras Doreen regresaba a la camioneta. Cal abrió la puerta y Doreen se subió al vehículo.

Steve Mills estaba de pie en el penúltimo peldaño de la escalera; preparó el lazo y lo echó por encima de la chimenea. Después cogió el otro extremo de la cuerda, se lo anudó alrededor de la cintura y se aupó al resbaladizo tejado de su casa. Permaneció inmóvil durante un momento para asegurarse de que no le fallaba el equilibrio y para contemplar cómo la nieve que cubría el valle se iba tiñendo de un naranja resplandeciente a medida que el sol empezaba a ocultarse. Después se puso manos a la obra; no disponía de mucho tiempo.

—Carter busca premeditadamente este tipo de casos de custodia —le contó Graham a Neal—. Incita a los padres a salir del estado, a mantenerse ocultos durante una temporada y, por último, a incorporarse a una de sus células. Una vez papá está completamente entregado a la causa, Carter lo persuade para que dé al niño en «adopción racial». Un chico de la edad de Cody podría permanecer retenido hasta olvidar que en otro tiempo tuvo una familia fuera del movimiento de la Verdadera Identidad Cristiana.

Neal tiró de las riendas para refrenar a su caballo. Quería permanecer en la parte trasera de la manada, bien alejado de los oídos del resto de la pandilla.

—La idea —continuó Graham— es educar al perfecto guerrero ario. Un niño completamente adoctrinado en la filosofía de la Identidad. Alguien que carezca de conexiones personales o lealtades hacia nada ni nadie que no sean el reverendo Carter y el movimiento supremacista blanco.

—¿Hay muchos críos así?

—Hasta ahora una docena —respondió Graham—. Tan pronto como hayamos terminado aquí, les pasaremos los expedientes a los

federales.

Neal notó que le recorría un escalofrío que no tenía nada que ver con el mordiente viento del norte.

—Quizás Harley se negó a entregarles a su hijo.

—De modo que se lo cargaron y se llevaron al crío.

—¿Dónde está entonces, Graham?

—No estoy seguro —respondió Graham—. Pero a Carter le gusta que haya un niño en las ceremonias de juramento.

Mientras tanto, en el rancho, Bob Hansen trasegaba café para intentar tranquilizar sus nervios. Que su invitado fuese un modelo de serenidad no le ayudaba gran cosa.

—Confíe en Jehová —repitió el reverendo Carter.

Estaba sentado a la mesa de la cocina. Los tres guardaespaldas que se había traído desde Los Ángeles montaban guardia de pie en los vanos de cada una de las puertas de la estancia y junto a la ventana respectivamente. Todos lucían su uniforme: pantalones militares almidonados, tirantes y brazaletes rojos con la cruz gamada.

Bob miró hacia el sur por la ventana de su cocina. Los chicos deberían de estar a punto de llegar, si todo había ido según lo planeado. Si...

—Si Jehová quiere que tengamos ese dinero, tendremos el dinero —salmodió Carter.

—Mi hijo va con ellos —le recordó Hansen.

—Todos son hijos míos —replicó Carter—. Y de Jehová.

Pero Carter también estaba inquieto. El dinero significaría mucho para la causa. Les otorgaría la capacidad de entablar una guerra santa.

Observó a Hansen mientras este observaba a su vez los pastos que se extendían hacia el sur.

Craig Vetter oteó desde lo alto de las Toiyabe. Le pareció ver algo que se aproximaba desde el sur del valle, pero no podía estar seguro de si se trataba de la manada. No estaba preocupado. Divisaba perfectamente el rancho y había visto que todo estaba tranquilo. Si las fuerzas del orden estuvieran vigilándolo, se habría dado cuenta.

Se volvió hacia Jory y Bill, que tiritaban sentados junto a sus caballos. Los chicos estaban derrengados, pero habían hecho bien su trabajo. Habían cabalgado enérgicamente a través de kilómetros de breñal congelado, después siguieron la corriente del arroyo la primera vez que habían virado hacia el sur y luego regresaron trabajosamente sobre sus pasos sin salir del agua para volver al norte. Había sido una expedición trabajosa y fría, particularmente cuando salieron del arroyo entre un espeso pinar y se vieron obligados a ascender caminando junto a sus exhaustos caballos hasta la atalaya. Ahora el sol se estaba poniendo y, a pesar de que el feroz viento estaba amainando, el frío calaba hasta el tuétano. Craig deseó que pudieran encender una hoguera.

Volvió a mirar hacia el sur.

Esta vez no tuvo dudas: era la manada.

Se arrodilló y rezó una silenciosa oración en agradecimiento a Jehová. Después se volvió hacia sus camaradas y dijo:

—Volvamos a casa, muchachos.

Los dos vaqueros se levantaron agarrotados, después iniciaron el descenso de la montaña.

En el rancho los recibieron como a héroes.

Hansen les estrechó la mano y el mismísimo reverendo C. Wesley Carter les dio un abrazo a todos y cada uno de ellos, aparentemente incapaz de contener el torrente de efusividad que manaba de su boca.

—Maravilloso, simplemente maravilloso. Que Dios os bendiga, valientes. Ah, los guerreros arios.

Hansen le presentó a Neal.

—Este joven ha sido el cerebro de la operación, reverendo.

Carter le estrechó la mano, le dio un abrazo, le volvió a estrechar la mano y dijo:

—Tu nombre ocupará un lugar de honor en los anales de quienes dieron un paso al frente para luchar por nuestra raza.

—Gracias, señor. Es para mí un gran placer conocerle —respondió Neal. Después empujó a Graham hacia delante—. Creo que ya conoce a este tipo.

—Joe Gentry —dijo Carter—. ¡Lo hemos conseguido! Graham sonrió.

—Sí, reverendo, lo hemos conseguido.

Carter paseó la mirada por el grupo.

—Este hombre se ha pasado meses sentándose en el último banco de mi iglesia dos veces por semana... y nunca había echado nada al cepillo.

Todos se rieron.

—Bueno, ¿verdad que es maravilloso? —preguntó Carter—. ¿Acaso no vemos en todo esto la mano de Jehová? Hoy sí que habéis aportado al cepillo, ¿eh?

—Deberíamos poner ese dinero a buen recaudo —le dijo Neal a Hansen.

—Podemos guardarlo en la caja fuerte de mi despacho —dijo Hansen—. Así lo tendremos a mano para mañana.

Perdón, ¿cómo dices? Neal se obligó a no mirar a Graham.

—¿Qué es lo que pasa mañana? —preguntó Neal.

Hansen y Carter se sonrieron el uno al otro como si les hubieran sorprendido planeando una fiesta sorpresa.

—Supongo que ahora ya podemos decírselo, reverendo. ¿Qué cree usted?

Supongo que por mis cojones que puedes.



—Creo que ahora ya sí —respondió Carter—. Mañana llegará aquí el arsenal de Jehová.

¿Cajas llenas de Biblias? ¿Plantillas para pintar esvásticas en las paredes? ¿Un coro?

—M-16, lanzacohetes, minas terrestres —explicó Hansen—. Armamento de última tecnología. Todo lo que necesitamos para declararle la guerra a ZOG.

Carter añadió:

—Y son héroes como vosotros los que habéis aportado el dinero para declarar esta guerra santa.

Estupendo, pensó Graham. El Hombre estará encantado de enterarse de que acaba de donar trescientos de los grandes para armar a un grupo de neonazis chalados y violentos.

Neal pudo notar la mirada de Graham clavada en su nuca.

—Y tengo más buenas noticias que daros —dijo Hansen.

¿Más?

Hansen sonrió con orgullo y dijo:

—Neal, el reverendo Carter ha venido para tomarte personalmente juramento como Hijo de Set.

—Me siento honrado —dijo Neal.

—Te lo has ganado, hijo mío.

No me joda, reverendo.

—Id a asearos —ordenó Hansen—. Esta noche celebraremos la ceremonia.

Esta noche, pensó Neal. Un par de horas más es cuanto necesitamos.

—Era un verdadero hijo de puta —dijo Doreen, embuchándose otro *whisky*—. Me dejó únicamente porque me lo hice con un negro.

Brogan abrió los ojos y se echó hacia delante en el sillón para no perder baza. Brezhnev cambió de postura y gimió lastimeramente ante semejante derroche de actividad.

Cal cogió la botella de la barra y rellenó el vaso de Doreen.

—¿Vas a querer otra? —preguntó Brogan.

—Esta debería bastar para ponerla a tono —respondió Cal.

Brogan volvió a recostarse en el sillón y cerró los ojos.

—A mí me parece que va sobrada desde hace rato —farfulló.

Brezhnev observó a la mujer un rato más antes de volver a apoyar la cabeza en el suelo.

—Bueno, Doreen —preguntó Cal—, ¿qué te parece mi propuesta?

Doreen resopló. Menuda propuesta. Ir hasta un rancho de paletos perdido en la llanura para hacer el trenecito con un puñado de vaqueros. Pero tampoco es que tuviera muchas más opciones e iba a necesitar dinero si pretendía salir algún día de la Meseta Solitaria. Además, si el tal Cal la había deseado lo suficiente como para dispararle a Harold, a lo mejor accedería a llevarla a Las Vegas, donde podría comenzar de nuevo. Solo había un problema.

—Lo haré —dijo—, si puedes prometerme que *él* no está allí.

—¿De quién hablamos? —preguntó Cal.

—Del hijo de puta —apuntó Randy.

Había bebido *whisky* suficiente como para casi olvidarse de lo que tenían planeado hacer con Doreen. Y para desear la oportunidad de yacer con ella antes de hacerlo.

—Harley McCall —dijo Doreen con la exagerada pronunciación del borracho a la defensiva.

Aquello bastó para helar el ambiente.

Cal miró a Randy.

—Harley McCall.

Los dos lo sabían. Los dos recordaban a «Paul Wallace», sus piernas inmovilizadas sobre caballetes mientras Cal se cernía sobre él con una almádena entre las manos, *chillando* su verdadero nombre.

—Harley McCall —repitió Randy.

—... es un hijo de puta —murmuró Doreen.

Cal le pasó un brazo por encima del hombro y dijo:

—Cariño, puedo garantizarte al cien por cien que el tal Harley McCall no estará en la fiesta.

A Randy le entró la risa floja. Recordó el modo en que Cal había blandido el martillo contra las rótulas de Harley, primero una y luego la otra. Harley miró de hito en hito los huesos que le sobresalían de entre la carne mientras aullaba como un coyote en un cepo. Cuando los gritos dejaron de resultarles divertidos le metieron un trapo en la boca.

—¿Sabes? —balbuceó Doreen. Empezó a llorar—. Me gustaría encontrar a ese hijo de puta. Estaba enamorada de ese cabrón. Y de su chiquillo. A lo mejor podrías ayudarme a encontrarle...

—Por supuesto que sí —respondió Cal. Miró por encima del hombro para sonreír en dirección a Randy—. Estoy seguro de que podremos llevarte derechita hasta él.

—Vamos —dijo Randy—, será mejor que volvamos al rancho.

Esperaba que le diera tiempo a pasar un ratito con Doreen. Tendrían que meterla a escondidas en el barracón para que Hansen no la viera y después debían asistir a la ceremonia, pero esperaba que les quedara un rato libre antes de matarla.

Neal y Graham se encaminaron al barracón.

—Vale, vale —siseó Neal—. Ningún problema. En cuanto me enseñen el saludo secreto, cogemos al crío, nos escapamos al amparo de la noche, llegamos a Austin y telefoneamos a Ed para que avise al FBI. Entran a saco, detienen a la banda, confiscan las armas y recuperan el dinero. Pan comido.

Graham se agarró la entrepierna.

—Ahora sé por qué los vaqueros andan como andan. Te diré lo que haremos: tú ve a tu pequeño festejo mientras yo aprovecho para husmear un poco. Si encuentro a Cody y veo la ocasión de desaparecer con él, eso será lo que haga. En caso contrario, volveré a buscarte y nos marchamos juntos a algún lugar desde donde pueda llamar a un ejército. Tú no te muevas.

Dejaron de caminar y se miraron el uno al otro en la creciente oscuridad.

—¿Y si no encontramos a Cody? —preguntó Neal.

Graham empezó a frotarse la mano artificial contra la de verdad.

—Hansen tiene un hijo, ¿no?

—Sí.

—Lo raptamos y hacemos un intercambio. Bonito negocio el nuestro, ¿eh?

—Maravilloso.

Después Neal preguntó:

—¿Crees que tenemos alguna oportunidad?

—Pues claro que sí.

—Ya, yo tampoco.

Reemprendieron la marcha.

—A lo mejor será como en una de esas viejas películas —dijo Graham—. A lo mejor la caballería acude al rescate.

Se miraron otra vez uno al otro y se echaron a reír.

Hansen terminó de contar el dinero por segunda vez y lo guardó en la caja fuerte de su despacho. Carter estaba sentado a la mesa, observándolo, mientras sus guardaespaldas vigilaban la puerta y la ventana.

—¿Te fías de ellos? —preguntó Carter.

—Me fío de Neal. Al otro ni siquiera lo conozco —respondió Hansen.

—Gentry es basura blanca —dijo Carter—. Un mostrenco de mala vida y, por si fuera poco, tullido. Su utilidad ha llegado a su fin. De quien no estoy del todo seguro es de tu Neal Carey.

—Puede contar con Neal —dijo Hansen.

Estaba decidido a mantenerse firme en aquella cuestión.

—No sé yo, Robert, no sé yo. Eso mismo dijiste de McCall. Puede que te hayas vuelto a equivocar.

Hansen se sonrojó, recordando todo lo que había sucedido debido a que se había equivocado con McCall.

—¿Qué sugiere usted? —le preguntó al reverendo.

Carter miró al techo y se acarició el mentón.

—Una prueba —dijo—. Ahora que lo pienso, tal vez Gentry todavía pueda hacer una última cosa por nosotros.

Shoshoko anduvo a gatas hasta la boca de la cueva y olfateó el viento del norte. Quedaba tiempo, pero no demasiado. Se envolvió el cuerpo en una manta y salió a recoger más leña para el fuego.

Se acercaba una tormenta y casi había llegado su hora de morir.

# 10

—No temas ninguna de las cosas que vas a padecer: sabe que el diablo encerrará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida —salmodió Carter.

Se hallaba de pie junto a la tercera puerta del búnker. La cuadrilla se había alineado a ambos lados, formando un pasillo por el que debían desfilan Carter y Neal. Iban vestidos con el uniforme oficial de los Hijos de Set: camisa y pantalones de color caqui, cinturón y arnés de cuero marrón, gorras de campaña nazis. Una daga alemana colgaba de sus cintos. En la manga izquierda llevaban un brazalete rojo con la esvástica, en la derecha un brazalete negro con el símbolo de los HDS: una cruz cristiana atravesada por una espada llameante.

Carter abrió la puerta y cruzó el umbral. Streckker, interpretando el papel de sargento de armas, le hizo un gesto a Neal para que lo siguiera.

Neal clavó la mirada al frente y comenzó a desfilan entre las dos hileras de hombres. Al pasar, cada uno de ellos le tocó en el hombro a la par que exclamaba: «Hermano».

Hermano, por supuesto que sí, pensó Neal. Se sentía ridículo con su nuevo uniforme caqui. Le alegraba que Graham no hubiera sido invitado a la ceremonia, porque de otro modo estaría el resto de su vida recordándose.

Penetró en la cámara secreta.

Era una capilla. Una cruz con una espada sobrepuesta colgaba de la pared sobre el pequeño altar. Este estaba envuelto en seda blanca, sobre cuyo frontal habían bordado el símbolo de la cruz y la espada junto a la leyenda «Hijos de Set». Siete palmatorias de oro habían sido colocadas sobre el tablero, y sus llamas teñían la estancia con un resplandor dorado y cálido. Justo en el centro descansaban un emblema de oro y una pistola automática Luger con una insignia de las SS.

—Arrodillaos ante el altar de Jehová, hermanos —dijo Carter, asumiendo su posición detrás del altar.

Strekker y Carlisle se cuadraron a un lado por detrás de él. El resto se sentaron en los bancos, dispuestos como si estuvieran en una iglesia.

—«Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin», dijo el Señor, «el primero y el último, el todopoderoso» —dijo Carter.

¿Dónde está el niño?, pensó Neal. Traed al niño.

—¿Quién apadrina a este hombre para que se convierta en hermano? —preguntó Carter.

Hansen dio un paso al frente.

—Yo lo hago.

—¿Estás unido en sangre? —le preguntó Carter a Hansen.

Allá vamos, pensó Neal.

—Me he unido en sangre a mis hermanos —dijo Hansen.

Bravo por ti. Ahora traed al crío.

Carter miró a Neal y dijo:

—Pronuncia tu nombre ante Jehová.

—Neal Carey.

Carter pareció ligeramente avergonzado, se inclinó hacia delante y susurró:

—¿No tienes segundo nombre, Neal?

—No que yo sepa.

—De acuerdo —respondió Carter. Miró hacia el techo y salmodió —: Oh, Jehová, protege a este hijo de Set, este vástago de la raza blanca, este guerrero en la lucha por tu pueblo elegido, y bendícelo.

Dale valor en la batalla y otórgale la fuerza necesaria para cumplir con sus cometidos. Amén.

—Amén —respondió la congregación.

—Neal Carey, ¿juras solemnemente consagrar tu vida a Jehová, a su hijo Jesucristo, a su apóstol y mártir Adolf Hitler y al pueblo elegido? Si es así, di: «Lo juro».

—Lo juro.

—¿Juras solemnemente ser leal a tus hermanos aquí reunidos, a tus deudos arios y a tus camaradas de armas?

—Lo juro. —Que sí, que lo juro. ¿Dónde está Cody?

—Repite conmigo: Yo, Neal Carey, juro luchar hasta la muerte junto a mis hermanos arios, compartir sus padecimientos y sus victorias, respetar el código de los Hijos de Set...

Etcétera, etcétera, pensó Neal mientras repetía cada frase...

—... no divulgar jamás, so pena de espantosa muerte, sus secretos, no traicionar jamás a mis hermanos, presentar continuamente batalla a nuestros enemigos raciales y a los traidores a la raza, vengar a mis hermanos caídos y cumplir con los mandamientos de Jehová tanto de cabeza como de corazón.

Carter farfulló un galimatías y después preguntó:

—¿Se ha unido Neal Carey en sangre?

—Todavía debe unirse en sangre a sus hermanos —recitó Hansen.

Pero cree que está a punto de hacerlo, pensó Neal. Después se le ocurrió otra idea mucho más placentera: puede que Graham ya haya encontrado al niño. Puede que haya forzado hasta la última cerradura de este lugar y esté en la carretera con Cody cobijado debajo del brazo. Puede que...

—Álzate, hermano Neal, y aproxímate al altar.

Neal se acercó.

Carter levantó la Luger.

—Contempla la espada de Jehová. Antes de convertirte en un verdadero Hijo de Set, debes unirte en sangre con tus hermanos.



De fábula, pensó Neal. Alarga la ceremonia cuanto quieras. Cuanto más tiempo le des a Graham, mejor. Me pregunto qué tal le irá.

—Contempla la sangre de tu enemigo.

En aquel momento Neal supo exactamente qué tal le iba a Graham, porque Carlisle y Streckker lo sacaron a rastras de detrás de la cortina. Iba amordazado y tenía las manos atadas a la espalda.

Colocaron a Graham delante del altar, ante Neal, y le quitaron la mordaza.

—Jehová ha revelado la apostasía de este individuo. ¡Jehová lo ha expuesto como un traidor a su raza! —gritó Carter.

Neal entendió la mirada de Graham. Había visto aquella misma expresión mil veces, desde que era niño. Decía: «Cumple con tu cometido».

—Ahora ha llegado el momento —dijo Carter— de que demuestres tu lealtad y te unas en sangre a tus hermanos.

Neal notó una mareante y nauseabunda oleada de terror. Esto tiene que ser una pesadilla, pensó. De un momento a otro me despertaré chillando.

—¡Preparaos! —ordenó Carter.

Los hombres desenvainaron sus dagas y se cuadraron. Streckker se colocó detrás de Graham y lo obligó a arrodillarse.

Despierta, se dijo Neal a sí mismo. Vio que Graham apretaba con fuerza la mandíbula.

Carter descendió del altar, se plantó junto a Neal y le tendió la pistola. Hansen se puso a su otro lado.

—Dispárale —ordenó Hansen en un susurro.

—No.

—Tienes que hacerlo —dijo Hansen—. Todos lo hemos hecho. Has de matar delante de tus hermanos para demostrar tu lealtad.

—Ya la he demostrado de sobra.

Vamos, Dios. Si estás ahí arriba, ha llegado el momento de intervenir. Se acabó observar desde el banquillo. Ahora toca jugar.

Por favor, Dios.

—No estarás solo —le instó Hansen—. Cada uno de nosotros lo apuñalará después de que dispires. La última daga será la tuya. Eso es lo que nos une.

Neal notó que Graham tenía la mirada clavada en él. Sus ojos le estaban diciendo: «Hazlo, cumple con tu cometido. Es lo que siempre te he enseñado». Ya, pero también me enseñaste a pensar.

—Aquí tiene que haber algún error —dijo Neal—. Es uno de los nuestros. Participó en el golpe, ¿o es que no os acordáis?

—En ocasiones —dijo Carter—, ZOG envía a sus agentes para tendernos una trampa. Parecen estar ayudándonos, pero luego testifican en nuestra contra en los juicios que organiza ZOG de cara a la galería. Le he rezado a Jehová y Él me ha revelado que este hombre ha sido enviado por ZOG. Pero no vivirá para soltarnos a los perros, para revelar nuestro refugio. No quedará nadie para testificar. A menos que tú también seas un agente de ZOG, Neal Carey.

Ya le has oído, hijo, pensó Graham. Hazlo. No tiene sentido que muramos los dos. Acabemos con esto de una vez. Estoy cagado de miedo.

Neal evitó la mirada de Graham y echó un vistazo por encima del hombro. Streckler estaba sonriendo de oreja a oreja. *Sonriendo*.

La pistola tembló en la mano de Neal.

—Le hemos sorprendido husmeando por el campamento, Neal —susurró Hansen.

Neal se volvió hacia Graham. Este le miró sin parpadear.

—Es cierto, chaval —dijo Graham—. Los federales me pillaron falsificando moneda. No habría soportado otra temporada larga en la cárcel, no en una federal. Hice un trato para tenderos una trampa.

Neal comprendió el verdadero significado detrás de las palabras de Graham: «El niño, Neal. El niño podría seguir con vida. Concéntrate en el niño».

Neal apretó con fuerza las cachas de la pistola y levantó el brazo. Estos tíos no pueden estar tan locos, pensó. Tiene que ser

una especie de prueba; la pistola tiene que estar cargada con balas de fogeo. Deben de haberle dictado a Graham su «confesión» para comprobar si soy capaz de ejecutar a un traidor.

—Hazlo, Neal —susurró Hansen—. Y entonces todo te será revelado.

Así que aprieto el gatillo, no pasa nada, todos compartimos unas risas y luego sacan a Cody. Hazlo. Aprieta el gatillo.

Apuntó con la pistola al pecho de Graham.

¿Y si no es de fogeo? Concéntrate en el niño. El niño.

Siempre me enseñaste a ser preciso, papá: «Haz cualquier cosa bien a la primera y no tendrás que repetirla. Eso te dejará tiempo libre para las cosas importantes, como echarte en la tumbona, beberte una cerveza y ver a los Rangers desperdiciar una ventaja de dos tantos». Dios, papá, ¿cuántas veces me has salvado la vida? Desde el momento en que me rescataste de las calles hasta ahora, ¿cuántas veces?

Neal miró a Graham a los ojos, intentando decirle: «Te quiero, papá. Te quiero».

Graham asintió. Después sonrió y dijo:

—Vamos, hijo. Hazlo. De todos modos los Yankees son una castaña.

Eres un cabronazo duro y valiente, Joe Graham, pensó Neal. Se secó las lágrimas de la mejilla con el antebrazo y volvió a apuntar. Dios, dame puntería y rapidez.

Neal blandió bruscamente la pistola al tiempo que estiraba la mano izquierda, agarraba a Carter del cuello y lo inmovilizaba con su antebrazo. Pegó el cañón a la sien del reverendo.

—Si alguien se mueve, lo mato.

Nadie se movió.

Cal Streckker se echó a reír.

—La pistola no tiene balas, Neal. Solo era una prueba.

Streckker adoptó una postura de combate: las rodillas dobladas, la daga extendida a un costado, a la altura de la cintura.

—Parece que por fin vamos a poder terminar ese baile que teníamos pendiente, Neal.

Strekker se arrojó sobre Neal. Este intentó apuntarle con la pistola, pero Hansen lo agarró de la muñeca y un instante después tenía a Strekker encima. Strekker pegó su daga contra las costillas de Neal y le arrebató la pistola con la mano que le quedaba libre. Apoyó el cañón de la pistola contra la cabeza de Neal y dijo:

—Creo que has suspendido el examen, Neal, colega.

Strekker apretó el gatillo.

Sonó un chasquido.

Todavía estoy a tiempo de encontrar una buena excusa, pensó Neal, a pesar de que notaba las rodillas de goma.

Oyó que se abría la puerta y vio que una mujer borracha irrumpía dando tumbos en la estancia. Doreen permaneció un segundo junto a la puerta, echando una ojeada a su alrededor.

—¡Vaya un fiestorro raro que os habéis montado! —bramó—. ¡Recordad que por este tipo de perversiones cobro un extra! —añadió mientras zigzagueaba entre los bancos.

Se le achinaron los ojos cuando vio a Neal.

—¡Eh, yo a ti te conozco! ¡Eres aquel hijo de perra arrogante que andaba buscando a Harley!

Me temo que esta vez no hay excusa que valga.

—¿Quién eres? —le preguntó Hansen a Neal.

Neal estaba intentando pergeñar una mentira apropiada cuando Doreen se echó torpemente en brazos de Cal.

—Y tú —dijo—. Me prometiste que me llevarías con Harley y con Cody. ¿Cuándo podré ver a ese hijo de puta y a mi adorable muchachito?

—Ahora mismo —respondió Cal.

Agarró a Doreen con firmeza del pescuezo y le hundió la daga en el estómago.

Neal vio que los ojos de Doreen se ensanchaban y que se le descolgaba la mandíbula. La vio retroceder tambaleante y la oyó

jadear. Vio que intentaba mantener la compostura y bajar la mirada hacia el lugar donde la sangre manaba entre sus dedos separados.

Entonces le fallaron las rodillas y se desplomó al suelo. Mientras yacía allí resollando, Cal le dijo:

—Harley y tu adorable muchachito están en el infierno, guapa. Y creo que tú casi has llegado.

—¡Putas de Babilonia! —bramó Carter.

Escupió sobre Doreen, pasó por encima de su cuerpo convulso y salió de la capilla.

Hansen lo siguió, gritando hacia atrás:

—¡Encerrad a esos cabrones! ¡Quiero averiguar cuánto saben!

Neal notó que le inmovilizaban los brazos a la espalda.

Randy miró a la mujer que seguía agonizando en el suelo.

—¡Joder, Cal! —gritó—. Ni siquiera he tenido oportunidad de...

—Date el gusto —dijo Cal.

Agarró a Neal y lo empujó hacia la puerta.

Steve Mills echó un chorrito de escocés en el café de Karen Hawley. Ella lo probó, hizo una mueca, después le dio otro sorbo. Otra taza como aquella y bien podría acabar aceptando la invitación de los Mills a quedarse el fin de semana.

Además, su salón era tan sumamente acogedor... Un viejo y enorme leño ardía, siseaba y chisporroteaba en la chimenea. Las lámparas teñían la estancia con un suave resplandor y las alfombras indias parecían enmudecer la ya de por sí sosegada tarde.

Karen se había quitado los zapatos para replegar los pies sobre el sofá. Peggy estaba sentada a su lado, dándole sorbitos a un vaso de vino tinto y contemplando la lumbre. Steve se levantaba cada dos por tres de su butaca para rellenar los vasos o cuidar del fuego.

Y luego estaba Shelly. Karen la miró de refilón, echada junto a la chimenea con un puzle de galletas de chocolate de unas mil piezas. Ese podría ser otro motivo para quedarse, pensó Karen. Para intentar mantener una conversación tardía con Shelly acerca de

todo lo que había pasado. Peggy le había contado que Shelly se estaba recuperando bien, pero con esfuerzo. A Peggy y a Steve se les había ocurrido llevarla a Reno o incluso a San Francisco para que hablase con un profesional, pero a Shelly le había parecido una tontería. No necesitaba un psiquiatra por culpa de un hatajo de cretinos.

Pero se la veía reservada. Reservada y triste, lo cual era de esperar, por supuesto. Decidieron simplemente darle algo de tiempo. Y seguir hablando acerca de ello. Probablemente eso era lo único que necesitaba, lo que todos ellos necesitaban, y con casi total certeza también era el motivo tácito para su visita de aquella noche.

Yo desde luego necesito hablar de ello, pensó Karen. Lo había enterrado todo bien hondo: el dolor, la rabia, la decepción. Habían hablado sobre todo lo demás; sobre racistas, supremacistas blancos, los Hansen, la Iglesia de la Verdadera Identidad, Cal Strekker. Pero no habían hablado de Neal Carey. Nadie había mencionado a Neal.

—Yo ni siquiera lo sabía —dijo Karen, después de darle otro sorbo al café—. Lo de que eres judío.

—Prácticamente no lo sabía ni yo —respondió Steve—. Mi padre era ateo. Nunca hablábamos del tema.

—A su viejo le entusiasmó que nos casáramos por lo civil —dijo Peggy, y ella y Steve rieron por lo bajini ante el recuerdo cuando Peggy añadió—: A mis padres no les hizo tanta gracia.

Steve dijo:

—O sea, nunca íbamos a la sinagoga, ni de coña comíamos kosher... Nunca me he puesto uno de esos gorritos.

—Kipá —indicó Shelly, sin levantar la vista del rompecabezas.

—Shelly se ha traído a casa algunos libros de la biblioteca del instituto —le explicó Peggy a Karen.

Bien, eso es buena señal, pensó Karen.

—¿Has visto a Jory en clase? —preguntó.

—Creo que ha dejado los estudios.

—Qué desperdicio —dijo Karen. Después decidió zambullirse directamente donde cubría—. ¿Y tú que tal lo llevas, chiquilla?

Shelly desenterró la cara del puzle.

—Estoy bien. No soy la alegría de la huerta... y he dejado de sentirme como una adolescente, lo cual me cabrea cantidad... pero lo llevo bien. ¿Y tú que tal, Karen?

Bueno, supongo que es verdad que ya no eres una adolescente, pensó Karen. Y supongo que te debo una respuesta de adulta.

—Yo lo llevo fatal. Me revuelve el estómago lo que pasó y me revuelve el estómago que Neal fuese... sea... parte de ello. Sinceramente, Shelly, me partió el corazón.

—A mí también.

Se produjo un largo silencio antes de que Peggy dijese:

—El valle ya no parece el mismo.

—No lo es —respondió Steve—. Está infectado. Enfermo.

—Me cago en el puto Bob Hansen —dijo Peggy.

Karen nunca había percibido semejante rabia en su voz. Por supuesto, había oído a Peggy rezongar cada vez que Steve fumaba o la había visto perder la paciencia con Shelly ante algún pecadillo adolescente, pero nunca había oído aquel frío rencor que acababa de detectar en el tono de su amiga.

Steve dijo:

—Creo que Bob fue simplemente incapaz de asumir la muerte de Barb. Estaba furioso y confundido y necesitaba algo a lo que aferrarse. Por desgracia, lo primero que encontró fue esa iglesia racista. Y ya conoces a Bob, cuando hace algo, lo hace a conciencia.

Peggy puso los ojos en blanco y miró con afecto a su esposo.

—Steve encontraría excusas para el diablo.

—Bueno, necesitaría que alguien le echara una mano si fueses tú quien le tirase del rabo.

—No sé —dijo Karen—, tengo la impresión de que deberíamos hacer algo.

—Lo estamos haciendo —respondió Steve—. Estamos siguiendo adelante con nuestras vidas, igual que siempre. Solo que ahora mejor, porque este año pienso comprar regalos de Navidad y de Hanukkah. A partir de ahora, vacaciones dobles. Coño, a lo mejor me entero de que la bisabuela era budista o hindú y podemos celebrar esas fiestas también.

Shelly apartó la mirada de su puzle y le dedicó una expresión en plan: «Venga, papá».

—Bueno, dije que era judío —respondió Steve—. No dije que fuese un buen judío.

—Hablando de lo cual —dijo Peggy—, mañana por la noche vamos a celebrar una pequeña fiesta.

¿Una fiesta?, pensó Karen. No se sentía con demasiados ánimos de celebrar nada, pero sabía que precisamente por eso sería un buen momento para hacerlo. Y a lo mejor sí que había algo que celebrar. Después de todo, había averiguado la verdad sobre Neal Carey antes de que fuese demasiado tarde.

Alzó su taza y dijo:

—Hasta nunca, Neal. Adiós muy buenas.



# 11

Neal tenía las manos esposadas a una argolla en la pared del búnker pequeño. Le habían quitado el reloj, pero supuso que debía de faltar poco para el amanecer. Tiritaba sentado sobre el suelo de hormigón, escuchando la bronca de Joe Graham.

—Deberías haber apretado el gatillo, hijo —le estaba diciendo Graham.

Él también estaba encadenado a la pared.

—Lo sé.

—Deberías haber llegado hasta el final.

—Tienes razón.

—Te lo he dicho un millón de veces: el trabajo es lo primero.

—Deja que les pregunte —dijo Neal, apretando los dientes—. A lo mejor me devuelven la pistola... cargada.

Permanecieron sentados en silencio un par de minutos. Después Neal preguntó:

—¿Estás asustado, Graham?

—Espavorido.

Yo también, pensó Neal. Pero todavía me cuesta creer que todo esto esté sucediendo. Nos encierran en el búnker, nos encadenan a la pared y luego simplemente nos dejan aquí tirados para que nos congelemos. Y no hay nada que podamos hacer al respecto.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó a Graham.

—Bueno, cuando vengan, y vendrán, se dedicarán a torturarnos. Probablemente empiecen por uno mientras obligan al otro a mirar. El que está de miranda ve lo que le sucede a su compañero y empieza

a pensar: «¿De verdad quiero que me hagan todo eso a mí? A lo mejor puedo llegar a un trato». Así que eso es lo que haremos.

—¿Llegar a un trato? —preguntó Neal.

—Claro. Cuéntales toda la historia, por tandas, para que se convenzan de que te la están sacando a golpes. Si les ofreces la información demasiado pronto, pensarán que estás mintiendo. Así que encaja unos cuantos golpes y después comienza a contárselo todo. Por tandas.

Neal no podía creer lo que estaba oyendo.

—Si se lo contamos todo, lo más probable es que maten al niño.

—El niño está muerto.

—No me lo creo.

Si Graham hubiera podido llegar hasta Neal, lo habría agarrado de la pechera y le habría zarandeado. En cambio, le dirigió una mirada inmisericorde y prolongada y dijo:

—Hijo, ese niño está muerto. Tienes que asumirlo. No conseguimos llegar a él a tiempo. Puede que hiciéramos cosas que no deberíamos haber hecho o que no hiciéramos otras cuando habríamos debido. No lo sé. Pero el niño está muerto, Neal.

—No hables en plural. La culpa es mía.

—¿A quién le importa una mierda? —gritó Graham—. Joder, ¿quieres madurar de una vez? Cody McCall está muerto y probablemente nosotros nos unamos a él en breve. La única oportunidad que tenemos es intentar alargar esto lo suficiente como para que Levine levante la mirada de sus libros de cuentas, se percate de que hace demasiado que no sabe nada de nosotros y salga en nuestra busca. Y cuando Ed llegue, será de mal humor y acompañado de un ejército. Y quiero vivir lo suficiente como para verlo. Así que déjate de gilipolleces, de lloriqueos y de culpabilidades y empieza a pensar cómo vas a ser capaz de convencerles para que te torturen durante el máximo tiempo posible.

Tienes razón, papá. La única oportunidad es confesar y ganar tiempo. Pero estás equivocado en lo del niño, Graham. Por mis

mueritos que Cody tiene que estar vivo. Y ese debería ser motivo suficiente para resistir.

La puerta se abrió y Randy entró cargado con dos caballetes. Cal Strekker entró detrás de él. Llevaba una almádena.

—Veréis, lo que hicimos con Harley —dijo Cal— fue tumbarle de espaldas en el suelo, colocarle un caballete bajo las rodillas y el otro bajo los tobillos. Después le atamos los tobillos al segundo caballete. Así nos aseguramos de que las piernas de Harley quedaran bien tensas y estiradas. Después cogí este martillo y... ¡Guau!

Neal notó que se le estremecía todo el cuerpo, como si sus músculos quisieran escapar de la piel. Fue Graham quien tuvo los huevos de preguntar:

—¿Qué teníais en contra de Harley?

—Se negó a entregar a su chico —respondió Cal—. Eso hizo que el reverendo se cuestionara la entrega de Harley para con la causa y se pusiera a rezar. El viejo Jehová debió de decirle que Harley era un traidor a la raza, porque el propio Carter entró aquí para interrogarlo. Harley confesó.

—¿Antes o después de que le rompieras las piernas? —preguntó Graham.

Cal sonrió.

—Mucho antes de eso.

Neal estaba intentando recuperar suficiente voz como preguntar por Cody, pero Graham le hizo callar con una mirada y dijo:

—Pero seguisteis torturándolo de todos modos, ¿verdad?

—Tal como dijo Jehová —respondió Cal—. O como dijo Carter que dijo Jehová, lo cual viene a ser lo mismo. Veréis, Harley se había unido a nosotros en sangre, por lo que Carter dijo que era la peor especie de traidor. Dijo que tenía al diablo dentro y que debíamos hacer aullar a Satanás. Y eso hicimos.

Cal se sentó sobre uno de los caballetes y les contó con todo lujo de detalles lo que habían hecho con Harley McCall. Disfrutó describiéndoles lo sucedido, percibiendo el terror en sus ojos, viendo cómo palidecían y se estremecían, observándolos a medida que iban llegando a la conclusión de que aquello era precisamente lo que les aguardaba.

Así que les contó cómo habían dejado a Harley encadenado al búnker mientras salían a atrapar un macho cabrío y cómo, cuando regresaron, el reverendo le dijo a Harley que yaciera con el animal de Satanás. Y cómo Harley se había negado, por lo que llevaron al niño a la celda, le pegaron una pistola a la sien y repitieron la orden. Esta vez Harley perdió el culo por complacerles y Carter dijo que aquello demostraba que estaba conchabado con el diablo. De modo que se llevaron al niño y ataron una cuerda alrededor de la cadena de las esposas de Harley. La pasaron por la polea del techo, le izaron y fueron azotándolo por turnos con una soga llena de nudos hasta que Harley perdió el conocimiento, de modo que lo dejaron allí, colgando, hasta que las esposas le despellejaron las muñecas y sus manos se hincharon debido a la falta de circulación.

Cal les contó cómo habían vuelto más tarde aquella misma noche y cómo los primeros graznidos que salieron de la garganta de Harley fueron para preguntar por su hijo. Carter dijo que Jehová cuidaría del niño y Harley empezó a llorar y a balbucear de una manera francamente repugnante. Carter le dijo que confesase que ZOG le había enviado y Harley confesó. Entonces lo descolgaron, le esposaron las manos a la espalda, le obligaron a ponerse de rodillas y Carter le introdujo un mango de escoba en el recto. Así fue como lo dejaron. Y cuando regresaron, Harley sangraba tanto que costaba creerlo y no hacía más que gemir, y Carter dijo que estaba hablando con Satanás, pero que necesitaban oír aullar al demonio. De modo que le rompieron a Harley los dedos y los brazos. Fue entonces cuando se les ocurrió el truco de los caballetes y la almádena. Después de aquello pensaron que se les iba a morir y aquí el viejo Randy es tan maricón que dijo que a lo mejor deberían limitarse a

pegarle un tiro. Pero Carter afirmó que Satanás se lo llevaría consigo a su debido tiempo y regresó a California. Harley era un hueso duro de roer y se negaba a rendir su espíritu. Se pasaba las horas gimiendo y apestándolo todo, y fue entonces cuando se les ocurrió que había más de una manera de despellejar a un gato, literalmente. Así que Cal empezó a cortarle a Harley largos jirones de piel —deberíais haber oído cómo aullaba Satanás entonces—, pero no llegaron mucho más allá antes de que Harley finalmente muriera.

—En cualquier caso, tardó... ¿cuánto, Randy? —preguntó Cal—. ¿Un par de semanas?

—Casi tres, me parece, de principio a fin.

—Pues vale —dijo Cal. Se levantó del caballete, se acuclilló ante Neal, sonrió y dijo—: ¿Y a ver si adivinas, Neal, colega? El reverendo acaba de terminar de rezar por ti. ¿Y sabes lo que le ha dicho el viejo Jehová?

Neal no respondió. Quiso preguntar por Cody. Lo intentó, pero le daba miedo mover aunque solo fuese un músculo, así de cerca estaba de echarse a llorar, a vomitar o algo peor.

Cal se dio cuenta y el destello psicótico de sus ojos resplandeció con más intensidad al tiempo que respondía a su propia pregunta.

—Ha dicho que tú y aquí el bandido manco sois enviados de ZOG. Que los dos estáis conchabados con Satanás. Que debemos hacerlos aullar.

Neal notó que temblaba. Intento controlarlo, pero no pudo. Su pierna derecha comenzó a sufrir espasmos por sí sola y Neal se sintió como si su cabeza se estuviera inundando y las lágrimas estuvieran a punto de rebosar por sus ojos, cuando oyó la bendita, bendita voz de Joe Graham.

—Cuando salgáis a buscar mi cabra —dijo Graham—, aseguraos de elegirme una guapa.

La puerta volvió a abrirse y el reverendo C. Wesley Carter entró en la celda.

Neal cerró los ojos y respiró hondo. Ahora empieza todo, pensó.

Cal se volvió hacia Graham y sonrió.

—Tú serás el primero, bocazas.

Graham ya lo sabía. Para eso había abierto la boca.

Randy y Cal le quitaron las esposas a Graham y lo desnudaron. Después le obligaron a tenderse boca abajo sobre los caballetes. Le pasaron una gruesa soga por debajo de los brazos y la ataron a la madera. Hicieron lo mismo con sus tobillos, de manera que Graham quedase tumbado entre los caballetes, dejando colgar sus pies por un extremo y la cabeza por el otro. Lo dispusieron de manera que su rostro quedara a treinta centímetros del de Neal.

Mientras preparaban a Graham, Carter se dedicó a hacerle nudos a otra soga, al tiempo que explicaba:

—Tenemos que averiguar quién eres y qué haces aquí, y debemos averiguarlo con rapidez. Me desconcierta mucho que nos ayudaras a robar el furgón blindado y me preocupa que el envío de armas, de hecho todo nuestro refugio aquí en el valle, pueda estar en peligro.

Carter terminó de preparar la tralla, la levantó por encima de su cabeza y le preguntó a Graham:

—¿Quién te envía?

Graham respiró esforzadamente. Ya solo la tensión de tener que sostener su propio peso le hacía sentirse como si se le fuera a partir la espalda.

—Me envía Satán —respondió.

Neal se obligó a mirar a Graham mientras la soga flagelaba su espalda.

Graham tragó una bocanada de aire.

—Satanás o Tom Landry, uno de los dos.

La soga azotó sus hombros.

Dos, tres, cuatro, cinco veces más antes de que Carter volviera a hablar.

—¿Quién te envía?

—La exmujer de Harley McCall. Quiere su pensión.

Otro golpe de tralla.

Graham tenía la cara roja debido a la tensión. De su barbilla goteaba el sudor. Tenía la espalda cruzada por verdugones.

Neal intentó alargar los brazos para sostener la cabeza de Graham, pero las cadenas eran demasiado cortas.

—¡Lo estáis matando! —gritó Neal.

—¡Cierra el pico! —le ladró Graham. Después le preguntó a Carter—: ¡Eh! ¿Dónde está mi cabra?

Cinco, seis, siete veces sacudió Carter el brazo. Cada disciplinazo levantaba salpicaduras de sangre que salían volando por la celda.

Cal rodeó los caballetes hasta ponerse delante y levantó la barbilla de Graham.

—¿Quieres decir alguna otra gracia, listillo? —le preguntó.

Graham movió la cabeza de atrás adelante. Tenía el rostro empapado en sudor.

Neal le dio una patada a Cal en el muslo para llamar su atención.

—Te voy a matar, sucio cabrón —dijo Neal.

—Eres la monda, Neal —respondió Cal.

Estás haciendo esto por mí, papá, pensó Neal. Estás ganando tiempo para mí. Te pusiste insolente con Cal para cabrearle, para asegurarte de que empezaba contigo en vez de por mí.

Carter alzó el brazo para volver a empezar.

Neal le gritó a Carter:

—¡Oiga, reverendo! ¿Es cierto eso que cuentan sobre Jehová y los niños pequeños?

Graham giró dificultosamente el cuello y negó con la cabeza en dirección a Neal. Neal lo ignoró.

—Ya que estamos: ¿es cierto eso que cuentan sobre usted y los niños pequeños?

Carter bajó el brazo y observó fijamente a Neal.

—Cállate, Neal —musitó Graham.

—Sí, reverendo —dijo Neal, obligándose a sonreír—. No estoy seguro de haberlo oído del todo bien, porque su esposa tenía la

boca llena en ese momento, usted ya me entiende, pero me pareció que me estaba diciendo que lo que a usted de verdad le gusta es...

Carter se dirigió hacia Neal levantando la tralla.

—Maldita basura —dijo.

Vamos, vamos, hazlo. Dedícate a mí un rato.

—Pero ya te llegará el momento —dijo Carter, volviéndose de nuevo hacia Graham.

Lo siento, papá. Lo he intentado, lo he intentado.

Graham levantó su mano buena, sonrió débilmente y alzó lentamente el dedo medio en dirección a Neal.

—¿Te ha enviado ZOG? —preguntó Carter.

—¿Quién es Zog? —preguntó Graham.

Carter levantó el brazo y a punto estaba de golpear nuevamente con la soga cuando se abrió la puerta y entró Bob Hansen.

Parecía preocupado y emocionado al mismo tiempo.

—El camión está aquí —dijo—. Han llegado las armas.

Carter bajó el brazo.

—Tenemos que actuar con rapidez. Estos dos pueden esperar y temblar de terror ante la ira de Jehová.

Carter soltó la tralla y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—¡Desatadlo! —gritó Neal—. ¡Por el amor de Dios, al menos tapadlo con algo!

Strekker se volvió hacia Neal.

—Volveré —dijo, y cerró la puerta al salir.

Graham levantó esforzadamente la cabeza. Tenía el rostro demudado a causa del sufrimiento, el pelo apelmazado y empapado en sudor y la espalda ensangrentada.

—Estamos ganando —graznó.

Cal salió al patio del campamento y vio un camión de alquiler para mudanzas. El camión estaba pintado de amarillo chillón, con letras negras estarcidas que anunciaban TROJAN en los laterales.



—La gente se cree que transporto condones —dijo el conductor al bajarse de la cabina de un salto—, pero en realidad tengo estudios universitarios.

A Cal le hizo gracia el comentario, pero ni Carter ni Hansen se rieron, de modo que frunció el ceño y miró al conductor al desgaire.

El conductor se frotó las manos y sopló sobre ellas.

—Hace más frío aquí que en Los Ángeles —se lamentó. Echó un vistazo al campamento y preguntó—: ¿Esperabais a alguien?

—¿Es usted el señor Mackinnon? —le preguntó Carter.

—No lo sería si tuviera elección, pero como no la tengo, lo soy.

—Soy el reverendo Carter, este es Bob Hansen.

—Me alegra ponerle un rostro a la voz.

—Me sorprende que haya venido solo —dijo Carter.

—Sé cuidarme solo —respondió Mackinnon.

Cal interpretó aquello como comentario y a la vez amenaza.

El tal Mackinnon paseó una mirada por toda la cuadrilla y sonrió. Desde luego, tenía pinta de saber cuidarse solo. Tenía la constitución de un oso y cualquiera que supiera mirar habría visto el contorno de la pistola de gran calibre que llevaba enfundada en su cinto.

Hansen preguntó:

—¿Qué nos ha traído?

—He traído mandanga suficiente como para reunir a todo un batallón de judíos y morenos con su creador —dijo Mackinnon—. Por desgracia, no puedo regalarla.

—El dinero está en la caja fuerte —dijo Hansen.

Mackinnon sonrió.

—Con eso me basta. Al fin y al cabo, jugamos todos en el mismo equipo, ¿verdad?

Cal dio un paso al frente.

—Quiero echarles un vistazo a las armas antes de pagar —dijo, intentando intimidar a Mackinnon con la mirada.

Mackinnon no era fácil de intimidar.

—¿Y tú quién eres? —preguntó.

—Es Cal Streckler —intervino Hansen—. Estuvo con los Rangers. Es nuestro instructor táctico.

—Muy bien, Cal —dijo Mackinnon—. Viendo todo este terreno llano y esas colinas que tenéis ahí atrás, se me ocurre que tengo justamente lo que necesitáis para defender vuestro perímetro. He traído unas cuantas minas accionadas por contacto que *también* podréis activar por control remoto desde vuestras torres de vigilancia. He traído unos cuantos lanzacohetes idénticos a los que los afganos han estado utilizando para derribar helicópteros soviéticos. Estoy seguro de que estarás familiarizado con ellos. Te los echas al hombro, aprietas el gatillo y bum. He traído cinco cajas de M-16 mejorados y modificados; ya no se atascan como solían hacerlo durante nuestras escaramuzas en el sudeste asiático. Incluso he traído una metralleta del calibre 50 refrigerada por aire que si la instalaras en ese búnker de ahí te permitiría partir en dos a cualquier fuerza de asalto que pretendiera atravesar la llanura. Por traer, he traído hasta morteros, ya que ese podría ser uno de tus problemas, si a tu enemigo le da por instalar unos cuantos ahí arriba en las colinas. Fácilmente podrían convertir esto en otro Dien Bien Phu, a menos que tengas artillería propia para desarraigarlos.

Cal estaba impresionado, pero no quiso que se le notara. Dijo:

—El caso es que nuestros planes van más allá de la simple defensa.

—Por supuesto que sí —replicó Mackinnon—, por eso he traído también dos estupendos rifles suizos de francotirador, un par de miras infrarrojas y tres automáticas calibre 22 de primera especial.

—No estamos aquí para disparar a latas, amigo —dijo Cal.

—Un proyectil del 22 bien colocado en el cerebro solventa el problema con rapidez, eficiencia y discreción. Claro que, para eso, uno necesita ser un verdadero profesional.

—¿Silenciadores? —preguntó Cal.

Mackinnon abrió los brazos cuan largos eran y exclamó:

—¡Pues claro!

Cal refunfuñó un poco más y después dijo:

—Parece que todo está en regla, señor Hansen, pero creo que sería mejor probar el material antes de entregar el dinero.

—No lo querría de otro modo —respondió Mackinnon—. De todos modos, tendré que enseñaros cómo funcionan algunos de estos artilugios.

Se dirigió a la parte trasera del camión y levantó la puerta. Cal lo siguió y revisó el interior de las cajas. Se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y se lo ofreció a Mackinnon.

—No, gracias —dijo este—. Estoy intentando dejarlo. —Se subió de un salto al camión y dijo—: Cal, ¿te importaría enviarme a algunos hombres para que me ayuden a descargar?

Cal le hizo una señal con la mano a la cuadrilla y los puso a trabajar. Después le preguntó a Hansen:

—¿Qué pasa con los prisioneros?

—Yo me encargaré de los prisioneros —intervino Carter.

—Sí, señor.

A Cal le parecía bien. Estaba mucho más interesado en las armas que había llevado Mackinnon; ya tendría tiempo de sobra para divertirse un rato con el manco bocazas y con aquel listillo de Carey. Con un poco de suerte, incluso podrían romper el récord de tres semanas de Harley. Que esperasen, pues.

—Por ahora vamos ganando —le repitió Graham a Neal—. Les hemos tenido hablando media hora y, ahora que ha llegado el envío de armas, podremos descansar un poco. Con algo de suerte, estarán un buen rato ocupados con sus nuevos juguetes, lo que equivale a más tiempo para que Ed se despierte y venga a sacarnos de aquí.

—Ojalá se diera prisa —respondió Neal. No pensaba que Graham pudiera sobrevivir mucho más tiempo, no entre el frío, el dolor y la conmoción—. Has estado genial, papá.

—A la mierda con estos tíos —respondió Graham—. Todavía no estamos muertos.

Pero lo estaremos, hijo, pensó. Y lo único que puedo hacer ahora por ti es intentar mantener el terror alejado de tu mente. Impedir que empieces a pensar en cómo será el dolor.

—¿Has empezado a preparar tu historia? —preguntó Graham.

—La verdad, no.

—Ponte a ello —ordenó bruscamente Graham—. Piensa en capas sobre capas.

—Entendido.

Sé lo que intentas hacer, papá, pero te seguiré el juego. Al menos nos dará algo con lo que entretenernos, y me parece que tenemos por delante una larga espera.

En aquel momento, Carter y Randy volvieron a entrar en la celda.

—¿Dónde está papá? —le preguntó Shelly a su madre.

Se encontraban de pie junto a la encimera de la cocina. Karen estaba sentada a la mesa, pelando patatas.

—En el tejado —respondió Peggy.

—¿Otra vez? —se rio Shelly—. ¿Quién se cree que es, Papá Noel?

—Cariño, tu padre siempre se ha creído Papá Noel, el conejo de Pascua y Peter Pan, todo en uno. Sigue trabajando en su gran sorpresa.

—¿Cuándo podremos verla? —preguntó Karen.

—Dice que esta noche.

Shelly puso los ojos melodramáticamente en blanco y dijo:

—Va a ser una tarde muuuy larga.

Mientras tanto, en el tejado, Steve tensó el último cable con una mano mientras con la otra amartillaba el grampillón. Quería terminar antes de que llegara la tormenta y le obligase a parar.

Echó un vistazo al cielo para escrutar nuevamente las nubes. Sí, pensó, parece que vamos a tener una Hanukkah blanca.

Entonces oyó un crepitar lejano de disparos procedente del rancho de Hansen. Eso está bien, que os soltéis la melena, pensó. Porque esta noche os voy a dar para el pelo.

Shoshoko también oyó los disparos. Apartó la vista del conejo que estaba despellejando y escuchó con atención. El sonido procedía del valle, cerca de la falda de la montaña. Pero ¿contra qué podrían estar disparando para necesitar tantas balas? ¿O se trataba únicamente de la absurda costumbre del hombre blanco de poner constantemente a prueba su puntería? Un juego infantil y despilfarrador, pensó Shoshoko.

Y, sin embargo, en su sueño había visto que los hombres blancos ascenderían la montaña y sabía que las balas serían para él. Volvió a concentrarse en despellejar el conejo. Necesitaban la carne y su destino no era morir a la luz del día. Los hombres blancos no llegarían hasta la noche.

Cal se dio cuenta de que el fragor constante de los chicos probando los M-16 de muestra estaba crispando a Mackinnon. En cualquier caso, se notaba que no le gustaba trabajar con explosivos; sus dedos parecían entumecidos debido al frío y sudaba profusamente, a pesar de que estaba echado sobre la nieve. Pero el traficante de armas ciertamente sabía lo que se hacía, Cal también se había dado cuenta de eso. Observó mientras Mackinnon terminaba de armar la mina y después cubría con un puñado de nieve el disco de metal, que más bien parecía un plato grande vuelto del revés.

—Apunta esta como «AV, RC 3» —le dijo Mackinnon a Cal, que tomaba notas en un cuadernito de pie a su lado.

No hará falta que me lo digas, pensó Cal. Mantener un registro del emplazamiento y tipo de las minas resultaba crucial. Aquella era la «antivehículo, radiocontrolada número tres», la última de las minas colocadas en el camino. Habían instalado una justo al

comienzo del desvío de la carretera principal, otra a mitad de trayecto y aquella última justo debajo de la puerta del campamento; si algo conseguía llegar alguna vez a embestir la puerta, podrían volarlo en pedazos allí mismo.

Ocultaron una docena de «AP, DC» —antipersona, detonación por contacto— siguiendo un patrón irregular alrededor del perímetro exterior del campamento. Se trataba de minas de esas tan simpáticas que explotan cuando apartas el pie *después* de haberlas pisado, dándote la jocosa elección de permanecer perfectamente inmóvil, ofreciendo un blanco perfecto, o arrojarte al suelo con lo que sea que quede de tu cuerpo después de que la mina te haya reventado debajo de los huevos. También enterraron veinticuatro minas huecas. El único modo de saber si estaban activas o no era pisarlas y ver si seguías con vida o únicamente quedaba de ti el recuerdo.

La idea era canalizar cualquier ataque hacia estrechos corredores no minados que sus hombres tendrían bien cubiertos con fuego de fusilería precalibrado. Aquello equilibraría la potencia de fuego de su pequeño contingente frente a la de un enemigo superior. Con disciplina y entrenamiento, un buen tirador con un M-16 debería ser capaz de proteger él solo su corredor mientras un arma de gran calibre fija en una posición central barría todo el campo de tiro. Los tiradores más diestros podrían situarse en las torres de vigilancia con sus rifles de francotirador e ir eliminando uno por uno a los líderes del contrario. Un buen equipo podría convertir el ataque enemigo en una debacle en apenas momentos. Por supuesto, para ello necesitarían una gran confianza mutua. La vida de cada hombre dependería literalmente de que los demás estuvieran cumpliendo con su cometido. Y Cal se iba a asegurar por sus muertos de que así fuera.

—Subamos a las torres para etiquetar los detonadores —dijo Mackinnon—. Después lo dejamos por hoy. Estoy baldado.

Habían aprovechado bien el día. Habían descargado las cajas de rifles y habían probado una docena de ellos. Después Cal puso a

sus hombres a montar y a limpiar el resto y bajaron a la falda de la montaña a disparar contra unos cuantos blancos para ir ajustando las miras. Luego Mackinnon se llevó a Cal y a Randy a un lado para revelarles los entresijos del rifle de francotirador Schmidt Rubin 31/55, una belleza suiza con soporte bípode, capaz de impulsar a larga distancia una bala de 190 gramos con gran precisión. Después, Cal y él habían iniciado la tediosa y sudorosa tarea de colocar las minas.

Cuando volvieron a entrar en el recinto del campamento, el cielo de última hora de la tarde se había tornado de un gris hosco y amenazador.

—¿Qué tal si ponemos la caja de interruptores en la torre sudeste? —dijo Cal—. Es la que tiene una mejor perspectiva del terreno.

—Podemos instalar una caja en cada una de las torres y otra en el búnker, si quieres. Es muy sencillo, solo hay que añadir unos conmutadores. De esta manera, no tendrás que preocuparte de estar en un lugar determinado para detonar las minas.

—Me parece bien —dijo Cal.

Estaba impresionado. Mackinnon había reflexionado largo y tendido sobre el asunto.

De modo que Mackinnon preparó cuatro cajas de control con interruptores de palanca y alimentación a pilas y programó las frecuencias. Instalaron una en cada torre de vigilancia y una más en la sala principal del búnker. Mackinnon enseñó a Cal qué interruptor detonaba cada mina. Para cuando terminaron, había oscurecido.

—Ahora podrás volar en pedazos al primer cabrón de ZOG que intente colarse aquí —dijo Mackinnon.

—Eso está bien —respondió Cal—. Puede que muy pronto las necesitemos.

Los ojos de Mackinnon se volvieron fríos y adustos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Bueno, tenemos un par de prisioneros que...

Cal vio que Mackinnon descolgaba la mandíbula en una mueca de incredulidad y que el rostro se le encendía de furia.

—¿Prisioneros? —siseó Mackinnon.

—Sí. Un par de ellos, yo...

—Vamos a ver, panda de gilipollas, ¿me habéis hecho traer todas estas armas a una zona vigilada?

—No está vigilada, es...

—¿ZOG me encerraría de por vida si me cogiera con este alijo! ¿Qué son esos tíos, polis? ¿FBI? ¿Servicio secreto? ¿Aduanas?

Joder, tampoco hace falta ponerse tan histérico, pensó Cal.

—Aún no hemos tenido tiempo de interrogarles a fondo.

—¿Pues habrá que hacerlo ahora mismo, coño!

Cal vio que Bob Hansen se les acercaba con aquella expresión agriada que se le ponía en la cara cuando pensaba que las cosas no estaban saliendo como él quería.

—¿Qué está pasando aquí? ¿A qué vienen todos esos gritos?

—¿Dónde está Carter? —rugió Mackinnon.

Cal casi sonrió, porque hasta entonces nunca había visto a nadie gritarle a Hansen.

—Está en mi casa, reposando —respondió Hansen.

—¿Quieres decir que mientras me deja con el culo al aire el suyo descansa entre algodones?

Cal tuvo que llevarse una mano a la boca y fingir que tosía.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Hansen.

Cal se dio cuenta de que el patrón estaba empezando a acalorarse.

—El problema —dijo Mackinnon con exagerada paciencia, como si estuviera hablando con el alumno más corto de quinto— es que me habéis hecho traer un camión lleno de armas de contrabando hasta un lugar cuya existencia al parecer es conocida por las fuerzas del orden. Ese es el problema.

—Nos estamos ocupando de... —empezó a decir Hansen.

—¡Y una mierda os estáis ocupando! —gritó Mackinnon.

Cal vio que Bob Hansen palidecía de golpe.



—¿Dónde están? —preguntó Mackinnon.

Miró al horizonte, puso los brazos en jarras y meneó la cabeza.

—Están encerrados —dijo Cal. Señaló el búnker pequeño—. Ahí dentro.

—Vamos —le dijo Mackinnon a Cal.

Hansen se interpuso.

—Un momento, un momento. Esto no es asunto tuyo. El reverendo Carter...

—Les habréis registrado en busca de transmisores, ¿verdad? —preguntó Mackinnon.

—Estábamos a punto de hacerlo cuando llegaste —mintió Cal.

Se sentía ligeramente avergonzado, sobre todo porque la mitad de su cuadrilla se encontraba a escasos metros de ellos, observando toda la escena.

Se sintió agradecido cuando Mackinnon volvió toda su ira hacia Hansen.

—Quiero mi dinero ahora mismo. No pienso pasar aquí ni un minuto más.

El rostro de Hansen parecía de piedra.

—Vamos a mi casa. Recibirá hasta el último centavo.

—¡Coño que si recibiré hasta el último centavo! Pero tráemelo aquí, al camión. No pienso meterme en ninguna casa con vosotros. Media Guardia Nacional podría estar escondida ahí dentro —respondió Mackinnon. Se volvió hacia Cal—. Eres el único tío medio competente de toda esta cuadrilla. ¿Te importa ir con él y traer mi dinero?

Cal miró a Hansen y el patrón asintió bruscamente.

—Quiero ver a tus prisioneros —exigió Mackinnon—. Llevo toda la vida esquivando a esos porculeros. Probablemente me baste echarles un vistazo para decirte a qué agencia pertenecen, a qué oficina y cómo toman el café.

Cal gritó hacia la recua de hombres que seguían de pie a su lado, fingiendo no escuchar.

—¡Jory! ¡Dave! ¡Llévadle a ver a los prisioneros! ¡Mantened los ojos bien abiertos!

—Increíble de verdad —farfulló Mackinnon mientras se encaminaban hacia el búnker.

Metió la mano bajo su abrigo, sacó su pistola y la dejó junto a la puerta.

Dave y Jory le miraron de hito en hito.

—Nunca entres con un arma en una celda —explicó Mackinnon—. ¿Y si el preso forcejea contigo y te la quita?

—Están encadenados a la pared —dijo Dave—. Y Randy está dentro con ellos.

—Entonces ¿para qué necesitáis las armas? —replicó Mackinnon.

Dave y Jory se quitaron las pistolas y entraron en la celda. Randy cerró la puerta tras ellos y encendió la luz. Mackinnon vio al joven que tiritaba sentado en el suelo y al hombre que sangraba hecho un guiñapo entre dos caballetes.

Entonces perdió los estribos.

La patada lateral con giro de Ed golpeó a Dave en el plexo solar, dejándole sin resuello y prácticamente sin ganas de vivir. Dave se desplomó al suelo boqueando mientras sus piernas se convulsionaban espasmódicamente, como las de una cucaracha boca arriba.

Randy desenvainó un cuchillo de combate de su cinturón y lo blandió hacia el cuello de Ed. Este pivotó a la izquierda, alzó ambos brazos y los cruzó formando una X. Bloqueó el cuchillo, agarró a Randy de la muñeca, se colocó detrás de él pasando por debajo de su brazo inmovilizado y a continuación golpeó la muñeca de Randy contra su clavícula. El cuchillo cayó de la mano de Carlisle al tiempo que su codo se partía con un crujido seco. Carlisle chilló mientras Ed se pasaba el brazo roto por encima de la espalda, agachaba el cuello y tiraba del hombro hasta dislocarlo. Ed le asestó una patada a Randy en la cara, rompiéndole la nariz y un pómulos, y después lo dejó caer al suelo.

Todo lo cual le ocupó quizá cinco segundos, durante los cuales Jory permaneció inmóvil observando conmocionado hasta que consiguió volver a recuperar el control de sus piernas y se dirigió hacia la puerta. Ed se arrojó sobre él, lo agarró de la parte trasera del cinturón, tiró hacia atrás y lo lanzó por encima de su hombro. El muchacho aterrizó con fuerza en el suelo, golpeándose la cabeza contra el hormigón y perdiendo el conocimiento.

Ed desató rápidamente a Graham y lo tomó entre sus brazos.

—Has estado entrenando —le murmuró Graham a Ed.

Ed sentó a Graham con sumo cuidado. Después se quitó su enorme abrigo y lo extendió sobre el suelo. Una tira de velcro debajo de la axila izquierda sostenía una pistola automática grande. Otra tira aseguraba lo que parecía ser una caja negra, pequeña y chata. Ed desprendió ambas cosas y a continuación envolvió a Graham en el abrigo. Miró los ojos hinchados de Graham, que más bien parecían rendijas.

—¿Quién te ha hecho esto?

Graham señaló a Randy con la barbilla.

—Ese es uno de ellos, pero creo que ya le has roto hasta el último hueso del brazo.

Ed asintió, vio que Dave luchaba por ponerse a gatas, pivotó sobre el pie derecho y le asestó una patada lateral en la mandíbula. La cabeza de Dave rebotó contra la pared y volvió a desplomarse al suelo.

—Ninguno de los dos fuma, ¿eh? —preguntó Ed—. Necesito un pitillo.

Se inclinó sobre el cuerpo inconsciente de Dave y encontró una cajetilla de Marlboro y unas cerillas en el bolsillo de la camisa. Sacó un cigarrillo, lo encendió, le dio una calada y exhaló con un suspiro de satisfacción.

—Ha sido un día muy largo —dijo.

—Esto... ¿Ed? —preguntó Neal—. ¿Podrías soltarme, si no te importa?

—Lo siento, me he dejado llevar.

Le quitó el llavero a Randy, encontró las llaves adecuadas y abrió las esposas.

Neal se frotó las muñecas para recuperar la circulación de las manos.

—Me alegro de verte, Ed —dijo.

—Me alegra ser visto —respondió Ed.

De espaldas a Graham, formó con los labios las palabras «¿Puede caminar?».

Neal negó con la cabeza.

—Qué capullo eres —farfulló Graham—. ¿Por qué no nos dijiste lo que tenías planeado?

Ed esposó a Dave a la pared mientras decía:

—¿Y si resulta que te capturaban... cosa que han hecho, y te torturaban... cosa que han hecho, y se lo contabas todo? Cosa que no has hecho, pero solo habían empezado. De esta manera no tenías nada que contarles.

—Muchas gracias. Entonces ¿qué? ¿Tienes un ejército ahí fuera? —preguntó Graham.

—He venido solo —respondió Ed. Señaló los cuerpos tirados por el suelo—. Yo soy un ejército.

Manda huevos, pensó Ed. Tenía un equipo de asalto a la espera en Reno. Se suponía que aquella iba a ser únicamente una expedición de reconocimiento. Para averiguar qué diablos estaba pasando con Carey y con Graham a la vez que entrampaba a los HDS para asegurarse de que les cayera un delito federal de tráfico de armas además de los diferentes cargos de robo. Y, por supuesto, para recuperar el dinero del Banco. A Ed ni se le había pasado por la cabeza que encontraría a Neal y a Joe encadenados en un búnker. Y cuando vio a Graham atado a los caballetes, sangrando y dolorido, supo que no tendría tiempo para ir hasta Reno y volver. No a menos que solo quisiera recuperar los cadáveres.

Jory se estaba poniendo de pie apoyándose en la pared.

Ed le hizo un gesto con las esposas.

—Ven aquí, chaval.

Jory extendió las manos y Ed lo encadenó a la pared.

—Entonces ¿tienes un plan secreto para sacarnos de aquí? —preguntó Graham.

Bueno, lo tenía, pensó Ed.

—Eso dependerá de cuántos seamos —respondió Ed—. ¿Cody?

—Está muerto —respondió Graham.

Neal empezó a replicar:

—No está...

—Neal no está convencido de ello —dijo Graham.

Neal le dio una patada a Randy en el estómago.

—¿Qué fue del niño? —preguntó.

—No lo sé.

Y una mierda no lo sabes, pensó Neal. Agarró a Randy del brazo roto y tiró hacia arriba. Randy aulló:

—¡No lo séééééé!

Neal le dio una vuelta completa al brazo roto.

—Responde ahora mismo, pequeño nazi de mierda —dijo Neal.

Arrojó a Randy de cara contra la pared, estiró el brazo fracturado sobre el hormigón y le dio un topetazo en el codo roto con la mano.

Randy señaló frenéticamente con el brazo bueno. Señaló a Jory.

—Lo mató él, lo mató él —jadeó Randy—. Carter dijo que el niño debía morir... la semilla de un traidor... Ninguno de nosotros quiso hacerlo... Él se ofreció voluntario. Se lo llevó entre los matorrales y le pegó un tiro.

Neal soltó a Randy, bajó la mirada y vio el sentimiento de culpa en el rostro de Jory. Cogió el cuchillo del suelo y se puso de rodillas ante él.

—Asqueroso... —dijo apoyando la punta del cuchillo contra la garganta de Jory.

Neal sintió el pesado azote de la mano artificial de Graham sobre la muñeca y el cuchillo salió volando de su mano. Se agarró el brazo y giró la cabeza para encontrarse a Graham arrodillado a su lado.

—¿Qué? —preguntó Graham—. ¿Te han convertido en uno de ellos?

Neal lo dejó estar y se sentó con los ojos clavados en el suelo. Era incapaz de devolverle la mirada a Graham. Acabo de torturar a un hombre malherido y he intentado matar a un adolescente perturbado, pensó Neal. A lo mejor sí que me han convertido en uno de ellos.

Entonces oyó a Jory lloriquear:

—Yo no maté a Cody.

¿Qué?

—¿Quién lo hizo entonces? —preguntó Neal.

—Nadie. Se suponía que iba a matarlo yo, pero no lo hice. Me lo llevé de aquí y lo escondí.

—¿Dónde? —exigió saber Neal.

Los ojos de Jory tenían una mirada vidriosa.

—En el lugar del comienzo y el fin.

—¿De qué coño estás hablando?

Jory mostró una sonrisa tímida y hermética.

—Te llevaré hasta allí —ofreció—. Te llevaré a ver al Hijo de Dios.

Entonces Neal oyó que la voz de Streckker gritaba al otro lado de la puerta:

—¡Mackinnon, tenemos el dinero!

La puerta se abrió y Cal apareció en lo alto de las escaleras.

El condenado Streckker era demasiado rápido. Asimiló la escena, llegó a una conclusión y cerró la puerta de inmediato.

Neal le oyó dar voces en el exterior, avisando al resto de la cuadrilla. Después captó el ruido de las botas pisoteando la nieve, el chasquido de los rifles siendo amartillados y el retumbar metálico de la puerta del campamento al ser cerrada.

Genial, pensó Neal, estamos encerrados en un búnker cercado por una valla y sitiados por un par de docenas de asesinos fanáticos bien entrenados y bien armados.

—Entonces ¿qué? —dijo Ed—. ¿Listos para marcharnos de este antro?

Steve Mills se ajustó el casquete en la parte trasera de la coronilla y se puso de pie, presidiendo la mesa.

Se aclaró la garganta, miró a Peggy, a Shelly y a Karen, y dijo:

—Como ya sabéis para vuestra desgracia, por lo general no suelen faltarme las palabras. Pero esta noche, por primera vez en mi vida, me encuentro celebrando una festividad en honor de mi padre y de mis abuelos. Nunca supe... en realidad nunca me importó... qué fue lo que les llevó a renunciar a su identidad judía. Siempre supuse que habría sido para encajar más fácilmente en Norteamérica. E imagino que debió de funcionar, ya que siempre me he sentido completamente integrado en este país. Pero supongo que, hasta hace poco, nunca había sido consciente de que hubo que pagar un precio a cambio de ese bienestar y que fueron mi abuelo y mi padre quienes lo pagaron. Ese precio fue el de su herencia, su identidad y, me temo, también parte de su orgullo. Por eso, esta noche voy a honrar una festividad de la que apenas conozco nada para intentar recuperar algo de todo aquello. Quizás incluso para reivindicar una parte de mí mismo que se había perdido por el camino. Y para devolverte algo, Shelly, que te fue sustraído.

Steve vio que a los ojos de su esposa y su hija asomaban lágrimas y tuvo que parar un momento y aclararse nuevamente la garganta.

—Ni siquiera es que nos avergonzara ser judíos... y desde luego no es algo que nos vaya a avergonzar ahora en lo más mínimo. El judaísmo era algo en lo que ni siquiera pensábamos, igual que no pensábamos en el cristianismo, supongo. Simplemente nunca tuvo importancia.

»Pero entonces vi a mi hija —hizo una pausa para sonreírle a Shelly—, siendo atacada porque su padre es medio judío, y en ese momento por supuesto que cobró importancia. Imagino que mis abuelos debieron de sufrir por su condición de judíos en Rusia. Ese probablemente fuera el motivo de que emigrasen aquí, trayéndose

consigo aquel temor. De ahí que disimularan su condición de judíos, porque no querían que sus hijos sufrieran lo mismo que habían sufrido ellos.

»Y, que Dios les bendiga, pero creo que hicieron mal, porque este país... si significa algo, significa que no tienes que esconder quién eres y que no tienes que agachar la cabeza ante los idiotas que te odian por ello. Y yo amo este país.

»Karen, gracias por ser nuestra invitada de honor esta noche y por compartir esta nueva tradición con nosotros. Y Peggy, espero que toda tu familia irlandesa católica te perdone por esto...

—No me lo habría perdido por nada del mundo —dijo Peggy.

—Así pues, Shelly —dijo Steve—, en honor de tus abuelos y bisabuelos y de todos aquellos que vinieron antes que ellos, ¿quieres encender tu vela?

Mientras Steve miraba, Peggy lloraba en silencio sobre su servilleta y Karen Hawley le dedicaba una sonrisa radiante, Shelly Mills, con su vestido blanco, la larga melena suelta y reluciente bajo la suave luz, se levantó y encendió las velas de la menorá.

Cuando hubo terminado, Steve les sirvió a todos el tradicional vino y alzaron sus vasos en el tradicional brindis:

—*L'chaim*. Por la vida.

—¡Sabes que lo mataré! —gritó Neal por la espillera.

Se había escudado detrás de Jory, y le apuntaba a la cabeza con la pistola de Ed.

—¡Lo sé! —gritó Hansen en respuesta.

—¡Vamos a salir! —gritó Neal—. ¡Nos vamos a subir al camión y nos lo vamos a llevar a Austin! ¡Lo dejaremos libre cuando lleguemos allí! ¡Si veo, oigo o incluso huelo algo que no me guste, lo reviento a balazos! ¿Me ha entendido?

—¡Lo he entendido! —gritó Hansen.

Neal se volvió hacia Ed, que se había echado a Graham sobre el hombro como si fuera un bombero. En la otra mano sostenía la



cajita negra.

—¿Estás listo? —preguntó Neal.

—Vamos allá.

Neal cogió a su rehén del cuello y lo empujó hacia la puerta.

—¿Estás seguro de que eres capaz de acertar el disparo? —preguntó Hansen.

Estaba preocupado. Habían hecho todo lo que Neal había exigido. Habían abierto la puerta del búnker y la del campamento, habían dejado las llaves del camión en el contacto, habían apagado los proyectores y habían hecho bajar a los hombres de las torres de vigilancia.

Pero muchas cosas podían salir mal, sobre todo si Cal erraba el tiro.

—Estoy seguro —respondió Cal.

Estaba echado junto a Hansen, los dos pegados al interior de la valla al otro extremo del campamento. Cal tenía el rifle de francotirador, con su bípode firmemente enterrado en la nieve, apuntado hacia la puerta del búnker. La mira telescópica infrarroja le proporcionaba una visión perfecta en la oscuridad.

Había apostado a un centinela agachado en cada una de las torres y más hombres en el búnker principal, cada uno con su nuevo M-16 armado, cargado y listo para ser disparado. Uno de los guardaespaldas de Carter se había instalado con la metralleta sobre el búnker principal, dispuesto a barrer los cuarenta metros de espacio abierto que separaban a los prisioneros de su camión.

La puerta del campamento estaba abierta, pero Cal había ordenado a Craig que se tumbase entre los matorrales, listo para volver a cerrarla tan pronto como empezase el tiroteo, por si acaso alguno de los intrusos conseguía alcanzar el camión.

Pero ninguno de ellos lo conseguirá, pensó Cal. No mientras acarrean a un hombre herido. Eso les frenará a todos, y mi colega Neal será un blanco fácil, por mucho que intente esconderse detrás

de Jory. Solo tendré que disparar al joven Hansen primero y después eliminar a Neal.

Y si se da la remota posibilidad de que el grandísimo hijo de perra llega hasta el camión, nos limitaremos a volarlo por los aires con las minas.

Así que... salid, muchachos. Estamos preparados para recibirlos.

—¿Cuántos crees que hay ahí fuera? —preguntó Ed.

—Veinte o así —respondió Neal—. Cada uno de ellos armado con uno de los rifles que les has traído.

—Qué vida tan perra, ¿eh?

—Está a punto de serlo —respondió Neal.

Agarró a su rehén con más fuerza y abrió la puerta de par en par.

Cal observó a través de la mira nocturna cómo Neal salía, escudándose detrás de su rehén. Ed le siguió al exterior, acarreado al cabroncete manco encima del hombro como si fuera un saco de grano.

—¿Ese de ahí es Jory? —susurró Hansen.

Era difícil distinguirlo contando únicamente con la luna como única fuente de iluminación.

—Sí —respondió Cal.

Había reconocido el sombrero vaquero de Jory. Lástima de muchacho. Les concedería quizás otros diez metros para intentar conseguir un tiro limpio a la cabeza de Neal, pero más allá de eso... En fin, hasta nunca, Jory.

Aquel cabrón de Carey se estaba cubriendo con eficacia. Cinco metros, seis metros... Cal centró la cruz de la mira en la cabeza de Jory.

—No dispaes, no dispaes —susurró Hansen.

Siete metros, ocho... Cal comenzó a aplicar presión sobre el gatillo.

Vale, pensó, tienes que disparar dos veces en rápida sucesión. Primero Jory, después Neal.

Nueve metros... diez. Al menos será rápido, Jory. Cal apretó el gatillo.

El proyectil hizo saltar el sombrero vaquero de la cabeza de Randy y provocó una lluvia de sangre, hueso y sesos sobre Neal. Este soltó el cuerpo y echó a correr a toda velocidad hacia el camión. Oyó el ruido de las pisadas de Jory saliendo del búnker y siguiéndoles a la carrera. Los proyectores se encendieron y bañaron el campamento en una luz blanca y áspera.

Cal vio lo que quedaba de la cara de Randy mientras su cuerpo giraba y se desplomaba al suelo. En el medio segundo que había tardado en ver morir a su amigo, Neal salió del campo de su mira telescópica.

—¡Mierda! —gritó.

Strekker se levantó para hacerle una señal a Carter en la torre de vigilancia sudeste.

El guardaespaldas de camisa parda esperó sentado tras la metralleta a que las luces se encendieran, después apuntó el arma medio metro por delante del grandullón que avanzaba a trompicones bajo el peso del hombre herido. Dejaría un poco de espacio por delante y luego barrería hacia atrás con una ráfaga de proyectiles. Casi iba a ser demasiado fácil.

Apuntó y apretó el doble gatillo. Su mundo reventó en un destello naranja en el momento en que la pólvora estalló en la recámara y le abrasó los ojos.

El reverendo C. Wesley Carter oyó el disparo y después el grito, así que se puso de pie en la torre de vigilancia. Colocó una mano sobre

la caja de detonadores y esperó a recibir la señal.

Cal oyó los gritos provenientes del búnker principal.

—¡No disparéis ninguna de las armas nuevas! —bramó—. ¡Sacad las viejas del búnker!

Le echó un vistazo a la puerta principal y vio que Vetter la cerraba a conciencia.

—¡Te tengo atrapado, hijo de puta! —gritó Cal hacia el camión.

Pero espero poder capturarte aún con vida, pensó. Dedicaré meses a matarte.

Neal se lanzó de cabeza a la caja del camión, ayudó a Jory a subir y cerró las puertas. Una ventanilla corredera se abrió en la parte delantera.

—¿Estáis bien? —gritó Ed.

—¡Estamos enteros los dos! ¿Cómo está Graham?

—¡Está bien, pero esos cabrones nos han cerrado la puerta!

Ed encendió el motor, apretó el acelerador y enfiló el camión hacia la entrada del campamento.

Cal vio que el camión se ponía en marcha. No pasaba nada. Todavía tenían tiempo de sobra para recuperar sus viejas armas. Aquel camión no sería capaz de arrancar las puertas.

Ed apuntó su cajita negra hacia el parabrisas y pulsó el botón. La mina hizo explosión y las puertas saltaron de sus goznes. Ed pisó a fondo el acelerador y el camión avanzó dando brincos por el camino.

Carter vio que el camión salvaba la puerta. Casi le alegró que así fuera. Ahora, pensó, seré yo quien os envíe en pedazos al infierno. Consultó el diagrama que le había dado Streckker. Empezó a contar hacia atrás desde cinco.

Cal se levantó convulsamente del suelo después de la explosión. El campamento estaba sumido en el caos, los heridos gritaban, sus hombres corrían en todas direcciones buscando armas como desesperados. ¿Qué diablos ha pasado con la mina?, se preguntó. ¿Habrá pulsado Carter el interruptor demasiado pronto?

Levantó la mirada hacia la torre y apenas llegó a distinguir a Carter con la caja de interruptores en la mano. De modo que o bien le había entrado el pánico y había pulsado el botón equivocado o...

Streckker echó a correr hacia la torre.

Carter vio que el camión se acercaba a la mina oculta bajo la nieve en medio del camino. También vio que Cal corría hacia él. No se preocupe, señor Streckker, yo me encargo.

Cal agitó los brazos desafortunadamente al tiempo que gritaba:

—¡Noooooo!

Carter vio que Cal le daba la señal. Pulsó el interruptor de palanca marcado «AP, RC 2». Y eso, pensó, los hará pedacitos para el diablo.

La primera bomba hizo explosión en el arsenal. Reventó la puerta de madera del búnker y, tal como había planeado Ed, provocó al menos otras cincuenta explosiones secundarias a medida que los proyectiles de mortero, cohetes y balas iban reventando debido al fuego. La segunda detonación desmoronó una torre de vigilancia. La siguiente liberó el gas lacrimógeno que Ed había colocado junto a la carga detonadora en el búnker principal.

Cal besó el suelo y mantuvo la cabeza agachada mientras a su alrededor volaban los escombros y las explosiones secundarias de las cananas, las granadas y los proyectiles de mortero convertían el campamento en una chatarrería. Así que las bombas estaban en las baterías de las cajas de interruptores. Y aquel predicador loco estaba activando los conmutadores uno tras otro. Cal enterró la cabeza bajo un brazo y esperó a que pasara la tormenta.

Craig Vetter estaba echado sobre la nieve. Apuntó contra los neumáticos traseros del camión, rezó una rápida oración para rogar que su arma no fuese una de las saboteadas y disparó.

Neal notó que el camión se hundía sobre sus ruedas pinchadas. Agarró a Jory del cuello de la camisa, abrió la puerta y saltó rodando. Varias balas fueron a estrellarse contra el camión por encima de su cabeza.

Ed se agazapó delante del camión y corrió medio a gatas hasta la puerta del pasajero. Sacó a Graham de la cabina y se lo echó al hombro como un saco.

—¡Neal! ¡Prepárate a correr! —gritó.

Carter vio que el mundo se hundía vertiginosamente en el caos. Por todas partes había llamas, el sulfuro le irritaba los ojos y la nariz, los gritos colmaban sus oídos y el camión lleno de diablos se alejaba por el camino, a pesar de que él seguía pulsando frenéticamente los interruptores. Otra torre de vigilancia se inclinó para acabar desmoronándose. El refugio de Jehová se estaba viniendo abajo a su alrededor. Carter arrancó la caja de interruptores del poste y se la pegó al pecho. La agitó furiosamente.

Después pulsó el último interruptor.

Un segundo más tarde, todas las minas colocadas alrededor del perímetro del campamento explotaron al unísono, levantando nubes de tierra, nieve y humo.

Craig se arrojó al suelo y se protegió la cabeza con los brazos.

Neal gateó hasta Ed.

—Hay un rancho a tres kilómetros al norte de aquí. Es la única otra casa en todo el valle. Nos veremos allí.

Ed asintió, alzó a Graham a pulso y echó a trotar hacia la carretera principal. Neal regresó gateando hasta Jory.

—¿Cómo podemos llegar hasta allí?

—Normalmente voy a caballo.

Neal se lo pensó un segundo. El corral se hallaba como poco a cien metros en dirección sur. Podrían alcanzarlo si se ponían en marcha de inmediato, mientras todo el mundo seguía con la cabeza agachada debido a las explosiones.

—¡Vamos!

Se pusieron en pie de un salto y esprintaron hacia el corral.

Un par de minutos más tarde, Cal Streckler se levantó del suelo y fue a inspeccionar lo que quedaba de campamento. No era demasiado. Tres torres se habían derrumbado, el búnker del arsenal había quedado destruido junto a sus 200.000 dólares en armamento nuevo, el búnker principal se mantenía intacto pero estaba inundado de gas lacrimógeno. Sus tropas tampoco se encontraban en buen estado. La mayoría de los guardaespaldas de camisa parda de Carter estaban a cuatro patas, tosiendo, asfixiándose o vomitando. Dos habían resultado malheridos: el de la metralleta con los ojos abrasados y uno apostado en una de las torres que había perdido tres dedos.

Peor aún, Cal sabía que no tendría tiempo material para rehacer el campamento ni su compañía. ZOG se había infiltrado en la organización y le había asestado un duro golpe. A continuación

sería la policía oficial quien hiciese acto de presencia, con sus órdenes judiciales y demás legalismos. Y habían dejado escapar a tres hombres que podrían testificar.

Strekker se puso a dar gritos por todo el campamento hasta que consiguió reunir a sus hombres. Carter podía preocuparse personalmente de sus inútiles neonazis de Los Ángeles.

Hansen se acercó a él.

—¿Has visto a mi hijo? —gritó—. ¿Has visto a Jory?

Cal paseó la vista por el campamento. No vio al muchacho. Oteó más allá de la llanura de matojos y vio un caballo con dos jinetes a la luz de la luna.

—No lo sé —le dijo a Hansen. Señaló el caballo y los jinetes que galopaban hacia las montañas—. ¿Es ese de ahí?

Hansen escrutó la noche y reconoció a su hijo. Pero ¿quién diablos lo acompañaba?

Dave Bekke se acercó cojeando a Hansen.

—Hay una cosa que debería saber, señor.

—Ahora mismo, hay cantidad de cosas que debería saber.

—He oído a Jory decirle a Neal que no mató al niño aquel —dijo Bekke—. Puede que únicamente lo dijera porque Neal le había puesto un cuchillo en la garganta, pero...

—Pero ¿qué? —gritó Hansen.

—Jory también ha dicho no sé qué de que el chico era el Salvador, el Hijo de Dios. Ha dicho que se lo llevó para esconderlo en «el lugar del comienzo».

Carter se abrió paso hasta el centro del círculo y preguntó:

—¿Utilizó esas mismas palabras? ¿El lugar del comienzo?

—Sí, ha dicho que lo tenía escondido en el lugar del comienzo y el fin.

—Eso es ridículo —dijo Hansen—. ¿Cómo iba a sobrevivir un niño de dos años completamente solo en medio de las montañas?

—No lo sé, señor. Solo estoy repitiendo lo que ha dicho Jory.

Cal dijo:



—Apuesto a que allí es adonde se dirige y apuesto a que ese que va con él es Neal Carey.

Vetter añadió:

—Jory va muy a menudo a esas cuevas que hay arriba en la montaña.

—¡Tenemos que encontrar a ese niño! —ordenó Carter.

Hansen tomó el mando de la situación.

—Cal, tú y yo nos llevaremos a un par de hombres y seguiremos el rastro de Jory hasta encontrar esas cuevas. Dave, quiero que te pongas al frente de una cuadrilla y que deis caza al tal Mackinnon o como diablos se llame. Podéis empezar por acudir directamente a casa del judío. No me extrañaría nada que estuviese detrás de todo esto. ¡Vamos, en marcha!

Carter se llevó a Hansen a un lado.

—Esto es muy emocionante, Robert —dijo.

Hansen negó con la cabeza.

—Aquí estamos *acabados*, reverendo. Mañana mismo esto será un enjambre de agentes de ZOG. Nuestra única oportunidad es encontrar a esos individuos, matarlos y pasar a la clandestinidad.

Hansen sintió toda la amargura de sus palabras. Sus sueños para aquel valle, aquel refugio, aquel bastión blanco, habían quedado hechos añicos.

—¡No lo entiendes, Robert! —le alentó Carter—. ¡Puede que haya llegado el momento! ¡Puede que Jory salvara al niño por inspiración divina! ¡Puede que haya encontrado el lugar del comienzo y el fin, el reducto sagrado de la tribu perdida!

—No entiendo *nada*, reverendo.

—No creo que Jory se llevara al muchacho, creo más bien que fue el muchacho quien se llevó a Jory y lo guio hasta el lugar sagrado. Bien podría ser el niño de la profecía. Recuerda, Apocalipsis 12, 5: «Y ella dio a luz un hijo varón, el cual había de regir todas las naciones con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono». Pero el dragón peleó para hacerse con el hijo varón, Robert. Y el hijo varón permaneció escondido mientras

la batalla alcanzaba su apogeo. Y los ángeles mataron al dragón. ZOG es el dragón, ¡nosotros somos los ángeles! ¡Y la batalla acaba de empezar! ¡Está aquí, Robert! ¡Ha llegado!

Hansen paseó la mirada por las ruinas de su sueño.

—¿*Qué* es lo que ha llegado?

Los ojos de Carter resplandecieron.

—¡El Fin de los Tiempos!

Shoshoko salió gateando hasta la boca de la cueva cuando oyó el viento. Las nubes cruzaban velozmente por delante de la luna y de repente comenzó a nevar mientras el cielo pasaba de negro trémulo a gris mortecino y, por último, a un blanco reluciente.

Shoshoko sabía que la nieve había sido enviada para relajar su espíritu, para facilitarle el paso al otro lado. El niño bajaría de la montaña igual que la nieve bajaba del cielo.

A Shoshoko le entristecía tener que dejar la tierra, pero era algo que todo hombre debía hacer. Le entristecía tener que dejar al niño, pero tal era el destino de ambos. Se sentó al borde de la cueva y empezó a cantar su canción de muerte.

Era el Fin de los Tiempos.

# 12

Neal se agarró con fuerza mientras Medianoche ascendía cuidadosamente el estrecho sendero. Las ramas de cedro que el caballo iba echando a un lado arrojaban nieve sobre los brazos de Neal. Más nieve caía sobre su cabeza y sobre su espalda, le golpeaba en la cara arrastrada por el viento.

Notó que el caballo alcanzaba titubeante un terreno llano y entonces oyó lo que sonaba como un cántico que surgía de algún lugar en las alturas. Era una canción triste pero curiosamente relajante, cantada con la voz propia de un viejo ángel flotando en su nube.

Me pregunto si morir será algo parecido, pensó Neal. Un lento paseo por un túnel de blancura mientras un ángel te canta para orientarte en el camino de vuelta a casa.

Medianoche encontró un hueco entre dos paredes de roca y descendieron por una cañada. Después el caballo viró bruscamente a la derecha, después otra vez a la izquierda y de repente Neal pudo ver.

Se encontraban en un cañón sin salida de paredes de roca roja. Unos pocos cedros se aferraban a los estrechos salientes. La cara norte del cañón bloqueaba el viento y la mayor parte de la nieve. Estaban aislados del resto de las montañas y también del valle que se extendía más abajo. Bien podrían estar en otro mundo.

Neal se dio cuenta entonces de que los cánticos venían del precipicio situado en la cara norte. Alzó la mirada y vio un pequeño círculo de luz suspendido a unos quince metros de altura, entre las

rocas. La voz parecía emanar de aquella bola reluciente. Esto ya empieza a parecer un cuento de fantasmas, pensó.

—¿Qué es eso que estoy oyendo? —le preguntó a Jory. Señaló el círculo de luz que parecía flotar en mitad del precipicio—. ¿Qué diablos es eso?

—Ese es el ángel —dijo Jory con calma—. El guardián.

—¿Está guardando a Cody? —preguntó Neal.

—Siempre. —Jory hizo que Medianoche se detuviera—. Normalmente subo andando desde aquí, pero esta vez podríamos necesitar a tu caballo. Creo que podremos guiarle de las riendas la mayor parte del camino.

Neal se bajó cuidadosamente del animal al tiempo que Jory descendía de un salto. Jory tomó las riendas de Medianoche y se encaminaron hacia la base del precipicio. Fueron siguiendo su irregular trazado durante unos treinta metros y después Neal pudo ver un estrecho saliente de piedra que ascendía como una rampa hacia la luz. A medida que subían se fue intranquilizando. Parecía como si un simple resbalón fuera a bastar para hacerle caer a plomo por el precipicio de roca.

Primero un pie y después el otro, se dijo Neal. Límitate a concentrarte en cada paso.

Incluso Medianoche parecía nervioso y posaba con sumo cuidado cada casco sobre la roca resbaladiza. Jory era el único que no parecía preocupado. Iba con la cabeza gacha y se limitaba a subir pesadamente la rampa en dirección a la luz.

Cuando se hubieron acercado un poco, Neal se dio cuenta de que, después de todo, la luz no tenía nada de misteriosa. Surgía de la boca de una cueva. Cuando se hubieron acercado un poco más, reconoció el parpadeo de una pequeña hoguera.

Jory se detuvo a escuchar los cánticos. Cuando oyó una pausa, profirió un sonido como de pájaro.

La canción se interrumpió y oyeron un trino parecido en respuesta.

Jory siguió avanzando hasta que alcanzaron una gran fisura que atravesaba la pared de roca en diagonal.

—Esto es todo lo lejos que podemos llegar con el caballo —dijo.

Neal observó mientras Jory guiaba a Medianoche unos seis metros hacia el interior de la fisura y ataba las riendas a una retorcida rama de cedro. Después regresó junto a Neal y lo condujo durante otros treinta metros de subida por el saliente hasta que llegaron a la boca de la cueva.

Era un pequeño boquete en la roca, puede que de un metro de alto por tres de ancho y poco más de medio metro de hondo.

En su interior Neal vio a un hombre diminuto; sentado, perfectamente inmóvil, iluminado desde atrás por el fuego, que parecía arder dentro de la roca. Pero no había humo. Ciertamente aquel hombre no podía medir más de metro cincuenta, a lo sumo, y tenía aspecto de ser bastante mayor. Iba envuelto en lo que parecían ser pellejos de conejo. Tenía una larga melena plateada, enmarañada y apelmazada.

Jory señaló más allá del anciano y después se señaló a sí mismo.

El hombre negó con la cabeza. Después señaló a Neal.

A continuación se levantó hasta quedar en cuclillas y Neal vio que la luz ardía por detrás de él. El hombre gateó hacia la luz. Jory lo siguió y ambos desaparecieron de repente. Neal se puso a cuatro patas y gateó tras ellos.

Era un agujero, un pequeño y redondo túnel de entrada. Neal avanzó unos tres metros sumido en una oscuridad total y después vio la cueva.

En el centro ardía una hoguera. Echado junto al fuego, sucio y flaco pero dormido como un bendito, había un niño pequeño envuelto en un pellejo de muflón. Tenía el rostro vuelto hacia la calidez de la lumbre y los ojos cerrados. Sus finos labios estaban ligeramente entreabiertos y Neal se dio cuenta de que hacía un mohín al respirar.

Ahora podían ponerse de pie sin problemas, pues la cámara tenía una altura de unos tres metros y medio en el centro. En su interior el aire era puro, ya que el humo de la pequeña pero eficaz hoguera salía por la parte trasera de la cueva.

Neal se acercó al niño tumbado y bajó cuidadosamente las pieles que le cubrían la cabeza. Observó el sucio pelo rubio y susurró:

—Hola, Cody. Me alegro mucho de conocerte.

Volvió a cubrir al niño y miró a Jory, solicitando una explicación. Jory se limitó a señalar las paredes de la cueva.

Neal miró a su alrededor y entonces lo entendió todo súbitamente.

No había manera de adivinar cuán antiguas serían las pinturas, pero, incluso a la débil y parpadeante luz de las llamas, Neal se dio cuenta de que iban más allá de lo arcaico. Relataban historias de una época en que los hombres cazaban animales gigantes a pie y las mujeres recolectaban semillas y raíces, y el trueno y el relámpago eran la música de Dios. Hablaban de una era en que los hombres luchaban con leones y las mujeres ocultaban a sus hijos en la seguridad de la cueva, y en la que Dios, en ocasiones, se llevaba a los niños consigo, se los llevaba a los cielos.

Y al verlas, Neal entendió. Entendió cómo el pobre y perturbado Jory, que había recibido la educación que había recibido y que había presenciado los horrores que había presenciado, podría haber dado con aquella reliquia prehistórica y pensar que había encontrado el lugar donde la tribu perdida de Israel, los ancestros arios, se había establecido en la tierra prometida.

Pues en aquellas figuras que todavía conservaban algo de color y cuyos rostros podían discernirse con claridad, dicho color y dichos rostros eran invariable e inconfundiblemente blancos. Sobre todo la figura más pequeña de todas, claramente un niño, representado en posición de levantar los brazos al cielo, hacia una enorme figura que no era del todo humana, sino que tenía una cabeza formada por tres óvalos concéntricos. El pelo del niño era amarillo.

—Un pueblo blanco —dijo Jory—. Los hijos de Set, los hijos de Jacob. Esto demuestra que estuvimos aquí mucho antes que los indios. Incluso este anciano lo dice.

El anciano asintió y señaló las pinturas rupestres. Combinando su idioma y un lenguaje de signos, intentó contarle a Neal la leyenda de su pueblo acerca de una raza de gigantes blancos que en otro tiempo caminaron sobre la tierra. Eran hombres de fuerza y coraje, hombres en posesión del conocimiento. Y el Sol los amaba, de modo que les otorgó un pelo del color del amanecer y el atardecer y ojos del color del cielo. Pues su intención era que se le unieran en las alturas, y ciertamente un día los gigantes blancos desaparecieron. Pero las leyendas contaban que un día regresarían, cuando llegase el fin de los tiempos; regresarían para dominar la tierra, para salvarla de los nuevos blancos, aquellos que estaban por todas partes pero no eran hombres del todo. Pues los nuevos blancos habían llegado con sus máquinas y sus armas y sus enfermedades, arruinando la tierra y causando la muerte de la mayoría de los pueblos. Los mejores huyeron y se ocultaron en las montañas, encontraron los cañones y las cuevas y esperaron a que los gigantes blancos regresaran, esperaron a que, tal como estaba vaticinado, el Hijo del Sol retornara al lugar sagrado. Y aquellos que estaban por todas partes pero no eran hombres del todo intentarían matar al niño y se produciría una terrible batalla entre los buenos espíritus y los malvados, y muchos morirían. Pero el Hijo del Sol viviría y su gente renacería y volvería a alzarse de la tierra, que volvería a estar limpia. Y el Hijo del Sol gobernaría y reinaría la paz, como en los tiempos en que los gigantes blancos caminaban a grandes zancadas sobre la tierra.

Neal miró a Cody McCall, dormido junto al fuego, e intentó discurrir una manera de llevárselo a un lugar seguro. Quizá podría hacer un cabestrillo con la chaqueta y anudársela por delante, como uno de esos pañuelos para llevar bebés que había visto usar a algunas mujeres. Podría funcionar.

—El Libro de las Revelaciones cuenta la misma historia, Neal —dijo Jory—. Habla del niño que regresa. La serpiente intenta matarlo y los ángeles pelean contra la serpiente y...

—Y el niño sobrevive para regir todas las naciones con vara de hierro —interrumpió Neal.

Había leído el Apocalipsis como parte de sus estudios sobre el movimiento supremacista blanco.

—Y este es el niño —dijo Jory—. Por eso, cuando hablaron de matarlo, supe que sería un terrible error. Así que lo traje hasta aquí, al lugar sagrado, el lugar del comienzo y el fin.

Neal debatía consigo mismo qué hacer a continuación. Podía esperar a que amainara la tormenta en la cueva y marcharse cuando amaneciera, pero eso implicaría desplazarse a la luz del sol, y quién sabía por dónde andarían los HDS. O podía partir en aquel preciso instante al amparo de la oscuridad, pero aquello implicaría exponer al niño a un viaje peligroso en plena noche y en medio de una tormenta de nieve.

Justo entonces el anciano ladeó la cabeza hacia la boca de la cueva. A continuación imitó el movimiento de unos caballos trotando.

Neal no oía nada.

El anciano corrió a gatas hasta la boca de la cueva y regresó momentos más tarde. Contó hasta seis con los dedos. Después se acercó al fuego, abanicó el humo con las manos y señaló hacia el techo.

Estupendo, pensó Neal. Vienen armados y este tipo se pone a hacer trucos de magia.

El anciano metió las manos bajo la pila de pieles y extrajo un artilugio hecho de palos, pellejos de conejo y tiras de cuero. Le hizo gestos a Neal para que se diera la vuelta y se lo ató a los hombros. Neal se dio cuenta de que era una mochila para el niño.

El anciano levantó a Cody y lo acunó contra su pecho, susurrándole arrullos en el oído. Después lo aupó y lo dejó en el saco formado por las pieles de conejo.



Cody se despertó y empezó a llorar.

El anciano intentó sosegarlo, pero Cody siguió llorando y extendió los brazos hacia el anciano. Al niño le aterrorizaba encontrarse sobre los hombros de aquel desconocido y las palabras con las que expresó su temor fueron balbuceadas en un idioma que Neal no reconoció.

El anciano le respondió en voz baja, pero con firmeza. Cody redujo sus lloros a un triste gimoteo y volvió a sentarse en su mochila. El anciano lo cubrió con una piel de oveja y lo acomodó en su asiento. Después cogió su pequeño arco y un carcaj lleno de flechas y le hizo un gesto a Neal para que lo siguiera.

—Me quedaré aquí y les contendré —dijo Jory.

—No seas idiota, Jory —respondió Neal—. Vamos.

Jory se inclinó, echó a un lado la piel de oveja y besó a Cody en la mejilla. Después les dio la espalda y se metió a gatas por el túnel hacia la boca de la cueva.

El anciano se dio la vuelta y gesticuló con la mano en ademán de impaciencia, como diciendo: «Vamos». Se señaló la nariz y simuló que olfateaba el aire.

Neal siguió al anciano hacia lo más profundo de la cueva. El anciano desapareció entre las rocas y Neal descubrió una grieta que conducía a una segunda cámara. Estaba sumida en la más completa oscuridad.

Y ahora ¿qué?, se preguntó Neal. No veo una mierda. Por delante de él apenas si llegaba a distinguir el sonido del anciano olfateando el aire.

Claro, pensó Neal. El humo debe de ventilarse gracias a una corriente. Tiene que haber otra salida. Se llevó las manos a la espalda y las colocó debajo de la mochila para levantarla más sobre sus hombros. Cody parecía más tranquilo, como si percibiera que estaban siguiendo al anciano.

Neal escuchó las pisadas del hombre y olfateó el aire para seguir el olor del humo.

Ed Levine se echó hacia delante y ajustó el peso de Graham sobre sus hombros. Ahora lo estaba llevando a cuestas y Graham conservaba las fuerzas justas para agarrarse con la mano buena.

El problema era el condenado frío. Eso y que la nieve que soplaba sobre sus caras les cegaba.

Pero Ed supuso que tampoco era tan terrible. También cegaría a los tipos que les estaban buscando y, mientras tuviera la nariz apuntada hacia el gélido viento, sabía que se dirigía al norte. De modo que el viento era como una sádica brújula que les orientaba hacia el rancho de los Mills. Ed solo esperaba ser capaz de distinguir la casa cuando llegasen a ella.

Se puso nuevamente de cara al viento hasta que sintió su fuerza al máximo, después agachó la cabeza y echó a caminar trabajosamente sobre la nieve.

Strekker bajó casi deslizándose por el saliente de roca.

—La cueva está ahí mismo —le dijo a Hansen—. Pero la entrada tiene el tamaño justo de un hombre. Podrían eliminarnos uno a uno.

—¡Tengo que entrar en esa cueva! —dijo Carter.

Hansen lo ignoró. Lamentaba que Carter hubiera insistido en acompañarles. El reverendo únicamente había entorpecido su marcha. Miró a Cal esperando instrucciones.

—Billy, vigila los caballos —respondió Cal—. Señor Hansen, ¿qué le parece si se lleva con usted al reverendo e intentan negociar para que les dejen entrar? Craig y John irán con ustedes de refuerzo.

—Y tú, ¿adónde vas? —le preguntó Hansen.

—Voy a curiosear un poco más —respondió Cal.

Por si acaso hay una puerta trasera. Se colgó el rifle del hombro, encontró una grieta en la roca y comenzó a escalar la pared.

Steve Mills observó el vendaval de nieve por la ventana, y después se calzó las botas.

—¡No vas a salir ahí! —dijo Peggy. Era más una pregunta que una afirmación.

—Solo tengo que revisar un par de detalles —respondió él.

—¿De la gran sorpresa? —preguntó Shelly.

Karen y ella estaban echadas en el suelo junto a la chimenea, colocando las últimas piezas del puzle de galletas de chocolate.

—Sí —dijo Steve. Tenía en el rostro esa expresión socarrona y jactanciosa que a Peggy le resultaba a la vez irritante y entrañable—. Prepárame un poco de *brandy* caliente para cuando vuelva, mujer.

—Yo sí que te voy a calentar —respondió Peggy.

Steve salió a la tormenta y dobló la esquina de la casa. Revisó un par de conexiones, sacó la cajetilla de cigarrillos del bolsillo del abrigo y encendió uno.

Fumó satisfecho, pensando en su gran sorpresa.

—¡Jory, soy tu padre! ¡Voy a entrar!

Hansen estaba echado sobre el estómago ante la boca de la cueva.

No obtuvo respuesta alguna.

—¿Jory?

Nada.

Hansen se encogió de hombros en dirección a Carter, que estaba de cuclillas a su lado. Los otros dos hombres aguardaban de pie un poco más abajo, con los rifles preparados.

Carter gritó hacia el interior de la cueva.

—¡Jory! ¿Está el niño contigo?

Ninguna respuesta.

—¿Está vivo?

Silencio.

—¡Jory! —intervino Carter—. ¡Has hecho algo maravilloso! ¡Has cumplido la voluntad de Jehová! ¡Ahora vuelve a hacerlo! ¡Tráenos al niño!

—Carey debe de estar reteniéndolo —dijo Hansen—. Voy a entrar.

Sacó su revólver del cinto y entró arrastrándose en la oscuridad.

Jory estaba agazapado en el interior del túnel. Apretado como un muelle, sostenía delante de sí la garrocha de Shoshoko y aguardaba. Tan pronto como Carter se le pusiera a tiro, acabaría con él.

Hansen vio la punta de la garrocha justo cuando estaba a punto de clavarse en su cara. Enterró la cabeza debajo de un brazo y apretó el gatillo cuatro veces. Después esperó un par de segundos y empujó el peso muerto del cadáver que tenía delante hasta que notó que caía a la cámara interior de la cueva.

—¡Entrad! —gritó a su espalda—. ¡He acabado con él!

Bajó de un salto a la cámara, alumbró con su linterna y vio el cuerpo de su hijo muerto tirado en el suelo de la cueva.

Cal Streckler alcanzó la cima del precipicio. Permaneció inmóvil un momento para recuperar el aliento y orientarse. Entonces captó un vago olor a humo. Lo siguió hasta llegar a una pequeña sima en medio de la explanada de piedra. Del agujero brotaba un hilo de humo y a Cal le pareció oír ruido de pisadas.

Retrocedió un par de pasos, se descolgó el rifle y se sentó a esperar.

Neal oyó los disparos y los gritos. Después notó un brusco descenso de la temperatura y el aroma del aire fresco directamente sobre su cabeza. El anciano se detuvo, lo agarró de un brazo y le hizo colocarse delante de él. Señaló de nuevo hacia arriba y Neal

sintió una bofetada de aire frío y un par de copos de nieve que le caían sobre la cabeza.

Cody empezó a llorar otra vez.

El anciano señaló repetidas veces con urgencia.

Estaba oscuro y Neal no alcanzaba a distinguir las paredes de la cueva. Lo único que podía ver —quizá a unos tres o cuatro metros por encima— eran los blancos remolinos de nieve.

—No veo nada —le susurró al anciano.

Este empezó a empujar a Neal hacia la pared de piedra.

Pero no puedo hacerlo, pensó Neal. Palpó la roca. Estaba helada y resbaladiza. No consiguió ver ningún hueco para los pies ni para las manos. Estaba seguro de que se caería y aplastaría al niño. Oyó más gritos y ruido de pisadas por detrás de ellos, en la primera cámara.

Neal apoyó un pie contra la resbaladiza roca e intentó buscar un asidero en la pared.

Cody intentó girarse para agarrarse al anciano. Este lo abrazó durante un breve instante y después se dio media vuelta para marcharse. Cody gritó con el dolor del abandono, llorando desconsolado y chillando repetidas veces una única palabra. Por segunda vez en su joven vida, había perdido a su padre.

Neal hundió las manos en el hielo y empezó a escalar.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —murmuraba Carter mientras contemplaba las pinturas rupestres—. Alabado sea Jehová por haberme permitido vivir lo suficiente para ver esto.

Vetter les llamó desde la parte trasera de la cámara:

—¡Han escapado por aquí, reverendo! ¡El humo sale por detrás!

Carter se alzó en el centro de la cueva, dando vueltas con los brazos abiertos.

—¡Este es el lugar de nuestros ancestros! ¡Este es nuestro hogar!

—¡Reverendo! ¡Vamos! —gritó Craig—. ¡Que los perdemos!

Entonces Carter vio la pintura del niño rubio alzando las manos hacia un dios.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Es el Hijo de Dios! ¡Es el niño esperado! ¡Extendiendo los brazos hacia Jehová!

El eco de los gritos de Cody resonó por toda la cueva.

Carter corrió junto a Hansen.

—¡Vamos! ¡Tenemos que rescatarlo del dragón! ¡Tenemos que salvarle del judío!

Pero Bob Hansen estaba absorto envolviendo con su abrigo el cadáver de su hijo.

Carter se dirigió corriendo hacia la parte trasera de la cámara, echó a un lado a Vetter de un empujón y se metió apretadamente de costado en la fisura que conducía hacia la siguiente cámara.

Craig oyó que avanzaba gritando:

—¡El hijo de Dios! ¡El hijo de Dios! ¡El hijo de...!

En aquel momento los gritos se interrumpieron en seco.

Craig se adentró en la grieta.

Cal oyó los lloros justo debajo de él.

Ahí va la hostia, pensó, el cabroncete sigue con vida. El loco de Jory lo tenía escondido. Pero ¿quién diablos ha estado cuidando de él?

Escuchó atentamente y oyó lo que parecía un ruido de pies dando golpes contra la piedra helada. Oyó los esforzados jadeos de alguien.

Podría limitarme a disparar por el agujero, pensó. Pero si me cargo al crío, Hansen y Carter me pondrán el culo por montera. Cal volvió a colgarse el rifle del hombro y desenvainó su cuchillo de combate.

Puede que sea Jory o puede que sea Neal, pensó. Jesusito en las alturas, que sea Neal.

Neal estaba completamente despatarrado contra la pared de roca. Tomó otras tres bocanadas de aire y después alzó cautelosamente la mano derecha. Tanteó la lisa piedra con los dedos. Nada... nada... de repente, un diminuto saliente. Lo agarró con dedos doloridos y se aupó. Su pie derecho se escurrió sobre la piedra y Neal pateó desesperadamente hasta que percibió una pequeña grieta en la superficie de la roca. Insertó la punta del pie, descansó otro segundo y después levantó la mano izquierda. La paseó sobre la roca hasta que palpó una raíz. La agarró y consiguió ascender un poco más. Miró hacia arriba y unos copos de nieve cayeron sobre su cara.

Gracias, Señor, pensó.

Ed se arrojó de cara a la nieve.

El impacto envió una oleada de dolor que atravesó las piernas de Joe Graham. Se mordió el brazo artificial para ahogar un grito mientras los faros de la camioneta pasaban lentamente junto a ellos.

Unos haces de linterna barrieron el suelo a su alrededor. Graham oyó el ruido del motor de la camioneta y voces que gritaban: «¿Ves algo?», «¡No!».

Graham percibió la esforzada respiración de Ed debajo de él. Mientras la nieve iba cuajando sobre su nuca y sus pulmones ardían debido al frío, intentó recordar una oración de su infancia. Recordaba que las monjas le habían enseñado un «acto sincero de contrición» y desde algún lugar las primeras palabras regresaron a él. Las pronunció mentalmente: «Oh, Dios mío, me arrepiento de corazón por haberte ofendido y detesto todos mis pecados...».

El haz de la linterna cayó directamente sobre él.

Craig sostuvo la linterna ante él mientras cruzaba la cueva al trote. Finalmente vio la forma de Carter. El reverendo estaba de rodillas, absorto en la oración. Craig se le acercó corriendo y lo agarró de un hombro.

—Reverendo Carter, ¿qué...?

Carter cayó de espaldas entre sus brazos. Dave alumbró con la linterna el rostro del reverendo. Tenía los ojos como platos y la boca abierta en un grito silencioso. Intentaba respirar mediante breves y rápidos jadeos. En la boca tenía clavada una flecha diminuta, cuya punta apenas llegaba a asomarle por la nuca.

Craig apagó la linterna, tiró a Carter al suelo y se sirvió de él para apoyar el cañón del rifle. Se agachó al tiempo que otra flecha silbaba por encima de su cabeza. Levantó el rifle, disparó tres veces a ciegas y comenzó a retroceder a gatas, utilizando el cuerpo del reverendo como escudo. Otras dos flechas se clavaron con un golpe sordo en el pecho de Carter.

Mientras se arrastraba por el largo y angosto pasaje, Craig gritó:  
—¡Salid! ¡Salid! ¡Es una emboscada!

Tiró de Carter hasta que ambos hubieron alcanzado la fisura. Mientras Craig se abría paso hacia la primera cámara, atascó el cadáver de Carter en la grieta y lo dejó allí.

Los músculos de Neal palpitaban a causa del esfuerzo. Ahora ya podía ver el cielo y el agujero de salida, pero todavía quedaba ligeramente más allá del alcance de su siguiente brazada. También le temblaban las piernas, y no creía que fuese a ser capaz de sacar fuerzas de flaqueza para auparse una última vez.

Se agarró con fuerza a la raíz con la mano izquierda, volvió a hundir las puntas de los pies en la pared y alzó la mano derecha, intentando hallar algo, cualquier cosa, a lo que agarrarse. Su mano tanteó el aire sin encontrar nada, volvió a intentarlo. En aquel



momento la pierna izquierda le falló y su pie resbaló sobre la pared de piedra helada. El peso del niño sobre los hombros le hizo perder el equilibrio y Neal empezó a caer hacia atrás. Su mano derecha aleteó en el aire, pero el impulso provocó que el pie izquierdo resbalara sobre la roca y Neal cayó al vacío.

A la desesperada, estiró al máximo la mano derecha. Su caída se detuvo. Era un brazo humano, sacándolo del agujero, subiéndolo hacia el aire despejado y frío.

—Vale, poned toda vuestra ropa de abrigo. Vamos a salir — anunció Steve Mills.

Las tres mujeres lo miraron como si estuviera loco.

—¿Para qué? —preguntó Shelly.

—¡La sorpresa! —dijo Steve—. ¡Es una sorpresa exterior!

Solo a mi marido, pensó Peggy, se le ocurriría organizar una sorpresa en la calle en plena noche y en pleno invierno.

—¿Ahora? —preguntó.

Steve miró su reloj.

—Tenéis quince minutos —dijo.

—¿No habrás confundido esto con la Nochevieja? —preguntó Peggy.

Su reloj anunciaba que faltaba un cuarto de hora para las doce.

Karen se terminó su *brandy* y se levantó. Había sido una velada maravillosa y una sorpresa de medianoche podía ser la manera perfecta de ponerle la guinda. Cogió a Shelly de la mano.

—¡Vamos, chiquilla! ¡A ver qué es lo que se saca de la manga tu viejo!

—Me parece un buen plan.

Karen ayudó a Shelly a levantarse y fueron a buscar sus abrigos.

Ed esperó hasta que los pilotos de la furgoneta se hubieron desvanecido entre la nieve y a continuación se puso en pie.

—¿Estás bien? —le preguntó a Graham.

—¿Crees que tendrán algo de priva en la casa esa?

Ed subió a Graham un poco más arriba y miró a su alrededor. El viento había dejado de soplar, la nieve había empezado a caer en vertical y seguía sin ver ni un carajo.

—¿Por dónde está el norte? —preguntó.

—En los mapas, generalmente arriba —respondió Graham.

—¿Dónde está arriba?

—Hablas como Neal.

Ed viró hacia la izquierda y siguió dando traspiés.

Neal y Cal se hallaban frente a frente sobre la pequeña explanada de piedra.

—No podía dejar que cayeras, Neal, colega —dijo Cal—. Hace mucho tiempo que tenemos pendiente esta cita.

Cal sacó su cuchillo y se puso en posición de lucha.

—Solo quiero al niño —respondió Neal.

Apoyó el peso de su cuerpo sobre el pie menos adelantado y dejó que su zapato se hundiera en la nieve crujiente.

—Ese es el problema. Por mí, me limitaría a pegarte un tiro, pero la bala podría atravesarte y herir al Hijo de Dios. Además, quiero disfrutar del placer de destriparte, Neal, colega.

—Todo ha terminado, Cal. Márchate mientras todavía tengas la oportunidad.

—Oh, claro que me marcharé, Neal, colega. Pero aquí no ha terminado nada. No terminará hasta que hayamos triunfado.

—¡Habéis perdido! ¿Es que no lo entiendes?

No tengo tiempo para esto, pensó Neal. Mantuvo los ojos fijos en el rostro de Cal, pero utilizó su visión periférica para vislumbrar la caída de cuatro metros que se abría a su izquierda. Después había una empinada pendiente de bajada hasta la hendidura donde Jory había dejado el caballo.

Cal avanzó lentamente hacia él.

—Nunca nos venceréis —dijo—. Sois débiles. Por eso habéis permitido que los morenos se descontrolen en las ciudades y que los judíos se hagan con el gobierno. Ellos saben que sois débiles. Por eso nosotros venceremos. Es como lo de esta noche, Neal, simplemente eres incapaz de apretar el gatillo.

Neal extendió lentamente el brazo izquierdo hacia fuera y hacia arriba, abriendo la palma en posición «mano de cuchillo». Tigre Engañosamente Manso. Tres años practicando en lo alto de su promontorio chino y nunca había llegado a dominarlo realmente del todo.

Ya va siendo hora, pensó.

Levantó lentamente la pierna derecha y pivotó sobre el pie izquierdo. Empezó a girar justo cuando Cal se abalanzaba sobre él, ofreciéndole al niño como único objetivo. Cal se refrenó una fracción de segundo.

Neal terminó de dar la vuelta completa y desplazó el peso de su cuerpo al tiempo que posaba el pie derecho en el suelo; la mano izquierda alzada delante del rostro, la mano derecha abierta detrás de la cabeza.

Atacó como una víbora, poniendo toda la inercia del giro, toda su masa y toda su concentración en su mano derecha al tiempo que golpeaba de canto el cuello de Cal.

El golpe sacudió bruscamente la cabeza de Cal hacia la izquierda y lo levantó lo suficiente como para que sus pies resbalaran sobre la nieve. Consiguió mantener el equilibrio medio segundo y después cayó rodando sobre la roca.

—Vale, Cody, agárrate —dijo Neal.

Se sentó al borde de la explanada, buscó el lugar más llano y saltó hacia él. Aterrizó con fuerza, pero de pie. Después patinó, cayó de culo y bajó deslizándose toda la pendiente. Se fue agarrando a los cedros para mantener el equilibrio y finalmente aterrizó en la hendidura. Un par de minutos a gatas le llevaron hasta donde estaba atado Medianoche. Desanudó las riendas y el caballo empezó a cocear y a encabritarse. Cody se puso otra vez a gritar

cuando Neal consiguió apoyar un pie en el danzante estribo y auparse a la silla. Medianoche se alzó sobre las patas traseras y Neal casi se fue al suelo de espaldas, pero consiguió meter el pie derecho en el estribo e hincó las rodillas en los flancos del caballo.

—¡Arre, hijo de perra! —gritó Neal.

Hizo girar a Medianoche y lo espoleó para que corriera por la hendidura. Directamente hacia el borde del precipicio.

Hansen descendía penosamente el saliente diagonal de roca, acarreando el cuerpo de Jory, cuando oyó un ruido de cascos. Se volvió hacia la derecha y vio que un caballo negro surgía de entre la oscuridad para echársele encima.

—¡So, hijo de perra! —gritó Neal.

Tiró de las riendas y el caballo volvió a encabritarse, alzando los cascos delanteros e intentando golpear con ellos al hombre que bloqueaba su camino. Neal y Hansen intercambiaron miradas de sobresalto, después Neal sacudió las riendas y el caballo acometió el descenso al cañón sobre la resbaladiza rampa de roca.

Craig levantó el rifle y apuntó a la espalda de Neal.

Hansen gritó:

—¡No dispaes! ¡Tiene al niño!

Craig bajó el rifle. Hansen depositó el cadáver de Jory en el suelo de la hendidura. Después los tres hombres bajaron corriendo el saliente de roca hacia sus caballos.

Bill McCurdy oyó el griterío. Sacó el rifle de su morral y se posicionó en la parte inferior de la rampa.

Neal supo que iban a morir. Medianoche estaba descendiendo el estrecho saliente de roca al galope largo. El único motivo de que aún no hubiera resbalado para despeñarse era que sus cascos no

parecían llegar a tocar siquiera el resbaladizo suelo. Neal se agachó cuanto pudo sobre el cuello del caballo. Aferró las riendas con una mano y se agarró al arzón de la silla con la otra. Detrás de él, Cody McCall lanzaba alaridos. De risa.

Entonces Neal vio una silueta humana que se alzaba justo delante de ellos enarbolando un rifle.

—¡Alto o disparo! —gritó Billy.

—¡No puedo parar, gilipollas! —gritó Neal en respuesta.

Billy les apuntó con el rifle.

Medianoche vio a Billy, viró bruscamente y, sin interrumpir la galopada, saltó al vacío.

A Neal le pareció que permanecían suspendidos en el aire una condenada eternidad. Tenía la nariz pegada a un hombro de Medianoche y se sintió como si estuviera viendo el suelo en una perpendicular perfecta por debajo de él. Sintió que el peso de Cody le iba a volcar hacia delante de un momento a otro.

Aterrizaron con un tremendo golpe sordo que empujó a Neal hacia atrás, incorporándolo nuevamente en la silla. Cody gorjeó encantado mientras el caballo reducía la marcha a un medio galope y se dirigía hacia la salida del cañón.

Neal oyó ruido de cascos. Les seguían de cerca. Espoleó a Medianoche para que retomara el galope.

Karen se rio mientras Steve las alineaba en el patio entre grandes aspavientos.

—Vale —gritó—. ¿Preparadas?

—¡Preparadas! —gritaron las tres en respuesta.

—Pero ¿preparadas *de verdad*?

—¡Sí!

Steve hizo una pausa dramática y luego dijo:

—¡Cerrad los ojos!

Karen refunfuñó al mismo tiempo que sus dos amigas. Se lo estaba pasando de maravilla. Cerró los ojos, sacó la lengua y notó

cómo los copos de nieve se fundían en ella.

—¡Voy a empezar la cuenta atrás! —gritó Steve.

Todas refunfuñaron otra vez.

Ed necesitaba descansar, pero sabía que no podía. Graham estaba inconsciente, puede que en estado de *shock*. Cualquier retraso podría matarlo. Pero ¿dónde diablos estaban? ¿Se habían pasado de largo la casa sin darse cuenta? ¿Estaban caminando en la dirección equivocada? ¿Dando vueltas en círculo?

Notaba las piernas como pilares de hormigón y los brazos de madera, suponiendo que la madera pudiera sentir tanto dolor como el que sentían sus brazos. Tenía los pies helados y empezó a preocuparle que pudieran congelársele.

*¿Dónde diablos estaban?*

Perdidos. Perdidos en medio de la nada.

Neal sofrenó a Medianoche junto a la cresta occidental del risco. El valle a sus pies parecía un cuenco de vapor de un blanco puro, arremolinado e indistinto. No conseguía orientarse y sus perseguidores estaban ganando terreno. Ahora podía incluso distinguir las voces y el ruido individual de cada uno de los caballos. No le quedaba más remedio que descender al valle, pero ¿hacia dónde? De poco le serviría echar a galopar si de repente se encontraba de nuevo en el rancho de Hansen.

La casa de los Mills debía de hallarse en algún lugar en dirección noreste, pero no le iba a resultar fácil encontrar algo tan pequeño en aquella vasta llanura de rastrojos, en plena noche, en medio de una nevada.

Neal no podía seguir esperando, tenía que ponerse en marcha. Le estaban pisando los talones. Otro par de segundos para que Medianoche recuperase el aliento y...

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno —contó Steve.

Después pulsó el interruptor.

Karen Hawley miró hacia arriba y vio la cosa más condenadamente asombrosa...

... ¡una estrella de David resplandeciendo entre la nevada! Neal parpadeó, incrédulo. Allá en la lejanía, en lo más profundo de la Meseta Solitaria, una estrella de David atravesaba el cielo nocturno como un faro. Una estrella de seis puntas compuesta por docenas de luces, una estrella tan grande como una casa... la casa de los Mills.

Neal sacudió las riendas y Medianoche se zambulló en la nieve de la ladera.

Hansen prácticamente se cayó del caballo cuando la vio. Había surgido súbitamente de la nada. Una estrella judía, suspendida en medio del cielo como si fuera un ovni. Los otros tres jinetes se arremolinaron a su alrededor, todos ellos con la mirada fija en aquella condenada visión.

Entonces Hansen se dio cuenta.

—Es el rancho de Mills. ¡Ha colocado esas luces en su tejado!

—Ese puto judío —escupió Bill McCurdy.

—¡Carey se dirige *allí*! —gritó Hansen—. ¡En marcha!

Encararon sus caballos hacia la estrella e iniciaron estrepitosamente el descenso de la loma.

Para Ed Levine fue como Hanukkah, Nochevieja en Times Square, Mardi Gras y —qué diablos— Navidad todo en uno. Era un

condenado milagro, eso es lo que era; una señal divina. Y lo mejor de todo era que no podían encontrarse a más de cien metros.

Alzó a Graham un poco más y echó a trotar.

—¿Os gusta? —preguntó Steve, orgulloso.

—Es... grande —respondió Peggy.

—Me encanta, papá.

Peggy dijo:

—Me sorprende que no haya fundido todos los plomos de la casa.

—La tengo enchufada al generador.

Karen le pasó un brazo por la cintura a Steve y dijo:

—Me doy cuenta de que apunta directamente al rancho de Hansen.

Steve asintió alegremente.

—Apuesto a que se le caen los cojones al suelo.

—Te estás buscando un lío —añadió Karen.

Steve sonrió.

—Hummm...

Bob Hansen contempló la estrella mientras cabalgaba y el cadáver de Jory botaba detrás de él al compás de los movimientos del caballo.

Aquel condenado judío de Mills estaba contaminando todo el valle.

Mills se estaba burlando de él, burlándose de su derrota, burlándose de la destrucción de su sueño, pavoneándose. Había estado moviendo los hilos desde el principio. Mills había estado al tanto del sabotaje... Mills sabía que Carey era un agente de ZOG... Mills sabía que el robo sería un simulacro y el cargamento de armas una trampa. Había sido la hija de Mills quien había llenado la cabeza



de Jory con embustes, Mills quien le había enviado a Neal Carey, Mills el causante de la muerte de su hijo.

Mi sueño ha terminado, pensó. Pero no descansaré hasta que Mills esté muerto.

Mientras tanto, arriba en la montaña, Cal Streckker se lamía las heridas con la mirada fija en la estrella de los judíos que contaminaba los cielos. Se arrancó una manga de la camisa, la cortó en tiras y se envolvió apretadamente el tobillo. No creía habérselo roto, probablemente solo fuera un esguince, pero dolía de mil demonios. Más le dolió cuando volvió a ponerse la bota, pero el cuero ajustado le ayudó a mantener el tobillo inmovilizado.

Tenía un manchurrón morado en el cuello, allí donde Carey había intentado decapitarle con su traicionero guantazo chino, y bastante magullado el hombro sobre el que había aterrizado.

Encima ahora aquella puta estrella parpadeaba en el horizonte como una especie de anuncio de restaurante kosher para judíos trasnochadores.

Es como si Steve Mills estuviera ondeando un capote rojo delante de las narices de Hansen, pensó Streckker. Esa estrella va a alumbrar una pelea de narices.

Agarró una rama de cedro, se levantó apoyándose en ella e inició el descenso de la montaña.

Para Neal, todo había quedado reducido a una mera carrera de caballos.

La extensa llanura cubierta de matorrales, el caballo negro galopando y salpicando penachos de nieve a su paso, cortando el aire frío y seco como un elegante y afilado cuchillo de ébano.

Neal se inclinó cuanto pudo sobre el cuello del animal, como había visto hacer a los *jockeys* para reducir la resistencia, hincando

las rodillas por detrás de las espaldillas y apretando las pantorrillas contra los ijares de Medianoche.

Era una situación desesperada, aterradora y a la vez hermosa. El sonido de los cascos pisoteando la nieve, los resoplidos del caballo, el corazón de Neal latiendo... todos al mismo ritmo, sincronizados. Y el penetrante olor del caballo en sus narinas, las dulces artemisas, la nieve. Y el calor vital del animal frente al viento gélido y la piel sudorosa de Neal por debajo de sus prendas, la húmeda calidez del pequeño cuerpo aferrado a su espalda y *¡joder, qué manera de sentirse vivo!*

Se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro y les vio acercándose. Bill McCurdy iba en cabeza. Era el mejor jinete, el más intrépido a lomos del caballo más rápido, y Neal supo, simplemente lo supo, que Bill estaba sonriendo. Después los otros tres, en pelotón, ligeramente más retrasados. Hansen y su gran bayo, cabalgando con rapidez pero sin excederse, a un ritmo constante para que su montura no reventase. Y John con su pequeño castrado de patas cortas, avanzando a trancos, pero sin parar, sin parar. Y por último Craig en su alto ruano, que con tanta habilidad cortaba el paso de las vacas y jamás permitía que ni una sola se desviase del camino. Y todos se acercaban, se acercaban, volando. Hombres salvajes sobre caballos salvajes.

Neal espoleó a Medianoche y se reclinó sobre su cuello. Notó que el caballo se precipitaba hacia delante acelerando un poco más. E iban a necesitar ese poco más, porque McCurdy les estaba alcanzando. Sin preocuparse por las madrigueras de las tuzas, capaces de romper la caña de un caballo en un instante de agonía; sin preocuparse de las repentinas hondonadas que podrían hacerle volcar por encima de la cabeza de su montura y romperse el cuello; sin preocuparse por los tramos de hierba helada sobre los que el caballo podría patinar, cayendo sobre su jinete, aplastándole las piernas y las costillas y reventándole los pulmones, el vaquero seguía avanzando raudo y veloz, rozando apenas las hojas

superiores de los matojos, y ya se encontraba únicamente a seis, cinco, ahora a cuatro cuerpos de Neal.

Este, mientras tanto, se limitaba a intentar seguir aferrado sin escurrirse de la silla mientras su caballo galopaba y brincaba, y supo que McCurdy era lo suficientemente vaquero como para colocarse a su lado, estirar un brazo y desmontarle de un tirón, como si fuera un jinete de rodeo y acabara de sonar la campana. Y ya no tendría que esforzarse más, porque los otros tres se abalanzarían sobre Neal de inmediato, los fuertes brazos de Vetter le arrebatrían a Cody y ese sería el fin.

Neal hundió los pies en los estribos, agarró las riendas con más fuerza y volvió a espolear, pidiendo un poco más, por favor, caballo, solo un poquito más. Sé que estás agotado, pero tienes que sacar fuerzas de flaqueza. Por favor, tienes que ser más rápido que el otro caballo, porque ahora todo se reduce a una carrera de caballos y tú eres el mío. Y Medianoche encontró fuerzas en algún sitio y estiró un poco más el cuello y aumentó ligeramente el ritmo, y Neal oyó sus gruñidos de dolor mientras los flecos de espuma le salían volando de la boca y notó que su corazón palpitaba literalmente a punto de reventar.

Sé que te estoy matando, caballo. Sé que te estoy matando y lo siento, pero este niño depende de nosotros, ¿entiendes?, y ni tú ni yo importamos, y notó que Medianoche se precipitaba nuevamente. Increíblemente para Neal, el caballo incrementó otro poco la velocidad, aumentando sus trancos, y entonces volaron. Volaron como ángeles salvajes, sudorosos, esforzados y jadeantes a través del cielo nocturno.

Entonces Neal vio delante de ellos las luces, las luces plateadas de una estrella. Nunca con anterioridad había amado a un animal y nunca había amado a un niño, y en aquel momento los amó a los dos, porque no iban a conseguirlo. Ninguno de ellos iba a conseguir escapar, pues Bill McCurdy les había alcanzado. Estaba justo detrás de ellos y acababa de iniciar la maniobra para colocarse en paralelo.

Neal espoleó a Medianoche en busca de un último esfuerzo, pero el caballo fue más listo. Simplemente viró a la derecha para cortar el paso a su perseguidor. Billy era un jinete de primera. Sin interrumpir en lo más mínimo la marcha, desplazó su montura hacia la izquierda y después volvió a pegarse a ellos. Medianoche viró automáticamente a la izquierda para bloquearle nuevamente el paso, pero aquel juego no podría prolongarse eternamente, porque el otro caballo era más joven y más rápido e iba montado por un jinete infinitamente mejor. De modo que cuando Billy hizo brincar a su montura nuevamente hacia la derecha, esta aceleró de tal manera que de repente se encontraron galopando en paralelo, silla al lado de silla, a punto de rozarse las botas, los caballos al unísono.

Neal notó que la mano de Billy lo agarraba de la manga, así que le sacudió con la rienda derecha e intentó que el caballo se apartase, pero Medianoche optó por acercarse *más*, apoyando su masa contra la espaldilla del otro caballo, apartándolo de un empujón y prácticamente desmontando a Billy de la silla.

El problema fue que a punto estuvo de desmontar también a Neal, pero este consiguió aferrarse con la mano izquierda y seguir cabalgando. Un instante más tarde Billy volvía al ataque, pegado a un costado de Neal. Había sacado el pie del estribo para apoyarlo sobre la silla de montar. Neal se dio cuenta de que se estaba preparando para saltar, por el amor de Dios. Pretendía lanzarse contra un caballo al galope y arrastrar consigo al suelo a Neal y al niño, ahora que el rancho de los Mills estaba tan cerca... *tan cerca...* que ya alcanzaba a ver la casa y su cerca de alambre. En aquel momento Billy sacó el pie izquierdo del estribo y con un movimiento oscilatorio lo subió hasta la silla, agarrándose al caballo únicamente por las riendas, con aquella expresión de vaquero loco en la mirada a la vez que tensaba todos los músculos del cuerpo para arrojarse sobre Neal y...

Medianoche saltó para salvar la verja y Billy fue a golpear contra su grupa. El golpe le hizo caer con violencia sobre el alambre de

espino. En cualquier caso, tiró hasta arrancarse de la alambrada tan pronto como las balas empezaron a levantar polvo a su alrededor.

Medianoche pareció percibir que había cumplido con su cometido y redujo la marcha mientras entraba en el patio donde Steve Mills aguardaba enarbolando su rifle.

El caballo dio otras dos zancadas, después su corazón cedió al fin. Neal saltó de la silla un segundo antes de que Medianoche se desplomara de lado sobre la nieve. Neal se arrodilló y acunó la cabeza del caballo. Medianoche puso los ojos en blanco mientras de su boca brotaban torrentes de espuma y sus patas se contorsionaban espasmódicamente.

Por primera vez en toda aquella condenadamente terrible experiencia, Neal se echó a llorar. Notó a Steve de pie junto a su hombro.

—Steve, yo...

—Tus amigos me lo han contado todo. Yo me ocuparé de tu caballo. Será mejor que lleves a ese niño adentro.

Neal entró tambaleándose por la puerta de la cocina. Karen le descolgó la mochila de los hombros y acunó a Cody entre sus brazos. Lo último que oyó Neal antes de desplomarse al suelo fue un único disparo del rifle de Steve.

# 13

—Decir que este crío es un superviviente es quedarse muy corto — dijo Karen Hawley—. Necesita ser hospitalizado, una tonelada de vitaminas, tratamiento psiquiátrico prolongado y a su madre. Me propongo empezar por el hospital. Ahora mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Neal.

Estaban de pie en el dormitorio de Shelly, donde Karen había envuelto a Cody en varias mantas antes de tenderlo en el suelo.

—Quiero decir que pienso llevármelo a Austin ahora mismo y llamar a un helicóptero para que lo traslade hasta el hospital de Fallon.

—No puedes hacer eso —respondió Neal.

Karen sacó pecho y miró fijamente a Neal:

—Olvidas que soy la defensora de los niños maltratados del condado de South Lander, y no me cabe duda de que este niño ha sufrido malos tratos. Pienso tomarlo bajo mi custodia. ¿Tengo que arrestarte para ello? De acuerdo. Neal Carey, o como te llames, quedas arrestado.

—Me refiero a que no puedes hacerlo porque la casa está sitiada por hombres armados.

Habían tenido que pasar tres horas intercambiando disparos aislados para poder hacerse una idea aproximada de cuántos hombres les rodeaban y desde dónde. En el gran granero para el heno había como poco cuatro, otros dos junto a la carretera, y probablemente tres más desperdigados entre los matorrales alrededor de la casa.

Y tienen toda la noche, pensó Neal. Toda la noche y buena parte de la mañana antes de que tengamos la más mínima oportunidad de recibir ayuda.

—No me dan miedo esos capullos —dijo Karen.

—Pues deberían dártelo —respondió Neal.

Ahora mismo están intentando idear un plan para asaltar la casa. Saben que nos superan en número y armamento. Si Streckler estuviera ahí fuera, ya lo tendría todo organizado. Andanadas simultáneas desde todos los ángulos para mantenernos inmovilizados mientras un par de hombres se acercan corriendo con cócteles molotov para prenderle fuego a la casa. Demonios, tienen justo al lado un garaje para tractores con un depósito lleno de gasolina y botellas vacías de sobra. Hansen tardará un poco más en llegar a la misma idea, pero lo hará. Y entonces todo esto habrá acabado.

Tendremos que negociar.

—Podréis irlos dentro de un par de horas —dijo Neal—. Cuando haya amanecido.

—¿Crees que nos dejarán pasar? —preguntó Karen.

—Sí, lo creo.

Siempre y cuando yazgan todos muertos en el suelo.

Justo entonces oyó un estrépito de cristales en la planta baja y luego el aterrador crepitar de las llamas. Bajó corriendo para encontrarse a Steve apagando a pisotones un fuego en la cocina mientras Ed disparaba una escopeta hacia la oscuridad.

Supongo que a Hansen se le ha encendido la bombilla, pensó Neal.

Se arrojaron todos al suelo cuando las balas entraron silbando por la ventana.

—¿Quieres arder, judío? —oyó Neal que gritaba Hansen—. ¡Tenemos gasolina de sobra! ¡Suficiente para montar un pequeño crematorio!

Neal oyó risas de hombres en el granero.

—¡Sal aquí, judío! ¡A menos que quieras arder! ¡Es a ti a quien quiero, judío! ¡Deja de esconderte detrás de mujeres y niños y sal aquí fuera!

Steve dijo:

—Voy a salir.

Hizo ademán de ir a levantarse. Neal lo agarró y tiró de él hacia el suelo.

—Y una mierda vas a salir.

Ed se acercó a rastras hasta la ventana y disparó un par de cartuchos en dirección a la voz de Hansen.

—¡Sal, judío! ¡Sal, judío! —arreciaron los gritos.

Entonces algún gracioso gritó desde el granero «*Juden raus, juden raus!*», y el resto de la pandilla se unió rápidamente al cántico.

—*Juden raus! Juden raus! Juden raus!*

Neal oyó que tres disparos atravesaban una de las ventanas de la primera planta. Steve subió las escaleras a la carrera para encontrarse a Peggy abrazada a Shelly en el suelo, detrás de la cama.

—Oh, Dios —gimió Steve—. ¿Estáis bien?

—Estamos bien —respondió Peggy.

Shelly asintió en silencio. Tenía lágrimas en los ojos, pero se esforzó por sonreír a su padre.

—Meteos en el cuarto de baño —dijo Steve.

—Dame una pistola —dijo Peggy.

Steve gritó por la ventana:

—¡Aquí dentro hay mujeres y niños!

La respuesta llegó de inmediato:

—*Juden raus! Juden raus! Juden raus!*

Peggy vio la expresión en los ojos de su marido y afirmó:

—No vas a salir ahí.

—Sí, voy a hacerlo, Peg.

—No me vengas con esas gilipolleces de que «Hay cosas que un hombre tiene que hacer por sí mismo».

Steve se acuclilló junto a su esposa y le acarició el pelo.



—Pero a veces es cierto. A veces un hombre tiene que hacer ciertas cosas por sí mismo.

—¡Papá, te matarán! —sollozó Shelly.

Steve pasó los brazos alrededor de ambas y las abrazó con fuerza, después se levantó y se dirigió escaleras abajo.

Neal lo agarró del pecho de la camisa.

—Apártate de mi camino, Neal —dijo Steve.

—Voy a salir contigo.

—Esta no es tu pelea.

—Fui yo quien la empezó.

Steve negó con la cabeza.

—La empezaron ellos. Y ahora, Neal, no me obligues a partirte la cara antes de salir a partírsela a ellos. Podría acabar agotado.

Los cánticos aumentaron en volumen y ferocidad. *Juden raus! Juden raus! Juden raus!* Los hombres del exterior se estaban autoinduciendo un frenesí de odio.

—Apártate de mi camino, Neal —repitió Steve.

Su voz tenía el mismo filo que en el momento inmediatamente anterior a lanzar aquel rechazo contra Cal Strekker. Ahora le parecía que habían transcurrido años desde aquella noche. Steve agarró a Neal de los hombros y empezó a empujar.

Neal se agarró más fuerte a la camisa de Steve.

—Voy a salir contigo —susurró Neal—, pero antes vamos a asegurarnos de que ambos conseguimos lo que queremos conseguir. Tú estás dispuesto a dar tu vida por las de Peggy y Shelly. Yo quiero salvar las de Karen, el niño y mis amigos. No tiene ningún sentido que salgamos ahí afuera a menos que podamos garantizar eso.

Neal vio cómo Steve reflexionaba al respecto un par de segundos.

—De acuerdo —dijo Steve—. A ver qué consigues.

Volvieron a la planta baja. Neal avanzó pegado a la pared hasta llegar a la ventana de la cocina y gritó:

—¡Señor Hansen! ¡Dícales a sus mandriles que se callen un par de segundos! ¡Quiero hablar con usted!

Se produjo una pausa y los cánticos se interrumpieron.

—¿Qué haces, Neal? —preguntó Ed.

—Calla y recarga las armas —respondió Neal.

—¿Qué quieres, Carey? —gritó Hansen.

—¡Quiero saber qué quiere usted!

Pasaron un par de segundos de silencio antes de que Hansen respondiese:

—¡Quiero a ese judío!

—¿A cuál de ellos, Hansen? ¡Aquí dentro somos tres!

Ed miró a Neal y alzó las cejas.

Neal susurró:

—Por lo que sabemos de mí, bien podría serlo, ¿no?

Hansen tardó aproximadamente un minuto en digerir la información, después gritó:

—¿Qué tres?

Neal gritó:

—¡Hansen, vamos a dejarnos de juegos! ¡Esto es lo que le ofrezco: asegúreme que permitirá que las mujeres y el niño salgan de aquí sin sufrir daño alguno! ¡Además tenemos un herido, él también se marcha! ¡Cuando veamos que se han ido sanos y salvos, saldremos los tres!

—¡El herido! ¿Es el manco ese?

—¡Sí!

—¿Y también es judío?

—¡Es tan irlandés como la resaca!

—¡Deja que lo piense un minuto!

—¡No se lo piense demasiado! ¡Es mi última oferta!

Neal esperó y disfrutó del dulce silencio. Cuando lo que te juegas es la vida, pensó, los pequeños placeres son suficientes.

Entonces oyó que Hansen gritaba:

—¿Para qué quieres al niño?

—¡Voy a enviarlo de vuelta con su madre!

—¿Por qué tanto empeño en eso?

—¡Es lo que vine a hacer!

Se produjo un largo silencio y Neal percibió que el trato se le escurría entre las manos.

—¡Eh, Hansen! —gritó—. ¡Es lo que quería Jory! ¡Por eso me llevó hasta la cueva!

Otro largo momento.

—¡De acuerdo! —gritó Hansen—. ¡Trato hecho! ¡Pero que sepas que pienso matarte!

No jodas.

—¡Mi intención es exactamente la misma, Bob! —gritó Neal—. Pero ¿va a ser una pelea limpia o qué?

—¿A qué te refieres? —gritó Hansen.

—¡Me refiero a que tiene a una docena de hombres ahí fuera! ¡Nosotros somos tres! ¿Qué tal si les dice a unos cuantos de sus muchachos que se mantengan al margen?

—¿Y por qué iba a hacer eso?

Buena pregunta.

—¡Porque esto es personal, Hansen! —gritó Neal—. ¿No tendrá miedo de tres judíos, verdad, Bob?

Vamos Bob, antepón tus prejuicios a tu cerebro. Es nuestra única oportunidad.

Neal, Steve y Ed intercambiaron miradas mientras esperaban.

Pareció que pasaba mucho tiempo antes de que Hansen gritara:

—¡De acuerdo! ¡Tres de nosotros contra vosotros tres!

—Cuatro.

Joe Graham estaba en lo alto de la escalera, agarrándose a la barandilla para poder mantenerse en pie.

—Cuatro —repitió Graham—. Con lo torpes que sois, necesitareis que alguien os eche una mano, que es justo lo único que tengo.

—Papá, pero si casi no puedes ni andar.

—Eso es porque constantemente tropiezo con mi polla.

—Tú te marchas —dijo Ed—. Es una orden.

Graham se agarró la entrepierna.

—Ordena esto.

Ed miró a Neal y se encogió de hombros.

Neal gritó por la ventana:

—¡Que sean cuatro, Hansen! ¡Cuatro de los suyos contra cuatro de los nuestros!

—¡Y nada de trucos de judíos! —respondió Hansen—. ¡Tendrá que ser aquí fuera, a cielo abierto! ¡En el corral!

—Nada de trucos de judíos, Ed —dijo Neal. Después gritó—: ¡De acuerdo!

—¡Sacad a las mujeres!

Ed negó con la cabeza y se señaló el reloj.

—¡No! —gritó Neal—. ¡No me fío tanto de usted! ¡Esperaremos a que amanezca, cuando podamos ver la carretera!

Hansen bramó:

—¡De acuerdo! ¡Pero ni un minuto más! ¡En cuanto salga el sol!

Neal se volvió hacia Steve.

—No habrás consultado el parte meteorológico, ¿verdad?

Cal Streckler no podía creer lo que estaban oyendo sus oídos. No podía creer que Hansen fuera a dejarse engañar por todas aquellas chorradas de una «pelea limpia».

Pero puede que todo fuese para bien, pensó. Puede que así todos los testigos de lo que había sucedido terminasen muertos. Y si las cosas no se arreglaban de aquella manera, en fin... él mismo tendría que asegurarse de que se arreglasen. Había otros grupos dispuestos a luchar. La batalla continuaría.

Descansó el tobillo dolorido un par de minutos y después siguió avanzando. Quería encontrar una posición con buenas vistas del corral en la que apostarse antes de la llegada del amanecer.

Llegó en un suspiro.

La tormenta pasó y un sol de un naranja vivo se alzó sobre las Toiyabe.

Ed y Graham montaron guardia mientras Steve abría la puerta corredera de cristal y Peggy y Shelly salían al porche.

Karen, con Cody entre los brazos, se volvió en el vano de la puerta y empezó a discutir otra vez con Neal:

—Tengo mejor puntería que tú y...

—Tienes un trabajo que hacer. Hazlo.

—Todo este rollo de «las mujeres y los niños primero» no...

Neal la agarró del codo.

—Necesito que te encargues de esto. No sé si Hansen piensa cumplir el trato. Puede que tengáis que pelear para abriros paso. ¿Podrás hacerlo?

Neal vio aquellos ojos increíbles brillar con un destello de rabia.

—Pasaremos —dijo Karen.

—Sé que lo haréis.

Salieron al porche.

Neal gritó al aire:

—¡Hansen, vamos a escoltarlas hasta el coche! ¡Salga, que le veamos!

Hansen salió del granero.

—¡Tengo un rifle apuntando a su corazón! —gritó Ed—. Si veo cualquier...

—¡No pasará nada!

Steve pasó los brazos alrededor de su esposa e hija mientras caminaban hacia el *jeep* de Karen. Neal y Karen les siguieron.

Al doblar la esquina de la casa para tomar el camino de entrada, Neal vio a Bob Hansen de pie, cerca del corral, y el cañón del rifle de Ed asomando por la ventana. Miró de reojo hacia arriba y vio a varios hombres en el piso superior del granero, resguardados tras una pila de balas de heno, observándoles. Notó sus miradas, sintió el odio.

Steve abrazó a Shelly y la besó en la mejilla.

—Nos vemos en un rato, tigresa —dijo—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Steve notó las lágrimas de su hija en la mejilla.

—No llores, cielo. No va a pasar nada malo.

—Lo sé.

Shelly lo abrazó con fuerza y después subió al asiento trasero del *jeep*.

Steve y Peggy se miraron el uno al otro.

—Duelo en el OK Corral, ¿eh? —dijo Peggy.

—Eso parece.

—Traeré a la caballería —dijo ella.

—Sé que lo harás. Oh, y cerveza y cigarrillos también, ¿vale?

Peggy se arrojó entre sus brazos.

—Maldición, cuánto te he amado —dijo Steve—. Y lo único que te he dado han sido veinte años de locura.

—No me los habría perdido por nada del mundo.

Se besaron y Steve ayudó a Peggy a subir al asiento del pasajero.

Neal y Karen se miraron en silencio. Deseaban abrazarse, pero algo les contuvo.

Demasiadas mentiras entre nosotros, pensó Neal.

Karen extendió los brazos, entre los que Cody seguía durmiendo.

—¿Quieres despedirte? —preguntó.

Neal besó al chiquillo en la mejilla.

—Nos vemos, chaval. Saluda a tu madre de mi parte.

Neal y Karen evitaron mirarse a los ojos.

—Será mejor que os pongáis en marcha —dijo Neal—. Ten cuidado, ¿eh?

—Oh, sí.

Karen se puso al volante, cerró la puerta y encendió el motor. Activó la tracción a las cuatro ruedas para poder circular sobre la nieve.

Neal golpeó el cristal con los nudillos y Karen bajó la ventanilla.

—¿Tienes el número de teléfono de Anne Kelley? —preguntó.

—En el bolsillo.

—De acuerdo.

Sus ojos se encontraron por un instante. Después Karen volvió a subir la ventanilla, metió la primera y dirigió el coche hacia la carretera.

Neal y Steve vieron cómo se alejaban.

—Apuesto a que el café está listo —dijo Steve.

—Bien.

Regresaron al interior de la casa.

Bob Hansen volvió a entrar en el granero. Sabía que las mujeres no llegarían demasiado lejos. Finley y los hermanos Johnson las interceptarían en la carretera tan pronto como el coche quedara fuera de la vista de la casa.

Después se marcharía con el niño. Quizás al norte de Idaho o al estado de Washington, donde podría ocultarse. O quizá pondría un océano de por medio para irse a Sudáfrica, donde todavía quedaban hombres blancos dispuestos a prolongar la lucha. Abandonaría el valle y educaría correctamente al muchacho, esta vez. Lo educaría para amar a su raza sin avergonzarse de ello.

Pero antes tenía asuntos pendientes que resolver.

—¿Estáis preparados, muchachos? —preguntó.

Craig Vetter asintió. Estaba limpiando con cuidado su pistola, comprobando la munición.

Bill McCurdy sonrió y soltó una risa tonta.

Dave Bekke parecía asustado, pero Hansen sabía que cumpliría.

Hansen levanto la mirada hacia el henil, donde sus hombres se ocultaban detrás de las balas de heno.

—Y vosotros, ¿estáis preparados? —preguntó.

Uno de ellos le hizo la señal del pulgar hacia arriba.

—Recordad —dijo Hansen—: estos son los cochinos judíos que asesinaron al reverendo Carter.

Después Hansen desvió la mirada hacia el este, hacia las montañas donde había muerto Carter. Carter y su propio hijo. Hansen vio que el sol se alzaba sobre las cimas.

Strekker agradeció la luz. Se pegó un poco más al manojito de matorrales que había escogido, se echó en el suelo y escudriñó a través de la mira telescópica.

Fenomenal. El corral quedó perfectamente enfocado. Un disparo fácil a doscientos metros de distancia. Ajustó el bípode para que quedase firmemente anclado en la tierra y esperó a que comenzase el espectáculo.

Shoshoko sintió el sol en su espalda. Se sintió honrado y agradecido de que el Creador estuviese allí para presenciar su muerte. Además, le facilitaba enormemente seguir el rastro.

Neal le daba sorbos a su café mientras contemplaba cómo el cielo se iba iluminando.

Me alegra estar agotado, pensó. De otro modo, estaría muerto de miedo en vez de simplemente acojonado.

El café era exquisito. A lo mejor así es como se sienten los condenados a muerte cuando les traen la última comida, saboreando hasta el último detalle y olor. Pero desearía haber tocado a Karen una última vez. Desearía...

Miró hacia Graham, que estaba sentado con una pistola sobre la mesa y un vaso de *whisky* en la mano. Y hacia Steve, que llevaba un revólver en la cadera, una escopeta en la mano y estaba encendiendo un cigarrillo.

Miró a Ed, que tenía un rifle en el regazo, su pistola en el cinto y una escopeta colgada del hombro.

—No pienses en ello —le dijo Ed a Neal.



—Que no piense ¿en qué?

—En morir. Ninguno de nosotros va a morir.

Neal pensó en los hombres del granero y en las armas que apuntaban hacia el corral. Pensó en Hansen y en Craig Vetter y en los otros pistoleros a los que debería enfrentarse de un momento a otro. Pensó en morir.

Entonces oyó la voz de Hansen.

—¡Salid, judíos! ¡Ha amanecido!

Neal se levantó. Agarró el viejo Marlin 336 y tiró de la palanca para introducir un proyectil en la recámara. Después ayudó a Graham a levantarse.

—Buena suerte, papá.

—Ve con ojo, hijo.

Neal notó que le empezaban a temblar las piernas y que el temor le ascendía por el estómago. Miró por la ventana y vio que cuatro hombres se aproximaban al extremo más alejado del corral. Bekke, McCurdy, Vetter y Hansen.

Ed se puso en pie.

—¿Todo el mundo recuerda lo que tiene que hacer?

Todos asintieron. Ed se percató de que a Neal le temblaban las manos.

—Eh, Neal —dijo Ed—. ¿Alguna vez te he hablado de cuando estuve en los marines?

¿Qué diablos?

—No —dijo Neal—. Ni siquiera sabía que hubieras estado en los marines.

—Sí —sonrió Ed—. Era francotirador.

Le sonrió a Neal y ladeó la cabeza en dirección a la puerta.

Graham se apoyó en Neal, siguieron a Ed al exterior y se encaminaron hacia el corral.

El *jeep* avanzaba bastante bien entre la nieve cuando Karen vio que algo se movía en un pequeño badén situado algo más adelante.

—¡Agachaos! —gritó.

En el preciso instante en que alcanzaron el badén, tres hombres se plantaron en medio de la carretera. John Finley apuntó al coche con una pistola al tiempo que extendía la palma de la otra mano completamente abierta para indicarle a Karen que se detuviese. Tenía una sonrisa de idiota en el rostro. Los otros dos hombres levantaron sus rifles.

—Pero qué cabrones arrogantes —murmuró Karen.

Agachó la cabeza detrás del volante y pisó a fondo el acelerador.

Oyó un tamboreo grave mientras el *jeep* pasaba por encima de Finley. Transcurrieron otro par de segundos antes de que oyera los disparos de rifle resonando tras ellas.

Debemos ofrecer una imagen patética, pensó Neal mientras avanzaban lentamente en paralelo hacia el corral. Llevaba agarrado a Graham por debajo de la axila para ayudarle a caminar. Pudo sentir los cañones de los rifles que le apuntaban desde el henal, a su izquierda. Ed estaba a su derecha, Steve a la derecha de Ed.

Delante de ellos, al otro extremo del corral, Hansen y sus hombres pasaron entre las barras metálicas del cercado y se plantaron a esperarles. McCurdy directamente delante de Neal; después Bekke, Vetter y, a la derecha del todo, Hansen, enfrente de Steve Mills.

—¿Quién es el mejor tirador? —le preguntó Ed a Neal mientras caminaban.

—Sin duda Vetter, el alto que tienes justo enfrente. Después McCurdy, el canijo que está delante de mí. Después imagino que Hansen y, por último, Bekke, el de la barba.

—Vale. ¿Te acuerdas de lo que debes hacer?

—Me acuerdo, me acuerdo.

—Solo lo preguntaba.

Entonces alcanzaron el corral.

Cal Strekker se acomodó detrás del rifle y observó.

Veamos quién queda en pie, pensó. No tiene sentido gastar tiempo y balas. Aunque, solo por divertirse, centró la cruz de la mira en Neal Carey.

Neal estaba de pie junto a la parte interior de la cerca metálica del corral. Hizo una larga y profunda inspiración para intentar templar su temblorosa mano.

McCurdy, Bekke, Vetter y Hansen se hallaban justo delante de ellos, al otro extremo del corral.

—¿Estáis preparados? —advirtió Hansen.

Neal oyó un ligero temor en su voz.

—¡Estamos preparados! —respondió Ed.

Hansen asintió y desenfundó.

—¡Ahora! —gritó Ed.

Neal recordó lo que debía hacer. Agarró a Graham y se tiraron de bruces al suelo.

Karen Hawley mantuvo el acelerador pisado a fondo durante otro kilómetro antes de que la adrenalina le permitiese detener el coche.

—¿Estáis bien? —preguntó.

—¡Todos bien! —respondió Shelly, pero siguió echada en el asiento trasero cubriendo a Cody, que estaba llorando a pleno pulmón.

Peggy tenía el rostro ceniciento, pero asintió con la cabeza.

—Creo que has matado a ese hombre —dijo.

—Bien —respondió Karen.

Después volvió a pisar el acelerador y continuaron hacia el pueblo.

El estruendo del motor tapó el ruido de los disparos que llegaron resonando por todo el valle.

Está sucediendo rapidísimo, pensó Neal. Nada que ver con las películas, donde todo sucede a cámara lenta y los cuerpos se contorsionan y se desploman en un elegante ballet.

Se había arrojado al suelo y la andanada de balas había pasado inofensivamente por encima de ellos. Hizo lo que le había dicho Ed: mantuvo el mentón pegado al suelo y se limitó a disparar con el rifle hacia el granero. A su lado, oyó que Graham hacía lo mismo con la pistola.

Las balas levantaron polvo a su alrededor, pero los hombres del granero tenían la dificultad añadida de verse obligados a apuntar a través de las barras metálicas del cercado.

Después oyó el traqueteo constante del rifle de Ed a su lado. Crack, crack, crack, crack. Giró ligeramente la cabeza para mirar y vio a Bekke tirado en el suelo; McCurdy seguía de pie, pero doblado por la cintura, agarrándose el estómago, y Vetter estaba retrocediendo, disparando su rifle con una mano mientras la sangre le chorreaba por la otra.

Neal apuntó a Vetter, disparó y falló. Pero los dos disparos de Graham no, y Vetter se desplomó al suelo hecho una bola.

Ed rodó, se escudó detrás de un poste vertical y disparó hacia el henal.

—¡Adelante! —gritó.

Neal se puso de pie de un salto y esprintó hacia el granero.

Las balas del rifle de Hansen fueron pisándole los talones mientras corría. Por el rabillo del ojo, Neal vio que Steve Mills se levantaba y se dirigía hacia Hansen, que estaba echado detrás de un poste al otro lado del corral.

Neal siguió corriendo hacia la parte baja del granero mientras Ed descargaba su escopeta contra el henal. Vamos, vamos, se dijo. Hazlo de una vez. Agarró una lata de gasolina, derramó su

contenido en el suelo, prendió una cerilla y la arrojó. Después dio tres largas zancadas y se arrojó al suelo.

El fuego creció rápidamente, alimentado por la gasolina y el heno seco. El granero quedó en llamas en un instante.

Neal oyó que Ed gritaba:

—*Juden raus! Juden raus!*

Se produjo un momento de vacilación y después los hombres del henal se levantaron con los brazos en alto.

De repente todo quedó extrañamente en silencio, salvo por el pitido en sus oídos. Neal se levantó lentamente. Miró a Graham, que a su vez estaba inspeccionando los dos agujeros de bala que tenía en el brazo de goma.

Ed también se había puesto de pie y estaba apuntando a su prisionero con la escopeta.

Entonces Neal se volvió y vio a Hansen y a Steve, uno frente al otro en el extremo más alejado del corral. Cada uno de ellos llevaba una pistola al costado.

—Se acabó, Bob —dijo Steve.

Hansen permaneció inmóvil durante un segundo, miró a su alrededor y levantó el arma.

Steve alzó la suya y disparó tres veces.

Hansen se desplomó.

Steve bajó la pistola y caminó lentamente hacia su exvecino.

En la pequeña loma a doscientos metros de distancia, Cal Strekker lo observó todo a través de su mira telescópica. Se alegraba de haber decidido no unirse a la batalla. El grandullón del otro bando era condenadamente bueno y era mejor vivir para pelear otro día.

Pero todavía tenía tiempo para efectuar un disparo antes de desaparecer.

Le habría gustado eliminar a Neal, pero no tenía el ángulo adecuado. Mills, sin embargo, ofrecía un blanco perfecto mientras

cruzaba el corral, y tenía una deuda pendiente que pagar. Streckker centró la cruz de la mira en la cabeza de Mills.

Steve se cernió sobre Bob Hansen y a punto estuvo de echarse a llorar. Nunca había matado a nadie en toda su vida y existía la remota posibilidad de que aún no lo hubiera hecho. Solo una de sus balas había dado en el blanco. Había penetrado en el pecho, pero Hansen seguía respirando. Dirigió a Steve una mirada de pánico con ojos suplicantes.

Vaya, gracias, pensó Streckker en el momento en que Mills se detuvo por completo y quedó inmóvil como un ciervo cegado por los faros. Volvió a centrar la mira y apretó el gatillo.

Steve Mills contempló el cuerpo tendido de Bob Hansen dominado por cien sentimientos contradictorios. Odio, furia, desagrado... lástima.

Sacudió la cabeza y a continuación se agachó para intentar salvar la vida de aquel hombre perturbado.

No oyó la bala que pasaba silbando por encima de su cabeza.

Neal Carey sí. Oyó el disparo y vio el reflejo de la mira telescópica a un par de cientos de metros entre los matorrales.

Supo quién era, quién tenía que ser.

Agarró su rifle y echó a correr en busca de Cal Streckker.

Un premio de consolación, pensó Cal. Vio que Carey avanzaba derecho hacia él. Fijó la cruz de la mira en el pecho de Carey y lo tenía prácticamente a tiro cuando la flecha de Shoshoko le atravesó

la mano de disparar. Cal rodó por el suelo y vio al diminuto indio preparando otra flecha. Cal se pasó el rifle a la otra mano y disparó a lo loco, utilizando toda la munición restante hasta que el anciano se hubo desplomado.

Cal se puso torpemente en pie. Apretó los dientes y se arrancó la flecha de la mano. Dedicó un momento a contemplar al indio muerto y después comenzó a cojear hacia el refugio que le ofrecían las montañas.

Karen mantuvo la mano apoyada contra el claxon mientras entraba en el pueblo. Bajó la ventanilla y gritó:

—¡Llamad al sheriff! ¡Llamad al hospital! ¡Llamad hasta al último puto mono y después coged vuestras armas y salid volando hacia el rancho de los Mills!

Aparcó junto a su casa y entró corriendo en ella. Peggy alzó a Cody entre sus brazos y Shelly y ella siguieron a Karen al interior de la vivienda. Karen ya estaba al teléfono antes incluso de que hubieran entrado.

Anne Kelley contestó adormilada al teléfono:

—¿Diga?

La voz de la mujer al otro lado de la línea sonó agitada pero enérgica.

—Señorita Kelley, no nos conocemos, pero tengo a su hijo y está a salvo. Ahora voy a llevarlo al hospital, pero se encuentra bien. No le va a pasar nada. Permita que le diga adónde tiene que ir.

Anne Kelley anotó la información, colgó el teléfono, enterró la cara entre las manos y se echó a llorar.

Neal dedicó un momento a pronunciar un par de palabras junto al cuerpo del anciano que le había salvado la vida al menos dos veces

que él supiera. Después comenzó a seguir el rastro de Cal Streckler.

No le resultó difícil sobre la nieve, sobre todo ahora que Streckler iba dejando un reguero de sangre.

Ed Levine estaba de pie en el corral contemplando los cuerpos tendidos de los hombres a los que había matado. Dave Bekke estaba tirado de espaldas, con los brazos abiertos y las piernas separadas en una grotesca parodia de la muerte. Bill McCurdy estaba enroscado en posición fetal, con el rostro contorsionado de miedo y dolor. A menos de un metro de distancia, el alargado cuerpo de Craig Vetter estaba caído boca abajo; una de las manos todavía agarraba su arma por la culata.

Ed sintió una fría satisfacción al constatar que su sospecha había sido acertada: aquellos perdonavidas sabían disparar, pero nunca habían estado en el lado equivocado de la escopeta. La terrible sensación de ser el blanco de las balas —el increíble estruendo— les había afectado, haciéndoles titubear durante un par de fatales segundos.

Miró hacia donde Steve Mills intentaba contener la hemorragia de Hansen, pero supo por el ruido que hacía Hansen al jadear que sus esfuerzos serían inútiles.

Ed permaneció inmóvil mientras la fría luz del día diluía el resplandor del incendio a su lado. El olor acre de la pólvora y el humo que surgía del granero en llamas irritó sus ojos hasta que las lágrimas echaron a rodar a través del hollín que le cubría la cara como ríos diminutos por una tierra quemada.

Joe Graham se arrodilló contra el cercado metálico del corral y observó cómo la figura de Neal Carey se iba empequeñeciendo a medida que se alejaba trotando por la llanura cubierta de matojos.

Graham apartó los ojos un momento para contemplar la escena de muerte y destrucción que se desplegaba tras él, y después volvió



a girarse para seguir viendo correr a Neal.

Corre, hijo, pensó Graham. Corre con fuerza y sin parar hasta llegar lo más lejos posible.

Neal encontró a Streckker aproximadamente una hora más tarde. Estaba a unos cien metros de distancia y se dirigía hacia el arroyo. Iba arrastrando un pie y se agarraba una mano con la otra.

Un animal herido en busca de agua.

Neal se acordó de Harley y de Cody, de Anne Kelley, de Doreen. Se acordó de Shelly Mills y de Steve. Se acordó de aquel caballo.

Neal se pegó la culata del rifle a la mejilla y centró la V en la espalda de Streckker. Iba a apretar el gatillo cuando recordó el rostro de Joe Graham y oyó sus palabras: «¿Qué, te han convertido en uno de ellos?». Bajó el rifle y observó cómo Streckker se alejaba cojeando.

Neal volvió a levantar el rifle y apretó el gatillo.

Vio a través de la mira que la bala acertaba a Streckker de lleno en la espalda. Un salpicón de sangre salió despedido de su pecho y floreció en el suelo como una rosa entre la nieve.

Neal no se acercó para comprobar si Streckker seguía con vida ni para darle sepultura. Tampoco regresó caminando al rancho. Simplemente limpió el rifle de huellas dactilares, se deshizo de él y echó a caminar por las desoladas extensiones de la Meseta Solitaria.

## Epílogo

Brogan sirvió otro vaso de *whisky* mientras el forastero escuchaba embelesado. Brogan había vendido cantidades ingentes de alcohol mientras contaba la historia de la batalla del valle del río Reese.

El forastero, un viajante procedente de Bishop, dejó otro billete de cinco sobre la barra y paseó la mirada por el pintoresco y roñoso *saloon*. Un enorme perrazo dormía echado detrás de la barra. El único otro cliente era un hombre con barba y pelo largo que bebía café y leía un manoseado libro de bolsillo sentado en el último taburete.

—Y entonces ¿qué pasó?

Brogan pasó a contarle cómo Milkowski había encontrado en algún sitio el dinero necesario para comprar el rancho de Hansen y ahora era el propietario de todo el valle, y cómo su hija se había ido a estudiar a la Universidad de Brown, que, según le parecía, estaba en Rhode Island o en algún otro de aquellos diminutos estados de la Costa Este. El niño regresó con su madre, la cual había enviado una postal hacía un par de semanas diciendo que se estaba recuperando bien, que pronto estaría perfectamente. El manco y el otro tipo grande como un oso simplemente habían desaparecido y durante una temporada el pueblo se llenó de federales con muchas preguntas. Después apareció una recua de estudiosos del museo estatal para husmear en la cueva, tomando medidas de esto y de aquello, la hostia de desconcertados porque resultaba que el cadáver del indio pertenecía a una tribu supuestamente extinta

desde hacía cien años. Y Karen Hawley... en fin, se había buscado otro hombre.

Brogan se inclinó sobre la barra, sonrió, meneó la cabeza maravillado por su propia historia y esperó la sempiterna pregunta que le permitiría rematarla adecuadamente.

Efectivamente, cómo no, el forastero preguntó:

—¿Y qué fue del tal Neal Carey?

Brogan se encogió teatralmente de hombros, se reclinó un poco más sobre la barra y dijo:

—Nadie lo sabe. Algunos dicen que murió congelado allá en la meseta. Otros dicen que sigue vivo, oculto en alguna de las cuevas. Pero nadie ha vuelto a verlo jamás.

Brogan dejó al hombre meneando la cabeza y se dirigió furtivamente al otro extremo de la barra. Echó un poco más de café en la taza del hombre de la barba y le sonrió.

Neal se terminó la taza, bajó del taburete, saludó al viajante con un asentimiento de cabeza y se dirigió a la salida. Brezhnev levantó la cabezota y, si Neal no hubiera sido más sensato, podría haber jurado que el perro le acababa de guiñar un ojo.

A Neal le habría gustado tomarse otra taza, leer otro par de páginas de *Roderick Random* y quizá pegar la hebra un rato con Brogan, pero no tenía tiempo.

Abrió la puerta de un empujón, salió al fresco de la tarde y se encaminó colina arriba para recoger a Karen para la cena. Aquella noche tocaba chili con carne en Wong's.



DON WINSLOW (Nueva York, Estados Unidos, 1953). Antes de dedicarse a la escritura, desempeñó todo tipo de trabajos relacionados con la televisión y el cine, ejerció de investigador privado, guía de safaris y actor, entre otras ocupaciones. Con su primera novela, *A Cool Breeze on the Underground*, fue nominado al Premio Edgar Allan Poe de novela de crimen y misterio. Su siguiente novela, *Muerte y vida de Bobby Z*, fue llevada al cine en 2007. Con *El poder del perro* ha obtenido el éxito de los lectores y el reconocimiento de la crítica allá donde se ha publicado. Actualmente vive en San Diego con su esposa y su hijo.